

Ellen G. White Estate

THE SPIRIT OF PROPHECY VOLUME TWO

ELLEN G. WHITE

El espíritu de profecía Volumen dos

Elena de White

1877

**Copyright © 2017
Ellen G. White Estate, Inc.**

Información sobre este libro

Visión general

Este libro electrónico es proporcionado por [Ellen G. White Estate](#). Está incluido en los [libros en línea](#) gratuitos más grandes. colección en el sitio web de Ellen G. White Estate.

Sobre el Autor

Elena G. de White (1827-1915) es considerada la autora estadounidense más traducida, sus obras se han publicado en más de 160 idiomas. Escribió más de 100.000 páginas sobre una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiada por el Espíritu Santo, exaltó a Jesús y señaló las Escrituras como base de la fe.

Más enlaces

[Una breve biografía de Elena G. de White](#)

[Acerca del patrimonio de Elena G. de White](#)

Acuerdo de licencia de usuario final

La visualización, impresión o descarga de este libro le otorga solo una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para su uso exclusivo y personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de obras derivadas u otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro rescinde la licencia otorgada por el presente.

Más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores o cómo puede apoyar este servicio, comuníquese con Ellen G. White Estate en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y le deseamos la bendición de Dios mientras lee.

Prefacio

Cuando los editores publicaron el primer volumen de esta obra, sintieron que suplía una necesidad que el mundo cristiano había reconocido desde hacía mucho tiempo, al iluminar un tema que es de gran interés para la mente cristiana, la relación del Hijo de Dios con el Padre, y Su posición en el cielo, junto con la caída del hombre y la mediación de Cristo entre él y su Creador.

En este segundo volumen el autor continúa con renovado interés el tema de la misión de Cristo, manifestada por sus milagros y enseñanzas. El lector encontrará que este libro proporciona una ayuda invaluable para estudiar las lecciones de Cristo expuestas en los Evangelios.

El autor, como escritor y orador religioso, ha trabajado para el público durante más de veinte años. Siendo ayudada en el estudio de las Escrituras y en su obra como maestra religiosa, por la iluminación especial del Espíritu de Dios, está particularmente calificada para presentar los hechos de la vida y el ministerio de Cristo, en relación con el plan divino . de la redención humana, y aplicar prácticamente las lecciones de Jesús a los deberes sencillos de la vida.

Una de las características más agradables de este libro es el lenguaje claro y sencillo con el que el autor viste pensamientos que brillan con la verdad y la belleza.

Editores.

Contenido

Información sobre este libro	i
Prefacio Capítulo 1—La primera	iii
venida de Cristo	6
Capítulo 2—La vida de Cristo	21
Capítulo 3—Vida y misión de Juan	29
Capítulo 4—La misión de Cristo	41
Capítulo 5—La muerte de Juan	53
Capítulo 6—La tentación de Cristo	61
Capítulo 7—Las bodas de Caná	71
Capítulo 8—La limpieza del templo	83
Capítulo 9—Nicodemo viene a Cristo	90
Capítulo 10—La mujer de Samaria	101
Capítulo 11—El hijo del centurión.	109
Capítulo 12: Jesús en Betesda	113
Capítulo 13: Jesús en Cafarnaúm	125
Capítulo 14—Escogiendo a los discípulos	132
Capítulo 15—El día de reposo	140
Capítulo 16—El Sermón del Monte.	145
Capítulo 17—El leproso sanado	163
Capítulo 18—Parábola del sembrador	168
Capítulo 19—Otras parábolas	176
Capítulo 20—Los panes y los peces	187
Capítulo 21—Caminar sobre el agua	193
Capítulo 22—Cristo en la sinagoga	198
Capítulo 23—El paralítico	210
Capítulo 24—La mujer de Canaán	217
Capítulo 25—Cristo calma la tempestad	220
Capítulo 26—Los hombres de las	224
tumbas Capítulo 27—La hija de Jairo	230
Capítulo 28—La Transfiguración	235
Capítulo 29—La fiesta de los	244
Tabernáculos Capítulo 30—Ve y no	253
peques más Capítulo 31—La resurrección	260
de Lázaro Capítulo 32—La ofrenda de	270
María	IV

Capítulo 33—Entrando a caballo en Jerusalén 278

Capítulo 1—La primera venida de Cristo

El Hijo de Dios era el siguiente en autoridad al gran Legislador. Sabía que solo su vida podría ser suficiente para rescatar al hombre caído. Era de mucho más valor que el hombre, ya que su carácter noble e inmaculado y su exaltado cargo como comandante de toda la hueste celestial estaban por encima de la obra del hombre. Él era la imagen expresa de su Padre, no solo en rasgos, sino en la perfección de carácter.

La sangre de las bestias no podía satisfacer las demandas de Dios como sacrificio expiatorio por la transgresión de su ley. La vida de una bestia era de menos valor que la vida del pecador ofensor, por lo tanto, no podía ser un rescate por el pecado. Sólo podía ser aceptable ante Dios como figura de la ofrenda de su Hijo.

El hombre no podía expiar al hombre. Su condición pecaminosa y caída lo constituiría en una ofrenda imperfecta, un sacrificio expiatorio de menos valor que el de Adán antes de su caída. Dios hizo al hombre perfecto y recto, y después de su transgresión no podía haber sacrificio aceptable a Dios por él, a menos que la ofrenda hecha fuera superior en valor al hombre tal como era en su estado de perfección e inocencia.

El divino Hijo de Dios fue el único sacrificio de valor suficiente para satisfacer plenamente las demandas de la ley perfecta de Dios. Los ángeles no tenían pecado, pero tenían menos valor que la ley de Dios. Eran susceptibles a la ley. Eran mensajeros para hacer la voluntad de Cristo y para inclinarse ante él. Eran seres creados y probacionistas. A Cristo no se le impusieron requisitos. Tenía poder para dar su vida, y para volverla a tomar. No se le impuso ninguna obligación de emprender la obra de expiación. Fue un sacrificio voluntario que hizo. Su vida fue de valor suficiente para rescatar al hombre de su condición caída.

El Hijo de Dios era en forma de Dios, y no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse. Él era el único, que como hombre caminó sobre la tierra, que podía decir a todos los hombres: ¿Quién de vosotros me convence de pecado? Se había unido con el Padre en la creación del hombre, y tenía poder a través de su propia perfección divina de carácter para

expiar el pecado del hombre, elevarlo y devolverlo a su primer estado.

Las ofrendas sacrificiales y el sacerdocio del sistema judío fueron instituidos para representar la muerte y la obra mediadora de Cristo. Todas esas ceremonias no tenían significado ni virtud, solo en lo que se relacionaban con Cristo, quien era él mismo el fundamento y quien trajo a la existencia todo el sistema. El Señor ha hecho saber a Adán, Abel, Set, Enoc, Noé, Abraham y a los antiguos próceres, especialmente a Moisés, que el sistema ceremonial de los sacrificios y el sacerdocio, por sí solos, no eran suficientes para asegurar la salvación de un alma.

El sistema de ofrendas sacrificiales apuntaba a Cristo. A través de [11] estos, los antiguos dignos vieron a Cristo, y creyeron en él. Estos fueron ordenados por el Cielo para mantener ante el pueblo la terrible separación que el pecado había hecho entre Dios y el hombre, que requería un ministerio de mediación. A través de Cristo, la comunicación que fue cortada por la transgresión de Adán fue abierta entre Dios y el pecador arruinado. Pero el sacrificio infinito que Cristo hizo voluntariamente por el hombre sigue siendo un misterio que los ángeles no pueden comprender por completo.

El sistema judío era simbólico, y continuaría hasta que la Ofrenda perfecta tomara el lugar de lo figurativo. El Mediador, en su oficio y obra, superaría con creces en dignidad y gloria al sacerdocio típico terrenal. El pueblo de Dios, desde los días de Adán hasta el tiempo en que la nación judía se convirtió en un pueblo separado y distinto del mundo, había sido instruido con respecto al Redentor venidero, que representaban sus ofrendas de sacrificio. Este Salvador iba a ser un mediador, para estar entre el Altísimo y su pueblo. A través de esta provisión, se abrió un camino por el cual el pecador culpable podría encontrar acceso a Dios a través de la mediación de otro. El pecador no podía venir en su propia persona, con su culpa sobre él, y sin mayor mérito que el que poseía en sí mismo. Sólo Cristo podía abrir el camino, haciendo una ofrenda a la altura de las exigencias de la ley divina. Él era perfecto, y sin mancha por el pecado. Él estaba sin mancha ni defecto. El alcance de las terribles consecuencias del pecado nunca podría haberse conocido, si el remedio provisto no hubiera sido de valor infinito. La salvación del hombre caído fue procurada a un costo tan inmenso que los ángeles se maravillaron y no pudieron comprender del todo el misterio divino que la Majestad [12]

del Cielo, igual a Dios, debe morir por la raza rebelde.

A medida que se acercaba el tiempo en que el Hijo de Dios haría su primera venida, Satanás se volvió más vigilante preparando los corazones del pueblo judío para endurecerse contra las evidencias que traería de su condición de Mesías. Los judíos se habían vuelto orgullosos y jactanciosos. La pureza del sacerdocio no se había preservado, sino que estaba terriblemente corrompida. Retuvieron las formas y ceremonias de su sistema de adoración, mientras que sus corazones no estaban en el trabajo. No sostuvieron la piedad personal y los caracteres virtuosos. Y cuanto más carecían de las cualidades necesarias para la obra sagrada, como sacerdotes del Dios Altísimo, más tenaces eran en mostrar exteriormente piedad, celo y devoción.

Eran hipócritas. Amaban los honores del mundo y tenían la ambición de ser exaltados a través de las riquezas. Para obtener su deseo, aprovecharon todas las oportunidades para aprovecharse de los pobres, especialmente de las viudas y huérfanas. Exigieron fuertes sumas de dinero de los que eran concienzudos, con diversos pretextos, para la tesorería del Señor, y usaron los medios así obtenidos deshonestamente para su propio beneficio. Ellos mismos eran rigurosos para guardar la ley exteriormente. Parecían mostrar un gran respeto por las tradiciones y costumbres, con el fin de obtener dinero de la gente para satisfacer su corrupta ambición.

Se repetían al pueblo tradiciones, costumbres y ceremonias innecesarias, que Dios no les había dado por medio de Moisés ni de ningún otro [13]. Estos se originaron de ninguna fuente más alta que el hombre. Los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos imponían estos al pueblo como mandamientos de Dios. Sus corazones eran duros e incompasivos. No mostraron piedad con los pobres y desafortunados. Sin embargo, al mismo tiempo, mientras rezaban en las plazas del mercado y daban limosna para ser vistos por los hombres, y así se ponían una apariencia exterior de bondad, estaban devorando las casas de las viudas con los pesados impuestos que les imponían. Aparentemente eran exactos en sus formas externas cuando se observaban en los hombres; porque deseaban dar impresiones de su importancia. Querían que el pueblo tuviera ideas exaltadas de su celo y devoción a los deberes religiosos, mientras ellos diariamente robaban a Dios apropiándose de las ofrendas del pueblo.

El sacerdocio se había corrompido tanto que los sacerdotes no tenían escrúpulos en cometer los actos más deshonestos y criminales para

cumplir sus designios. Los que asumieron el oficio de sumo sacerdote antes de la primera venida de Cristo y en el momento de la misma, no eran hombres designados divinamente para la obra sagrada. Habían aspirado ansiosamente al cargo por amor al poder y al espectáculo. Deseaban una posición en la que pudieran tener autoridad y practicar el fraude bajo el manto de la piedad, y así escapar de la detección. El sumo sacerdote ocupaba una posición de poder e importancia. No sólo fue consejero y mediador, sino juez; y no hubo apelación de su decisión. Los sacerdotes estaban restringidos por la autoridad de los romanos, y no se les permitía el poder de ejecutar legalmente a nadie. Este poder recaía en los que gobernaban a los judíos. Hombres de corazón corrompido buscaban el distinguido oficio de sumo sacerdote, y con frecuencia lo obtenían mediante sobornos y asesinatos. El sumo sacerdote, vestido con sus ropas consagradas [14] y costosas, con el pectoral sobre el pecho, la luz resplandeciendo sobre las piedras preciosas incrustadas en el pectoral, presentaba una apariencia muy imponente, y impresionó con admiración a las personas concienzudas y de corazón sincero . , reverencia y asombro. El sumo sacerdote fue diseñado de manera especial para representar a Cristo, quien se convertiría en sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Este orden de sacerdocio no debía pasar a otro, ni ser reemplazado por otro.

La nación judía había corrompido su religión con ceremonias y costumbres inútiles. Esto supuso una pesada carga para el pueblo, especialmente para las clases más pobres. También estaban bajo la servidumbre de los romanos y debían pagarles tributo. Los judíos no estaban reconciliados con su esclavitud y esperaban el triunfo de su nación a través del Mesías, el poderoso libertador predicho en la profecía. Sus puntos de vista eran estrechos. Ellos pensaron que el que había de venir , en su aparición, asumiría los honores reales y, por la fuerza de las armas, sometería a sus opresores y tomaría el trono de David. Si ellos, con mente humilde y discernimiento espiritual, hubieran estudiado las profecías , no se habrían hallado en un error tan grande como para pasar por alto las profecías que apuntaban a su primera venida en humildad, y aplicar mal las que hablaban de su segunda venida con humildad. poder y gran gloria. El pueblo judío había estado luchando por el poder. Eran ambiciosos por los honores mundanos. Eran orgullosos y corruptos, y no podían discernir las cosas sagradas. No podían distinguir entre las profecías que apuntaban a la primera venida de Cristo y las

[15] los que describieron su segunda y gloriosa aparición. El poder y la gloria descritos por los profetas como presentes en su segundo advenimiento, los esperaban en su primer advenimiento. Su gloria nacional era para ellos su mayor preocupación. Su ambicioso deseo era el establecimiento de un reino temporal, que suponían que sometería a los romanos y se exaltaría a sí mismos con autoridad y poder para reinar sobre ellos. Se habían jactado orgullosamente ante aquellos a quienes estaban sujetos, de que no los oprimirían por mucho tiempo; porque pronto comenzaría su reinado, que sería más exaltado y glorioso incluso que el de Salomón.

Cumplido el tiempo, Cristo nació en un establo, y acunado en un pesebre, rodeado de las bestias del establo. ¿Y es este en verdad el Hijo de Dios, a todas luces un bebé frágil e indefenso, tan parecido a otros infantes? Su gloria y majestad divinas fueron veladas por la humanidad, y los ángeles anunciaron su advenimiento.

Las noticias de su nacimiento fueron llevadas con gozo a las cortes celestiales, mientras que los grandes hombres de la tierra no lo sabían. Los fariseos y escribas orgullosos, con sus ceremonias hipócritas y su aparente devoción a la ley, no sabían nada del Niño de Belén. Ignoraban la manera de su aparición, a pesar de toda su erudición y sabiduría alardeadas al exponer la ley y las profecías en las escuelas de los profetas. Estaban ideando medios para beneficiarse a sí mismos. Su estudio era sobre la manera más exitosa de obtener riquezas y honor mundano, y no estaban preparados para la revelación del Mesías. Esperaban un príncipe poderoso, [16] que reinaría sobre el trono de David, y cuyo reino duraría para siempre. Sus ideas orgullosas y elevadas de la venida del Mesías no estaban de acuerdo con las profecías que profesaban poder exponer al pueblo. Estaban espiritualmente ciegos y eran líderes de los ciegos.

En el Cielo se entendió que había llegado el momento de la advenimiento de Cristo al mundo, y los ángeles dejan la gloria para presenciar su recepción por parte de aquellos a quienes vino a bendecir y salvar. Habían sido testigos de su gloria en el Cielo y anticipan que será recibido con honor de acuerdo con su carácter y la dignidad de su misión. Cuando los ángeles se acercan a la tierra, primero se acercan al pueblo que Dios había separado de las naciones del mundo como su peculiar tesoro. No ven ningún interés especial entre los judíos, ninguna

ansiosos esperando y velando para ser los primeros en recibir al Redentor y reconocer su advenimiento.

En el templo, que ha sido santificado por ofrendas diarias de sacrificio, que prefiguran su venida y simbolizan su muerte, no se hacen preparativos para recibir al Salvador del mundo.

Los fariseos continúan repitiendo sus largas oraciones sin sentido en las calles, para ser escuchados por los hombres, con el fin de obtener la reputación de gran piedad y devoción.

Los ángeles del Cielo contemplan con asombro la indiferencia del pueblo y su ignorancia con respecto al advenimiento del Príncipe de la Vida. Los fariseos orgullosos, pretendiendo ser el pueblo escogido de Dios, en sus devociones hipócritas, están proclamando la ley y exaltando las tradiciones, mientras que los hombres de otras naciones están traficando con fábulas y están adorando dioses falsos. Todos ignoraban por igual el gran [17] acontecimiento que la profecía había predicho que ocurriría.

Los ángeles contemplan a los cansados viajeros, José y María, que se dirigían a la ciudad de David para ser gravados, según el decreto de César Augusto. Aquí, en la providencia de Dios, habían sido traídos José y María; porque este era el lugar donde la profecía había predicho que Cristo habría de nacer. Buscan un lugar de descanso en la posada, pero son rechazados porque no hay lugar. Los ricos y honorables han sido bienvenidos y encuentran refrigerio y lugar, mientras que estos cansados viajeros se ven obligados a buscar refugio en un edificio tosco que alberga a las bestias mudas.

Aquí nace el Salvador del mundo. La Majestad de Gloria, que llenó de admiración y esplendor todo el Cielo, es humillada a un lecho en un pesebre. En el Cielo, estuvo rodeado de santos ángeles; pero ahora sus compañeros son las bestias del establo. ¡Qué humillación es esta! ¡Maravilla, oh cielos! y asómbrate, oh tierra!

Como no hay ninguno entre los hijos de los hombres que anuncie el advenimiento del Mesías, los ángeles ahora deben hacer esa obra que era el honorable privilegio de los hombres hacer. Pero los ángeles, con las buenas nuevas del nacimiento del Salvador, son enviados a los humildes pastores, y no a los sabios judíos, que profesan ser los expositores de la profecía; porque no tienen corazón para recibirlo.

“Y había en la misma tierra pastores que moraban en el campo, velando de noche por su rebaño. ¡Y he aquí! el ángel del Señor vino sobre ellos, y la gloria del Señor brilló alrededor

sobre ellos, y tenían mucho miedo. Los pastores humildes, que [18] cuidan sus rebaños de noche, son los que reciben con alegría su testimonio. De repente los cielos se iluminan con un resplandor que alarma a los pastores. No saben la razón de esta gran exhibición. Al principio no discernen las miríadas de ángeles que se congregan en los cielos. El resplandor y la gloria de la hueste celestial iluminan y glorifican toda la llanura. Mientras los pastores están aterrorizados por la gloria de Dios, el ángel que dirige la multitud aquietta sus temores revelándose a ellos, diciendo: “ No temáis; porque he aquí os traigo buenas nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo. Porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Y esto os servirá de señal : Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Y de repente apareció con el ángel una multitud del ejército celestial, alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.”

A medida que se disipan sus temores, la alegría toma el lugar del asombro y el terror. Al principio no pudieron soportar que el resplandor de la gloria, que acompañaba a toda la hueste celestial, estallara sobre ellos de repente. Un solo ángel se aparece a la mirada de los pastores vigilantes para disipar sus temores y dar a conocer su misión. A medida que la luz del ángel los rodea, la gloria descansa sobre ellos y se fortalecen para soportar la mayor luz y gloria que acompaña a las miríadas de ángeles celestiales. “Y aconteció que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Vayamos ahora hasta Belén, y veamos esto que ha acontecido, que el Señor ha dado a conocer a a nosotros.

[19] Y vinieron de prisa, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en un pesebre, y cuando lo vieron, dieron a conocer lo que les había sido dicho acerca de este niño. Y todos los que lo oían, se maravillaban de las cosas que les decían los pastores. Pero María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón. Y los pastores volvieron, glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como les había sido dicho .”

Los pastores están llenos de gozo, y cuando la brillante gloria desaparece y los ángeles regresan al cielo, todos resplandecen con las buenas nuevas y se apresuran en busca del Salvador. Ellos encuentran el

niño Redentor, como habían testificado los mensajeros celestiales, envuelto en pañales, y acostado en los estrechos confines de un pesebre.

Los acontecimientos que acababan de ocurrir han dejado impresiones indelebles en sus mentes y corazones, y están llenos de asombro, amor y gratitud por la gran condescendencia de Dios hacia el hombre al enviar a su Hijo al mundo. Los pastores difundieron las gozosas nuevas por todas partes, de la maravillosa gloria que habían visto, y las alabanzas celestiales que habían oído de labios de la hueste celestial.

El Rey de gloria se inclinó para tomar a la humanidad; y los ángeles, que habían presenciado su esplendor en las cortes celestiales, mientras era adorado por todas las huestes celestiales, se desilusionaron al encontrar a su divino Comandante en una posición de tan gran humillación.

Los judíos se habían separado tanto de Dios por sus malas obras, que los ángeles no podían comunicarles las nuevas de la venida del Redentor infante. Dios elige a los sabios de [20] Oriente para hacer su voluntad.

“Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, he aquí unos magos vinieron del oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarlo. Estos hombres no eran judíos; pero habían estado esperando al Mesías predicho. Habían estudiado profecía y sabían que se acercaba el tiempo en que Cristo vendría; y esperaban ansiosamente alguna señal de este gran acontecimiento, para estar entre los primeros en dar la bienvenida al Rey celestial infante y adorarlo. Estos sabios eran filósofos y habían estudiado las obras de Dios en la naturaleza.

En las maravillas de los cielos, en las glorias del sol, la luna y las estrellas, trazaron el dedo de Dios. No eran idólatras. Estaban a la altura de la tenue luz que brillaba sobre ellos. Estos hombres eran considerados por los judíos como paganos; pero eran más puros a la vista de Dios que los judíos que habían sido privilegiados con gran luz, y que hicieron profesiones exaltadas, pero no vivieron a la altura de la luz que Dios les había dado. Estos sabios habían visto los cielos iluminados con luz, que envolvía a la hueste celestial que anunciaba el advenimiento de Cristo a los humildes pastores. Y después de que los ángeles regresaron al cielo, apareció una estrella luminosa y se demoró en los cielos.

Esta luz era un grupo distante de ángeles llameantes, que parecían una estrella luminosa. La apariencia inusual de la estrella grande y brillante que nunca antes habían visto, colgando como una señal en los cielos, atrajo su atención. No tuvieron el privilegio de escuchar [21] la proclamación de los ángeles a los pastores. Pero el Espíritu de Dios los movió a buscar a este Visitante celestial a un mundo caído. Los reyes magos dirigieron su camino hacia donde la estrella parecía llevarlos. Y cuando se acercaron a la ciudad de Jerusalén, la estrella quedó envuelta en tinieblas y ya no los guiaba. Ellos razonaron que los judíos no podían ignorar el gran evento del advenimiento del Mesías, e hicieron averiguaciones en las cercanías de Jerusalén.

Los magos se sorprenden al ver que no hay un interés inusual en el tema de la venida del Mesías. Temen que después de todo no hayan leído correctamente las profecías. La incertidumbre nubla sus mentes y se vuelven ansiosos. Oyen a los sacerdotes repetir y hacer cumplir sus tradiciones, y exponer la ley, y exaltar su religión y su propia piedad. Señalan sus filacterias y los bordes de sus vestidos, en los que están inscritos los preceptos de la ley y sus tradiciones, como evidencias de su devoción, mientras denuncian a los romanos y a los griegos como paganos y pecadores sobre todos los hombres. Los sabios salen de Jerusalén no tan confiados y esperanzados como cuando entraron. Se maravillan de que los judíos no estén interesados ni gozosos ante la perspectiva de este gran acontecimiento del advenimiento de Cristo.

Las iglesias de nuestro tiempo buscan el engrandecimiento mundano y no están dispuestas a ver la luz de las profecías y recibir las evidencias de su cumplimiento, que muestran que Cristo vendrá pronto, como lo estaban los judíos en referencia a su primera aparición. Buscaban el reinado temporal y triunfante del Mesías [22] en Jerusalén. Los cristianos profesos de nuestro tiempo esperan la prosperidad temporal de la iglesia, en la conversión del mundo y el disfrute del milenio temporal.

Los sabios declararon claramente su cometido. Iban en busca de Jesús, el rey de los judíos, porque habían visto su estrella en el oriente y habían venido a adorarlo.

La ciudad de Jerusalén se conmovió mucho por las palabras de los sabios. La noticia fue llevada de inmediato a

Herodes. Estaba sumamente preocupado, pero disimuló el desconcierto y recibió a los hombres con aparente cortesía.

El advenimiento de Cristo fue el evento más grande que había tenido lugar desde la creación del mundo. El nacimiento de Cristo, que dio alegría a los ángeles del cielo, no fue bien recibido por los poderes reales del mundo. La sospecha y la envidia se despertaron en el rey Herodes, y su malvado corazón estaba planeando sus oscuros propósitos para el futuro. Los judíos manifestaron una estúpida indiferencia ante la historia de los sabios. Pero Herodes está intensamente interesado y emocionado. Convoca a los escribas y a los principales sacerdotes, y los exhorta a investigar cuidadosamente la historia profética y decirle dónde nacerá el niño rey. La indiferencia negligente y la aparente ignorancia de los escribas y los principales sacerdotes, cuando recurren a sus libros en busca de las palabras de la profecía, irritan al rey plenamente despierto. Piensa que están tratando de ocultarle los hechos reales con respecto al nacimiento del Mesías. Autoritariamente les ordena que hagan una búsqueda minuciosa en relación con su rey esperado.

“Y habiendo reunido a todos los principales sacerdotes y escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer Cristo. Y ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está [23] escrito por el profeta: Y tú, Belén, en la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un Gobernador, que regirá a mi pueblo Israel. Entonces Herodes, después de haber llamado en secreto a los magos, les preguntó diligentemente a qué hora apareció la estrella. Y los envió a Belén, y dijo: Id y buscad con diligencia al niño; y cuando lo halléis, avísame para que yo también vaya y le adore.

Aunque Herodes recibió a los magos con aparente respeto, sin embargo, la insinuación por parte de ellos del nacimiento de un rey para reinar en Jerusalén, excitó su envidia y odio contra el niño que pensó que podría ser su rival, y empujarlo a él o a sus descendientes. del trono Una tormenta de oposición y furia satánica se apoderó de Herodes, y decidió destruir a este rey infante. Sin embargo, se mostró tranquilo y solicitó una entrevista privada con los sabios. Luego preguntó en particular la hora exacta en que apareció la estrella. Aparentemente saludó con alegría la suposición del nacimiento de Cristo, expresando el deseo de ser informado de inmediato por los magos, para que él pudiera estar entre los primeros en mostrarle verdadero honor al

adorándolo también. Los magos no pudieron leer el corazón del tirano Herodes; pero Dios, que está familiarizado con cada emoción del alma, con las intenciones y propósitos del corazón, no fue engañado por sus pretensiones hipócritas. Su poder protegerá y preservará al precioso infante Salvador de las artimañas de Satanás, hasta que se cumpla su misión en la tierra. “Cuando oyeron al rey, [24] se fueron; y mira! la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo sobre donde estaba el niño. Cuando vieron la estrella, se regocijaron con un gozo muy

Después de que los magos hubieron salido de Jerusalén, volvieron a ver, con gran gozo, la estrella guía en los cielos, que los dirigía al lugar de nacimiento de nuestro Salvador. “Y cuando entraron en la casa, vieron al niño con María su madre, y se postraron y lo adoraron. Y cuando hubieron abierto sus tesoros, le presentaron presentes; oro, incienso y mirra”. Los magos no encontraron guardia leal que les impidiera la entrada a la presencia de Cristo. Los honorables del mundo no están presentes. En lugar de las personas que deberían haber acogido con agradecido homenaje al Príncipe de la Vida, él está rodeado de bestias mudas.

La gloria de Dios acompañando a la hueste angélica apenas había desaparecido de las llanuras de Belén cuando la malicia del envidioso Herodes se encendió en oposición al Salvador infante. Este rey entendió que Cristo iba a reinar sobre un reino temporal, y estaba totalmente en contra de la idea de un rey judío. Los principales sacerdotes y escribas habían profesado entender las profecías en referencia a la aparición de Cristo. Habían repetido al pueblo las profecías que se refieren a la segunda aparición de Cristo en poder y gran gloria, para derribar toda autoridad y gobernar sobre toda la tierra. Habían afirmado de manera jactanciosa y resentida que Cristo sería un príncipe temporal y que todo reino y nación se sometería a su autoridad.

[25] Estos sacerdotes no habían escudriñado las profecías con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios, o con el deseo de conformar sus vidas a la alta norma señalada por los profetas. Escudriñaron las Escrituras para encontrar profecías antiguas que pudieran interpretar de alguna manera para sustentar su alto orgullo y mostrar con qué desprecio Dios miraba a todas las naciones del mundo excepto a los judíos. Declararon que el poder y la autoridad que entonces estaban obligados a respetar y

obedecer, pronto llegaría a su fin; porque el Mesías tomaría el trono de David y, por la fuerza de las armas, restauraría a los judíos a su libertad ya sus exaltados privilegios. El entendimiento de los judíos se oscureció. No tenían luz en sí mismos. Estaban viendo las profecías a través de su propio entendimiento perverso. Satanás los estaba conduciendo a su propia ruina. Y Herodes estaba decidido a frustrar los propósitos de los judíos, y humillar a estos jactanciosos orgullosos, destruyendo a Cristo tan pronto como fuera hallado.

Una vez cumplida la misión de los magos, se proponían regresar y llevarle a Herodes la feliz noticia del éxito de su viaje. Pero Dios envió a su ángel en la noche para cambiar el rumbo de los magos. En una visión de la noche se les dijo claramente que no volvieran a Herodes. Ellos obedecieron la visión celestial. “Y siendo advertidos por Dios en sueños que no volvieran a Herodes, se fueron a su tierra por otro camino. Y cuando se habían ido, he aquí el ángel del Señor se apareció a José en un sueño, diciendo: Levántate, y toma al niño ya su madre, y huye a Egipto, y quédate allí hasta que yo te diga; porque Herodes buscará al niño para destruirlo. Cuando [26] se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto”.

El Señor movió a los magos para que fueran en busca de Jesús, y les dirigió una estrella. Esta estrella, dejándolos cerca de Jerusalén, los indujo a investigar en Judá; porque pensaban que no era posible que los principales sacerdotes y los escribas ignoraran este gran acontecimiento. La llegada de los magos hizo que toda la nación conociera el objeto de su viaje y dirigió su atención a los importantes acontecimientos que estaban ocurriendo. Dios bien sabía que el advenimiento de su Hijo a la tierra agitaría los poderes de las tinieblas. Satanás no quería que la luz viniera al mundo.

El ojo de Dios estaba sobre su Hijo en todo momento. El Señor había alimentado a su profeta Elías por un milagro durante un largo viaje. No podía obtener comida de ninguna otra fuente. Hizo llover maná del cielo para los hijos de Israel. El Señor proporcionó una manera para que José preservara su propia vida, y la vida de Jesús, y la de la madre, al huir a Egipto. Él proveyó para las necesidades de su viaje, y para su permanencia en Egipto, instando a los sabios del Oriente a que fueran en busca del Salvador infante, y lo dieran a luz.

ofrendas valiosas como muestra de honor. El Señor está familiarizado con los corazones de todos los hombres. Dirigió el curso de José hacia Egipto, para que allí pudiera encontrar un asilo de la ira de un rey tiránico, y la vida del Salvador infante fuera preservada. Los padres terrenales de Jesús eran pobres. Los regalos que les trajeron los sabios los sostuvieron mientras estaban en la tierra de los extraños.

[27] Herodes esperó ansiosamente el regreso de los magos; porque estaba impaciente por llevar a cabo su propósito determinado de destruir al niño Rey de Israel. Después de haber esperado mucho tiempo por el conocimiento que deseaba, temía que su propósito pudiera verse frustrado. Razonó así: ¿Podrían esos hombres haber leído el acto oscuro que él premeditó? ¿Podrían haber entendido su diseño y evitarlo deliberadamente? Esto pensó que era un insulto y una burla. Su impaciencia, envidia y odio aumentaron. Fue incitado por su padre, el diablo, a buscar el cumplimiento de su propósito mediante un acto de lo más cruel. Si fallara en llevar a cabo su intención asesina por pretexto y sutileza, con poder y autoridad infundiría terror en los corazones de todos los judíos. Deberían tener un ejemplo de lo que su rey encontraría, si buscaran colocar a uno en el trono de Jerusalén.

Y aquí había una oportunidad favorable para humillar el orgullo de los judíos y traer sobre ellos una calamidad que los desalentaría en su ambición de tener un gobierno separado y convertirse en la gloria de toda la tierra, como se habían jactado con orgullo. Herodes emitió una proclama a un gran cuerpo de soldados, cuyos corazones estaban endurecidos por el crimen, la guerra y el derramamiento de sangre, para que recorrieran Belén y todas sus costas, y masacraran a todos los niños menores de dos años. Herodes se propuso en este acto cruel lograr un doble propósito: primero, ejercer, mediante este acto audaz, su poder y autoridad sobre los judíos; y, segundo, para silenciar sus orgullosas jactancias con respecto a su rey, y también asegurar su propio reino, asesinando al infante príncipe a quien envidiaba y temía. Esta cruel obra fue cumplida. La espada de los soldados insensibles llevó [28] destrucción por todas partes. El horror y la angustia de los padres estaban más allá de toda descripción. Los lamentos de las madres afligidas, mientras estrechaban a sus bebés moribundos contra sus pechos, se elevaban por encima de las groseras bromas e imprecaciones de los soldados, mientras clamaban al cielo por venganza contra el rey tirano.

Toda esta terrible calamidad fue sufrida por Dios, para humillar el orgullo de la nación judía. Sus crímenes y maldades habían sido tan grandes que el Señor permitió que el malvado Herodes los castigara así. Si hubieran sido menos jactanciosos y ambiciosos, sus vidas puras, sus hábitos sencillos y sinceros, Dios los habría preservado de ser humillados y afligidos así por sus enemigos. Dios, de una manera señalada, habría hecho inofensiva la ira del rey para su pueblo, si hubiera sido fiel y perfecto delante de él. Pero no podía trabajar especialmente para ellos, porque él aborrecía sus obras.

Los judíos habían excitado la envidia y el odio de Herodes contra Cristo, a través de su falsa interpretación de los profetas. Enseñaron que Cristo iba a reinar sobre un imperio terrenal, en gloria insuperable. Su jactancia orgullosa presentaba al Salvador del mundo y su misión en la tierra, todo bajo una luz falsa. Sus ideas elevadas y su orgullosa jactancia no resultaron como Satanás se había propuesto al principio, en la destrucción del Salvador infante, sino que rebotaron sobre ellos mismos, llenando sus hogares de luto. Jeremías, en visión profética, dice: "En Rama se oyó una voz, lamento y llanto, y gran lamento, Raquel que lloraba por sus hijos, y no quería ser consolada, porque ya no están". Pero Herodes no sobrevivió mucho tiempo a su cruel obra. Murió una muerte espantosa.

Se vio obligado a ceder ante un poder que no podía apartar o [29] superar.

Después de que Herodes fue cortado de la tierra, el ángel volvió a advertir a José que regresara a la tierra de Israel. Estaba deseoso de hacer su hogar en Judá o Belén; pero cuando oyó que el hijo del tiránico Herodes reinaba en el trono de su padre, temió que los propósitos del padre pudieran ser llevados a cabo por el hijo al asesinar a Cristo. Mientras estaba en su perplejidad, sin saber dónde ubicarse, el Señor, a través de su ángel, nuevamente seleccionó para él un lugar seguro. "Y vino y habitó en una ciudad llamada Nazaret; para que se cumpliera lo dicho por los profetas: Será llamado nazareno."

Esta fue la recepción que tuvo el Salvador cuando vino a un mundo caído. Dejó su hogar celestial, su majestad, sus riquezas y su alto mando, y asumió la naturaleza humana para poder salvar a la raza caída. En lugar de que los hombres glorificaran a Dios por el honor que les había conferido al enviar así a su Hijo en la semejanza de

carne pecaminosa, al darle un lugar en sus afectos, parecía no haber descanso ni seguridad para el niño Salvador. Jehová no podía confiar a los habitantes del mundo a su Hijo, quien vino al mundo para que mediante su poder divino pudiera redimir al hombre caído. El que vino a dar vida al hombre, encontró, de los mismos que vino a beneficiar, insultar, odiar y abusar. Dios no podía confiar a su Hijo amado con los hombres mientras realizaba su obra benévola para su salvación y exaltación final a su propio trono. Envío ángeles para asistir a su Hijo y preservar su vida, hasta que se cumpliera su misión en la tierra, y muriera a manos de los mismos hombres que él vino a salvar.

Capítulo 2—La vida de Cristo

[30]

Desde su niñez, Jesús conformó su vida estrictamente a las leyes judías. Manifestó una gran sabiduría en su juventud. La gracia y el poder de Dios estaban sobre él. La palabra del Señor, por boca del profeta Isaías, describe el oficio y la obra de Cristo, y muestra el cuidado protector de Dios sobre su Hijo en su misión en la tierra, para que el odio implacable de los hombres, inspirado por Satanás, sea no se les permitirá frustrar el diseño del gran plan de salvación.

“He aquí mi siervo, a quien yo sostendré; mi escogido, en quien mi alma se complace; He puesto mi Espíritu sobre él. traerá juicio a los gentiles. No clamará, ni se levantará, ni hará oír su voz en la calle. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pabilo que humea. El traerá el juicio a la verdad. No se cansará ni se desanimará, hasta que haya puesto juicio en la tierra.”

La voz de Cristo no se oía en la calle, en ruidosa contienda con los que se oponían a su doctrina. Ni se oyó su voz en la calle en oración a su Padre, para ser oída de los hombres. Su voz no se escuchó en alegría gozosa. Su voz no se elevó para exaltarse a sí mismo y ganarse el aplauso y la adulación de los hombres. Cuando se dedicaba a enseñar, apartaba a sus discípulos del ruido y la confusión de la bulliciosa ciudad a algún lugar retirado más en armonía con las lecciones de humildad, piedad y virtud que él [31] quería grabar en sus mentes. Rehuyó los elogios humanos y prefirió la soledad y el retiro pacífico al ruido y la confusión de la vida mortal. Su voz se oía a menudo con fervor, prevaleciendo en las súplicas a su Padre; sin embargo, para estos ejercicios escogió la montaña solitaria, y con frecuencia pasaba noches enteras en oración pidiendo fortaleza para sostenerlo bajo las tentaciones que enfrentaría, y para llevar a cabo la importante obra que vino a hacer para la salvación del hombre. Sus peticiones eran fervientes y se mezclaban con fuertes gritos y lágrimas. Y a pesar del trabajo del alma durante la noche, no cesó su trabajo durante el día. Por la mañana reanudaba tranquilamente su

obra de misericordia y benevolencia desinteresada. La vida de Cristo contrastaba marcadamente con la de los judíos, y precisamente por eso querían destruirlo.

Los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos amaban orar en los lugares más públicos; no sólo en las sinagogas llenas de gente, sino en las esquinas de las calles, para que pudieran ser vistos por los hombres y alabados por su devoción y piedad. Sus actos de caridad se hacían de la manera más pública y con el propósito de llamar la atención de la gente sobre sí mismos. En verdad, sus voces se escuchaban en las calles, no sólo al exaltarse a sí mismos, sino también en la contienda con los que diferían de ellos en doctrina. Eran resentidos e implacables, orgullosos, altivos e intolerantes. El Señor, a través de su fiel profeta, muestra la vida de Cristo en marcado contraste con los hipócritas jefes de los sacerdotes, escribas y fariseos.

Los padres de Jesús visitaban anualmente Jerusalén, de acuerdo con la ley judía. Su hijo, Jesús, entonces de doce años, los acompañaba [32]. Al regresar a su hogar, después de haber andado un día de camino, se despertó su ansiedad, ya que extrañaban a Jesús. No se le había visto desde que salieron de Jerusalén. Supusieron que estaba en la empresa. Se indagó y buscó entre sus conocidos y parientes a su amado hijo; pero no se pudo encontrar ningún rastro de él. Se apresuraron a regresar a Jerusalén, con el corazón lleno de tristeza. Por un día de abandono perdieron a su hijo, Jesús, de su compañía, lo que les costó tres días de búsqueda ansiosa, con corazones afligidos, antes de encontrarlo. Esto debería ser una lección para aquellos que están siguiendo a Cristo. Si descuidan la vigilancia y la oración, y se vuelven descuidados, pueden, en un día, perder a Cristo; pero pueden pasar muchos días de búsqueda ansiosa y dolorosa para encontrarlo de nuevo y disfrutar de la paz mental y el consuelo de su gracia que perdieron por hablar vanamente, bromear, bromear y hablar mal, o incluso por descuidar la oración.

“Y aconteció que después de tres días lo hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que le oían se asombraban de su entendimiento y de sus respuestas. Y cuando lo vieron, se asombraron; y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? he aquí, tu padre y yo te hemos buscado con tristeza. Y él les dijo: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo

debe estar en los negocios de mi Padre? Y ellos no entendieron las palabras que les habló. Y descendió con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto; pero su madre guardaba todas estas palabras en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría [33] y en estatura, y en el favor de Dios y de los hombres.”

Los doctores y expositores de la ley siempre enseñaban al pueblo públicamente en ocasiones especiales. Fue en una de estas ocasiones que Jesús dio pruebas manifiestas de sabiduría superior, penetración y juicio maduro. La gente estaba más sorprendida porque los padres de Cristo eran pobres y él no había recibido las ventajas de la educación. La pregunta pasaba de boca en boca: ¿De dónde tiene este joven tanta sabiduría, sin haber aprendido nunca? Mientras los padres de Cristo lo buscaban, vieron un gran número de personas que acudían al templo; y al entrar, la conocida voz de su hijo llamó su atención. No pudieron verlo por la multitud; pero sabían que no se equivocaban, porque no había voz como la suya, marcada con melodía solemne. Los padres contemplaron asombrados la escena. Su hijo, en medio de la tumba y de los doctores y escribas eruditos, daba pruebas de un conocimiento superior con sus preguntas y respuestas discretas. Sus padres se alegraron de verlo así honrado. Pero la madre no podía olvidar el dolor y la ansiedad que había sufrido a causa de su permanencia en Jerusalén, y ella, en forma de reproche, preguntó por qué los había tratado así, contándoles sus temores y penas por

Jesús dijo: “¿Cómo es que me buscabais?” Esta pregunta directa los llevaría a ver que si hubieran sido conscientes de su deber, no habrían salido de Jerusalén sin él. Luego agrega: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” Mientras ellos habían sido despreocupados del cargo de responsabilidad que les había sido confiado, Jesús [34] estaba ocupado en la obra de su Padre. María sabía que Cristo no se refería a su padre terrestre, José, sino a Jehová. Ella puso estas cosas en su corazón y se benefició de ellas.

Al regresar de Jerusalén con la multitud, hablar y visitar ocuparon sus mentes, y Jesús fue olvidado por un día entero. Su ausencia no se observó hasta el cierre del día. José y María habían sido honrados por Dios de manera especial, al confiarles el cargo responsable del Salvador. Los ángeles habían anunciado su nacimiento a los pastores, y Dios había dirigido el curso de Jos

para preservar la vida del Salvador infante. Pero la confusión de mucho hablar había llevado al descuido de su cometido sagrado, y Jesús no fue recordado durante todo un día, por aquellos que no deberían haberlo olvidado ni por un momento. Regresaron a su cansado camino, tristes y temerosos, a Jerusalén. Recordaron la terrible masacre de niños inocentes por parte del cruel Herodes con la esperanza de destruir al rey de Israel. Cuando su ansiedad se alivió al encontrar a Jesús, no reconocieron su propio descuido del deber, sino que sus palabras se reflejaron en Cristo: "¿Por qué nos has tratado así? he aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia." Jesús, en el lenguaje más respetuoso, pregunta: "¿Cómo es que me buscabais?" Pero estas palabras reflejan modestamente la censura sobre ellos mismos, al recordarles que, si no se hubieran dejado enredar en asuntos sin especial importancia, no se habrían tomado la molestia de buscarlo. Luego justifica su conducta: "¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" Mientras él estaba ocupado en [35] la obra que vino a realizar a la tierra, ellos habían descuidado la obra que su Padre les había encomendado especialmente. No podían comprender completamente las palabras de Cristo; sin embargo, María, en gran medida, entendió su importancia y las guardó en su corazón para reflexionar sobre ellas en el futuro.

Era tan natural para los padres de Cristo considerarlo como su propio hijo, como los padres comúnmente consideran a sus hijos, que estaban en peligro de perder la preciosa bendición que los acompañaba diariamente en la presencia de Jesús, el redentor del mundo. Como Cristo estaba diariamente con ellos, su vida en muchos aspectos como otros hijos, era difícil mantener ante ellos su sagrada misión, y la bendición diaria de haber encomendado a su cargo y cuidado paternal, por un tiempo, al Hijo de Dios, cuya divinidad fue velada con humildad. Su permanencia en Jerusalén fue designada por él como un suave recordatorio para ellos de su deber, para que no se volvieran más indiferentes y perdieran el sentido del gran favor que Dios les había conferido .

Ningún acto en la vida de Cristo fue sin importancia. Cada evento de su vida fue para el beneficio de sus seguidores en el futuro. Esta circunstancia de la permanencia de Cristo en Jerusalén enseña una importante lección a quienes deberían creer en él. Muchos habían venido desde muy lejos para celebrar la pascua, instituidos para que los hebreos pudieran celeb

en memoria de su maravillosa liberación de Egipto. Esta ordenanza fue diseñada para apartar sus mentes de sus intereses de amor al mundo, y de sus preocupaciones y ansiedades en relación con las preocupaciones temporales, y para revisar las obras de Dios. Debían recordarles sus milagros, sus misericordias y bondad amorosa, para que su amor y reverencia por él aumentaran, y los llevara a mirarlo [36] siempre, y a confiar en él en todas sus pruebas, y no volverse a otros dioses.

La observancia de la pascua poseía un interés triste para el Hijo de Dios. Vio en el cordero inmolado un símbolo de su propia muerte. Se instruyó a las personas que celebraban esta ordenanza a asociar el sacrificio del cordero con la futura muerte del Hijo de Dios. La sangre, que marcaba los postes de las puertas de sus casas, era el símbolo de la sangre de Cristo que había de ser eficaz para el creyente pecador, para limpiarlo del pecado y protegerlo de la ira de Dios que había de venir sobre el mundo impenitente e incrédulo, cuando la ira de Dios cayó sobre los egipcios. Pero nadie podría ser beneficiado por esta provisión especial hecha por Dios para la salvación del hombre a menos que realicen la obra que el Señor les encomendó. Tenían una parte para actuar ellos mismos, y por sus actos para manifestar su fe en la provisión hecha para su salvación.

Jesús estaba familiarizado con los corazones. Sabía que, cuando la multitud regresara en compañía de Jerusalén, habría muchas conversaciones y visitas que no estarían sazonadas con humildad y gracia, y el Mesías y su misión serían casi olvidados. Fue su elección regresar de Jerusalén solo con sus padres; porque al estar jubilados, su padre y su madre tendrían más tiempo para reflexionar y meditar sobre las profecías que se referían a sus futuros sufrimientos y muerte. No quiso que los acontecimientos dolorosos que iban a experimentar al ofrecer su vida por los pecados del mundo, fueran nuevos e inesperados para ellos. Se separó de ellos a su regreso de Jerusalén. Después de la celebración de la pascua, lo buscaron afligidos durante tres días. Cuando fuera [37] inmolado por los pecados del mundo, sería separado de ellos, perdido para ellos, durante tres días. Pero después de eso, se les revelaría y sería hallado por ellos, y su fe descansaría en él como el redentor de la raza caída, el abogado ante el Padre en favor de ellos.

Aquí hay una lección de instrucción para todos los seguidores de Cristo. Diseñó que ninguna de estas lecciones se pierda, sino que se escriba para el beneficio de las generaciones futuras. Hay necesidad de cuidado de palabras y acciones cuando los cristianos se asocian, no sea que Jesús se olvide de ellos, y pasen sin importar el hecho de que Jesús no está entre ellos. Cuando son despertados a su condición, descubren que han caminado sin la presencia de Aquel que podría dar paz y alegría a sus corazones, y los días están ocupados en volver y buscar a Aquel a quien deberían haber retenido con ellos en todo momento. Jesús no se encontrará en compañía de los que descuidan su presencia, y que entablan una conversación sin tener referencia a su Redentor, en quien profesan tener centradas sus esperanzas de vida eterna. Jesús evita la compañía de los tales, así también los ángeles que cumplen sus mandatos. Estos mensajeros celestiales no se sienten atraídos por la multitud donde las mentes se desvían de las cosas celestiales. Estos espíritus puros y santos no pueden permanecer en la compañía donde no se desea y anima la presencia de Jesús, y no se nota su ausencia. Por eso existe gran luto, pena y desánimo. Por falta de meditación, vigilancia y oración, han perdido todo lo que es valioso. Los rayos divinos [38] de luz que emanan de Jesús no están con ellos, animándolos con su influencia amorosa y elevadora. Están envueltos en tinieblas, porque su espíritu descuidado e irreverente ha separado a Jesús de su compañía y ha expulsado de ellos a los ángeles ministradores.

Muchos de los que asisten a las reuniones de devoción, y han sido instruidos por los siervos de Dios, y han sido grandemente refrescados y bendecidos al buscar a Jesús, han regresado a sus hogares no mejor de como los dejaron, porque no sintieron la importancia de orar y velar. Ing allí, mientras regresaban a sus hogares. Con frecuencia se sienten inclinados a quejarse de los demás, porque se dan cuenta de su pérdida. Algunos murmuran contra Dios y no se reprochan a sí mismos como la causa de sus propias tinieblas y sufrimientos mentales. Estos no deben reflejarse en los demás. La culpa es de ellos mismos. Hablaron y bromearon, y despidieron al Huésped celestial, y ellos solo tienen la culpa. Es privilegio de todos retener a Jesús con ellos. Si hacen esto, sus palabras deben ser selectas, sazonadas con gracia. Los pensamientos de sus corazones deben ser disciplinados para meditar en las cosas celestiales y di

El amor de Dios, manifestado hacia el hombre caído en el don de su Hijo amado, asombró a los santos ángeles. "De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna." El Hijo era el resplandor de la gloria del Padre, y la imagen misma de su persona. Poseía excelencia y grandeza divina. Era igual a Dios. Agradó al Padre que en él habitase toda plenitud. Él "no consideró cosa a que aferrarse ser igual a Dios". Sin embargo, "se despojó a sí mismo, y tomó forma de siervo, hecho [39] semejante a los hombres. Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz."

En Cristo se unieron lo humano y lo divino. Su misión era reconciliar a Dios con el hombre, y al hombre con Dios. Su obra fue unir lo finito con lo Infinito. Esta era la única manera en que los hombres caídos podían ser exaltados, por los méritos de la sangre de Cristo, para ser partícipes de la naturaleza divina. El tomar la naturaleza humana capacitó a Cristo para comprender la naturaleza de las pruebas del hombre y todas las tentaciones que lo acosan. Los ángeles, que desconocían el pecado, no podían compadecerse del hombre en sus pruebas peculiares.

Antes de que Cristo dejara el Cielo y viniera al mundo a morir, era más alto que cualquiera de los ángeles. Era majestuoso y encantador. Pero cuando comenzó su ministerio, era apenas un poco más alto que el tamaño común de los hombres que entonces vivían sobre la tierra. Si hubiera venido entre los hombres con su forma noble y celestial, su apariencia exterior habría atraído las mentes de la gente hacia él, y habría sido recibido sin el ejercicio de la fe.

Estaba en el orden de Dios que Cristo tomara sobre sí la forma y la naturaleza del hombre caído, para que pudiera ser perfeccionado a través del sufrimiento, y él mismo soportara la fuerza de las feroces tentaciones de Satanás, para que pudiera saber cómo socorrer a aquellos que deberían estar tentado. La fe de los hombres en Cristo como el Mesías no debía descansar en las evidencias de la vista, y creen en él por sus atractivos personales, sino por la excelencia de carácter que se encuentra en él, que nunca se había encontrado ni podría ser. , en otro. Todos los que amaban la virtud, la pureza y la santidad serían atraídos [40] a Cristo y verían suficiente evidencia de que él es el Mesías predicho por la profecía que vendría. Los que así confiaron

en la palabra de Dios, recibiría los beneficios de las enseñanzas de Cristo, y finalmente de su expiación.

Cristo vino a llamar la atención de todos los hombres hacia su Padre, enseñándoles el arrepentimiento hacia Dios. Su obra fue reconciliar al hombre con Dios. Aunque Cristo no vino como se esperaba, vino tal como la profecía había señalado que vendría. Los que querían creer, tenían motivos suficientes para su fe al referirse a la profecía que predecía la venida del Justo y describía la manera de su venida.

La antigua iglesia judía era el pueblo muy favorecido de Dios sacado de Egipto y reconocido como su propio tesoro peculiar. Las muchas y sumamente grandes y preciosas promesas para ellos como pueblo, eran la esperanza y la confianza de la iglesia judía. En esto confiaron y creyeron segura su salvación. Ningún otro pueblo profesaba ser gobernado por los mandamientos de Dios. Nuestro Salvador vino primero a su propio pueblo, pero no lo recibieron.

Los judíos incrédulos y farisaicos esperaban que su Salvador y Rey vendría al mundo revestido de majestad y poder, obligando a todos los gentiles a obedecerle. No esperaban que se manifestara en él ninguna humillación y sufrimiento. No recibirían al manso y humilde Jesús, y no lo reconocerían como el Salvador del mundo. Si hubiera aparecido en esplendor y asumido la autoridad de los grandes hombres del mundo, en lugar de tomar la forma de un siervo, lo habrían recibido y adorado.

Capítulo 3—Vida y misión de Juan

[41]

Alrededor del tiempo del nacimiento de Juan, los judíos estaban en una condición deplorable. Y para contener la insurrección, se les permitió tener un gobierno separado, en nombre, mientras que los romanos prácticamente los gobernaban. Los judíos vieron que su poder y libertad estaban restringidos y que, en realidad, estaban bajo el yugo romano. Los romanos reclamaban el derecho de nombrar hombres para el sacerdocio y de removerlos de sus cargos a voluntad. Así se abrió una puerta para que el sacerdocio se corrompiera. Los sacerdotes, al no ser designados divinamente, abusaron de su oficio y fueron infieles en sus ministerios. Hombres de moral corrupta, con dinero e influencia, obtuvieron el favor de los que estaban en el poder y lograron llegar al sacerdocio. Todo el país sintió su opresión, y la revuelta y la disensión fueron el resultado de este estado de cosas.

Los judíos piadosos esperaban, creían y oraban fervientemente por la venida del Mesías. Dios no podía manifestar su gloria y poder a su pueblo a través de un sacerdocio corrupto. El tiempo fijado para favorecer a su pueblo había llegado. La fe de los judíos se había nublado, como consecuencia de su alejamiento de Dios. Muchos de los líderes del pueblo trajeron sus propias tradiciones y las impusieron a los judíos como mandamientos de Dios. Los judíos piadosos creyeron y confiaron en Dios que no dejaría a su pueblo en esta condición, para ser un reproche para los paganos. Él, en el pasado, [42] les había suscitado un libertador cuando en su angustia lo habían invocado. Por las predicciones de los profetas, pensaban que había llegado el tiempo señalado por Dios cuando vendría el Mesías. Y cuando él viniera, tendrían una clara revelación de la voluntad divina, y que sus doctrinas serían liberadas de las tradiciones y ceremonias innecesarias que habían confundido su fe. Los judíos piadosos y ancianos esperaron día y noche la venida del Mesías, orando para poder ver al Salvador antes de morir. Anhelaban ver disipada la nube de ignorancia e intolerancia de las mentes de la gente.

“Zacarías e Isabel eran ambos justos ante Dios y andaban irrepreensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor”. Estaban muy avanzados en años. Zacarías ministraba en el santo oficio del sacerdocio. “Y aconteció que mientras ejercía el oficio de sacerdote delante de Dios en el orden de su carrera, conforme a la costumbre del oficio de sacerdote, le tocó en suerte quemar incienso cuando entraba en el templo del Señor. Y toda la multitud del pueblo estaba afuera orando a la hora del incienso. Y se le apareció un ángel del Señor de pie al lado derecho del altar del incienso”.

Y cuando Zacarías vio al ángel de Dios, se sorprendió y se turbó. Esta alma concienzuda y temerosa de Dios cuestionó si él mismo había ofendido a Dios, y que este mensajero divino había venido a reprender, o en juicio, a condenar. El mensajero celestial lo animó con estas palabras: “No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada; y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y [43] tendrás gozo y alegría; y muchos se regocijarán en su nacimiento.

Porque será grande a los ojos del Señor, y no beberá vino ni sidra; y será lleno del Espíritu Santo.

Y hará volver al Señor su Dios a muchos de los hijos de Israel. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver el corazón de los padres hacia los hijos, y de los desobedientes a la sabiduría de los justos; preparar un pueblo preparado para el Señor”.

En las palabras anteriores, el ángel Gabriel ordenó a Zacarías que Juan fuera educado con hábitos estrictamente moderados. Esto fue para asegurarle salud física, mental y moral, para que estuviera capacitado para la importante misión de preparar un pueblo para el Señor. Para llevar a cabo esta gran obra, el Señor debe trabajar con él. El Espíritu de Dios estaría con Juan si fuera obediente al requerimiento del ángel.

Juan tenía ante sí una gran obra, y para que él tuviera una constitución física sólida y poder mental y moral para hacer esta obra, debía controlar el apetito y la pasión. Juan debía liderar como un reformador, y por su vida sobria y vestimenta sencilla, reprender los hábitos intemperantes y la extravagancia pecaminosa de la gente. La indulgencia del apetito en comida lujosa, y el uso del vino,

estaban disminuyendo la fuerza física y debilitando el intelecto, de modo que el crimen y los pecados graves no parecían pecaminosos. El ángel Gabriel dio instrucciones especiales a los padres de Juan con respecto a la templanza. Uno de los ángeles exaltados del trono de los cielos dio una lección sobre la reforma pro salud. Juan debía reformar a los hijos de Israel y convertirlos al Señor. Tenía la promesa de que Dios trabajaría [44] con él. Debía “volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el de los desobedientes hacia la sabiduría de los justos, a fin de preparar un pueblo preparado para el Señor”.

Juan era un representante del pueblo de Dios en los últimos días, a quien Dios ha encomendado verdades importantes y solemnes. El mundo en general es dado a la glotonería ya la indulgencia de las bajas pasiones. La luz de la reforma pro salud se abre ante el pueblo de Dios en este día, para que pueda ver la necesidad de mantener sus apetitos y pasiones bajo el control de las facultades superiores de la mente. Esto también es necesario, para que tengan fuerza mental y claridad, para discernir la cadena sagrada de la verdad, y apartarse de los errores hechizantes y las fábulas agradables, que están inundando el mundo. Su trabajo es presentar ante la gente la doctrina pura de la Biblia. Por lo tanto, la reforma pro salud encuentra su lugar en la obra preparatoria para la segunda aparición de Cristo.

Zacarías estaba tan asombrado por las palabras del ángel como por su apariencia. Tenía una opinión tan humilde de sí mismo que pensaba que no podía ser posible que fuera así honrado por el Señor. Él preguntó: ¿Por qué sabré esto? porque yo soy viejo, y mi mujer ya avanzada en años. Zacarías por un momento se olvidó del poder ilimitado de Dios, y que nada era imposible para él. No recordó el caso de Abraham y Sara, y el cumplimiento de la promesa de Dios para ellos.

Zacarías recibió una confirmación del mensaje del ángel: “He aquí, serás mudo, y no podrás hablar, hasta el día en que estas cosas sean hechas, por cuanto no creíste mis palabras [45] las cuales se cumplirán en su tiempo. .” Pronto se dio cuenta de la veracidad de la misión divina. Tan pronto como el ángel partió, se quedó mudo.

El oficio particular de Zacarías era orar en nombre del pueblo, por el perdón de los pecados públicos y nacionales, y orar fervientemente por la venida del Salvador tan esperado en quien creían.

debe redimir a su pueblo. Cuando Zacharias intentó orar, no pudo pronunciar una palabra. El pueblo esperó mucho tiempo la aparición de Zacarías, para saber si Dios les había dado alguna señal visible de su aprobación. Comenzaron a temer por su larga demora que Dios había manifestado su desagrado. Cuando Zacarías salió del templo, su rostro resplandecía con la luz que el ángel celestial había reflejado sobre él. Pero no podía hablar con la gente. Les hizo señas de que un ángel se le había aparecido en el templo, y por su incredulidad fue privado del poder del habla, hasta que se cumpliera la predicción del ángel.

Poco después del nacimiento de Juan, “la lengua de Zacarías se soltó, y hablaba y alababa a Dios. Y vino temor sobre todos los que moraban alrededor de ellos; y todas estas palabras se difundieron por toda la región montañosa de Judea. Y todos los que las oían, las guardaban en sus corazones, diciendo: ¿Qué clase de niño será éste? Y la mano del Señor estaba con él; y su padre Zacarías fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó. Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu, y estuvo en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.”

El profeta Juan se separó de sus amigos y parientes, [46] e hizo su hogar en el desierto. Se negó a sí mismo las comodidades ordinarias de la vida. Su comida era sencilla. Su ropa era una prenda hecha de tela de pelo, ceñida a la cintura con un cinto de cuero. Sus padres lo habían dedicado de la manera más solemne a Dios desde su nacimiento.

La vida de Juan, aunque transcurrió en el desierto, no fue inactiva. Su separación de la sociedad no lo hizo melancólico y taciturno, ni tampoco fue irreconciliable con su vida solitaria de penurias y privaciones. Fue su elección aislarse de los lujos de la vida y de la sociedad depravada. El orgullo, la envidia, los celos y las pasiones corruptas parecían controlar los corazones de los hombres. Pero Juan estaba apartado de la influencia de estas cosas y, con ojo perspicaz y discernimiento maravilloso, leyó el carácter de los hombres. Vivía en el tranquilo retiro del desierto, y de vez en cuando se mezclaba en sociedad; pero no permanecería mucho tiempo donde la atmósfera moral parecía estar contaminada. Temía que la vista de sus ojos y el oído de sus oídos pervirtieran tanto su mente que perdiera el sentido de la pecaminosidad del pecado. Una gran obra es

era necesario que formara un carácter despreocupado por cualquier influencia circundante. Era necesario que sus condiciones físicas, mentales y morales fueran de ese tipo elevado y noble que lo calificaría para un trabajo que requería firmeza e integridad, que cuando apareciera entre los hombres pudiera iluminarlos y ser un instrumento para dar una nueva dirección a sus pensamientos, y despertarlos a la necesidad de formar caracteres justos.

Juan elevaría al pueblo a la norma de la perfección divina. Estudió las peculiaridades de las mentes, para saber cómo [47] adaptar sus instrucciones a la gente.

John no se sentía lo suficientemente fuerte para soportar la gran presión de la tentación que encontraría en la sociedad. Temía que su carácter fuera moldeado de acuerdo con las costumbres prevalecientes de los judíos, y escogió el desierto como su escuela, en la cual su mente podría ser debidamente educada y disciplinada con el gran libro de la naturaleza de Dios. En el desierto, Juan podía negarse a sí mismo más fácilmente y controlar su apetito, y vestirse de acuerdo con la sencillez natural. Y no había nada en el desierto que apartara su mente de la meditación y la oración. Satanás tuvo acceso a Juan, incluso después de haber cerrado todas las vías a su alcance por las que entraría. Pero sus hábitos de vida eran tan puros y naturales que podía discernir al enemigo, y tenía fuerza de espíritu y decisión de carácter para resistirlo.

El libro de la naturaleza estaba abierto ante Juan con su inagotable reserva de instrucción variada. Buscó el favor de Dios, y el Espíritu Santo descansó sobre él, y encendió en su corazón un celo ardiente para hacer la gran obra de llamar al pueblo al arrepentimiento ya una vida más elevada y santa. Juan se estaba capacitando, por las privaciones y penurias de su vida aislada, para controlar de tal manera todas sus facultades físicas y mentales que pudiera permanecer entre la gente tan indiferente a las circunstancias que lo rodeaban como las rocas y montañas del desierto que lo habían rodeado durante treinta años. años.

El estado de los asuntos públicos cuando comenzó la obra de Juan era inestable. La discordia y la insurrección prevalecían cuando la voz de Juan se elevó por primera vez, como el sonido de una trompeta que suena [48] desde el desierto, estremeciendo los corazones de todos los que escuchaban con un poder nuevo y extraño. Juan denunció sin miedo los pecados del pueblo, diciendo: "Arrepentíos; porque el reino de los cielos se ha acercado."

Multitudes respondieron a la voz del profeta y acudieron al desierto. Vieron, en la singular vestimenta y apariencia de este profeta, una semejanza con la descripción de los antiguos videntes, y prevaleció la opinión de que era uno de los profetas resucitados de entre los muertos.

El propósito de Juan era sobresaltar y despertar al pueblo, y hacerlo temblar a causa de su gran maldad. Con sencillez y sencillez señaló los errores y crímenes de los hombres.

Un poder acompañó sus palabras y, aunque la gente estaba renuente a escuchar la denuncia de sus vidas impías, no pudieron resistir sus palabras. No halagó a nadie; ni recibiría halagos de nadie. El pueblo, como de común acuerdo, acudía a él arrepentido y confesando sus pecados, y era bautizado por él en el Jordán.

Reyes y gobernantes vinieron al desierto para escuchar al profeta, y estaban interesados y profundamente convencidos cuando él señaló sin miedo sus pecados particulares. Su discernimiento de carácter y visión espiritual leyó los propósitos y corazones de aquellos que acudían a él, y les dijo sin temor, tanto a ricos como a pobres, a los honrados y a los humildes, que sin el arrepentimiento de sus pecados y una conversión completa, aunque pudieran pretender ser justos, no podrían gozar del favor de Dios, y tener parte en el reino del Mesías, cuya venida él anunció.

En el espíritu y con el poder de Elías, Juan denunció las [49] corrupciones de los judíos y alzó su voz para reprender sus pecados prevalecientes. Sus discursos eran sencillos, directos y convincentes.

Muchos se arrepintieron de sus pecados y, como prueba de su arrepentimiento, fueron bautizados por él en el Jordán. Esta fue la obra preparatoria para el ministerio de Cristo. Muchos fueron convencidos por las claras verdades pronunciadas por este fiel profeta; pero, al rechazar la luz, quedaron envueltos en una oscuridad más profunda, de modo que estuvieron completamente preparados para apartarse de las evidencias que acompañaban a Jesús, de que él era el verdadero Mesías.

Mientras Juan esperaba el ministerio y los milagros de Cristo, apeló a la gente, “diciendo: Arrepentíos; porque el reino de los cielos se ha acercado.” Tuvo éxito en su ministerio. Personas de todos los rangos, altos y bajos, ricos y pobres, se sometieron a los requisitos del profeta, como necesarios para ellos a fin de participar en el reino que vino a declarar. Muchos de los escribas y fariseos vinieron a

él, confesando sus pecados, y eran bautizados por él en el Jordán. Las confesiones hechas por los fariseos asombraron al profeta; porque se habían exaltado a sí mismos como mejores que otros hombres, y habían mantenido una alta opinión de su propia piedad y dignidad. Mientras buscaban obtener la remisión de sus pecados y revelaban los secretos de sus vidas, que habían estado ocultos a los ojos de los hombres, el profeta estaba asombrado. “Pero cuando vio que muchos de los fariseos y saduceos venían a su bautismo, les dijo: Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento. Y no penséis decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras.”

Toda la nación judía parecía estar afectada por la misión de Juan. Las amenazas de Dios a causa de sus pecados, repetidas por el profeta, los alarmaron por un tiempo. Juan sabía que abrigaban la idea de que, por ser de la simiente de Abraham, estaban firmemente establecidos en el favor de Dios, mientras que él aborrecía su curso de acción. Su conducta fue, en muchos aspectos, incluso peor que la de las naciones paganas a las que se sentían tan superiores. El profeta les presentó fielmente la capacidad de Dios para levantar a aquellos que tomarían su lugar y se convertirían en hijos más dignos de Abraham. Les dijo claramente que Dios no dependía de ellos para cumplir sus propósitos; porque él podía proporcionar caminos y medios independientes de ellos para llevar a cabo su gran obra que debía llevarse a cabo en pureza y rectitud.

Juan añade además: “Y ahora también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto, se corta y se echa en el fuego.” Les inculca que el valor del árbol se determina por el fruto que produce. Aunque un árbol pueda tener un nombre exaltado, sin embargo, si no produce fruto, o si su fruto es indigno de ese nombre, el nombre no servirá de nada para salvar al árbol de la destrucción. “De los espinos no se recogen higos, ni de la zarza se recogen uvas”.

El profeta de Dios quedó impresionado por el Espíritu Santo de que muchos de los fariseos y saduceos que pedían el bautismo no tenían verdaderas convicciones de sus pecados. Tenían motivos egoístas. Pensaron que si se hacían amigos del profeta, tendrían una [51] mejor oportunidad de ser favorecidos personalmente por el Príncipe venidero. en su

ceguera, creyeron que iba a establecer un reino temporal y otorgar honores y riquezas a sus súbditos.

Juan reprendió su orgullo egoísta y su avaricia. Les advirtió de su incredulidad y condenó su hipocresía. Les dijo que no habían cumplido las condiciones del pacto de su parte, que les daría derecho a las promesas que Dios hizo a un pueblo fiel y obediente. Su orgullosa jactancia de ser hijos de Abraham no los hizo realmente tales. Sus exhibiciones de orgullo, su arrogancia, celos, egoísmo y crueldad, marcaron su carácter como una generación de víboras, en lugar de los hijos del obediente y justo Abraham. Sus malas obras los habían descalificado para reclamar las promesas que Dios hizo a los hijos de Abraham. Juan les aseguró que Dios levantaría hijos a Abraham de las mismas piedras, a quienes pudiera cumplir su promesa, en lugar de depender de los hijos naturales de Abraham que habían descuidado la luz que Dios les había dado y se habían endurecido por el egoísmo, ambición y perversa incredulidad. Les dijo que si realmente fueran hijos de Abraham, harían las obras de su padre Abraham. Tendrían la fe, el amor y la obediencia de Abraham. Pero no dieron este fruto. No tenían derecho a Abraham como su padre, o las promesas que Dios hizo a la simiente de Abraham. “Todo árbol que no da buen fruto, se corta y se echa en el fuego”.

Mientras profesaban ser el pueblo que guardaba los mandamientos de Dios, sus obras negaban su fe, y sin un verdadero arrepentimiento [52] de sus pecados, no tendrían parte en el reino de Cristo.

La justicia, la benevolencia, la misericordia y el amor de Dios caracterizarían la vida de su pueblo observador de los mandamientos. A menos que estos frutos se vieran en su vida diaria, toda su profesión no tenía más valor que la paja que se dedicaría al fuego de la destrucción.

Los judíos se habían engañado a sí mismos al interpretar mal las palabras del Señor a través de sus profetas, de su eterno favor a su pueblo Israel.

“Así ha dicho Jehová, que da el sol para luz del día, y las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche, que parte el mar y braman sus olas; Jehová de los ejércitos es su nombre: Si estas leyes faltaren delante de mí, dice Jehová, también la descendencia de Israel faltará para no ser nación delante de mí para siempre. Así dice el Señor: Si los cielos de arriba pueden ser

medidos, y explorados los cimientos de la tierra abajo, también desearé toda la descendencia de Israel por todo lo que hicieron, dice Jehová.” [Jeremías 31:35-37](#).

Estas palabras los judíos se las aplicaron a sí mismos. Y debido a que Dios les había mostrado tan gran favor y misericordia, se jactaban de que, a pesar de sus pecados e iniquidades, todavía los retendría como su pueblo favorecido y derramaría bendiciones especiales sobre ellos. Aplicaron mal las palabras de Jeremías y dependieron para su salvación de ser llamados hijos de Abraham. Si en verdad hubieran sido dignos del nombre de hijos de Abraham, habrían seguido el ejemplo justo de su padre Abraham y habrían hecho las obras de Abraham.

Este ha sido el peligro del pueblo de Dios en todas las épocas; y especialmente es este el peligro de aquellos que viven cerca del fin de los tiempos. [53] Somos citados por el apóstol a la incredulidad, ceguera, rebelión y pecados repetidos de los hebreos, como una advertencia. Pablo declara claramente que “todas estas cosas les sucedieron por ejemplo; y están escritas para nuestra amonestación, sobre quienes ha llegado el fin del mundo .” Si, en estos últimos días de peligro, para animar a las personas en puestos de responsabilidad, Dios en su misericordia les da un testimonio de favor, con frecuencia se enaltecen y pierden de vista sus fragilidades y debilidades, y confían en su propio juicio. halagándose de que Dios no puede realizar su obra sin su ayuda especial. Confían en su propia sabiduría; y el Señor les permite, por un tiempo, aparentemente prosperar, para revelar la debilidad y la locura del corazón natural. Pero el Señor, a su tiempo y a su manera, derribará el orgullo y la necedad de estos engañados , y les mostrará su verdadera condición. Si aceptan la humillación, y por medio de la confesión y el arrepentimiento sincero, se vuelven al Señor, perfeccionando la santidad en el temor de Dios, él renovará su amor por ellos. Pero si cierran los ojos a sus propios pecados, como lo hicieron los judíos, y eligen sus propios caminos, el Señor los entregará a la ceguera de mente y a la dureza de corazón para que no puedan discernir las cosas del Espíritu de Dios.

Dios no puede hacer mucho por el hombre, porque malinterpreta sus bendiciones y concluye que es favorecido por alguna bondad en sí mismo. No es seguro hablar en alabanza de los mortales; porque no pueden soportarlo. Satanás tiene la obra especial que hacer de halagar a los pobres

almas, y no necesita la ayuda de los siervos del Señor en este asunto.

[54] Cuán pocos se dan cuenta de la debilidad de la naturaleza humana y la sutileza de Satanás. Muchos en estos últimos días se están preparando para la aflicción y el dolor, o para la completa separación del favor de Dios, a causa de su orgullo y fariseísmo. Caerán por la exaltación propia.

El profeta Juan inculcó al pueblo la necesidad de que su profesión fuera acompañada de buenas obras. Sus palabras y acciones serían su fruto y determinarían el carácter del árbol. Si sus obras fueran malas, la verdad de Dios testificaría contra ellos. Dios de ninguna manera excusaría el pecado en un pueblo que había sido iluminado, incluso si él, en sus días de fidelidad y pureza, los hubiera amado y les hubiera dado promesas especiales. Estas promesas y bendiciones siempre fueron bajo la condición de obediencia de su parte.

El Señor pronunció, por boca de Moisés, bendiciones sobre los obedientes y maldiciones sobre los desobedientes. “No os haréis ídolos”, fue el mandato de Dios. “Guardaréis mis días de reposo y reverenciareis mi santuario. yo soy el señor Si anduviereis en mis estatutos, y guardareis mis mandamientos, y los hicieréis; entonces os daré lluvia a su tiempo, y la tierra dará su fruto, y los árboles del campo darán su fruto. Se enumeran muchas y grandes bendiciones , que Dios concedería; y luego, por encima de todas las demás bendiciones, prometió: “Pondré mi tabernáculo entre vosotros; y mi alma no te aborrecerá. Y andaré entre vosotros, y seré vuestro Dios, y vosotros me seréis por pueblo.” “Pero si no me oyereis , y no hicieréis todos estos mandamientos; y si despreciáis mis estatutos, o si vuestra alma aborrece mis juicios, y no queréis *hacer* todos mis mandamientos, sino que quebrantáis mi pacto, yo también os haré esto: aun pondré sobre vosotros terror, tisis y fiebre ardiente, que consumirá los ojos y causará tristeza en el corazón; y en vano sembraréis vuestra semilla; porque tus enemigos la comerán. Y pondré mi rostro contra vosotros, y seréis muertos delante de vuestros enemigos. Los que os aborrecen reinarán sobre vosotros, y huiréis cuando nadie os persiga.”

Los judíos estaban experimentando el cumplimiento de la amenaza de maldición de Dios por su alejamiento de él y por su iniquidad; sin embargo, no se tomaron en serio estas cosas, ni afligieron sus almas delante

Dios. Un pueblo que los odiaba se enseñoreaba de ellos. Estaban reclamando las bendiciones que Dios había prometido conferirles si eran obedientes y fieles. Pero al mismo tiempo estaban sufriendo bajo la maldición de Dios a causa de la desobediencia. Juan les declaró que si no daban fruto, serían cortados y arrojados al fuego.

Él especificó el fruto que debían dar para convertirse en súbditos del reino de Cristo; que eran obras de amor, misericordia y benevolencia. Deben tener caracteres virtuosos. Estos frutos serían el resultado de un arrepentimiento y fe genuinos. Si bendecidos con abundancia, y vieron a otros en la indigencia, deberían dividirse con ellos. Deben ser trabajadores. “El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene comida, que haga lo mismo.

Entonces vinieron también los publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? Y él les dijo: No exigáis más de lo que os está mandado. Y los soldados también le preguntaron, diciendo: ¿Y qué haremos? Y él les dijo: No hagáis [56] violencia a nadie, ni acuséis a nadie falsamente; y contentaos con vuestro salario.

Juan dio a sus discípulos lecciones de piedad práctica. Les mostró que la verdadera bondad, la honestidad y la fidelidad deben verse en su vida diaria, y que deben ser impulsados por principios desinteresados, o no serían mejores que los pecadores comunes.

A menos que otros mejoren dentro de la esfera de su influencia, serían como el árbol estéril. Su riqueza no debía ser utilizada simplemente con fines egoístas. Debían aliviar las necesidades de los indigentes y hacer ofrendas voluntarias a Dios para promover los intereses de su causa. No deben abusar de sus privilegios, para oprimir, sino que deben proteger a los indefensos, reparar los agravios de los heridos y así dar un noble ejemplo de benevolencia, compasión y virtud a los que son inferiores y dependientes. Si no cambiaran su conducta, sino que siguieran siendo extravagantes, egoístas y carentes de principios, representarían correctamente el árbol que no da buen fruto. Esta lección es aplicable a todos los cristianos. Los seguidores de Cristo deben evidenciar al mundo un cambio en su vida para mejor, y por sus buenas obras mostrar la influencia transformadora del Espíritu de Dios en sus corazones. Pero hay muchos que no dan fruto para la gloria de Dios; no dan ninguna prueba de

cambio radical en su vida. Aunque hacen alta profesión, no han sentido la necesidad de obtener una experiencia personal por sí mismos, dedicándose a los deberes cristianos con corazones de amor, intensificados por sus nuevas y santas obligaciones, sin sentir el peso de su responsabilidad al hacer la obra de su Maestro con prontitud y diligencia.

[57] La gente pensó que Juan podría ser el Mesías prometido. Su vida fue tan desinteresada, marcada por la humildad y la abnegación. Sus enseñanzas, exhortaciones y reprensiones fueron fervientes, sinceras y valerosas. En su misión, no se volvió a la derecha ni a la izquierda para cortejar los favores o aplausos de nadie. No aspiraba a los honores mundanos ni a la dignidad mundana, sino que era humilde de corazón y de vida, y no asumía honores que no le correspondían. Aseguró a sus seguidores que él no era el Cristo.

Juan, como profeta, se destacó como representante de Dios, para mostrar la conexión entre la ley y los profetas, y la dispensación cristiana. Su obra y ministerio apuntaba hacia la ley y los profetas, mientras que él, al mismo tiempo, señalaba a la gente hacia Cristo, como el Salvador del mundo. Alzó su voz y clamó al pueblo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".

Multitudes siguieron a este singular profeta de un lugar a otro, y muchos lo sacrificaron todo para obedecer sus instrucciones. Los reyes y los nobles de la tierra se sintieron atraídos por este profeta de Dios y lo escucharon con alegría. Cuando Juan vio que la atención de la gente se dirigía a él, pensando que él podría ser el que había de venir, buscó todas las oportunidades para dirigir la atención de la gente a Uno más poderoso que él.

Capítulo 4—La misión de Cristo

[58]

La vida de Cristo había sido tan retirada y recluida en Nazaret que Juan no tenía un trato personal con él, y no sabía positivamente que él era el Mesías. Conocía las circunstancias de su nacimiento y creía que él era el Prometido. La vida recluida de Cristo durante treinta años en Nazaret, en la que no dio ninguna evidencia especial de su Mesianismo, sugirió dudas a Juan sobre si él era en verdad Aquel para cuya venida iba a preparar el camino. Juan, sin embargo, apoyó el asunto en la fe, creyendo plenamente que Dios a su debido tiempo lo aclararía. El Señor le había mostrado que el Mesías le sería señalado por una señal clara; cuando esto se hiciera, entonces Juan podría presentarlo al mundo como el Mesías largamente esperado, el Cordero de Dios, que había de quitar el pecado del mundo.

Juan había oído hablar del carácter sin pecado y la pureza sin mancha de Cristo. Su vida estaba en armonía con lo que el Señor le había revelado con respecto a uno que estaba entre ellos cuya vida estaba libre de la mancha del pecado. Juan también había visto que él debería ser el ejemplo para todo pecador arrepentido. Cuando Cristo se presentó para el bautismo, Juan lo reconoció de inmediato como el superior que se le había revelado. Distinguió, en la persona y el comportamiento de Cristo, un carácter superior a cualquier otro hombre que había visto. La atmósfera misma de su presencia era santa e inspiradora. Aunque él no lo conocía como el Mesías, sin embargo, Juan nunca había obtenido una influencia tan santa [59] de nadie como cuando estaba en la presencia de Cristo. Inmediatamente sintió la superioridad de Cristo y se rehusó a realizar el rito del bautismo a alguien que sabía que no tenía pecado. Muchos habían acudido a él para recibir el bautismo de arrepentimiento, confesando sus pecados y delitos; pero Juan no podía entender por qué el único sin pecado sobre la tierra debía pedir una ordenanza que implicara culpabilidad, confesando virtualmente, por el símbolo del bautismo, que la contaminación debía ser limpiada. Reprendió a Cristo, reconociendo su superioridad, y rehusó administrar la ordenanza, diciendo: "He

necesito ser bautizado por ti, ¿y vienes tú a mí? Con autoridad firme y gentil, Jesús renuncia a la negativa de Juan y su alegato de indignidad, diciendo: "Déjalo ahora; porque así nos conviene cumplir toda justicia."

Cristo vino sin confesar sus propios pecados; pero la culpa le fue imputada como sustituto del pecador. No vino a arrepentirse por su propia cuenta; sino en favor del pecador. Como el hombre había transgredido la ley de Dios, Cristo debía cumplir todos los requisitos de esa ley, y así mostrar obediencia perfecta. "¡He aquí que vengo a hacer tu voluntad, oh Dios!" Cristo honró la ordenanza del bautismo al someterse a este rito. En este acto se identificó con su pueblo como su representante y cabeza. Como su sustituto, toma sobre sí sus pecados, contándose con los transgresores, dando los pasos que el pecador debe dar y haciendo la obra que el pecador debe hacer.

Su vida de sufrimiento y paciencia después de su bautismo fueron un ejemplo para los pecadores convertidos de lo que debían soportar y [60] sufrir pacientemente como consecuencia de sus transgresiones y pecados. Juan finalmente cedió al pedido de Cristo, a pesar de sus sentimientos de indignidad para bautizarlo, y realizó el servicio. Condujo al Salvador del mundo al río Jordán en presencia de una gran concurrencia de personas y lo enterró en el agua.

Después de que Cristo se levantó del agua y de la mano de Juan, caminó hasta la orilla del Jordán y se inclinó en actitud de oración. Los ojos de Juan estaban fijos en Cristo con el más profundo interés y asombro. Su corazón se conmovió con emoción cuando lo miró así inclinado como un suplicante. Las manos de Cristo estaban levantadas hacia arriba y su mirada parecía penetrar en el Cielo. Como ejemplo del creyente, su humanidad sin pecado suplicaba el apoyo y la fuerza de su Padre Celestial, cuando estaba a punto de comenzar sus labores públicas como el Mesías. Jesús derramó su alma en oración ferviente. Una era nueva e importante se abría ante él. Su anterior vida pacífica y tranquila terminará aquí. Había sido feliz en una vida de industria y trabajo, mientras cumplía con los deberes que incumbían a un hijo. Fue un ejemplo para aquellos en la niñez, la juventud y la edad adulta. Su comportamiento mostró que sentía la importancia y solemnidad de la hora. Sabía que las pruebas, los trabajos, los conflictos, los sufrimientos y la muerte estaban en el camino por el que habían entrado sus pies. Sintió el peso de las responsabilidades que debía asumir. Estaba a punto de emprender

Un sentido de la pecaminosidad de los hombres y la dureza de sus corazones, que los separaba de Dios, lo convenció de que muy pocos discernirían su misión misericordiosa y aceptarían la salvación que él vino del cielo para traerles.

Nunca antes los ángeles habían escuchado una oración como la de Cristo de- [61] ofrecidos en su bautismo, y estaban solícitos de ser los portadores del mensaje del Padre a su Hijo. Pero no; directamente del Padre emana la luz de su gloria. Los cielos se abrieron, y rayos de gloria reposaron sobre el Hijo de Dios, y asumió la forma de una paloma, con apariencia de oro bruñido. La forma de paloma era emblemática de la mansedumbre y la mansedumbre de Cristo. Mientras la gente permanecía hechizada por el asombro, con los ojos fijos en Cristo, desde los cielos abiertos salieron estas palabras: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Las palabras de confirmación de que Cristo es el Hijo de Dios fueron dadas para inspirar fe en los que presenciaron la escena y para sostener al Hijo de Dios en su ardua labor. No obstante que el Hijo de Dios fue revestido de humanidad, sin embargo, Jehová, con su propia voz, le asegura su filiación con el Eterno. En esta manifestación a su Hijo, Dios acepta a la humanidad como exaltada por la excelencia de su Hijo amado.

Como Juan había visto ahora a la paloma celestial posarse sobre Jesús, que era la señal prometida del Mesías, extendió su mano y con seguridad proclamó ante la multitud: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. !”

A partir de ese momento Juan no tuvo ninguna duda con respecto a que Jesús era el verdadero Mesías.

Después de esto, Jesús se retiró al desierto para ser tentado por el diablo durante cuarenta días. Terminado su largo ayuno, ganada la victoria, regresa a las orillas del Jordán, mezclándose de nuevo con los discípulos de Juan, pero sin dar evidencia externa de su obra especial, y sin tomar ninguna medida [62] para darse a conocer.

Se enviaron hombres de la más alta autoridad en Jerusalén para preguntar acerca de la gran agitación que Juan estaba creando. Estaba llamando a ciudades y pueblos enteros a escuchar su voz de advertencia; y conocerían la autoridad del profeta por reclamar así la atención del pueblo, y trastornar el mundo. Estos mensajeros desafiaron a Juan a que les dijera con certeza si él era el Mesías. Juan confesó, yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Entonces qué?

¿Eres Elías? Y él dice: No lo soy. ¿Eres tú ese profeta? Y él respondió: No. Entonces le dijeron: ¿Quién eres tú? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto.

Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.

Luego se cuestiona a Juan en cuanto a su autoridad para bautizar, y así agitar a la gente, cuando él no afirma ser Cristo, o Elías, ni ese profeta. Las palabras, “Ese profeta”, tienen referencia a Moisés. Los judíos se habían inclinado a la creencia de que Moisés sería resucitado de entre los muertos y llevado al cielo. No sabían que Moisés ya había resucitado.

Cuando llegó Juan, bautizando con agua, los judíos pensaron que podría ser el profeta Moisés resucitado de entre los muertos; porque parecía tener un conocimiento completo de las profecías, y entender la historia de los hebreos y su andar errante en el desierto como consecuencia de sus injustas murmuraciones y rebelión continua.

También recordaron las circunstancias peculiares del nacimiento de Juan, [63] y la maravillosa manifestación de Dios a Zacarías, su padre, en el templo, por la visitación del ángel de la presencia de Dios, y el poder del habla, siendo tomado de Zacarías, porque no creyó las palabras del ángel, y el desatar de su lengua al nacer Juan. Estos hechos importantes se habían olvidado en los últimos treinta años. Pero cuando Juan apareció como profeta, se recordó la manifestación del Espíritu de Dios en su nacimiento.

Cuando los mensajeros de la más alta autoridad en Jerusalén estaban en comunión con Juan en referencia a su misión y trabajo, él podría haberse honrado a sí mismo, si hubiera estado tan dispuesto. Pero no asumiría honores que no le pertenecían. Mientras conversaba con los mensajeros, de repente sus ojos se encendieron, su semblante se iluminó y todo su ser pareció conmoverse con una profunda emoción, al descubrir la persona de Jesús en la Levantó la mano, señalando a Cristo, diciendo: Entre vosotros está uno a quien no conocéis. He venido a preparar el camino delante de aquel a quien ahora veis. Él es el Mesías. El que viene después de mí es el preferido antes que yo, a quien yo no soy digno de desatar la correa del zapato.

“Al día siguiente Juan ve a Jesús que viene a él, y dice: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!

Este es aquel de quien dije: Después de mí viene un hombre que es preferido antes que yo; porque él fue antes que yo. y yo no lo conocía; pero para que se manifieste a Israel, por eso he venido bautizando con agua. Y Juan dio testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él. Y yo no lo conocía. Pero el que me envió a bautizar con agua, ése me dijo [64] : Sobre quien veas descender el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y vi y di testimonio de que éste es el Hijo de Dios. Nuevamente, al día siguiente, Juan se puso de pie y dos de sus discípulos; y mirando a Jesús mientras caminaba, dice: ¡He aquí el Cordero de Dios!" Y los dos discípulos le oyeron hablar, y siguieron a Jesús. Entonces Jesús se volvió y vio que lo seguían, y les dijo: ¿Qué buscáis?

Los discípulos confesaron que buscaban a Cristo y que deseaban conocerlo y ser instruidos por él en su casa. Estos dos discípulos quedaron encantados con las lecciones de Cristo profundamente impresionantes, pero sencillas y prácticas. Sus corazones nunca antes habían estado tan conmovidos. Andrés, el hermano de Simón Pedro, fue uno de estos discípulos. Se interesaba por sus amigos y parientes, y ansiaba que ellos también vieran a Cristo y escucharan por sí mismos sus preciosas lecciones. Andrés fue en busca de su hermano Simón y con seguridad afirmó haber encontrado a Cristo, el Mesías, el Salvador del mundo. Trajo a su hermano a Jesús, y cuando Jesús lo miró, dijo: Tú eres Simón, el hijo de Jona; serás llamado Cefas, que significa piedra. Al día siguiente, Cristo seleccionó a otro discípulo, Felipe, y le ordenó que lo siguiera. Felipe creía plenamente que Cristo era el Mesías, y comenzó a buscar a otros para llevarlos a escuchar las enseñanzas de Cristo, que tanto le habían encantado. Entonces Felipe encontró a Natanael. Fue uno de los que escucharon a Juan proclamar: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Sintiéndose profundamente convencido, se retiró a un bosquecillo, [65] oculto a todo ojo humano, y allí meditó el anuncio de Juan, recordando las profecías relativas a la venida del Mesías y su misión. Él preguntó así: ¿Podría ser este el Mesías por el que habían esperado tanto tiempo y estaban tan deseosos de ver? La esperanza brotó en el corazón de Natanael de que este podría ser el que salvaría a Israel. se inclinó ante

Dios y oró para que si la persona que Juan había declarado como el Redentor del mundo era en verdad el libertador prometido, que se le hiciera saber. El Espíritu del Señor reposó sobre Natanael de una manera tan especial que quedó convencido de que Cristo era el Mesías. Mientras Natanael estaba orando, oyó la voz de Felipe que lo llamaba, diciendo: "Hemos encontrado a aquel de quien Moisés en la ley, y los profetas escribieron, Jesús de Nazaret, el hijo de José. Y Natanael le dijo: ¿Puede salir algo bueno de Nazaret? Dícele Felipe: Ven y mira. Jesús vio a Natanael que se le acercaba y dijo de él: He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño. Natanael le dijo: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi."

La fe vacilante de Natanael ahora se fortaleció, y él respondió y dijo: "Rabí, tú eres el hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel. Respondió Jesús y le dijo: Porque te dije, te vi debajo de la higuera, ¿crees? Cosas mayores que estas verás. Y le dijo: De cierto, de cierto os digo, que en lo sucesivo veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre".

En estos primeros discípulos, el fundamento de la iglesia cristiana se estaba poniendo por esfuerzo individual. Juan primero dirigió a dos de sus discípulos a Cristo. Entonces uno de ellos encuentra a un hermano y lo lleva a Cristo. Luego llama a Felipe para que lo siga, y él fue en busca de Natanael. Aquí hay una lección instructiva para todos los seguidores de Cristo. Les enseña la importancia del esfuerzo personal, haciendo llamamientos directos a familiares, amigos y conocidos. Hay quienes profesan conocer a Cristo de por vida y nunca hacen un esfuerzo personal para inducir a un alma a venir al Salvador.

Le han dejado todo el trabajo al ministro. Puede estar bien calificado para su trabajo; pero no puede hacer la obra que Dios ha dejado sobre los miembros de la iglesia. Muchos se excusan de estar interesados en la salvación de aquellos que están fuera de Cristo, y se contentan con disfrutar ellos mismos egoístamente los beneficios de la gracia de Dios, mientras que no hacen ningún esfuerzo directo para llevar a otros a Cristo. En la viña del Señor hay una obra para todos, y los trabajadores desinteresados, interesados y fieles compartirán en gran parte de su gracia aquí, y de la recompensa que otorgará en el futuro. La fe es puesta en ejercicio por

las buenas obras, y el valor y la esperanza están de acuerdo con la fe que obra. La razón por la que muchos profesos seguidores de Cristo no tienen una experiencia viva y brillante es porque no hacen nada para obtenerla. Si se ocuparan en la obra que Dios quiere que hagan, su fe aumentaría y avanzarían en la vida divina.

Jesús se agradó de la fe ferviente de Natanael que le pidió [67] sin mayor evidencia que las pocas palabras que había dicho. Y esperaba con placer la obra que iba a hacer para socorrer a los oprimidos, sanar a los enfermos y romper las ligaduras de Satanás. En vista de estas bendiciones que Cristo vino a otorgar, le dice a Natanael, en presencia de los otros discípulos: “Desde ahora veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre”.

Cristo virtualmente dice: A orillas del Jordán se abrieron los cielos ante mí, y el Espíritu descendió sobre mí como paloma. Esa escena en el Jordán fue solo una muestra de evidencia de que yo era el Hijo de Dios. Si creéis en mí como tal, vuestra fe será vivificada, y veréis que los cielos se abrirán y nunca se cerrarán. Yo las he abierto para vosotros, y los ángeles de Dios, que están unidos conmigo en la reconciliación entre la tierra y el Cielo, uniendo a los creyentes en la tierra con el Padre en lo alto, irán ascendiendo, llevando las oraciones de los necesitados y afligidos de la tierra al Padre arriba, y descendiendo, trayendo bendiciones de esperanza, valor, salud y vida, para los hijos de los hombres.

Los ángeles de Dios están siempre subiendo y bajando de la tierra al Cielo, y del Cielo a la tierra. Todos los milagros de Cristo realizados por los afligidos y dolientes fueron, por el poder de Dios, a través del ministerio de los ángeles. Cristo condescendió a tomar la humanidad, y así une sus intereses con los hijos e hijas caídos de Adán aquí abajo, mientras su divinidad se aferra al trono de Dios. Y así Cristo abre la comunicación del hombre con Dios, y de Dios con el hombre. Todas las bendiciones de Dios para el hombre son a través [68] del ministerio de los santos ángeles.

Diariamente se añadían discípulos a Cristo, y la gente acudía en tropel de las ciudades y los pueblos para escucharlo. Muchos vinieron a él para el bautismo; pero Cristo no bautizó a ninguno. Sus discípulos realizaron esta ordenanza. Y mientras los discípulos de Cristo bautizaban en gran número, surgió una duda entre los judíos y los discípulos de Juan, si

el acto del bautismo purificaba al pecador de la culpa del pecado. Los discípulos de Juan respondieron que Juan bautizaba sólo para arrepentimiento, pero los discípulos de Cristo para una vida nueva. Los discípulos de Juan estaban celosos de la popularidad de Cristo y le dijeron a Juan, refiriéndose a Cristo: "El que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien diste testimonio, he aquí bautiza, y todos vienen a él. Respondió Juan y dijo: El hombre no puede recibir nada si no le es dado del cielo".

En esta respuesta Juan virtualmente dice, ¿Por qué deberías estar celoso por mi causa? "Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la novia es el novio; pero el amigo del novio que está de pie y lo oye, se regocija mucho a causa de la voz del novio.

Este es mi gozo, pues, cumplido.

Juan, lejos de estar celoso de la prosperidad de la misión de Cristo, se regocija al ser testigo del éxito de la obra que vino a realizar. Asegura a sus discípulos que su misión especial era dirigir la atención de la gente a Cristo. "Él debe aumentar; pero debo disminuir. El que de arriba viene, está sobre todos. El que es de la tierra es terrenal y habla de la tierra. El que viene del

[69] Cielo está sobre todos. Y lo que ha visto y oído, eso da testimonio; y nadie recibe su testimonio."

Juan aseguró a sus discípulos que Jesús era el Mesías prometido, el Salvador del mundo. Cuando su obra estaba terminando, enseñó a sus discípulos a mirar a Jesús y seguirlo como el gran maestro. La vida de Juan , a excepción de la alegría que experimentó al presenciar el éxito de su misión, fue sin placer. Fue uno de tristeza y abnegación. Al que anunció la primera venida de Cristo, no se le permitió escuchar personalmente ni presenciar el poder manifestado por él. Rara vez se escuchaba la voz de Juan, excepto en el desierto.

Su vida fue solitaria. Multitudes habían acudido al desierto para escuchar las palabras del maravilloso profeta. Había puesto el hacha a la raíz del árbol. Reprobó el pecado, sin temor a las consecuencias, y preparó el camino para el ministerio de Cristo.

Herodes se conmovió al escuchar el mordaz testimonio de Juan y, con profundo interés, preguntó qué debía hacer para convertirse en su discípulo. Fue convencido por las puras verdades pronunciadas por Juan. Su conciencia lo condenaba, porque una mujer de viles pasiones había

ganó su afecto y controló su mente. Esta mujer sin principios ambicionaba poder y autoridad, y pensó que si se convertía en la esposa de Herodes, su objetivo sería alcanzado. Mientras Herodes escuchaba las verdades prácticas proclamadas por Juan, reprobando la transgresión de la ley de Dios y exponiendo el castigo futuro que los culpables debían sufrir, se estremeció y deseó profundamente romper la cadena de la lujuria que lo sujetaba. Abrió su mente a Juan, quien llevó a Herodes a la ley de Dios, cara a cara, y le dijo que le sería imposible tener parte en el reino del [70] Mesías a menos que rompiera con la ley de Dios. relaciones con la esposa de su hermano y, con todo su corazón, obedecer los mandamientos de Dios.

Herodes se inclinó a seguir el consejo de Juan y le dijo a Herodías que no podía casarse con ella desafiando la ley de Dios. Pero esta mujer decidida no se desbarataría en sus designios. Un odio intenso se despertó en su corazón hacia John. Herodes era débil en principios, vacilante de mente, y Herodías no tuvo gran dificultad en restablecerse a su favor y mantener su influencia sobre él. Herodes cedió a los placeres del pecado, en lugar de someterse a las restricciones de la ley de Dios.

Cuando Herodías ganó influencia sobre Herodes, decidió vengarse del profeta por haberse atrevido a reprender su conducta criminal. Y ella lo influyó para que encarcelara a John. Pero Herodes se proponía soltarlo. Mientras estaba confinado en prisión, Juan escuchó, a través de sus discípulos, de las maravillas de Jesús. Él no pudo escuchar personalmente sus amables palabras; pero los discípulos le informaron y lo consolaron con una relación de lo que habían visto y oído.

Juan, habiendo pasado su vida al aire libre, en trabajo activo y perseverante, soportando privaciones, penurias y fatigas, nunca antes había experimentado las pruebas de una vida confinada. Por lo tanto, se desanimó e incluso le asaltaron dudas sobre si Cristo era en verdad el Mesías. Sus discípulos le habían traído relatos de las cosas maravillosas que habían presenciado en el ministerio de Cristo. Pero llegó a la conclusión de que si Cristo era en verdad el Mesías, se proclamaría públicamente [71] como el Salvador del mundo.

Juan tenía ideas vagas del reino que Cristo vino a establecer, como también las tenían los discípulos de Cristo. Ellos pensaron que Cristo lo haría

establecer un reino temporal y reinar sobre el trono de David en Jerusalén. Se impacientó porque Cristo no se dio a conocer de inmediato, asumió la autoridad real y sometió a los romanos. Esperaba que si Cristo establecía su reino, sería sacado de la cárcel. Decidió que si Jesús era realmente el Hijo de Dios y podía hacer todas las cosas, ejercería su poder y lo pondría en libertad.

Juan envió a sus discípulos a consultar a Cristo: "¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?" Los discípulos buscaron la presencia de Cristo; pero no pudieron comunicarse inmediatamente con él, a causa de la multitud que llevaba los enfermos a Jesús. Los afligidos, ciegos y cojos pasaban entre la multitud. Los discípulos de Juan vieron los milagros de Cristo, y que a su palabra el barro sin vida se animó, y el resplandor de la salud tomó el lugar de la palidez de la muerte. Jesús dijo a los discípulos de Juan: "Id y haced saber a Juan de nuevo las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el evangelio. Y bendito es el que no se escandaliza en mí."

Con estas palabras Juan es reprendido suavemente por su impaciencia. El cauteloso reproche devuelto a Juan no pasó desapercibido para él. Entonces comprendió mejor el carácter de la misión de Cristo. Y con sumisión [72] y fe, se rindió a sí mismo en las manos de Dios, para vivir o morir, como mejor aumentaría su gloria.

Después de que los discípulos de Juan se hubieron ido, Jesús se dirigió a la multitud con respecto a Juan: "¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Jesús sabía que una caña que temblaba con el viento era exactamente lo opuesto al carácter de Juan. Juan no podía ser movido por la adulación, ni engañado por los errores prevalecientes. Tampoco podía apartarse de la obra que vino a hacer por medio de recompensas u honores mundanos. Preservaría su integridad a costa de su vida. Firme como una roca se mantuvo el profeta de Dios, fiel para reprender el pecado y el crimen en todas sus formas, en reyes y nobles, tan prontamente como en los deshonrados y desconocidos. No se desvió del deber. Leal a su Dios, en noble dignidad de carácter moral, se mantuvo firme como una roca, fiel a los principios.

"¿Pero qué salisteis a ver? Un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes. Pero ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Porque éste es de quien está escrito: He aquí, envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino delante de ti. De cierto os digo, que entre los nacidos de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; no obstante, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él. Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan".

La gente a la que Cristo se dirigió bien sabía que la ropa que usaba Juan era opuesta a la que usaba en los palacios reales. preguntó Cristo virtualmente; ¿Qué motivo os indujo a acudir al desierto [73] para escuchar la predicación de Juan? El desierto no es el lugar para encontrar a aquellos que viven con delicadeza y que se visten con ropa lujosa y suave. Cristo desea que observen el contraste entre la vestimenta de Juan y la de los sacerdotes judíos. El profeta vestía una prenda simple y áspera, que no poseía belleza, pero respondía al propósito para el cual se diseñó primero la ropa. En marcado contraste con las vestiduras de Juan, estaba la ropa lujosa de los sacerdotes y ancianos judíos.

Estos oficiales, pensando que serían reverenciados de acuerdo con su apariencia exterior, adoptaron gran esplendor en el vestir, haciendo una rica ostentación de costosas túnicas y deslumbrantes corazas. Estaban más ansiosos por ganarse la admiración de los hombres que por obtener una pureza de carácter inmaculada y una santidad de vida, que ganarían la aprobación de Dios.

Cristo exhortó a sus discípulos, y también a la multitud, a seguir lo bueno de las enseñanzas de los escribas y fariseos, pero no imitar sus malos ejemplos, ni dejarse engañar por sus ambiciosas pretensiones.

Él dice: "Todos, pues, todo lo que os manden observar, observadlo y hacedlo; mas no hagáis según sus obras; porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no los moverán ni con un dedo. Pero todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres; ensanchan sus filacterias, y ensanchan los bordes de sus vestidos, y aman los aposentos superiores de los banquetes, y los

[74] asientos principales en las sinagogas, y saluciones en las plazas, y a ser llamado de los hombres, Rabí, Rabí”.

Juan vio que estos orgullosos judíos se estaban exaltando y glorificando al exhibir su piedad ostentosa ante el público. Ataron porciones de la ley en sus frentes y alrededor de sus muñecas, para que todos pudieran reconocer y mostrar deferencia a su supuesta santidad. Es cierto que Dios había mandado a los hijos de Israel que colocaran una cinta azul en el borde de sus vestiduras, sobre la cual debían bordarse los diez mandamientos, en resumen. Esto fue para recordarles continuamente su deber de amar a Dios supremamente, ya su prójimo como a sí mismos. Pero cuanto más se habían apartado de su pureza y sencillez primitivas, y cuanto más directamente se oponían sus vidas diarias a la ley de Dios, más cuidadosos eran ensanchar sus filacterias y añadir a las palabras que Dios había especificado que debían ser trazado en la cinta de color azul. Externamente expresaban la más profunda devoción, mientras que sus actos contrastaban fuertemente con su profesión.

* * * * *

Capítulo 5—La muerte de Juan

El espíritu de reforma agitó el alma de Juan. La luz de la sabiduría y el poder de Dios estaban sobre él. La inspiración del cielo encendió un celo santo que lo llevó a denunciar a los sacerdotes judíos y pronunciar la maldición de Dios sobre ellos. Hicieron grandes pretensiones [75] de piedad mientras eran ajenos a la caridad, la misericordia y el amor de Dios. Buscaban, por la suntuosidad de su ropa y sus modales elevados, inspirar temor y ganarse el respeto de los hombres, mientras que el Altísimo los aborrecía.

Aunque sus corazones y vidas eran contrarios a la voluntad de Dios, se engañaron a sí mismos con la vana suposición de que las bendiciones eternas eran suyas en virtud de las promesas hechas a Abraham, el padre de los fieles. No estaban vestidos de humildad. Estaban destituidos de la fe y la piedad de Abraham. No habían ganado por la integridad y pureza de vida, el valor moral que los uniría a él como sus hijos, sin embargo, esperaban compartir las promesas que el Señor le había dado. La forma intrépida en que el profeta Juan había denunciado a los fariseos y expuesto su iniquidad e hipocresía asombró a quienes estaban acostumbrados a verlos honrados y exaltados.

Su predicación había despertado un intenso interés en todas partes. Sus fervientes llamamientos y denuncias habían conmovido las conciencias de los hombres. La gente había acudido en masa de pueblos, ciudades y aldeas, atraída al desierto por sus exhortaciones sinceras y fervientes, sus valientes advertencias y reprensiones, como nunca antes habían oído. No había ostentación exterior en el vestido de Juan que atrajera o despertara admiración. Se parecía al profeta Elías en la tosquedad de su ropa y en su dieta sencilla y sencilla. Se alimentó de langostas y de la miel silvestre que proporcionaba el desierto, y bebió el agua pura que brotaba de las colinas eternas.

Sin embargo, tan grande había sido la multitud que lo escuchaba que su fama [76] se había extendido por toda la tierra. Y ahora que estaba preso, la gente esperaba con interés para ver cuál sería el resultado, nunca

pensando que sería visitado con algún castigo severo, ya que su vida era sin culpa.

El propósito de Herodes de liberar a Juan de la prisión se retrasó de vez en cuando por temor a desagradar a Herodías, quien estaba decidida a darle muerte. Mientras él se demoraba, ella estaba activa, planeando cómo vengarse de la manera más eficaz del profeta, porque él se había atrevido a decir la verdad y reprender su vida ilícita. Ella sabía que aunque Herodes mantuvo a Juan en la cárcel, se proponía liberarlo, porque lo honraba y lo temía, y creía que era un verdadero profeta de Dios. Juan le había dado a conocer a Herodes los secretos de su corazón y de su vida, y sus reprensiones habían aterrorizado la conciencia culpable del rey.

En muchas cosas Herodes había reformado su vida disoluta. Pero el uso de comidas lujosas y bebidas estimulantes enervaba constantemente sus facultades tanto morales como físicas, y luchaba contra las fervientes súplicas del Espíritu de Dios, que había infundido convicción en su corazón y lo instaba a desechar sus pecados. Herodías conocía los puntos débiles del carácter de Herodes. Sabía que en circunstancias ordinarias, mientras su inteligencia lo controlara, no podría evitar la muerte de John.

Había intentado, sin éxito, obtener el consentimiento de Herodes para que mataran a Juan. Su espíritu vengativo ahora estaba trabajando para lograr su diseño inhumano por medio de la estrategia. Ella sabía que la única [77] manera de lograr su propósito sería a través de la gratificación del apetito desmedido del rey. Así que ocultó su odio lo mejor que pudo, esperando con ansias el cumpleaños real, que sabía que sería una ocasión de glotonería y embriaguez. El amor del rey por la comida y el vino lujosos le daría la oportunidad de tomarlo desprevenido. Ella lo tentaría a complacer su apetito, lo que despertaría pasiones del orden más bajo, subvertiría las sensibilidades más finas, produciría una imprudencia de consecuencias y una incapacidad para ejercer su juicio y decisión adecuados.

Estaba familiarizada con el efecto de estos carnavales sobre el intelecto y la moral. Ella sabía que el regocijo antinatural de los espíritus inducido por la intemperancia rebaja el estándar moral de la mente, haciendo imposible que los impulsos santos entren en el corazón y gobiernen las pasiones excitadas, que las festividades y diversiones, los bailes y el libre uso del vino, nublan el sentido, y quitar el temor de

por lo tanto, ella preparó todo para halagar su orgullo y vanidad, y complacer sus pasiones. Hizo los preparativos más costosos para el festín y la disipación voluptuosa.

Cuando llegó el gran día, y el rey con sus señores estaba festejando y bebiendo en la sala del banquete, Herodías envió a su hija, vestida de la manera más encantadora, a la presencia real. Salomé estaba decorada con costosas guirnaldas y flores, joyas brillantes y brazaletes resplandecientes. Con poca cobertura y menos modestia, bailó para diversión de los invitados reales. Para sus sentidos pervertidos, ella parecía una visión de la belleza y el encanto, y se llevó los últimos restos de dignidad y decoro. En lugar de [78] ser gobernado por la razón ilustrada, el gusto refinado y la conciencia sensible, las cualidades más bajas de la mente tenían las riendas rectoras. La virtud y el principio no tenían poder de control.

La mente de Herodes estaba en un torbellino. Sus facultades fueron confundidas, el juicio y la reverencia fueron destronados. Solo vio el salón del placer, con sus invitados juerguistas, la mesa del banquete, el vino espumoso y las luces centelleantes, y la joven en su voluptuosa belleza bailando ante él. En la imprudencia del momento, estaba deseoso de hacer alguna exhibición que lo exaltara aún más ante los grandes hombres de su reino; y prometió precipitadamente, y confirmó su promesa con juramento, que daría a la hija de Herodías todo lo que ella pidiera.

El objeto por el cual había sido enviada a la presencia real ahora se había obtenido. Habiendo obtenido tan maravillosa promesa, corrió hacia su madre, deseando saber qué debía pedir. La respuesta de la madre estaba lista: la cabeza de Juan Bautista en un plato. Salomé se sorprendió. Ella no entendió la venganza escondida en el corazón de su madre, y al principio se negó a presentar una petición tan inhumana; pero prevaleció la determinación de la malvada madre. Más aún, le pidió a su hija que no se demorara, sino que se apresurara a preferir su pedido antes de que Herodes tuviera tiempo para reflexionar. En consecuencia, Salomé volvió a Herodes con su terrible petición: "Quiero que me des, poco a poco, en un plato, la cabeza de Juan el Bautista. Y el rey se entristeció mucho; sin embargo, por causa de su juramento, y por causa de los que se sentaron con él, él no la rechazó."

Herodes estaba asombrado y confundido. La alegría desenfadada cesó, [79] porque sus invitados se estremecieron de horror ante esta inhumana petición. Un

un silencio ominoso se apoderó de la escena de la juerga. El rey, aunque borracho y confuso, se esforzó por reunir la razón en su ayuda.

Había sido exaltado por su constancia y juicio superior, y no deseaba parecer inconstante o temerario en su carácter. El juramento se había hecho en honor de sus invitados, y si uno de ellos hubiera ofrecido una palabra de protesta contra el cumplimiento de su promesa, con mucho gusto habría salvado la vida de Juan. Les dio la oportunidad de hablar en favor del prisionero. Habían viajado largas distancias a las montañas en el desierto para escuchar sus poderosos discursos, y sabían que era un hombre sin crimen y un profeta de Dios. Herodes les dijo que si no se consideraba una marca especial de deshonor para ellos, no cumpliría su juramento.

Pero aunque al principio estaban horrorizados por la demanda antinatural de la muchacha, estaban tan intoxicados que se quedaron sentados en un estupor silencioso, sin razón, reverencia o pensamiento. Aunque fueron invitados a liberar al monarca de su juramento, sus lenguas estaban mudas. Ninguna voz en toda esa compañía se alzó para salvar la vida de un hombre inocente, que nunca les había hecho daño. Herodes, todavía bajo la ilusión de que, para mantener su reputación, debía cumplir un juramento hecho bajo la influencia de la embriaguez, a menos que se liberara formalmente de ella, esperó en vano una voz disidente, pero no la hubo. La vida del profeta de Dios estaba en manos de una multitud de juerguistas borrachos. Estos hombres ocupaban altos [80] puestos de confianza en la nación, y sobre ellos recaían graves responsabilidades ; sin embargo, se habían hartado de manjares delicados y habían añadido la embriaguez a la glotonería, hasta que sus facultades mentales quedaron enervadas por el placer de los sentidos, sus cerebros se volvió con la vertiginosa escena de música y baile, y la conciencia yacía dormida. Por su silencio pronunciaron la sentencia de muerte sobre el ungido del Señor, para satisfacer el horrible capricho de

Demasiado a menudo en estos días las responsabilidades más solemnes descansan sobre aquellos que, debido a sus hábitos intemperantes, no están en condiciones de ejercer el juicio sereno y las percepciones agudas del bien y del mal con las que su Creador los dotó. Los guardianes del pueblo, hombres con autoridad, de cuyas decisiones depende la vida de sus semejantes, deben estar sujetos a severos castigos si son declarados culpables de intemperancia. Quienes hacen cumplir las leyes

guardianes de la ley Deben ser hombres de gobierno propio, en plena armonía con las leyes que rigen sus facultades físicas, mentales y morales, para que posean pleno vigor intelectual y un elevado sentido de la justicia. En el martirio de Juan tenemos el resultado de la intemperancia entre los investidos de gran autoridad. Esta rica fiesta de cumpleaños debe ser una lección de advertencia para los amantes del placer y una exhortación a la templanza cristiana.

Herodes esperó en vano a ser liberado de su juramento y luego, de mala gana, ordenó al verdugo que quitara la vida a Juan. La cabeza del profeta pronto fue llevada ante el rey y sus invitados. Ya estaban sellados para siempre aquellos labios que le habían declarado fielmente a Herodes la reforma que debía hacer en su vida, cuando aquel monarca preguntó por qué no podía ser discípulo del profeta. Nunca más [81] se escucharía esa voz en notas de trompeta llamando a los pecadores al arrepentimiento. Las frivolidades y la disipación de una sola noche habían causado el sacrificio de uno de los más grandes profetas que alguna vez llevó un mensaje de Dios a los hombres.

Herodías recibió la cabeza ensangrentada con diabólica satisfacción. Ella se regocijó en su venganza y pensó que la conciencia de Herodes ya no estaría más perturbada. Pero sus cálculos estaban muy equivocados; ninguna felicidad le resultó de su crimen. Su nombre se hizo notorio y aborrecido por su acto inhumano, mientras que el corazón de Herodes estaba más oprimido por el remordimiento que por la condenación de Juan. Y el mismo acto que ella imaginó libraría al mundo de la influencia del profeta, lo consagró como un mártir santo, no sólo en los corazones de sus discípulos, sino de aquellos que no se habían atrevido antes a destacarse valientemente como sus seguidores. Muchos de los que habían oído su mensaje de advertencia y habían sido secretamente convencidos por sus enseñanzas, ahora, espoleados por el horror ante su asesinato a sangre fría, abrazaron públicamente su causa y se declararon sus discípulos. Herodías fracasó por completo en silenciar la influencia de las enseñanzas de Juan; iban a extenderse a través de cada generación hasta el fin de los tiempos, mientras que su vida corrupta y su venganza satánica cosecharían una cosecha de infamia.

Terminada la fiesta de Herodes y pasados los efectos de su embriaguez, la razón volvió a ocupar su trono y el rey se llenó de remordimiento. Su crimen estaba siempre ante él, y constantemente buscaba encontrar alivio de las picaduras de un culpable.

[82] conciencia. Su fe en Juan como un profeta honrado de Dios, fue inquebrantable. Mientras reflexionaba sobre su vida de abnegación, sus poderosos discursos, sus súplicas solemnes y fervientes, su sano juicio como consejero, y luego reflexionaba que lo había condenado a muerte, su conciencia estaba terriblemente turbada. Comprometido en los asuntos de la nación, recibiendo honores de los hombres, tenía un rostro sonriente y un semblante digno, mientras ocultaba un corazón ansioso y dolorido, y estaba constantemente aterrorizado con terribles presentimientos de que la maldición de Dios estaba sobre él.

Cuando Herodes oyó hablar de las obras maravillosas de Cristo al sanar a los enfermos, expulsar demonios y resucitar a los muertos, se turbó y perplejo en gran manera. Sus convicciones eran que Dios, a quien Juan predicaba, estaba realmente presente en todo lugar, y que había sido testigo de la alegría salvaje y la disipación malvada en la sala del banquete real, y que su oído había oído la orden al verdugo de decapitar a Juan, que sus ojos habían visto el júbilo de Herodías, y las burlas e insultos con que ella había reprochado la cabeza cortada de su enemigo. Y muchas cosas que había oído de labios del profeta ahora hablaban a su conciencia en tonos más fuertes que la predicación en el desierto. Había oído de Juan que nada podía ocultarse a Dios, por lo que temblaba de que algún terrible castigo fuera a recibirlo por el pecado que había cometido.

Cuando Herodes escuchó las palabras de Cristo, pensó que Dios había resucitado a Juan y lo había enviado con un poder aún mayor para condenar el pecado. Estaba en constante temor de que Juan vengara su [83] muerte pasando la condenación sobre él y su casa. “Y el rey Herodes oyó hablar de él [Cristo] (porque su nombre se difundió); y dijo: Juan el Bautista resucitó de entre los muertos, y por tanto, obras poderosas se manifiestan en él. Otros dijeron, Ese es Elías. Y otros decían: Que es profeta, o como uno de los profetas. Pero cuando Herodes lo oyó, dijo: Es a Juan, a quien yo degollé; ha resucitado de entre los muertos.”

El Señor siguió a Herodes como se describe en Deuteronomio: “El Señor te dará allí un corazón temeroso, y desfallecimiento de ojos y tristeza de mente. Y tu vida estará en duda ante ti; y tendrás miedo de día y de noche, y no tendrás seguridad de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Dios quiera que sea la noche! y

a la tarde dirás: ¡Ojalá amanezca! por el temor de tu corazón con que temerás, y por la vista de tus ojos que verás.”

En estas palabras se presenta un cuadro vívido de la vida del criminal. Sus propios pensamientos son sus acusadores, y no puede haber tortura más aguda que los agujones de su propia conciencia culpable, que no le dan descanso ni de noche ni de día.

El profeta Juan fue el eslabón de unión entre las dos dispensaciones. Él era la luz menor que iba a ser seguida por una mayor. Debía sacudir la confianza del pueblo en sus tradiciones, recordar sus pecados y guiarlos al arrepentimiento; para que estén preparados para apreciar la obra de Cristo. Dios se comunicó con Juan por inspiración, iluminando el entendimiento del profeta, para que pudiera quitar la superstición y la oscuridad de las mentes de los judíos honestos, que, a través de falsas enseñanzas, se habían estado acumulando sobre ellos durante generaciones.

[84]

Pero el más pequeño de los discípulos que siguió a Cristo, presenciando sus milagros y recibiendo sus divinas lecciones de instrucción y las palabras de consuelo que salían de sus labios, era más privilegiado que Juan el Bautista. Ninguna luz ha brillado ni brillará tan claramente sobre la mente del hombre caído, como la que emana de las enseñanzas y el ejemplo de Jesús. Cristo y su misión habían sido vagamente entendidos y tipificados en el oscuro sacrificio. Incluso Juan fue engañado por un tiempo, y pensó que se convertiría en un gobernante temporal sobre súbditos que eran justos y santos, sin comprender completamente la futura vida inmortal a través del Salvador. “La luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.”

Aunque ninguno de los profetas tenía una misión más alta o una obra más grande que realizar que la que tenía Juan, sin embargo, él no vería ni siquiera el resultado de sus propios trabajos. No tuvo el privilegio de estar con Cristo y ser testigo del poder divino acompañando a la luz mayor. No le correspondía ver a los ciegos recuperar la vista, curar a los enfermos y resucitar a los muertos. No contempló la luz que resplandecía a través de cada palabra de Cristo, reflejando gloria sobre las promesas de la profecía. El mundo se iluminó con el resplandor de la gloria del Padre en la persona de su Hijo; pero al profeta solitario se le negó el privilegio de ver y comprender la sabiduría y la misericordia de Dios a través de un conocimiento personal del ministerio de Cristo.

[85] En este sentido, muchos de los que fueron favorecidos por las enseñanzas de Cristo y vio sus milagros, eran mayores que Juan.

Los que estaban con Cristo cuando andaba como hombre entre hombres, y escucharon sus enseñanzas divinas bajo una variedad de circunstancias —mientras predicaban en el templo caminando por las calles, enseñando a las multitudes por el camino y junto al mar, y mientras un invitado a la mesa de su anfitrión, siempre dando palabras de instrucción para atender los casos de todos los que necesitaban su ayuda; curación, consuelo, y reprobación, según lo requerían las circunstancias, fueron más exaltados que Juan el Bautista.

* * * * *

Capítulo 6—La tentación de Cristo

Después del bautismo de Jesús, fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Cuando salió del Jordán, se inclinó y suplicó al gran Eterno que le diera fuerzas para soportar el conflicto con el enemigo caído. La apertura de los cielos y el descenso de la excelente gloria atestiguaron su carácter divino; y la voz del Padre declaró la estrecha relación de Cristo con su Majestad Infinita: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia". La misión de Cristo estaba ahora por comenzar; pero primero debe retirarse de las escenas ocupadas de la vida a un desierto desolado con el propósito expreso de soportar una triple tentación a favor de aquellos a quienes había venido a redimir.

Detengámonos en la historia de la vida terrena de Cristo, y brevemente [86] nota los eventos previos a su advenimiento en un mundo de pecado. Satanás, después de cercar la caída de Adán y Eva, se había jactado de ser el monarca de la tierra, y era cierto que en todas las épocas del mundo había encontrado muchos seguidores. Pero fracasó en unir al hombre caído con él como había esperado hacer, y así reinar supremo sobre toda la tierra. Aunque el hombre en su estado caído estaba sufriendo las consecuencias de su desobediencia, no estaba sin esperanza. No pudo, a causa de su culpa, presentarse directamente ante Dios con sus súplicas, pero el plan de redención, ideado en el Cielo, transfirió la sentencia de muerte del obediente y fiel, a un sustituto. Debe haber derramamiento de sangre, porque la muerte fue la consecuencia del pecado del hombre. En la víctima inmolada, el hombre debía ver por el momento el cumplimiento de la palabra de Dios: "Ciertamente moriréis". La sangre que fluía también significaba una expiación y apuntaba hacia un Redentor que un día vendría al mundo y moriría por los pecados del hombre, vindicando así plenamente la ley de su Padre.

La esperanza de salvación por medio de Cristo indujo al hombre caído a ser extremadamente fiel en el asunto de los sacrificios. Satanás observó con intenso interés cada circunstancia relacionada con estas ceremonias de sacrificio, y pronto aprendió que tipificaban una futura expiación por

La raza humana. Esto le causó una gran inquietud, ya que amenazaba con frustrar su anhelado plan de dominar el mundo entero y sus habitantes. Pero, en lugar de desanimarse por sus desalientos, redobló sus esfuerzos para lograr su propósito, y las edades fueron marcadas con sus triunfos infernales. La complacencia del [87] apetito y la pasión, la guerra, la embriaguez y el crimen se extendieron por la tierra a medida que aumentaban sus habitantes. Dios destruyó al pueblo con las aguas de un gran diluvio, e hizo llover fuego y muerte sobre las ciudades impías; pero el gran adversario todavía era libre de proseguir su plan de desmoralización.

Satanás es un estudiante diligente de la Biblia, y mucho más familiarizado con las profecías que muchos maestros religiosos. Siempre se ha mantenido bien informado acerca de los propósitos revelados de Dios, para poder derrotar los planes del Infinito. Estaba claro para Satanás que las ofrendas de sacrificio eran típicas de un Redentor venidero que iba a rescatar al hombre de los poderes de las tinieblas, y que este Redentor era el Hijo de Dios. Por lo tanto, trazó profundos planes para controlar los corazones de los hombres de generación en generación, y cegar su entendimiento de las profecías, para que cuando Cristo viniera, la gente se negara a aceptarlo como su Salvador.

Desde el momento en que Cristo nació en Belén, Satanás nunca lo había perdido de vista. Había puesto en marcha varios planes para destruirlo, en todos los cuales fracasó, ya que el Hijo de Dios fue sostenido por el brazo fuerte de su Padre. Consciente de la posición de Cristo en el Cielo, Satanás se llenó de aprensión cuando este poderoso Príncipe de luz dejó las cortes reales de su gloria y se convirtió en un hombre sencillo en la tierra. Satanás ahora temía que, no solo fracasaría en su anhelado propósito de reinar supremo sobre toda la tierra, sino que el poder que ya poseía le sería arrebatado. Por lo tanto, cuando salió al desierto para acosar [88] a Cristo con tentaciones, usó toda la fuerza y el artificio a su disposición para atacar al Hijo de Dios a fin de poder disuadirlo de su lealtad.

La gran obra de la redención sólo podía llevarse a cabo si el Redentor tomaba el lugar del hombre caído. Cargado con los pecados del mundo, debe pasar por el suelo donde tropezó Adán. Debe emprender la obra donde Adán fracasó, y soportar una prueba del mismo carácter, pero infinitamente más severa que la que había tenido

lo venció. Es imposible para el hombre comprender completamente la fuerza de las tentaciones de Satanás a nuestro Salvador. Toda tentación del mal, que los hombres encuentran tan difícil de resistir, afectó al Hijo de Dios en un grado mucho mayor en la medida en que su carácter era superior al del hombre caído.

Cuando Adán fue asaltado por el tentador, no tenía la mancha del pecado. Se presentó ante Dios con la fuerza de una virilidad perfecta, todos los órganos y facultades de su ser plenamente desarrollados y armoniosamente equilibrados; y estaba rodeado de cosas de belleza, y conversaba diariamente con los santos ángeles. Qué contraste con este ser perfecto presentó el segundo Adán, cuando entró en el desierto desolado para hacer frente a Satanás, él solo. Durante cuatro mil años la raza había ido disminuyendo en tamaño y fuerza física, y deteriorándose en valor moral; y, para elevar al hombre caído, Cristo debe alcanzarlo donde estaba. Asumió la naturaleza humana, soportando las enfermedades y la degeneración de la raza. Se humilló a sí mismo hasta las profundidades más bajas de la aflicción humana, para poder simpatizar plenamente con el hombre y rescatarlo de la degradación en la que el pecado lo había sumido.

“Porque convenía a Aquel por quien son todas las cosas, y por quien son [89] todas las cosas, llevando muchos hijos a la gloria, para perfeccionar por medio de las aflicciones al Autor de la salvación de ellos.” “Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”. “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para llegar a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.” “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades; sino que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.”

Cuando Cristo entró en el desierto, su semblante era cambiado, su gloria se había ido, el peso de los pecados del mundo oprimía su alma, y sus facciones expresaban un dolor indecible, una profundidad de angustia que el hombre caído nunca había percibido. La complacencia del apetito había aumentado con cada generación sucesiva desde la transgresión de Adán, hasta que la raza fue tan débil en poder moral que no pudieron vencer con sus propias fuerzas.

Cristo en favor de la raza había de vencer el apetito, soportando

la prueba más poderosa en ese punto. Debía recorrer el camino de la tentación solo, sin nadie que lo ayudara o consolara. Solo debía luchar con los poderes de las tinieblas y ejercer un autocontrol más fuerte que el hambre o la muerte. La duración de este ayuno es la evidencia más fuerte de la gran pecaminosidad del apetito degradado y su poder sobre la familia humana.

[90] A través del apetito, Satanás había llevado a cabo la ruina de Adán y Eva, ya través de todas las generaciones siguientes, esta había sido su arma más fuerte para corromper a la raza humana. Como Cristo había tomado la forma de hombre y estaba sujeto a sus debilidades, Satanás esperaba conquistarlo a través de este poderoso medio y trazó sus planes en consecuencia. Tan pronto como comenzó el largo ayuno de Cristo, estuvo cerca de estas tentaciones. Vino vestido de luz, afirmando ser un ángel enviado desde el trono de Dios para simpatizar con Cristo y aliviarlo de su condición de sufrimiento. Le representó que Dios no deseaba que pasara por el dolor y la abnegación que había previsto. Afirmó llevar el mensaje del cielo de que Dios solo diseñó para probar la voluntad de Cristo de soportar su prueba.

Satanás le dijo que pusiera sus pies en el camino manchado de sangre, pero que no lo transitara, que, como Abraham, estaba tratando de mostrar su perfecta obediencia. Afirmó ser el ángel que detuvo la mano de Abraham, cuando se levantó el cuchillo para matar a Isaac, y que ahora había venido a salvar la vida del Hijo de Dios, librarlo de una muerte dolorosa por inanición y ayudarlo. en el plan de salvación.

Satanás está engañando hoy a muchos como intentó engañar a Cristo, afirmando que él es un enviado del cielo y que está haciendo una buena obra para la humanidad. Y las masas del pueblo están tan cegadas por los sofismas que no pueden discernir su verdadero carácter, y lo honran como un mensajero de Dios, mientras que él está obrando su ruina eterna.

Pero Cristo se apartó de todas estas astutas tentaciones y permaneció firme en su propósito de llevar a cabo el plan divino.

Frustrado en un [91] punto, Satanás probó ahora otro recurso. Creyendo que el carácter angelical que había asumido desafiaba la detección, ahora fingió dudar de la divinidad de Cristo, debido a su apariencia demacrada y su entorno desagradable.

Al tomar la naturaleza del hombre, Cristo no era igual en apariencia a los ángeles del Cielo, pero esta fue una de las humillaciones necesarias.

ciones que él aceptó voluntariamente cuando se convirtió en el Redentor del hombre. Satanás instó a que, si en verdad era el Hijo de Dios, le diera alguna evidencia de su carácter exaltado. Sugirió que Dios no dejaría a su Hijo en una condición tan deplorable. Declaró que uno de los ángeles celestiales había sido exiliado a la tierra, y su apariencia indicaba que en vez de ser el Rey de los Cielos era ese ángel caído. Llamó la atención sobre su propia apariencia hermosa, revestida de luz y fuerza, y contrastó insultantemente la miseria de Cristo con su propia gloria.

Reclamó autoridad directa del Cielo para exigir prueba de Cristo de que él era el Hijo de Dios. Se burló de él por ser un pobre representante de los ángeles, y mucho menos de su alto Comandante, el Rey reconocido en las cortes reales; e insinuó que su apariencia actual indicaba que estaba desamparado de Dios y de los hombres. Declaró que si era el Hijo de Dios, era igual a Dios y debería demostrarlo obrando un milagro para aliviar su hambre. Luego lo instó a que cambiara la piedra que tenía a sus pies en pan, y estuvo de acuerdo en que, si lo hacía, renunciaría de inmediato a sus pretensiones de superioridad, y la contienda entre los dos terminaría para siempre.

Satanás esperaba así quebrantar la confianza de Cristo en su Padre, [92] quien había permitido que fuera llevado a esta condición de sufrimiento extremo en el desierto, donde los pies del hombre nunca habían pisado. El archienemigo esperaba que bajo la fuerza del desánimo y el hambre extrema, podría instar a Cristo a ejercer su poder milagroso en su propio beneficio, y así librarse de las manos del Padre.

Las circunstancias y el entorno de Cristo eran tales que hacían que la tentación sobre este punto fuera particularmente agravante. El largo ayuno lo había debilitado físicamente, las punzadas del hambre consumían sus órganos vitales, su sistema desmayado clamaba por comida. Podría haber obrado un milagro en su propio beneficio y haber satisfecho su hambre que lo roía; pero esto no habría estado de acuerdo con el plan divino. No formaba parte de su misión ejercer el poder divino para su propio beneficio; esto nunca lo hizo en su vida terrenal; sus milagros fueron todos para el bien de los demás.

Al sufrir humillación, hambre y desprecio, Jesús rechazó a Satanás con la misma escritura que le había pedido a Moisés que repitiera al Israel rebelde: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". En esta declaración, y también por

su ejemplo, Cristo mostró que desear el alimento temporal era una calamidad mucho menor que encontrarse con la desaprobación de Dios.

Al convertirse en el sustituto del hombre y conquistar donde el hombre había sido vencido, Cristo no iba a manifestar su poder divino para aliviar su propio sufrimiento, porque el hombre caído no podía obrar milagros para salvarse a sí mismo del dolor, y Cristo, como su representante, [93] debía sobrellevar sus pruebas como un hombre, dejando un ejemplo de fe perfecta y confianza en su Padre Celestial.

Cristo reconoció a Satanás desde el principio, y requirió un fuerte dominio propio para escuchar las proposiciones de este insultante engañador, y no reprender su audaz suposición. Pero el Salvador del mundo no fue provocado ni para darle evidencia de su poder divino, ni para entrar en controversia con alguien que había sido expulsado del Cielo por liderar una rebelión contra el Gobernante supremo del universo, y cuyo mismo crimen había sido un negativa a reconocer la dignidad del Hijo de Dios. Armado con la fe en su Padre Celestial, teniendo en su mente el precioso recuerdo de las palabras pronunciadas desde el Cielo en su bautismo, Jesús permaneció inmovible en el desierto solitario, ante el poderoso enemigo de las almas.

No correspondía al Hijo de Dios descender de su elevada misión para probar su divinidad a Satanás, ni condescendió en explicar la razón de su presente humillación, y la manera en que debía actuar como Redentor del hombre. Si los hijos de los hombres siguieran el ejemplo de su Salvador y no conversaran con Satanás, se evitarían muchas derrotas a manos suyas. Seis mil años ha estado en guerra este archienemigo contra el gobierno de Dios, y la práctica continua ha aumentado su habilidad para engañar y seducir.

Pero Satanás tenía demasiado en juego como para abandonar la batalla a la ligera. Sabía que , si Cristo salía victorioso, su influencia disminuiría. Entonces, para asombrar a Cristo con su fuerza superior, lo llevó a Jerusalén y lo colocó en un pináculo del templo. Ahora [94] exigió que, si en verdad era el Hijo de Dios, se arrojara desde esa vertiginosa altura, y así manifestara entera confianza en el cuidado preservador de su Padre.

El pecado de la presunción se encuentra muy cerca de la virtud de la fe perfecta y la confianza en Dios, y Satanás se esforzó por aprovecharse de la humanidad de Cristo e impulsarlo a pasar la línea de la confianza a la presunción. Ahora admitió que Cristo estaba justo en el desierto,

cuando puso tan perfecta confianza en el Padre, y ahora exhortó a que se diera una prueba más de su entera fe en Dios, arrojándose a sí mismo del templo. Le aseguró que si en verdad era el Hijo de Dios, no tenía nada que temer, porque los ángeles lo sustentarían. Satanás sabía muy bien que si se podía convencer a Cristo de que se arrojara del templo para probar su derecho a la protección de su Padre celestial, por ese mismo acto exhibiría la debilidad de la naturaleza humana.

Pero Jesús salió victorioso de la segunda tentación, al rechazar el pecado de la presunción. Mientras manifestaba una confianza perfecta en su Padre, se negó a ponerse voluntariamente en tal peligro que fuera necesario que el Padre desplegara el poder divino para salvar a su Hijo de la muerte. Esto hubiera sido obligar a la Providencia a acudir en su ayuda y, por lo tanto, dejaría de dar a su pueblo un ejemplo perfecto de fe y confianza en Dios.

Nuestro Salvador mostró plena confianza en que su Padre Celestial no permitiría que fuera tentado más de lo que debería darle fuerzas para soportar. Cristo no se había puesto en peligro voluntariamente, y sabía que si conservaba su integridad, un ángel de Dios sería enviado para librarlo del poder del tentador si fuera necesario. [95]

Al descubrir que no venció en nada con Cristo en la segunda gran tentación, Satanás comenzó a alarmarse por el resultado de sus esfuerzos. La perseverancia constante del Hijo de Dios lo llenó de aprensión, porque no había esperado una oposición tan vigorosa. Ahora invocó todos los recursos de su naturaleza satánica en su ayuda en un último y poderoso esfuerzo para desconcertar y derrotar al Salvador. En sus dos primeras tentaciones, ocultó su verdadero carácter y propósito, afirmando ser un mensajero exaltado de las cortes del cielo. Pero ahora se despoja de todo disfraz, declarándose el Príncipe de las Tinieblas y reclamando la tierra para su dominio.

Llevó a Jesús a un monte alto y le mostró los reinos del mundo, desplegados en una vista panorámica ante sus ojos. La luz del sol caía sobre ciudades con templos, palacios de mármol, campos fértiles y viñedos, dorando los cedros oscuros del Líbano y las aguas azules de Galilea. Los ojos de Jesús, tan recientemente recibidos por la tristeza y la desolación, contemplaron una escena de belleza y prosperidad sin igual. Entonces se oyó la voz del tentador: "A ti te daré todo este poder, y la gloria de ellos; porque eso me es entregado, y

a quien quiero, se lo doy. Si tú me adoras, todo será tuyo.”

Satanás aplicó toda su fuerza a este último incentivo, porque del resultado de este esfuerzo dependía su destino. Afirmó que el mundo era su dominio y que él mismo era el Príncipe de la potestad del aire. Prometió poner a Cristo en posesión de todos los reinos [96] sin sufrimiento ni peligro, si hacía una concesión, y era reconocer a Satanás como su superior y rendirle homenaje. Esta última tentación fue diseñada para ser la más seductora de todas. La vida de Cristo fue una vida de tristeza, dificultad y conflicto. La pobreza y la privación lo asistieron; aun las bestias y las aves tenían sus casas, pero el Hijo del Hombre no tenía dónde reclinar la cabeza. Sin hogar y sin amigos como estaba, se le ofrecieron los poderosos reinos del mundo y la gloria de ellos por una sola consideración.

Los ojos de Jesús se posaron por un momento en la escena que tenía delante; luego se apartó resueltamente de él, rehusándose a coquetear con el tentador ni siquiera contemplando la perspectiva encantadora que le había presentado; pero cuando Satanás solicitó su homenaje, se despertó la indignación divina de Cristo, y ya no pudo tolerar su asunción blasfema, ni siquiera permitirle permanecer en su presencia. Ejerció su autoridad divina y ordenó a Satanás que desistiera, diciendo: “Vete de aquí, Satanás; porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, ya él solo servirás.

Satanás le había pedido a Cristo que le diera evidencia de que él era el Hijo de Dios, y él tenía, en este caso, la prueba que pedía. No tenía poder para resistir su destitución perentoria y se vio obligado a obedecer el mandato divino. Retorciéndose de odio y rabia desconcertados, el jefe rebelde se retiró de la presencia del Redentor del mundo. El concurso terminó. La victoria de Cristo fue tan completa como lo había sido el fracaso de Adán.

Pero el conflicto había sido prolongado y penoso, y Cristo estaba exhausto y cayó desmayado al suelo, con la palidez de la muerte [97] en su semblante. Entonces los ángeles celestiales, que se habían inclinado ante él en las cortes reales, y que habían observado su conflicto con doloroso interés, le servían y lo fortalecían con alimento, mientras yacía como un moribundo. Habían contemplado con asombro y asombro a su Comandante celestial pasando por sufrimientos indecibles para lograr la salvación del hombre. Había soportado una prueba más se

de lo que el hombre jamás sería llamado a soportar. Pero, mientras yacía demacrado y sufriendo, los ángeles trajeron mensajes de amor y consuelo del Padre, y una seguridad de que todo el Cielo triunfaba en la victoria que él había ganado para el hombre. Así, el gran corazón de Cristo volvió a la vida y se fortaleció para su obra venidera.

El costo de la redención de la raza nunca podrá ser plenamente realizado por los hombres hasta que los redimidos estén de pie con el Redentor junto al trono de Dios. Entonces, cuando el glorioso valor de la recompensa eterna se abra ante sus sentidos extasiados, y sus ojos contemplen las maravillosas glorias de la vida inmortal, entonarán el cántico de victoria: "Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir el poder y las riquezas, y sabiduría, y fuerza, y honor, y gloria, y bendición!" "Y toda criatura", dice Juan, "que está en los cielos, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que están en el mar, y todo lo que hay en ellos, oí decir: Bendición y honra y ¡ gloria y poder al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos!"

Aunque Satanás había fallado en sus tentaciones más poderosas, no había perdido toda esperanza de que, en algún momento futuro, pudiera tener éxito en sus esfuerzos. Esperaba con ansias el período de [98] el ministerio de Cristo, cuando debería tener oportunidades de probar sus artificios contra él. Desconcertado y derrotado, tan pronto como se retiró de la escena del conflicto, comenzó a trazar planes para cegar el entendimiento de los judíos, el pueblo escogido de Dios, para que no pudieran discernir en Cristo al Redentor del mundo. Determinó llenar sus corazones de envidia, celos y odio contra el Hijo de Dios, para que no lo recibieran, sino que hicieran su vida en la tierra lo más amarga posible.

Satanás consultó a sus ángeles sobre el curso que debían seguir para impedir que el pueblo tuviera fe en Cristo como el Mesías que los judíos habían estado esperando ansiosamente durante tanto tiempo. Estaba desilusionado y enojado porque no había prevalecido en nada contra Jesús por medio de sus múltiples tentaciones. Pero ahora pensaba que si podía inspirar en los corazones del propio pueblo de Cristo la incredulidad de que él era el Prometido, podría desalentar al Salvador en su misión y asegurar a los judíos como sus agentes para llevar a cabo sus propios propósitos diabólicos. Así que se puso a trabajar a su manera sutil, esforzándose

lograr mediante la estrategia lo que no había logrado mediante el esfuerzo directo y personal.

* * * * *

Capítulo 7—Las bodas de Caná

Después de esto, Jesús regresó al Jordán, como se ha dicho anteriormente, y fue declarado por Juan como el “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. En este tiempo, también, escogió a Juan, Andrés, [99] Simón, Felipe y Natanael, para sus discípulos, todo lo cual ha sido relatado en relación con la historia de Juan el Bautista. Jesús ahora emprendió la gran obra de su vida.

Iba a haber una boda en Caná de Galilea. Las partes eran parientes de José y María. Cristo sabía de esta reunión familiar, y que muchas personas influyentes se reunirían allí, así que, en compañía de sus nuevos discípulos, se dirigió a Caná. Tan pronto como se supo que Jesús había venido al lugar, se le envió una invitación especial a él y a sus amigos. Esto era lo que se había propuesto, y así honró la fiesta con su presencia.

Había estado separado de su madre durante bastante tiempo. Durante este período había sido bautizado por Juan y había soportado las tentaciones en el desierto. Los rumores habían llegado a María sobre su hijo y sus sufrimientos. Juan, uno de los nuevos discípulos, había buscado a Cristo y lo había encontrado en su humillación, demacrado y con las marcas de una gran angustia física y mental. Jesús, que no quería que Juan fuera testigo de su humillación, lo había despedido de su presencia con suavidad pero con firmeza. Deseaba estar solo; ningún ojo humano debe contemplar su agonía, ningún corazón humano debe sentir simpatía por su angustia.

El discípulo había buscado a María en su casa y le había relatado los incidentes de este encuentro con Jesús, así como el acontecimiento de su bautismo, cuando se oyó la voz de Dios en reconocimiento de su Hijo, y el profeta Juan había señalado a Cristo, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Durante treinta [100] años esta mujer había estado atesorando evidencias de que Jesús era el Hijo de Dios, el Salvador prometido del mundo. Joseph estaba muerto y ella no tenía a quién confiar los pensamientos más preciados de su corazón. Había fluctuado entre la esperanza y las dudas desconcertantes, pero

siempre sintiendo más o menos la seguridad de que su hijo era en verdad el Prometido.

Había estado muy afligida durante los últimos dos meses, porque la habían separado de su hijo, quien siempre había sido fiel y obediente a sus deseos. La madre viuda se había lamentado por los sufrimientos que Jesús había soportado en su soledad. Su condición de Mesías le había causado una profunda tristeza además de alegría. Sin embargo, extrañamente, como le parece a ella, se encuentra con él en la fiesta de bodas, el mismo hijo tierno y obediente, pero no el mismo, porque su semblante ha cambiado; ella ve las marcas de su feroz conflicto en el desierto de la tentación, y la evidencia de su alta misión en su santa expresión y la gentil dignidad de su presencia. Ella ve que lo acompañan varios jóvenes que se dirigen a él con reverencia, llamándolo Maestro. Estos compañeros le cuentan a María las cosas maravillosas que han presenciado, no solo en el bautismo, sino en muchas otras ocasiones, y concluyen diciendo: "Hemos encontrado a Aquel de quien Moisés escribió en la ley y en los profetas: Jesús de Nazaret, que es el Mesías largamente esperado".

El corazón de María se alegró con esta seguridad de que la anhelada esperanza de largos años de ansiosa espera era realmente cierta. [101] Hubiera sido bastante extraño si, mezclado con esta alegría profunda y santa, no hubiera habido un rastro del orgullo natural de la madre cariñosa. Pero los invitados se reunieron y el tiempo pasó. Finalmente ocurrió un incidente que causó mucha perplejidad y pesar. Se descubrió que por alguna causa el vino había fallado. El vino que se usaba era el jugo puro de la uva, y era imposible proporcionarlo a esa hora tardía. Era inusual prescindir de él en estas ocasiones; así la madre de Cristo, que en su calidad de pariente tenía un papel destacado que desempeñar en la fiesta, habló a su hijo, diciendo: "No tienen vino". En esta comunicación había una petición oculta, o más bien una sugerencia, de que Aquel para quien todas las cosas eran posibles aliviaría sus necesidades. Pero Jesús le respondió: Mujer, ¿qué tengo yo contigo? mi hora aún no ha llegado."

Su actitud era respetuosa, pero firme; él diseñó enseñarle a Mary que el tiempo para que ella lo controlara como madre había terminado. Su obra poderosa estaba ahora ante él, y nadie debía dirigir en cuanto al ejercicio de su poder divino. Existía el peligro de que María presumiera de su relación con Cristo y sintiera que tenía una relación especial.

reclamaciones sobre él y derechos especiales. Como Hijo del Altísimo y Salvador del mundo, ningún lazo terrenal debe apartarlo de su misión divina, ni influir en el rumbo que debe seguir. Era necesario que se mantuviera libre de toda consideración personal, dispuesto a hacer la voluntad de su Padre Celestial.

Jesús amaba tiernamente a su madre; durante treinta años había estado sujeto al control de los padres; pero ahora había llegado el momento en que debía ocuparse de los asuntos de su Padre. Al reprender a su madre, Jesús [102] reprende también a una numerosa clase que tiene un amor idólatra por su familia y permite que los lazos de parentesco los alejen del servicio de Dios. El amor humano es un atributo sagrado; pero no se debe permitir que estropee nuestra experiencia religiosa, o que aleje nuestros corazones de Dios.

La vida futura de Cristo estaba trazada ante él. Su poder divino había estado oculto, y había esperado en la oscuridad y la humillación durante treinta años, y no tenía prisa por actuar hasta que llegara el momento adecuado. Pero María, en el orgullo de su corazón, anhelaba verlo probar a la compañía que él era realmente el honrado de Dios. Le pareció una oportunidad favorable para convencer al pueblo presente de su poder divino, obrando ante sus ojos un milagro que lo colocaría en el lugar que debía ocupar ante los judíos. Pero él respondió que aún no había llegado su hora. Aún no había llegado su hora de ser honrado y glorificado como Rey; le tocó en suerte ser varón de dolores y experimentado en quebranto.

La relación terrenal de Cristo con su madre había terminado. El que había sido su hijo sumiso era ahora su divino Señor. Su única esperanza, en común con el resto de la humanidad, era creer que él era el Redentor del mundo y rendirle obediencia implícita. El temible engaño de la iglesia romana exalta a la madre de Cristo igual al Hijo del Dios Infinito; pero él, el Salvador, coloca el asunto bajo una luz muy diferente, y de manera acentuada indica que el lazo de relación entre ellos de ninguna manera la eleva a su nivel, ni asegura su futuro. Las simpatías humanas ya no deben afectar a Aquel cuya misión es para el mundo.

La madre de Cristo comprendió el carácter de su Hijo, y [103] se inclinó en sumisión a su voluntad. Sabía que él cumpliría con su pedido si era lo mejor. Su actitud evidenció su perfecta fe en su sabiduría y poder, y fue esta fe a la que Jesús respondió en el milagro que siguió. María creía que

Jesús pudo hacer lo que ella había pedido de él, y ella estaba muy ansiosa de que todo lo relacionado con la fiesta fuera debidamente ordenado y transcurriera con el debido honor. Ella dijo a los que servían a la mesa: “Todo lo que él os diga, hacedlo”. Así hizo lo que pudo para preparar el camino.

A la entrada de la vivienda había seis tinajas de piedra para agua. Jesús ordenó a los sirvientes que llenaran estas vasijas con agua. Ellos obedecieron fácilmente esta orden singular. El vino se necesitaba para uso inmediato, y Jesús ordenó: “Sácalo ahora y llévalo al gobernador de la fiesta”. Los sirvientes vieron con asombro que en lugar del agua cristalina con la que acababan de llenar aquellas vasijas, brotaba vino. Ni el gobernante de la fiesta ni los invitados en general sabían que el suministro de vino había fallado; así que, al probarlo, el gobernante quedó asombrado, porque era superior a cualquier vino que hubiera bebido antes, y muy diferente del que se había servido al comienzo de la fiesta.

Se dirigió al novio, diciendo: “Todo hombre al principio sirve buen vino; y cuando los hombres han bebido bien, entonces lo que es peor; pero tú has guardado el buen vino hasta ahora. En este milagro, Jesús ilustra la verdad de que mientras el mundo [104] presenta primero sus mejores dones, para fascinar los sentidos y complacer la vista, él da buenos dones, siempre frescos y nuevos hasta el final. Nunca empañan el sabor, el corazón nunca se enferma ni se cansa de ellos. Los placeres del mundo son insatisfactorios, su vino se convierte en amargura, su alegría en melancolía. Lo que empezó con cantos y regocijos, acaba en cansancio y asco. Pero Jesús proporciona una fiesta del alma que nunca deja de dar satisfacción y alegría. Cada nuevo regalo aumenta la capacidad del receptor para apreciar y disfrutar las bendiciones de su Señor. Él da, no con medida limitada, sino por encima de lo que se pide o se espera.

Esta donación de Cristo a la cena de las bodas era un símbolo del medio de salvación. El agua representó el bautismo en su muerte, el vino, el derramamiento de su sangre para la purificación de los pecados del mundo. La provisión hecha para los invitados a la boda fue amplia, y no menos abundante es la provisión para borrar las iniquidades de los hombres.

Jesús acababa de regresar de su largo ayuno en el desierto, donde había sufrido para quebrantar el poder del apetito sobre el hombre,

lo que, entre otros males, había llevado al libre uso de bebidas embriagantes. Cristo no dispuso para los invitados a la boda vino que por fermentación o adulteración tuviera un carácter embriagador, sino el jugo puro de la uva, clarificado y refinado. Su efecto era armonizar el sabor con un apetito saludable.

Los invitados comentaron sobre la calidad del vino, y luego se hicieron averiguaciones que sacaron de los sirvientes un relato de la maravillosa obra que había realizado el joven galileo. La compañía escuchó con asombro ilimitado e intercambió palabras [105] de duda y sorpresa. Finalmente buscaron a Jesús, para que pudieran rendirle el debido respeto y saber cómo había logrado esta milagrosa conversión del agua en vino; pero él no fue encontrado. Había, con una sencillez digna, realizado el milagro, y luego se había retirado en silencio.

Cuando se comprobó que Jesús realmente se había ido, la atención de la compañía se dirigió a sus discípulos que se habían quedado atrás. Por primera vez tenían la oportunidad de reconocerse creyentes en Jesús de Nazaret como Salvador del mundo. Juan relató lo que había oído y visto de sus enseñanzas. Habló de las maravillosas manifestaciones en el momento del bautismo de Jesús, por el profeta Juan, en el río Jordán; cómo la luz y la gloria del Cielo habían descendido sobre él en forma de paloma, mientras una voz desde el cielo sin nubes proclamaba que era el Hijo del Padre Infinito. Juan narró estos hechos con claridad y precisión convincentes. Se despertó la curiosidad de todos los presentes, y muchos ansiosos que buscaban y añoraban al Mesías, pensaron que sí era posible que éste fuera el Prometido de Israel.

La noticia de este milagro obrado por Jesús se extendió por toda aquella región y llegó hasta Jerusalén. Los sacerdotes y los ancianos escucharon con asombro. Buscaron con nuevo interés las profecías que apuntaban a la venida de Cristo. Existía la más intensa ansiedad por conocer el objetivo y la misión de este nuevo Maestro, que vino entre la gente de una manera tan sencilla, pero hizo lo que ningún otro hombre había hecho jamás. A diferencia de los fariseos y otros dignatarios que [106] conservaban una reclusión austera, él se había unido a la asamblea mixta de una reunión festiva y, aunque ninguna sombra de frivolidad mundana empañaba su conducta, había sancionado la reunión social con su presencia.

Aquí hay una lección para los discípulos de Cristo de todos los tiempos, a no excluirse de la sociedad, renunciando a toda comunión social y buscando una estricta reclusión de sus semejantes. Para llegar a todas las clases, debemos encontrarlos donde están; porque rara vez nos buscarán por su propia voluntad. No solo desde el púlpito son los corazones de hombres y mujeres tocados por la verdad divina. Cristo despertó su interés yendo entre ellos como quien desea su bien. Los buscaba en sus ocupaciones diarias y manifestaba un interés sincero en sus asuntos temporales. Llevó su instrucción a los hogares de la gente, atrayendo a familias enteras a sus propios hogares bajo la influencia de su divina presencia. Sus fuertes simpatías personales ayudaron a ganar corazones para su causa.

Este ejemplo del gran Maestro debe ser seguido de cerca por sus servidores. Por más instructivos y provechosos que sean sus discursos públicos, deben recordar que existe otro campo de acción, más humilde, pero lleno como prometedor de abundantes cosechas. Se encuentra en los caminos humildes de la vida, así como en las mansiones más pretenciosas de los grandes, en la junta de hospitalidad y en las reuniones para el inocente disfrute social.

El proceder de Jesús a este respecto contrastaba directamente con el de los líderes exclusivos de los judíos. Se encerraron en [107] la simpatía por el pueblo, y no buscaron beneficiarlo ni ganar su amistad. Pero Cristo se vinculó con los intereses de la humanidad, y así deben hacerlo los que predicán su palabra. Esto no debe ser, sin embargo, por un deseo de satisfacer las inclinaciones por el disfrute personal, o el amor por el cambio y el placer; sino con el propósito de aprovechar toda oportunidad para hacer el bien, y derramar la luz de la verdad sobre los corazones de los hombres, manteniendo la vida pura e incorrupta por las locuras y vanidades de la sociedad.

El objeto especial de Jesús al asistir a esta fiesta de bodas era comenzar la obra de romper la exclusividad que existía con el pueblo judío y abrir el camino para que se mezclaran más libremente con la gente. Había venido no sólo como el Mesías de los judíos, sino como el Redentor del mundo. Los fariseos y los ancianos se abstenían de asociarse con cualquier clase que no fuera la suya. Se mantuvieron apartados, no sólo de los gentiles, sino de la mayoría de su propio pueblo; y su enseñanza llevó a todas las clases a separarse del resto del mundo, de una manera calculada para

hacerlos farisaicos, egoístas e intolerantes. Esta rigurosa reclusión e intolerancia de los fariseos había reducido su influencia y creado un prejuicio que Cristo habría eliminado para que la influencia de su misión se sintiera en todas las clases.

Aquellos que piensan preservar su religión escondiéndola entre muros de piedra para escapar de la contaminación del mundo, pierden oportunidades de oro para iluminar y beneficiar a la humanidad. El Salvador buscó hombres en las calles públicas, en casas particulares, en los barcos, en la sinagoga, a orillas de los lagos y en las fiestas de bodas. Él [108] pasó mucho tiempo en las montañas, dedicado a la oración ferviente, a fin de salir preparado para el conflicto, fortalecido para su trabajo activo entre los hombres en la vida real, iluminando y aliviando a los pobres, los enfermos, los ignorantes y los atados por las cadenas de Satanás, así como enseñar a los ricos y honrados.

El ministerio de Cristo contrastaba marcadamente con el de los ancianos judíos. Se mantuvieron apartados de la simpatía por los hombres; considerando que eran los favorecidos de Dios, asumieron una apariencia indebida de justicia y dignidad. Los judíos se habían alejado tanto de las antiguas enseñanzas de Jehová que creían que serían justos a la vista de Dios y recibirían el cumplimiento de sus promesas, si guardaban estrictamente la letra de la ley que Moisés les había dado.

El celo con el que seguían las enseñanzas de los mayores les daba un aire de gran piedad. No contentos con realizar aquellos servicios que Dios les había especificado por medio de Moisés, buscaban continuamente deberes más rígidos y difíciles. Midieron su santidad por la multitud de sus ceremonias, mientras sus corazones estaban llenos de hipocresía, orgullo y avaricia. La maldición de Dios cayó sobre ellos por sus iniquidades, mientras profesaban ser la única nación justa sobre la tierra.

Habían recibido interpretaciones no santificadas y confusas de la ley, habían añadido tradición a tradición, habían restringido la libertad de pensamiento y acción, hasta el punto de que los mandamientos, las ordenanzas y el servicio de Dios se perdieron en una ronda incesante de ritos y ceremonias sin sentido. Su religión era un yugo de esclavitud. Ellos [109] se habían vuelto tan encadenados que les era imposible atender a los deberes esenciales de la vida, sin emplear a los gentiles para hacer muchas cosas necesarias que les estaban prohibidas a los judíos.

por miedo a la contaminación. Estaban en continuo temor de ser contaminados. Pensar constantemente en estos asuntos había empequeñecido sus mentes y estrechado la órbita de sus vidas.

Jesús comenzó la obra de reforma simpatizando íntimamente con la humanidad. Él era judío, y se propuso dejar un modelo perfecto de alguien que era judío interiormente. Mientras reprendía a los fariseos por su pretenciosa piedad, esforzándose por liberar al pueblo de las insensatas exacciones que lo ataban, mostró la mayor veneración por la ley de Dios y enseñó la obediencia de sus preceptos.

Jesús reprendió la intemperancia, la autoindulgencia y la insensatez; sin embargo, él era social en su naturaleza. Aceptó invitaciones para cenar con los eruditos y nobles, así como con los pobres y afligidos. En estas ocasiones, su conversación era edificante e instructiva, manteniendo a sus oyentes en trance. No dio licencia para escenas de disipación y jolgorio, pero la felicidad inocente le agradaba. Un matrimonio judío era una ocasión solemne e impresionante, cuyo placer y gozo no desagradaban al Hijo del Hombre. Este milagro apuntó directamente hacia la destrucción de los prejuicios de Los discípulos de Jesús aprendieron de ello una lección de simpatía y humanidad. Sus parientes se sintieron atraídos hacia él con cálido afecto, y cuando partió para Cafarnaúm, lo acompañaron.

[110] Al asistir a esta fiesta, Jesús sancionó el matrimonio como una institución divina y, a lo largo de todo su ministerio posterior, mostró un gran respeto por el pacto matrimonial al ilustrar muchas verdades importantes con él.

Jesús luego procedió a presentarse a su propio pueblo en su verdadero carácter. Fue a Nazaret, donde era conocido como un mecánico sin pretensiones, y entró en una sinagoga en sábado. Como era costumbre, el anciano leyó de los profetas y exhortó al pueblo a continuar esperando en Aquel que vendría, quien traería un reino glorioso y sometería toda opresión. Trató de animar la fe y el valor de los judíos, repasando las evidencias de la pronta venida del Mesías, insistiendo especialmente en el poder real y la gloriosa majestad que acompañaría su advenimiento. Mantuvo ante sus oyentes la idea de que el reinado de Cristo sería sobre un trono terrenal en Jerusalén, y su reino sería temporal. Les enseñó que el Mesías aparecería a la cabeza de los ejércitos, para

conquistar a los paganos y librar a Israel de la opresión de sus enemigos.

Al terminar el servicio, Jesús se levantó con serena dignidad y les pidió que le trajeran el libro del profeta Isaías. “Y cuando hubo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para predicar el evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar liberación a los cautivos, y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a predicar el año agradable del Señor. Y cerró el libro, y se lo dio de nuevo al ministro, y se sentó. Y los ojos de todos los **que** estaban en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos. Y todos dieron testimonio de él, y se maravillaron de las palabras llenas de gracia que salieron de su boca.”

Todos entendieron que la escritura que Jesús leyó se refería al Mesías venidero y su obra. Y cuando el Salvador explicó las palabras que había leído, y señaló el oficio sagrado del Mesías: un socorrista de los oprimidos, un libertador de los cautivos, un sanador de los afligidos, que devuelve la vista a los ciegos y revela a los mundo la luz de la verdad—la gente se emocionó con la sabiduría y el poder de sus palabras y les respondió con fervientes amenes y alabanzas al Señor. Jesús no había sido educado en la escuela de los profetas, pero los rabinos más doctos no podían hablar con más confianza y autoridad que este joven galileo.

Sus modales impresionantes, la poderosa trascendencia de sus palabras y la luz divina que emanaba de su semblante emocionaron a la gente con un poder que nunca antes habían experimentado, cuando Jesús se presentó ante ellos, un expositor vivo de las palabras del profeta acerca de sí mismo. Pero cuando anunció: “Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos”, las mentes de sus oyentes volvieron a considerar cuáles eran los reclamos de este hombre como Mesías, la posición más alta que el hombre podía ocupar.

El interés de la congregación se había despertado por completo y sus corazones se habían conmovido de gozo; pero Satanás estaba cerca para sugerir dudas e incredulidad, y recordaron quién era [112] que se dirigía a ellos como ciegos y cautivos en servidumbre que necesitaban ayuda especial. Muchos de los presentes conocían

la vida humilde de Jesús, como hijo de un carpintero, trabajando en su oficio con su padre José. No había pretendido distinción de grandeza, y su hogar estaba entre los pobres y humildes.

En marcado contraste con este hombre humilde estaba el esperado Mesías de los judíos. Creyeron que vendría con honor y gloria, y establecería, por el poder de las armas, el trono de David. Y murmuraban: Este no puede ser el que ha de redimir a Israel. ¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? Y se negaron a creerle a menos que les diera alguna señal marcada. Abrieron sus corazones a la incredulidad, y el prejuicio se apoderó de ellos y cegó su juicio, de modo que no dieron cuenta de la evidencia ya dada cuando sus corazones se estremecieron al saber que era su Redentor quien se dirigía a ellos.

Pero Jesús ahora les mostró una señal de su carácter divino al revelar los secretos de sus mentes. “Y él les dijo: De cierto me diréis este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo; todo lo que hemos oído que se ha hecho en Capernaum, hazlo también aquí en tu tierra. Y él dijo: De cierto os digo, que ningún profeta es acepto en su propia tierra. Pero de cierto os digo, que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, cuando hubo gran hambre en toda la tierra; pero a [113] ninguno de ellos fue enviado Elías, sino a Sarepta, ciudad de Sidón, a una mujer que era viuda. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; y ninguno de ellos quedó limpio, salvo Naamán el sirio.”

Jesús leyó los pensamientos más íntimos de los que le precedieron y respondió a sus preguntas con esta relación de acontecimientos en la vida de los profetas. A aquellos hombres que Dios había escogido para una obra especial e importante no se les permitió trabajar para un pueblo incrédulo y de corazón duro. Pero aquellos que tenían corazones para sentir y fe para creer, eran especialmente favorecidos con evidencias del poder de Dios manifestado a través de sus profetas.

Mediante la apostasía de Israel en los días de Elías, Jesús ilustró el verdadero estado del pueblo al que se dirigía. La incredulidad y la exaltación propia de la antigua nación judía hizo que Dios pasara por alto a las muchas viudas de Israel, y a los pobres y afligidos allí, para encontrar un asilo para su siervo entre un pueblo pagano, y para ponerlo al cuidado de un mujer pagana; pero ella, que era así especialmente

favorecida había vivido en estricto acuerdo con la luz que poseía. Dios también pasó por alto a los muchos leprosos de Israel, porque su incredulidad y abuso de preciosos privilegios los colocó en una posición en la que no podía manifestar su poder a favor de ellos. Por otro lado, un noble pagano, que había vivido fiel a sus convicciones de rectitud y plenamente a la altura de sus más altos privilegios, pero que sentía su gran necesidad de ayuda, y cuyo corazón se abrió para recibir las lecciones de Cristo, estaba, en la vista de Dios, más digno de sus favores especiales, y fue limpiado de su lepra, así como iluminado con respecto a la verdad divina.

Aquí Jesús enseñó una lección importante que debe ser recibida [114] por todos los que profesan su nombre hasta el fin de los tiempos. Fue esto: que incluso los paganos, que viven según la mejor luz que tienen, haciendo el bien en la medida en que pueden distinguir el bien del mal, son considerados con mayor favor por Dios que aquellos que, teniendo gran luz, enaltecen. pretensiones de piedad, pero cuya vida diaria contradice su profesión. Así, Jesús se presentó ante los judíos, revelando con calma sus pensamientos secretos y recalcándoles la amarga verdad de su injusticia. Cada palabra cortó como un cuchillo cuando sus vidas corruptas y su incredulidad perversa fueron puestas delante de ellos. Ahora despreciaron la fe y la reverencia con que Jesús los había inspirado al principio, y se negaron a reconocer que este hombre, que había surgido de la pobreza y la humildad, no era más que un hombre común. No tendrían rey que viniera desatendido por la riqueza y el honor, y que no estuviera a la cabeza de imponentes legiones.

Su incredulidad engendró malicia. Satanás controló sus mentes y clamaron contra el Salvador con ira y odio. La asamblea se disolvió, y la gente malvada echó mano a Jesús, arrojándolo de la sinagoga y de su ciudad, y lo habrían matado si hubieran podido hacerlo. Todos parecían ansiosos por su destrucción. Lo llevaron de prisa a la cima de un precipicio empinado, con la intención de arrojarlo de cabeza. Gritos y maldiciones llenaron el aire. Algunos le tiraban piedras y tierra; pero de repente desapareció de en medio de ellos, no sabían cómo ni cuándo. Un gel de Dios asistió a Jesús en medio de esa turba enfurecida, y le preservó la vida. Los mensajeros celestiales estaban a su lado en la sinagoga, mientras hablaba; y lo acompañaron cuando [115] presionados y apremiados por los judíos incrédulos y enfurecidos. Estas

Los ángeles cegaron los ojos de aquella multitud enloquecida y condujeron a Jesús a un lugar seguro.

* * * * *

Capítulo 8—La limpieza del templo

En el momento de la Pascua, cuando Jerusalén estaba llena de gente que había venido de lejos para celebrar este gran festival anual, Jesús y sus discípulos se mezclaron con la multitud reunida. Era temprano en la mañana, pero grandes multitudes ya se estaban dirigiendo al templo. Al entrar Jesús, se indignó al encontrar el atrio del templo dispuesto como mercado de ganado y lugar de tránsito general. No sólo había establos para las bestias, sino también mesas donde los propios sacerdotes actuaban como corredores de dinero y cambistas. Era costumbre que cada persona que asistía a la pascua trajera una moneda, que se pagaba a los sacerdotes al entrar al templo.

Desde el cambio de monedas extranjeras y diferentes denominaciones de dinero para acomodar a los extraños, este asunto de recibir estas ofrendas se había convertido en un tráfico vergonzoso y una fuente de gran beneficio para los sacerdotes. Muchos venían de muy lejos y no podían traer sus ofrendas de sacrificio. Con el pretexto de acomodar a tales personas, en el atrio exterior se vendían vacas, ovejas, palomas y [116] gorriones a precios exorbitantes. La confusión resultante indicaba un mercado de ganado ruidoso, en lugar del templo sagrado de Dios. Se escuchaban fuertes regateos, compras y ventas, mugidos de vacas, balidos de ovejas y arrullos de palomas, mezclados con el tintineo de monedas y airadas disputas. En la pascua se sacrificaba anualmente un gran número de animales, lo que hacía inmensas las ventas en el templo. Los traficantes obtuvieron una gran ganancia, que fue compartida con el sacerdocio avaro y los hombres de autoridad entre los judíos. Estos especuladores hipócritas, al amparo de su santa profesión, practicaban toda clase de extorsiones, y hacían de su sagrado oficio una fuente de ingresos personales.

La babel de las voces, los ruidos de los animales y los gritos de sus conductores crearon tal confusión fuera del recinto sagrado que los adoradores en el interior se turbaron, y las palabras dirigidas al Altísimo se ahogaron en el estruendo que invadió el templo .

erigido para su gloria. Sin embargo, los judíos estaban sumamente orgullosos de su piedad y tenaces en las observancias y formas externas. Se regocijaban por su templo, y consideraban una palabra pronunciada en su contra como una blasfemia. Eran rigurosos en la ejecución de las ceremonias relacionadas con ella, pero permitieron que el amor por el dinero y el poder dominaran sus escrúpulos, hasta que apenas se dieron cuenta de la distancia que se había alejado de la pureza original de la ceremonia sacrificial instituida por Dios mismo.

Cuando el Señor descendió sobre el monte Sinaí, el lugar fue consagrado por su presencia. A Moisés se le dio una orden divina [117] para poner límites alrededor del monte y santificarlo, y se escuchó la palabra de Dios en advertencia: "Mirad por vosotros mismos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites. . Cualquiera que toque el monte, ciertamente morirá. No lo tocará mano, sino que será apedreado o traspasado; sea bestia u hombre, no vivirá." Todo el pueblo fue limpiado y santificado para la presencia del Señor. En contraste directo con este ejemplo, el templo sagrado, dedicado al Todopoderoso, se convirtió en una plaza de mercado y una casa de mercadería.

Cuando el joven galileo entró en el recinto, se inclinó y recogió un látigo de cuerdas pequeñas que se había usado para conducir algunos de los animales. Jesús subió los escalones del templo y contempló la escena con una mirada tranquila y digna. Vio y oyó el tráfico y el trueque. Su expresión se volvió severa y terrible. Los ojos de muchos se volvieron instintivamente para mirar a este extraño; sus miradas se clavaron en él. Otros siguieron su ejemplo hasta que toda la multitud lo miró con una mezcla de miedo y asombro.

Sintieron instintivamente que este hombre leía sus pensamientos más íntimos y sus motivos ocultos de acción. Algunos intentaron ocultar sus rostros como si sus malas acciones estuvieran escritas en sus rostros para ser escaneadas por esos ojos escrutadores.

La confusión fue silenciada. El sonido del tráfico y el regateo cesó. El silencio se volvió doloroso. Una sensación de asombro se apoderó de toda la asamblea. Era como si fueran procesados ante el tribunal de Dios para responder por sus hechos. La Majestad de los Cielos [118] se puso de pie como el Juez se levantará en el último día, y cada uno de esa gran multitud para el tiempo lo reconoció como su Maestro. Su ojo barrió

sobre la multitud, abarcando a cada individuo. Su forma parecía elevarse por encima de ellos con imponente dignidad, y una luz divina iluminaba su rostro. Habló, y su voz clara y resonante, resonando a través de los arcos del templo, fue como la voz que sacudió el Monte Sinaí en la antigüedad: "Mi casa, casa de oración será llamada ; mas vosotros la convertisteis en cueva de ladrones.

Descendió lentamente los escalones y, levantando el látigo, que en su mano parecía haberse transformado en un cetro real, ordenó a la compañía negociadora que abandonara los límites sagrados del templo y se llevara sus mercancías. Con un celo altivo y una severidad que nunca antes había manifestado, derribó las mesas de los cambistas, y la moneda cayó, resonando agudamente sobre el suelo de mármol. Los más endurecidos y desafiantes no se atrevieron a cuestionar su autoridad, pero, con pronta obediencia, los dignatarios del templo, los sacerdotes especuladores, los comerciantes y corredores de ganado, se precipitaron de su presencia. Los más avaros no se detuvieron a recoger su idolatrado dinero, sino que huyeron sin pensar en sus ganancias mal habidas.

Las bestias y los pájaros se apresuraron más allá de los portales sagrados. Un pánico de miedo se apoderó de la multitud que sintió la sombra de la divinidad de Cristo. Gritos de terror escaparon de cientos de labios pálidos cuando la multitud salió precipitadamente del lugar. Jesús no los golpeó con el látigo de cuerdas, sino que, a sus ojos culpables, ese simple instrumento parecía espadas relucientes y furiosas, dando vueltas en todas direcciones y amenazando con cortarlos. Incluso los discípulos temblaron de miedo y quedaron asombrados por las palabras [119] y los modales de Jesús, tan diferentes del comportamiento habitual del hombre manso y humilde de Galilea. Pero se acordaron que de él estaba escrito : El celo de tu casa me devora. Pronto la multitud, con su ganado, sus ovejas, palomas y gorriones, se alejaron del templo del Señor. Los tribunales estaban libres de comercio profano, y un profundo silencio y solemnidad se asentaron sobre la última escena de confusión. Si la presencia del Señor santificaba el monte, su presencia santificaba igualmente el templo levantado en su honor.

¡Cuán fácilmente esa vasta multitud podría haber resistido la autoridad de un solo hombre; pero el poder de Su divinidad los abrumó con confusión y un sentimiento de culpa. No tenían fuerzas para resistir la autoridad divina del Salvador del mundo. los profanadores

del lugar santo de Dios fueron expulsados de sus portales por la Majestad del Cielo.

Después de que se purificó el templo, la conducta de Jesús cambió; la terrible majestuosidad de su rostro dio paso a una expresión de la más tierna simpatía. Miró a la multitud que volaba con ojos llenos de tristeza y compasión. Hubo algunos que se quedaron, retenidos por la irresistible atracción de su presencia. No estaban aterrorizados por su terrible dignidad, sus corazones se sintieron atraídos hacia él con amor y esperanza. Estas personas no eran los grandes y poderosos que esperaban impresionarlo con un sentido de su grandeza; eran los pobres, los enfermos y los afligidos.

Después de que los compradores y vendedores, y la multitud promiscua con [120] sus mercancías, fueron expulsados, Jesús sanó a los heridos que acudían a él. Los enfermos fueron aliviados, los ciegos recobraron la vista, los mudos alabaron a Dios con las lenguas sueltas, los cojos saltaron de alegría y los demonios fueron expulsados de aquellos a quienes habían atormentado durante mucho tiempo. Las madres, pálidas por la ansiedad y la observación, trajeron a sus bebés moribundos para recibir su bendición. Los estrechó tiernamente contra su pecho y los devolvió sanos y fuertes a los brazos de sus madres.

Esta era una escena digna del templo del Señor. El que poco tiempo antes se había parado sobre las gradas como un ángel vengador, ahora se había convertido en mensajero de misericordia, calmando las penas de los oprimidos, animando a los desesperados, aliviando a los que sufrían. Cientos regresaron a sus hogares de la Pascua sanos en cuerpo e iluminados en mente, quienes habían llegado allí débiles y abatidos.

Durante este tiempo, la gente estaba retrocediendo lentamente. Se habían recuperado parcialmente del pánico que se había apoderado de ellos, pero sus rostros expresaban una irresolución y una timidez que no podían disimular. Miraron con asombro las obras de Jesús, contemplando curaciones más maravillosas que nunca antes. Los judíos sabían que el acto de Jesús al purgar el templo de sus sacrílegos especuladores, no fue la exhibición del poder humano. La autoridad divina que inspiró a Jesús y lo elevó por encima de la humanidad, fue sentida y realizada por ellos, y debería haber sido suficiente para traerlos como adoradores a sus pies. Pero estaban decididos a no creerle. Temían que este humilde galileo les quitara el poder sobre el pueblo, por sus obras mayores y su autoridad sobrehumana. Sus espíritus altivos habían mirado

para un rey que vendría con gran pompa y heráldica, sometiendo a las naciones de la tierra y elevándolas a una posición mucho más elevada de la que ahora ocupan. Este Hombre, que vino enseñando humildad y amor, despertó su odio y desprecio.

Cuando se levantó en la majestad de su sagrada misión, fueron sobrecojidos por un súbito temor y condenación. Pero, después de que se rompió el hechizo, en la dureza de sus corazones, se preguntaron por qué habían estado tan aterrorizados y huyeron tan precipitadamente de la presencia de un solo hombre. ¿Qué derecho tenía este joven galileo de interferir con los dignatarios del templo? Después de un tiempo regresaron, pero no se atrevieron de inmediato a reanudar su antigua ocupación.

La multitud era relativamente inocente, porque fue por disposición de las principales autoridades del templo que el atrio exterior se convirtió en una plaza de mercado. El gran pecado de la profanación recaía sobre el sacerdocio, que había pervertido y deshonrado su sagrado oficio. Los sumos sacerdotes y los ancianos consultaron entre sí qué conducta debían seguir hacia Jesús y qué podría significar su conducta, asumiendo una autoridad mayor que la de ellos y reprendiéndolos abiertamente.

Fueron a Jesús con una deferencia nacida del miedo que aún los dominaba; pues llegaron a la conclusión de que debía ser un profeta enviado por Dios para restaurar la santidad del templo. Le preguntaron: "¿Qué señal nos muestras, ya que haces estas cosas?" Jesús ya les había dado la prueba más fuerte de su comisión divina. [122] Sabía que ninguna evidencia que pudiera presentarles los convencería de que él era el Mesías si su acto de purificar el templo no lo había logrado. Por lo tanto, respondió a su desafío con estas palabras: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré". Supusieron que se refería al templo de Jerusalén, y se asombraron de su aparente presunción. Sus mentes incrédulas no pudieron discernir que se refería a su propio cuerpo, el templo terrenal del Hijo de Dios. Con indignación respondieron: "En cuarenta y seis años se construyó este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?"

Jesús no planeó que los judíos escépticos descubrieran el significado oculto de sus palabras, ni siquiera sus discípulos en ese momento. Después de su resurrección recordaron estas palabras que había dicho y las entendieron correctamente. Recordaron que el

también había dicho que tenía poder para dar su vida y volverla a tomar. Jesús conocía el camino por el que habían entrado sus pies, hasta el final. Sus palabras poseían un doble significado, refiriéndose tanto al templo de Jerusalén como a su propio cuerpo material.

Cristo era el fundamento y la vida de ese templo. Su crucifixión lo destruiría virtualmente, porque sus servicios eran típicos del futuro sacrificio del Hijo de Dios. Señalaron al gran antitipo, que era el mismo Cristo. Cuando los judíos cumplieran su malvado propósito, y le hicieran lo que ellos ordenaron, a partir de ese día las ofrendas de sacrificio, y los servicios relacionados con ellos, [123] no tendrían valor a la vista de Dios, porque el tipo se habría encontrado con el antitipo en la ofrenda perfecta del Hijo de Dios.

Todo el sacerdocio fue establecido para representar el carácter mediador y la obra de Cristo; y todo el plan de la adoración sacrificial era un presagio de la muerte del Salvador para redimir al mundo del pecado. Ya no habría necesidad de holocaustos ni de la sangre de las bestias cuando se consumara el gran acontecimiento al que habían apuntado durante siglos. El templo era de Cristo; sus servicios y ceremonias se referían directamente a él. ¡ Cuáles habrán sido entonces sus sentimientos cuando la encontró contaminada por el espíritu de la avaricia y la extorsión, un lugar de mercadería y tráfico!

Cuando Cristo fue crucificado, el velo interior del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, lo que significó que el sistema ceremonial de las ofrendas sacrificiales había llegado a su fin para siempre, que el gran y último sacrificio se hizo en el Cordero de Dios, muerto por los pecados del mundo.

En la profanación y limpieza del templo tenemos una lección para este tiempo. El mismo espíritu que existía entre los judíos, llevándolos a sustituir la piedad por la ganancia, y la pureza interior por la pompa exterior, maldice al mundo cristiano hoy. Se propaga como una lepra contaminante entre los profesos adoradores de Dios. Las cosas sagradas se rebajan al nivel de las cosas vanas del mundo. El vicio se confunde con la virtud y la justicia con el crimen. Los asuntos temporales se mezclan con la adoración de Dios. La extorsión y la especulación perversa son practicadas por aquellos que profesan ser siervos del [124] Altísimo. Dijo el inspirado apóstol: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno profanare el templo de Dios, Dios lo destruirá; Para el

santo es el templo de Dios, el cual sois vosotros.” Es necesario que Jesús ocupe cada día su templo en el corazón humano y lo limpie de la contaminación del pecado.

* * * * *

Capítulo 9—Nicodemo viene a Cristo

La gran autoridad que Jesús había asumido en el templo, al condenar las prácticas de los dignatarios judíos, fue comentada libremente por fariseos, sacerdotes y ancianos. Su apariencia y el tono de su voz, junto con el poder irresistible que había ejercido sobre la multitud, fueron tales que indujeron a muchos de ellos a creer que él era en verdad el Mesías que tanto habían esperado y deseado ver.

Una parte de los judíos siempre había tenido miedo de oponerse a alguien que parecía poseer un poder notable o que parecía estar influenciado por el Espíritu de Dios. Muchos mensajes habían sido dados a Israel por boca de los profetas. Sin embargo, algunos de estos hombres santos habían sido asesinados por instigación de los líderes de Israel, porque habían denunciado los pecados de los que estaban en autoridad. El cautiverio de los judíos a una nación pagana fue su castigo por rehusar ser reprendidos por sus iniquidades, menospreciando las advertencias de Dios y guardando sus pecados aún más cerca de sus corazones.

[125] Los judíos, en los días de Cristo, lamentaron su humillación a los romanos y condenaron los actos de sus padres al apedrear a los profetas que fueron enviados para corregirlos. Sin embargo, sus sacerdotes y ancianos albergaban en sus corazones el espíritu que los llevaría a cometer los mismos crímenes.

Los dignatarios del templo consultaron juntos en cuanto a la conducta de Jesús, y qué camino era mejor para ellos seguir. Uno de ellos, Nicodemo, aconsejó moderación tanto en sus sentimientos como en sus actos. Argumentó que, si Jesús realmente estaba investido con la autoridad de Dios, sería peligroso rechazar sus advertencias y las manifestaciones de su poder. No podía mirarlo como un impostor, ni unirse al resto de los fariseos en su burla de él. Él mismo había visto y oído a Jesús, y su mente estaba muy perturbada en consecuencia. Examinó ansiosamente los rollos que contenían las profecías relacionadas con la venida del Mesías. Buscó fervientemente una luz clara sobre el tema, y cuanto más

buscaba, más fuerte era su convicción de que este hombre era el descrito por los profetas. Si en verdad era el Cristo, entonces esta fue una época llena de acontecimientos en la historia del mundo y especialmente de la nación judía.

Durante todo el día después de que Cristo hubo limpiado los atrios profanados del templo, estuvo sanando a los enfermos y aliviando a los afligidos. Nicodemo había visto con qué piedad compasiva había recibido y ministrado a los pobres y oprimidos. Con el comportamiento de un padre amoroso hacia sus hijos que sufren, había obrado curas y quitado el dolor. Ningún suplicante fue enviado sin ser aliviado de su presencia. Las madres se alegraron por la restauración [126] de sus bebés a la salud, y las voces de acción de gracias tomaron el lugar del llanto y los gemidos de dolor. Durante todo el día, Jesús había instruido a la gente curiosa e inquieta, razonando con los escribas y silenciando las cavilaciones de los gobernantes altivos con la sabiduría de sus palabras. Nicodemo, después de ver y oír estas maravillas, y de escudriñar las profecías que señalaban a Jesús como el Mesías esperado, no se atrevió a dejar de creer que era un enviado de Dios.

Cuando llegó la noche, Jesús, pálido por el cansancio de su larga y continua labor, buscó retiro y reposo en el Monte de los Olivos. Aquí Nicodemo lo encontró y deseó una conferencia. Este hombre era rico y honrado entre los judíos. Era famoso en toda Jerusalén por su riqueza, sus conocimientos y su benevolencia, y especialmente por sus generosas ofrendas al templo para llevar a cabo sus servicios sagrados. También fue uno de los miembros destacados del consejo nacional. Sin embargo, cuando llegó a la presencia de Jesús, lo asaltó una extraña agitación y timidez, que trató de ocultar bajo un aire de compostura y dignidad.

Se esforzó por parecer como si fuera un acto de condescendencia por parte de un gobernante erudito, para buscar, sin invitación, una audiencia con un joven extraño a esa hora intempestiva de la noche. Comenzó con un discurso conciliador: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si Dios no está con él." Pero en lugar de reconocer este saludo de cortesía, Jesús dirigió su mirada serena y escrutadora sobre el orador, como si leyera su propia alma; luego, con voz dulce y solemne, [127] habló y reveló la verdadera condición de Nicodemo. "En verdad,

de cierto os digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”

El fariseo fue sorprendido por estas palabras, cuyo significado comprendió parcialmente; porque había oído a Juan el Bautista predicar el arrepentimiento y el bautismo, y también la venida de Aquel que bautizaría con el Espíritu Santo. Nicodemo había sentido durante mucho tiempo que había una falta de espiritualidad entre los judíos; que la intolerancia, el orgullo y la ambición mundana guiaron sus acciones en gran medida. Había esperado un mejor estado de cosas cuando viniera el Mesías. Pero él estaba buscando un Salvador que estableciera un trono temporal en Jerusalén, y que reuniera a la nación judía bajo su estandarte, sometiendo al poder romano por la fuerza de las armas.

Este erudito dignatario era un estricto fariseo. Se había enorgullecido de sus propias buenas obras y exaltado la piedad. Consideraba que su vida diaria era perfecta a los ojos de Dios, y se sorprendió al escuchar a Jesús hablar de un reino demasiado puro para que él lo viera en su estado actual. Su mente lo malinterpretó, pero se sintió irritado por la estrecha aplicación de las palabras a su propio caso, y respondió como si las hubiera entendido en el sentido más literal: "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?"

Jesús, con énfasis solemne, repitió: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. Las palabras de Jesús ya no podían ser malinterpretadas. Su oyente bien sabía que se refería [128] al bautismo en agua ya la gracia de Dios. El poder del Espíritu Santo transforma al hombre entero. Este cambio constituye el nuevo nacimiento.

Muchos de los judíos habían reconocido a Juan como profeta enviado de Dios, y habían recibido el bautismo de sus manos para arrepentimiento; mientras tanto les había enseñado claramente que su obra y misión era preparar el camino para Cristo, quien era la luz mayor, y completaría la obra que él había comenzado. Nicodemo había meditado sobre estas cosas, y ahora se sentía convencido de que estaba en presencia de Aquel anunciado por Juan.

Jesús dijo: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu es espíritu. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no puedes decir de dónde viene.

viene y adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.” Jesús aquí busca inculcar en Nicodemo la necesidad positiva de la influencia del Espíritu de Dios sobre el corazón humano para purificarlo como preparación para el desarrollo de un carácter justo y simétrico. “Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias”.

Al ser purificada esta fuente del corazón, su corriente se vuelve pura.

Este nuevo nacimiento le parece misterioso a Nicodemo. Él pregunta: “¿Cómo pueden ser estas cosas?” Jesús, pidiéndole que no se maraville, usa el viento como una ilustración de su significado. Se oye entre las ramas de los árboles, y el susurro de las hojas y las flores, pero es invisible a los ojos, y nadie sabe de dónde viene ni adónde va. Así es la experiencia de todo aquel que es nacido del Espíritu. [129]

La mente es un agente invisible de Dios para producir resultados tangibles. Su influencia es poderosa y gobierna las acciones de los hombres. Si está purificada de todo mal, es la fuerza motriz del bien. El Espíritu regenerador de Dios, tomando posesión de la mente, transforma la vida; los malos pensamientos se desechan, las malas acciones se renuncian, el amor, la paz y la humildad toman el lugar de la ira, la envidia y la contienda. Ese poder que ningún ojo humano puede ver, ha creado un nuevo ser a la imagen de Dios.

La necesidad del nuevo nacimiento no fue tan fuertemente inculcada en Nicodemo como la forma de su realización. Jesús lo reprende, preguntándole si él, maestro y maestro en Israel, expositor de las profecías, puede ser ignorante de estas cosas. ¿Ha leído esos escritos sagrados en vano, que no ha entendido de ellos que el corazón debe ser limpiado de su contaminación natural por el Espíritu de Dios antes de que pueda ser apto para el reino de los cielos? Cristo no hizo referencia aquí a la resurrección del cuerpo de la tumba, cuando una nación nacerá en un día, sino que estaba hablando con respecto a la obra interna de la gracia sobre el corazón no regenerado.

Acababa de ocuparse en limpiar el templo, expulsando de sus atrios sagrados a aquellos que lo habían degradado a un lugar de tráfico y extorsión. Ninguno de los que habían huido ese día de la presencia de Jesús estaba capacitado por la gracia de Dios para estar conectado con los servicios sagrados del templo. Ciertamente, había algunos hombres honorables entre los fariseos, que lamentaban profundamente los males que estaban corrompiendo a la nación judía y profanando sus ritos religiosos. ellos tambi

[130] que las tradiciones y las formas inútiles habían ocupado el lugar de la verdadera santidad, pero eran impotentes para prevenir estos males crecientes.

Jesús había comenzado su obra atacando directamente el espíritu egoísta y avaro de los judíos, mostrando que, aunque profesaban ser hijos de Abrahán, rehusaban seguir su ejemplo. Eran celosos de una apariencia externa de justicia mientras descuidaban la santidad interna. Eran rigurosos con la letra de la ley, mientras que transgredían gravemente su espíritu todos los días. La ley prohibía el odio y el robo, pero Cristo declaró que los judíos habían hecho de la casa de su Padre una cueva de ladrones. La gran necesidad del pueblo era un nuevo nacimiento moral, una remoción de los pecados que lo contaminaban, una renovación del verdadero conocimiento y genuina santidad.

Esta purificación del templo ilustra la obra que debe llevarse a cabo en todos los que deseen obtener la vida eterna. Pacientemente, Jesús desplegó el plan de salvación a Nicodemo, mostrándole cómo el Espíritu Santo trae luz y poder transformador a cada alma que nace del Espíritu. Como el viento, que es invisible, pero cuyos efectos se ven y se sienten claramente, es el bautismo del Espíritu de Dios sobre el corazón, revelándose en cada acción de quien experimenta su poder salvador.

Explicó cómo Cristo, el que lleva la carga, quita la carga del alma oprimida y le pide que se regocije en la liberación de la esclavitud.

La alegría ocupa el lugar de la tristeza, y el semblante refleja la luz del Cielo. Sin embargo, nadie ve la mano que levanta la carga, ni contempla la luz descender de los atrios de Dios. La bendición viene cuando [131] el alma, por la fe, se entrega al Señor. Este misterio excede el conocimiento humano, pero quien así pasa de la muerte a la vida se da cuenta de que es una verdad divina.

La conversión del alma por medio de la fe en Cristo fue vagamente comprendida por Nicodemo, quien estaba acostumbrado a considerar la fría formalidad y los rígidos servicios como verdadera religión. El gran Maestro explicó que su misión en la tierra no era establecer un reino temporal, emulando la pompa y la ostentación del mundo, sino establecer el reino de la paz y el amor, para llevar a los hombres al Padre por medio de la mediación de su Hijo . .

Nicodemo estaba desconcertado. Jesús dijo: "Si os he dicho cosas terrenales y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo cosas celestiales?" Si Nicodemo no pudo recibir sus enseñanzas

ilustrando la obra de la gracia en el corazón humano, representada por la figura del viento, ¿cómo podría comprender el carácter de su glorioso reino celestial si se lo explicara? Al no discernir la naturaleza de la obra de Cristo en la tierra, no pudo comprender su obra en el Cielo. Jesús remitió a Nicodemo a las profecías de David y Ezequiel:—

“Y les daré un solo corazón, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de su carne el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne; para que anden en mis estatutos, y guarden mis ordenanzas, y las pongan por obra; y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios.” “Y vendrán allá, y quitarán de allí todas sus cosas detestables y todas sus abominaciones”. “Por tanto, yo os juzgaré, oh casa de Israel, a cada uno según sus caminos, dice el Señor Dios. Arrepentíos, y [132] convertíos de todas vuestras transgresiones; para que la iniquidad no sea vuestra ruina. Echad de vosotros todas vuestras transgresiones en que habéis transgredido; y os haga un corazón nuevo y un espíritu nuevo”. “Crea en mí un corazón limpio, oh Dios; y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de tu presencia; y no quites de mí tu santo espíritu. Devuélveme el gozo de tu salvación; y sosténme con tu espíritu libre. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos; y los pecadores se convertirán a ti.” “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón

El erudito Nicodemo había leído estas agudas profecías con la mente nublada, pero ahora comenzaba a comprender su verdadero significado, y a comprender que incluso un hombre tan justo y honorable como él debe experimentar un nuevo nacimiento a través de Jesucristo, como la única condición sobre el cual podría ser salvo, y asegurar una entrada en el reino de Dios. Jesús habló positivamente de que a menos que un hombre nazca de nuevo, no puede discernir el reino que Cristo vino a establecer sobre la tierra. La estricta precisión en la obediencia de la ley no daría derecho a ningún hombre a entrar en el reino de los cielos.

Debe haber un nuevo nacimiento, una nueva mente por la operación del Espíritu de Dios, que purifica la vida y ennoblece el carácter. Esta conexión con Dios prepara al hombre para el glorioso reino de los cielos. Ningún invento humano puede jamás encontrar un remedio para el alma pecadora. Sólo por el arrepentimiento y la humillación, una sumisión a lo divino [133]

requisitos, se puede realizar la obra de la gracia. La iniquidad es tan ofensiva a la vista de Dios, a quien el pecador ha insultado y agraviado durante tanto tiempo, que un arrepentimiento acorde con el carácter de los pecados cometidos a menudo produce una agonía de espíritu difícil de soportar.

Nada menos que una aceptación y aplicación práctica de la verdad divina abre el reino de Dios al hombre. Sólo puede entrar allí un corazón puro y humilde, obediente y amoroso, firme en la fe y en el servicio del Altísimo. Jesús también declara que como “Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. La serpiente en el desierto fue levantada sobre un poste ante la gente, para que todos los que habían sido picados hasta la muerte por la serpiente de fuego pudieran mirar a esta serpiente de bronce, un símbolo de Cristo, y ser sanados instantáneamente. Pero deben mirar con fe, o de nada serviría. Así también los hombres deben considerar al Hijo del Hombre como su Salvador para vida eterna. El hombre se había separado de Dios por el pecado. Cristo trajo su divinidad a la tierra, velada por la humanidad, para rescatar al hombre de su condición perdida. La naturaleza humana es vil, y el carácter del hombre debe ser cambiado antes de que pueda armonizar con lo puro y santo en el reino inmortal de Dios. Esta transformación es el nuevo nacimiento.

Si el hombre por la fe se aferra al amor divino de Dios, llega a ser una nueva criatura por medio de Cristo Jesús. El mundo es vencido, la naturaleza humana es subyugada y Satanás es vencido. En este importante sermón [134] a Nicodemo, Jesús desplegó ante este noble fariseo todo el plan de salvación y su misión en el mundo. En ninguno de sus discursos posteriores el Salvador explicó con tanta profundidad, paso a paso, la obra necesaria que se debe hacer en el corazón humano, si es que ha de heredar el reino de los cielos. Trazó la salvación del hombre directamente al amor del Padre, que lo llevó a dar a su Hijo a la muerte para que el hombre pudiera ser salvo.

Jesús estaba familiarizado con la tierra en la que echó las semillas de la verdad. Durante tres años hubo pocos frutos aparentes. Nicodemo nunca fue enemigo de Jesús, pero no lo reconoció públicamente. Sopesaba las cosas con una exactitud que concordaba con su naturaleza. Observó la obra de la vida de Jesús con intenso interés. Reflexionó sobre sus enseñanzas y contempló sus obras poderosas. los

la resurrección de Lázaro de entre los muertos era una evidencia de su Mesianismo que no podía ser discutida en la mente del judío erudito.

Una vez, cuando el concilio del Sanedrín estaba planeando la forma más eficaz de lograr la condenación y muerte de Jesús, su voz autoritaria se escuchó en protesta: “¿Acaso nuestra ley juzga a alguno antes de oírle y saber lo que hace?” Esto provocó un fuerte rechazo del sumo sacerdote: “¿También tú eres de Galilea? Escudriñad y mirad, porque de Galilea no se levantó profeta.” Sin embargo, el concilio se dispersó, porque no pudieron obtener un asentimiento unánime a la condenación de Jesús.

Los judíos sospechaban que tanto José como Nicodemo simpatizaban con el Maestro de Galilea, y estos hombres no fueron convocados cuando se reunió el concilio que decidió el destino de Jesús. Las [135] palabras pronunciadas por la noche a un solo hombre en la montaña solitaria no se perdieron. Cuando Nicodemo vio a Jesús en la cruz, colgando como un malhechor entre el cielo y la tierra, pero orando por sus asesinos; cuando fue testigo de la conmoción de la naturaleza, en esa terrible hora en que el sol se ocultó y la tierra se tambaleó en el espacio, cuando las rocas se partieron en dos y el velo del templo se rasgó en dos; luego recordó la solemne enseñanza en la montaña: “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”.

Las escamas cayeron de sus ojos y la fe ocupó el lugar de la duda y la incertidumbre. Rayos de luz brotaron de la entrevista secreta en la montaña e iluminaron la cruz del Salvador. En aquel tiempo de desánimo y peligro, cuando el corazón de los discípulos desfallecía por la duda y el temor, José de Arimatea, discípulo secreto de Jesús, se adelantó y obtuvo el cuerpo del Señor de manos de Pilato y de Nicodemo, que al principio venía a Jesús de noche, trajo cien libras de mirra y áloes. Estos dos hombres con sus propias manos realizaron los últimos ritos sagrados y pusieron el cuerpo del Salvador en un sepulcro nuevo donde nunca antes había sido puesto por un hombre. Estos nobles gobernantes de los judíos derramaron sus lágrimas sobre la forma sagrada de los muertos.

Ahora, cuando los discípulos estaban dispersos y desalentados, Nicodemus se acercó valientemente al frente. Era rico, y empleó su riqueza para sostener la iglesia naciente de Cristo, que los judíos pensaron que sería borrada con la muerte de Jesús. El que había sido

tan cauteloso y cuestionador, ahora, en el momento del peligro, fue firme como [136] la roca de granito, alentando la fe decaída de los seguidores de Cristo, y proporcionando los medios para continuar la causa. Fue defraudado, perseguido y estigmatizado por quienes en otros días le habían reverenciado. Se empobreció en los bienes de este mundo, pero no desfalleció en la fe que tuvo su comienzo en aquella noche secreta conversando con el joven galileo.

Nicodemo relató a Juan la historia de esa entrevista, y su pluma inspirada la registró para instrucción de millones. Las verdades vitales que allí se enseñan son tan importantes hoy como lo fueron aquella noche solemne en la montaña sombría, cuando el poderoso gobernante judío vino a aprender el camino de la vida del humilde carpintero de Nazaret.

“Cuando, pues, el Señor supo cómo los fariseos habían oído que Jesús hizo y bautizó más discípulos que Juan (aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos), salió de Judea y partió de nuevo para Galilea.”

El prejuicio de los judíos se despertó porque los discípulos de Jesús no usaron las palabras exactas de Juan en el rito del bautismo. Juan bautizaba para arrepentimiento, pero los discípulos de Jesús, con profesión de fe, bautizaban en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Las enseñanzas de Juan estaban en perfecta armonía con las de Jesús, pero sus discípulos se pusieron celosos por temor a que su influencia estuviera disminuyendo. Surgió una disputa entre ellos y los discípulos de Jesús con respecto a la forma de las palabras apropiadas para usar en el bautismo, y finalmente en cuanto al derecho de estos últimos a bautizar.

Los discípulos de Juan se acercaron a él con sus quejas, diciendo: "Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien diste testimonio [137], he aquí, bautiza, y todos vienen a él". Juan poseía las enfermedades comunes de la naturaleza humana. En este asunto fue sometido a una dura prueba. Su influencia como profeta de Dios había sido mayor que la de cualquier otro hombre, hasta que comenzó el ministerio de Cristo; pero la fama de este nuevo maestro estaba llamando la atención de todo el mundo y, en consecuencia, la popularidad de Juan iba decayendo. Sus discípulos le trajeron la verdadera declaración del caso, Jesús bautiza, y todos los hombres vienen a él.

John estaba en una posición peligrosa; si hubiera justificado los celos de sus discípulos con una palabra de simpatía o de aliento en sus murmuraciones, se habría creado una seria división. Pero el

El espíritu noble y desinteresado del profeta brilló en la respuesta que dio a sus seguidores: "Nada puede recibir el hombre, a menos que le sea dado del Cielo.

Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la novia es el novio; pero el amigo del novio, que está de pie y le oye, se regocija mucho a causa de la voz del novio; este es mi gozo, pues, cumplido. Él debe aumentar, pero yo debo disminuir".

¿Había Juan manifestado desilusión o pena por haber sido reemplazado por Jesús; si hubiera permitido que sus simpatías se despertaran en su propio favor, cuando percibió que su poder sobre el pueblo estaba decayendo; si por un momento hubiera perdido de vista su misión en esta hora de tentación, el resultado habría sido desastroso para el establecimiento de la iglesia cristiana. Se habrían sembrado las semillas de la disensión, habría brotado la anarquía y la causa de Dios habría languidecido por falta de obreros adecuados.

Pero Juan, independientemente del interés personal, se levantó en defensa de Jesús, testificando de su superioridad como el Prometido de Israel, cuyo camino había venido a preparar. Se identificó plenamente con la causa de Cristo y declaró que su mayor alegría estaba en su éxito. Luego, elevándose por encima de todas las consideraciones mundanas, dio este notable testimonio, casi la contrapartida del que Jesús le había dado a Nicodemo en su entrevista secreta: "El que de arriba viene, sobre todos es; el que es de la tierra, terrenal es, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo está sobre todos. Y lo que ha visto y oído, eso da testimonio; y nadie recibe su testimonio. El que ha recibido su testimonio ha puesto su sello de que Dios es veraz. Porque el que Dios ha enviado, las palabras de Dios habla; porque Dios no le da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y ha entregado todas las cosas en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; y el que no cree al Hijo no verá la vida; pero la ira de Dios está sobre él."

Qué sermón fue este para los fariseos, allanando el camino para el ministerio de Cristo. El mismo espíritu que impulsó a Jesús, controló la mente de Juan el Bautista. Su testimonio correspondió; sus vidas fueron entregadas a la misma obra reformadora. El profeta señala al Salvador como el Sol de justicia que sale con esplendor, y pronto

[139] para eclipsar su propia luz, y luego palidecer y oscurecerse en la gloria de una luz mayor. Juan, por su alegría desinteresada en el ministerio exitoso de Jesús, presenta al mundo el tipo más verdadero de nobleza jamás exhibido por el hombre mortal. Lleva una lección de sumisión y abnegación a aquellos a quienes Dios ha puesto en posiciones de responsabilidad. Les enseña a nunca apropiarse de un honor indebido, ni dejar que el espíritu de rivalidad deshonre la causa de Dios. El verdadero cristiano debe reivindicar el derecho a expensas de todas las consideraciones personales.

Las noticias que habían sido llevadas a Juan acerca del éxito de Jesús, también fueron llevadas a Jerusalén, y allí se crearon contra él celos, envidia y odio. Jesús conocía los corazones duros y las mentes entenebrecidas de los fariseos, y que no escatimarían esfuerzos para crear una división entre sus propios discípulos y los de Juan que dañaría grandemente la obra, así que calladamente dejó de bautizar y se retiró a Galilea. Sabía que se estaba formando una tormenta que pronto se llevaría al profeta más noble que Dios jamás había dado al mundo. Deseaba evitar toda división de sentimientos en la gran obra que tenía por delante y, por el momento, se alejó de esa región con el fin de disipar toda excitación perjudicial para la causa de Dios.

Aquí hay una lección para los seguidores de Cristo, que deben tomar todas las precauciones adecuadas para evitar desacuerdos; porque en toda división de intereses, que resulta en disputas y desafortunadas diferencias en la iglesia, se pierden almas que podrían haberse salvado en el reino de los cielos. En caso de crisis religiosa, los hombres dirigentes que profesan ser instrumentos de Dios deben seguir el ejemplo del [140] gran Maestro y el del noble profeta Juan. Deben mantenerse firmes y unidos en defensa de la verdad, mientras trabajan cuidadosamente para evitar todas las disensiones perjudiciales.

* * * * *

Capítulo 10—La mujer de Samaria

Mientras Jesús proseguía su camino a Galilea, su curso pasaba por Samaria. Aprovechó cada oportunidad de enseñar mientras viajaba a pie de un lugar a otro. El Salvador estaba cansado y se sentó en el pozo de Jacob para descansar, mientras sus discípulos iban en busca de comida para refrescarse a sí mismos ya su Maestro. Mientras estaba sentado allí solo, una mujer de Samaria se acercó como si no se diera cuenta de su presencia; pero su ojo estaba sobre ella, y después que ella hubo sacado el agua, le pidió que le diera de beber.

La mujer samaritana se sorprendió de esta petición de un judío, y respondió: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana? porque los judíos no tienen trato con los samaritanos.” Jesús respondió: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías, y él te daría agua viva”. Aquí se refirió a la gracia divina que sólo él podía otorgar, y que es como agua viva, que purifica, refresca y vigoriza el alma.

Pero el entendimiento de la mujer no comprendió el significado de Cristo; ella supuso que estaba hablando del pozo que tenían delante, [141] y respondió: “Señor, no tienes con qué sacar nada, y el pozo es profundo; ¿De dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y él mismo bebió de él? Sólo vio ante ella a un viajero cansado y sediento, cansado y polvoriento; y su mente comparó instintivamente a este humilde extraño con el grande y digno Jacob.

Jesús no satisfizo inmediatamente a la mujer con respecto a sí mismo, sino que con solemne fervor dijo: “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; mas el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”

La mujer lo miró con asombrada atención; había logrado despertar su interés e inspirar respeto por sí mismo. Ella ahora percibía que no era el agua del pozo de Jacob a la que

Jesús aludió, porque de esto ella usaba continuamente, bebiendo y teniendo sed otra vez. Con fe notable ella le pidió que le diera el agua de la que él hablaba, para que no tuviera sed ni viniera a sacar agua del pozo.

Jesús no pretendía transmitir la idea de que un simple trago del agua de la vida satisfaría al que lo recibe, sino que quien está unido a Cristo, tiene dentro de su alma una fuente viva de la que sacar la fuerza y la gracia suficientes para todas las emergencias. Las palabras y las obras de justicia brotan de él y refrescan el corazón de los demás, así como el alma de la que brota. Jesucristo, la fuente inagotable de esta fuente, alegra la vida e ilumina [142] el camino de todos los que acuden a él en busca de ayuda. El amor a Dios, la esperanza satisfactoria del Cielo, brota en las buenas obras para la vida eterna.

Jesús ahora cambió abruptamente el tema de la conversación y le pidió que llamara a su esposo. La mujer respondió francamente que no tenía marido. Jesús ahora se había acercado al punto deseado en el que podía convencerla de que tenía el poder de leer la historia de su vida, aunque antes no la conocía. Él se dirigió a ella así: “Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido; y el que ahora tienes no es tu marido; en eso dijiste verdad.

Jesús tenía un doble objetivo a la vista; deseaba despertar su conciencia sobre el pecado de su forma de vida, así como demostrarle que una vista más sabia que los ojos humanos había leído los secretos de su vida. Pero la mujer, aunque no se dio cuenta del todo de la culpa de su forma de vivir, se asombró mucho de que este extraño poseyera tal conocimiento. Con profunda reverencia dijo: “Señor, veo que eres profeta”. Sus sentimientos personales ahora estaban perdidos en la ansiedad por asuntos religiosos. Ella prosiguió: “Nuestros padres adoraron en este monte; y decís que en Jerusalén es el lugar donde los hombres deben adorar.”

Justo a la vista estaba el monte Gerizim, su templo demolido, y solo quedaba el altar. El lugar de adoración había sido objeto de controversia entre judíos y samaritanos. Este último pueblo una vez había pertenecido a Israel, pero se había separado de ellos debido a sus transgresiones al no obedecer los estatutos de Dios.

[143] El Señor permitió que fueran vencidos por una nación idólatra, cuya religión había contaminado gradualmente la suya. Aún conservando su

reverencia al Dios verdadero, lo representaban con imágenes de madera y piedra, ante las cuales se inclinaban en adoración.

Cuando se reconstruyó el templo en Jerusalén, los samaritanos desearon unirse a los judíos en su erección. Este privilegio les fue negado y, en consecuencia, surgió una amarga animosidad entre las dos personas, lo que resultó en que los samaritanos construyeran un templo rival en el monte Gerizim, donde adoraron de acuerdo con las ceremonias que Dios le dio a Moisés, pero mezclados con su adoración la mancha de la idolatría. Pero los desastres asolaron a los samaritanos, su templo fue destruido por el enemigo, y parecían estar bajo una maldición.

Se vieron obligados a creer que Dios los estaba castigando por su apostasía. Decidieron reformarse y solicitaron maestros de los judíos para instruirlos en la religión verdadera. A través de esta enseñanza, sus puntos de vista sobre Dios y sus requisitos se hicieron más claros, y su servicio religioso se parecía más al de los judíos.

Pero hasta cierto punto todavía se aferraban a su idolatría y había una falta de armonía entre ellos y los judíos. Los samaritanos no respetarían el templo de adoración en Jerusalén y se negaron a admitir que era el verdadero lugar de adoración.

Jesús respondió a la mujer diciendo que se acercaba el tiempo en que no debían adorar al Padre en ese monte ni en Jerusalén. Dijo él: "Vosotros adoráis no sabéis qué; sabemos lo que adoramos; porque la salvación es de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu [144] y en verdad; porque el Padre busca a los tales para que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, es necesario que le adoren en espíritu y en verdad."

Esta fue una clara declaración de que los judíos eran más correctos en los principios de su religión que cualquier otra nación. Jesús también aludió a la fusión de la fe de los samaritanos con la adoración de imágenes esculpidas. Ciertamente, sostuvieron que estos ídolos eran solo para recordarles al Dios viviente, el Gobernante del universo; pero, sin embargo, la gente fue inducida a reverenciar estas figuras inanimadas.

Jesús, quien fue el fundamento de la antigua dispensación, se identificó con los judíos, sancionando sus puntos de vista sobre Dios y su gobierno. Abrió grandes e importantes verdades ante esta mujer. Él le declaró que había llegado el momento en que la verdadera

los adoradores no necesitaban buscar un monte santo ni un templo sagrado, sino que debían adorar al Padre en espíritu y en verdad. La religión no debía limitarse a formas y ceremonias externas, sino que debía entronizarse en el corazón, purificando la vida y actuando para las buenas obras.

Las palabras de verdad que salieron de los labios del divino Maestro conmovieron el corazón de su oyente. Nunca había oído tales sentimientos, ni de los sacerdotes de su propio pueblo ni de los judíos. Las impresionantes enseñanzas de este extraño la llevaron a pensar en las profecías acerca del Cristo prometido; porque tanto los samaritanos como los judíos esperaban su venida. "Sé que viene el Mesías", dijo ella; [145] "cuando él venga, nos declarará todas las cosas". Jesús respondió: "Yo soy el que habla contigo".

¡Bendita mujer de Samaria! Se había sentido durante la conferencia como en presencia de la divinidad; ahora reconocía gozosamente a su Señor. Ella no requirió de él ningún milagro, como lo hicieron los judíos, para probar su carácter divino. Ella aceptó su afirmación, sintiendo perfecta confianza en sus palabras y sin cuestionar la santa influencia que emanaba de él.

Los discípulos, volviendo de su encargo, se sorprendieron al encontrar a su Maestro conversando con una mujer samaritana; sin embargo, no le preguntaron cuál era su misión, ni le preguntaron a Jesús por qué hablaba con ella. La mujer dejó su cántaro, olvidándose de su recado al pozo, y se fue a la ciudad, diciendo a todos los que encontraba y a los hombres de la ciudad: "Vengan, vean a un hombre que me dijo todas las cosas que Hice. ¿No es éste el Cristo?"

Esta mujer, aunque tan pecadora, estaba todavía en una condición más favorable para convertirse en heredera del reino de Cristo que aquellos de los judíos que hacían exaltadas profesiones de piedad, pero confiaban su salvación en la observancia de formas y ceremonias externas. Sintieron que no necesitaban un Salvador ni un maestro. Pero esta pobre mujer tenía hambre y sed de justicia. Estaba ansiosa por recibir instrucción, esperando el consuelo de Israel y lista para aceptar al Salvador cuando se manifestara. Jesús, que no explicó su carácter a los fariseos y gobernantes orgullosos y escépticos, se declaró a sí mismo a esta persona humilde que estaba dispuesta a creer en él.

Todavía no había tomado el refrescante trago que deseaba, [146] ni probado la comida que sus discípulos le habían traído. La salvación de las almas que perecen absorbió tanto su atención que sus necesidades físicas

fueron olvidados. Pero sus seguidores le suplicaron ansiosamente que comiera. Contemplando todavía el gran objeto de su misión, les respondió: "Tengo una comida para comer que vosotros no sabéis". Sus discípulos se sorprendieron y comenzaron a preguntarse entre ellos quién podría haberle traído comida en su ausencia. Pero Jesús explicó: "Mi alimento es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra".

No fue sólo el alimento temporal lo que lo sostuvo en su ardua vida; pero el cumplimiento de la obra que dejó que realizaran las cortes reales del cielo, lo fortaleció para sus labores y lo elevó por encima de las necesidades de la humanidad. Ministrar a un alma hambrienta y sedienta de la verdad satisfacía más al Hijo del Hombre que comer o beber. Se compadeció de los pecadores; su corazón se compadeció de los pobres samaritanos, que sentían su ignorancia y miseria, y esperaban ansiosamente la venida del Mesías, que los iluminaría y les enseñaría la verdadera religión.

Los judíos se sentían seguros en su justicia propia, no deseaban la iluminación; pero esperaban un Salvador que los librara de la esclavitud del yugo romano y los exaltara por encima de sus opresores. No podían recibir a uno que reprochaba sus pecados y condenaba sus vidas egoístas e hipócritas. Ellos esperaban un Mesías que reinaría con poder y gloria mundanos, confundiría y derrotaría a los romanos y exaltaría a los judíos a una nación de príncipes.

Jesús vio un campo de trabajo entre los samaritanos. Antes de él [147] yacían los campos de cereales, su tierno verde iluminado por la dorada luz del sol. Al ver la hermosa escena, la empleó como un símbolo: "¿No decís que aún faltan cuatro meses para que venga la siega? He aquí, os digo: Alzad vuestros ojos, y mirad los campos; porque ya están blancos para la siega. Aquí se refirió al campo del evangelio, a la obra del cristianismo entre los samaritanos pobres y despreciados. Su mano se extendió para recogerlos en el granero; estaban listos para la cosecha.

El Salvador estaba por encima de todo prejuicio de nación o pueblo; estaba dispuesto a extender las bendiciones y los privilegios de los judíos a todos los que aceptaran la luz que él vino a traer al mundo. Le causó una gran alegría contemplar incluso un alma que se acercaba a él desde la noche de la ceguera espiritual. Lo que Jesús había ocultado a los judíos y ordenado a sus discípulos que mantuvieran en secreto, se abrió claramente ante la mujer inquisitiva de Samaria; porque el que todo lo sabía

cosas percibieron que ella haría un uso correcto de su conocimiento y sería el medio para conducir a otros a la fe verdadera.

No fue sólo el hecho de que Jesús le contara los secretos de su vida lo que inspiró la confianza de esta mujer en él, sino también su mirada y sus palabras solemnes que llegaron a su alma y la convencieron de que era un ser superior. Al mismo tiempo, sintió que él era su amigo, que la compadecía y la amaba. Este es el carácter del Redentor del mundo; mientras condenaba su vida de pecado, la dirigía a su gracia divina como el remedio seguro y perfecto. El amor misericordioso del Salvador no se limita a sectas o partidos.

[148] Cuando la mujer de Samaria se apresuró a regresar a sus amigos, publicando sobre la marcha las maravillosas nuevas, muchos se apartaron del camino y del pueblo para ir y comprobar si en verdad decía la verdad. Numerosos ciudadanos abandonaron sus empleos y se apresuraron al pozo de Jacob para ver y escuchar a este hombre extraordinario. Rodearon a Jesús y escucharon atentamente sus instrucciones. Lo acosaron con preguntas y recibieron con entusiasmo su explicación de los asuntos que habían dejado perplejos sus entendimientos. Eran como un pueblo en medio de grandes tinieblas rastreando un repentino rayo que había traspasado su oscuridad y que estaban ansiosos por seguir hasta su origen, para poder disfrutar de la luz y el calor del día.

Los samaritanos se sintieron atraídos e interesados por las enseñanzas de Jesús. Pero no quedaron satisfechos con esta breve conferencia; estaban ansiosos por escuchar más y que sus conciudadanos también escucharan a este maravilloso maestro. Le rogaron que se quedara con ellos y los instruyera. Durante dos días permaneció en Samaria enseñando al pueblo. Muchos creyeron en él y aceptaron sus palabras. Jesús era judío, pero se mezcló libremente con estos samaritanos, despreciando las costumbres y el fanatismo de su nación. Ya había comenzado a derribar el muro divisorio entre judíos y gentiles, ya predicar la salvación al mundo.

Estos oyentes samaritanos estaban en la oscuridad y la superstición; pero no estaban contentos con su condición, y las palabras de Jesús los aliviaron de muchas dudas e incertidumbres que habían acosado sus mentes. Muchos de los que habían venido por curiosidad para ver y oír a esta persona notable se convencieron de la verdad de sus enseñanzas,

[149] y lo reconocieron como su Salvador. Con entusiasmo escucharon

las palabras que pronunció en referencia al reino de Dios. En su nuevo gozo dijeron a la mujer: “Ahora creemos, no por tu dicho; porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo.”

Cristo, al comienzo mismo de su ministerio, reprendió abiertamente la moralidad superficial y la piedad ostentosa de los judíos. No conformó su vida y su obra a sus costumbres y preceptos. No fue influenciado por sus prejuicios irrazonables contra los gentiles. Él, por el contrario, reprendió severamente su vanidad y reclusión egoísta. Los fariseos rechazaron a Cristo. Ignoraron sus milagros y la verdadera sencillez de su carácter. Se negaron a reconocer su espiritualidad pura y elevada y todas las evidencias de su divinidad. Con desdén le exigieron una señal para saber que en verdad era el Hijo de Dios.

Pero los samaritanos no pidieron señal, y Jesús no hizo ningún milagro entre ellos; sin embargo, recibieron sus enseñanzas, se convencieron de su gran necesidad de un Salvador y lo aceptaron como su Redentor. Por lo tanto, estaban en una posición mucho más favorable ante Dios que la nación judía, con su orgullo y vanidad, fanatismo ciego, prejuicio estrecho y odio amargo hacia todos los demás pueblos de la tierra. Jesús, frente a todos estos prejuicios, aceptó la hospitalidad de este pueblo despreciado, durmió bajo sus techos, comió con ellos en sus mesas, participando de la comida preparada y servida por sus manos, enseñó en sus calles y los trató con la mayor amabilidad y cortesía.

En el templo de Jerusalén había un tabique que separaba [150] el patio exterior del interior. A los gentiles se les permitía entrar en el atrio exterior, pero solo era lícito que los judíos penetraran hasta el recinto interior. Si un samaritano hubiera pasado este límite sagrado, el templo habría sido profanado y su vida habría pagado el precio de su contaminación. Pero Jesús, quien fue virtualmente el fundador y originador del templo —cuyos servicios y ceremonias fueron solo un tipo de su gran sacrificio, señalándolo como el Hijo de Dios— rodeó a los gentiles con su brazo humano de simpatía y asociación, mientras que, con su brazo divino de gracia y poder, les trajo la salvación que los judíos se negaron a aceptar.

Jesús había pasado varios meses en Judea, dando a los gobernantes de Israel una oportunidad justa de probar su carácter como el Salvador de

el mundo. Había realizado muchas obras poderosas en medio de ellos; pero aun así fue tratado por ellos con suspicacia y celos. Al pasar por Samaria camino de Galilea, su acogida entre los samaritanos y la avidez con que escuchaban sus enseñanzas contrastaba marcadamente con la incredulidad de los judíos, que habían malinterpretado las profecías de Daniel, Zacarías y Ezequiel . , confundiendo la primera venida de Cristo con su segunda aparición majestuosa y gloriosa.

Su ceguera fue consecuencia de su alto orgullo y arrogancia, buscando sólo una posición y un emolumento mundanos. Instaron su interpretación de las profecías a los samaritanos, quienes creían que el Mesías vendría no solo como Redentor de los judíos, sino del mundo. Esto causó gran amargura hacia ellos [151] por parte de los judíos, quienes pretendían que Cristo vendría a exaltar a Israel y someter a todas las demás naciones. Esta perversión de las profecías llevó a los samaritanos a descartar todos los escritos sagrados excepto los de Moisés. Pero sus mentes estaban abiertas a la iluminación, y recibieron la instrucción del Salvador con gozo y lo aceptaron como el Mesías prometido.

* * * * *

Capítulo 11—El hijo del centurión

Después de trabajar dos días con los samaritanos, Jesús los dejó para continuar su viaje a Galilea. No se detuvo en Nazaret, donde había pasado su juventud y juventud. Su recibimiento en la sinagoga de allí, cuando se anunció como el Ungido, fue tan desfavorable que decidió buscar campos más fértiles, predicar a oídos que escucharan ya corazones que recibieran su mensaje. Declaró a sus discípulos que un profeta no tiene honra en su propio país. Este dicho expresa la renuencia natural que muchas personas tienen a reconocer cualquier desarrollo maravillosamente admirable en alguien que ha vivido sin ostentación entre ellos, ya quien han conocido íntimamente desde la infancia. Al mismo tiempo, estas mismas personas podrían excitarse salvajemente por las pretensiones de un extraño y un aventurero.

El milagro que Jesús había realizado en Caná preparó el camino para su cordial acogida. La gente que había regresado de la pascua había traído el informe de su maravillosa limpieza del templo profanado, seguido de sus milagros de curar a los enfermos y restaurar la vista a los ciegos y el oído a los sordos. El juicio dictado sobre sus actos por los dignatarios del templo, abrió su camino en Galilea; porque muchos del pueblo lamentaban el abuso del templo y la altiva arrogancia de los sacerdotes, y esperaban que este hombre, que tenía el poder para poner en fuga a estos gobernantes, pudiera ser en verdad el Libertador buscado.

La noticia de que Jesús había regresado de Judea a Caná pronto se difundió por toda Galilea y sus alrededores. Llegó a oídos de un noble de Capernaum, que era un judío de cierto honor. Estaba muy interesado en lo que había oído sobre el poder de Jesús para sanar a los enfermos, porque tenía un hijo que padecía una enfermedad. El padre había consultado a los médicos más eruditos entre los judíos, y habían declarado que el caso era incurable y le dijeron que su hijo moriría pronto.

Pero cuando oyó que Jesús estaba en Galilea, su corazón se animó; porque creía que alguien que podía convertir milagrosamente el agua en vino y expulsar a los profanadores del templo, podía resucitar a su hijo incluso desde el borde de la tumba. Capernaúm estaba bastante lejos de Caná, y el centurión temía que si salía de su casa para buscar a Jesús y presentarle su súplica, el niño, que estaba muy bajo, muriera en su ausencia. Sin embargo, no se atrevió a confiar este encargo a un sirviente; porque esperaba que las oraciones de un padre afectuoso pudieran conmovir el corazón del gran Médico y lo indujeran a acompañar al padre al lado de la cama de su hijo moribundo.

[153] Fue a Caná apresurándose por temor a que fuera demasiado tarde. Forzando un paso a través de la multitud que rodeaba a Jesús, finalmente se paró frente a él. Pero su fe flaqueó cuando vio solo a un hombre vestido con sencillez, polvoriento y desgastado por el viaje. Dudaba que esta persona pudiera hacer lo que había venido a pedirle; sin embargo, decidió hacer una prueba. Consiguió que Jesús lo escuchara, le dijo su misión y le suplicó al Salvador que lo acompañara a su casa con el propósito de sanar a su hijo. Pero Jesús ya sabía de su dolor. Incluso antes de que el centurión hubiera salido de su casa, el compasivo Redentor había leído el dolor del padre, y su gran corazón de amor se había compadecido del niño que sufría.

Pero también estaba consciente de que el padre había puesto condiciones en su mente con respecto a su creencia en el Salvador. A menos que se le concediera su petición, no tendría fe en él como el Mesías. Mientras el padre esperaba en una agonía de suspenso, Jesús se dirigió a él: "Si no veáis señales y prodigios, no creeréis". Aquí reveló la fe superficial del centurión, que lo llevaría a aceptar o rechazar a Cristo según hiciera o no la obra que se le requería.

Jesús diseñó, no solo para sanar al niño, sino para iluminar la mente oscurecida del padre. Vio a la incredulidad luchando con su fe. Sabía que este hombre había buscado su ayuda como última y única esperanza. En este centurión vio representada la condición de muchos de su nación. Estaban interesados en Jesús por motivos egoístas; deseaban algún beneficio especial que esperaban recibir por [154] su poder, pero ignoraban su enfermedad espiritual, y no veían su terrible necesidad de la gracia divina, sino que apostaban su fe en la concesión de algún favor temporal. Jesús enfrentó este caso como

ilustrando la posición de muchos del pueblo judío. Contrapuso esta incredulidad cuestionadora con la fe de los samaritanos, que estaban dispuestos a recibirlo como a un maestro enviado por Dios, ya aceptarlo como el Mesías prometido sin señal ni milagro que estableciera su divinidad.

El alma del padre se conmovió hasta lo más profundo con el pensamiento de que sus dudas podrían costarle la vida a su hijo. Las palabras de Jesús surtieron el efecto deseado; el centurión vio que sus motivos para buscar al Salvador eran puramente egoístas; su fe vacilante se le apareció en su verdadera luz; se dio cuenta de que en verdad estaba en presencia de Aquel que podía leer los corazones de los hombres, y para quien todas las cosas eran posibles. Este pensamiento trae a su mente a su hijo que sufre con nueva viveza, y grita en una agonía de súplica: “¡Señor, desciende antes de que mi hijo muera!”.

Teme que mientras ha estado dudando y cuestionando, la muerte puede haber cerrado la escena. Esto fue suficiente. El padre en su necesidad se apodera de los méritos de Jesús como su Salvador. Al exigirle que baje antes de que su hijo muera, se aferra solo a la fuerza de Jesús como su única esperanza. Su fe es tan imperativa como lo fue la de Jacob, cuando, luchando con el ángel poderoso, clamó: “¡No te dejaré, si no me bendices!”

Jesús responde a las demandas del centurión mandándole , “Vete; tu hijo vive”. Estas breves y sencillas palabras estremecen el corazón del padre; siente el poder sagrado del hablante en cada tono. En lugar de ir a Cafarnaúm, Jesús, mediante [155] un relámpago de telegrafía divina, envía el mensaje de curación al lecho del hijo que sufre. Despide al suplicante, quien, con una gratitud indecible y una fe perfecta en las palabras del Salvador, vuelve sus pasos hacia casa con una paz y un gozo que nunca antes había sentido.

A la misma hora, los vigilantes rodearon al niño moribundo, en la lejana casa del centurión. La forma que había sido tan fuerte y simétrica en su gracia juvenil, ahora estaba gastada y demacrada. Las mejillas hundidas ardían con un fuego frenético. De repente, la fiebre lo abandona, la inteligencia brilla en sus ojos, su mente se vuelve clara y la salud y la fuerza regresan a su cuerpo. La fiebre lo ha dejado en pleno calor del día. Los asistentes contemplan el cambio con asombro; la familia es convocada, y grande es el regocijo.

No quedan signos de su enfermedad en el niño, su carne ardiente se ha vuelto suave y húmeda, y se hunde en el sueño pacífico de la infancia.

Mientras tanto, el padre se apresura en su camino con un corazón esperanzado. Fue a Jesús con dolor y temblor. Lo deja en alegría y confianza. Siente la seguridad solemne de que ha hablado con Uno cuyo poder es ilimitado. Sin duda cruza por su mente que Jesús realmente ha sanado a su hijo en Capernaum. Mientras aún está lejos de casa, sus sirvientes lo reciben con la buena noticia de que su hijo se ha recuperado. Con el corazón alegre, se apresura y, cuando se acerca a su casa, se encuentra con el niño, que salta para recibirlo, radiante de salud y belleza. Lo estrecha contra su corazón como uno [156] restaurado de entre los muertos, y agradece a Dios una y otra vez por esta restauración milagrosa.

El centurión y toda su casa se hacen discípulos de Jesús. Así su aflicción fue santificada para la conversión de toda la familia. Ellos publicaron este milagro a través de todo Capernaum, y así abrieron el camino para los trabajos posteriores de Cristo allí. Muchas de sus obras más maravillosas se realizaron en ese lugar.

Este caso del centurión debe ser una lección para todos los seguidores. de Cristo Quisiera que depositaran su fe implícita en él como su Redentor, listo y dispuesto a salvar a todos los que acuden a él. Pero a veces se demora en otorgar sus preciosos dones, para impresionar nuestros corazones con un sentido de nuestra profunda necesidad de esa verdadera piedad que nos da derecho a pedirle lo que queramos. Debemos abandonar el egoísmo que es frecuentemente la única causa de buscarlo y, confesando nuestra impotencia y nuestra amarga necesidad, confiar en sus promesas. Invita a venir a él a todos los que están trabajados y cargados, y él les dará descanso.

* * * * *

Capítulo 12—Jesús en Betesda

“Después de esto hubo una fiesta de los judíos; y Jesús subió a Jerusalén. Y hay en Jerusalén junto al mercado de las ovejas un estanque, que en lengua hebrea se llama Bethesda, el cual tiene cinco pórticos. En estos yacía una gran multitud de gente impotente, de ciegos, cojos, marchitos, esperando el movimiento del agua. Porque un ángel [157] descendió en cierto tiempo al estanque, y revolió las aguas; el primero que entraba después de la agitación de las aguas quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviera.”

Jesús no se mantuvo al margen de los pobres, los que sufren y los pecadores. Su gran corazón de amor se desbordó en anhelante ternura por los miserables objetos que necesitaban su ayuda. Conocía a los sufrientes que habían aprendido a esperar el período en que se pensaba que las aguas estaban agitadas por un poder sobrenatural. Muchos enfermos de diferentes enfermedades visitaron la piscina; pero tan grande era la multitud a la hora señalada, que se precipitaron, pisoteando a hombres, mujeres y niños más débiles que ellos.

Cientos fueron presionados hacia atrás y no pudieron acercarse al agua. Muchos de los que sufrían decepcionados, que con gran esfuerzo y dolor habían logrado llegar al estanque, morían en su borde sin poder dar el primer salto a sus profundidades. Se habían levantado refugios alrededor del lugar para proteger a los enfermos de los rayos abrasadores del sol y el frío de la noche. Algunos desdichados enfermos pasaban la noche en los porches, y día tras día arrastraban sus cuerpos enfermos al lugar privilegiado con la vana esperanza de obtener alivio.

Un hombre había padecido una enfermedad incurable durante treinta y ocho años y había visitado repetidamente el estanque. Los que se compadecían de su impotencia lo llevaban de un lado a otro en el momento en que se suponía que las aguas estaban revueltas. Pero aquellos más fuertes que él se precipitarían ante él y aprovecharían la oportunidad que codiciaba. Así esperó el pobre parálítico junto al estanque día y [158] noche, con la esperanza de que llegaría al fin el momento privilegiado en que

podía sumergirse en el agua y ser sanado. Sus persistentes esfuerzos hacia este objeto, y la duda y la ansiedad de su mente, estaban desgastando rápidamente el pobre remanente de su fuerza.

Jesús visitó este retiro de miseria, y su mirada se posó en este inválido indefenso. La pobre criatura estaba débil y desesperada, pero llegado el momento anhelado, reunió sus débiles energías en un último esfuerzo por alcanzar el agua, pero, justo cuando casi había alcanzado su objetivo, otro se interpuso antes que él. Se arrastró de vuelta a su camastro para morir. Pero un rostro compasivo se inclina sobre él, diciendo: "¿Quieres ser sano?" El hombre abatido miró hacia arriba, pensando que podría ser alguien que había venido a ayudarlo a entrar en la piscina; pero el débil brillo de ánimo se desvaneció de su corazón cuando recordó que era demasiado tarde, su oportunidad para ese momento se había esfumado y, en su estado de enfermedad y exposición, apenas podía esperar vivir para ver a otro.

Se volvió cansado, diciendo: "Señor, no tengo a nadie que cuando el agua esté revuelta, me meta en el estanque; pero mientras yo voy, otro desciende antes que yo". ¡Hombre pobre! ¡cómo podía esperar enfrentarse con éxito a la multitud egoísta y revoltosa! Jesús no le pidió a este miserable que sufría que ejerciera la fe en él; pero con voz de mando dijo: "Levántate, toma tu lecho y anda". Un vigor repentino fue comunicado al lisiado paralítico. Todo su ser se conmovió con un poder curativo, sangre nueva y fuerza saltaron en cada extremidad y miembro. Se puso de pie de un salto en obediencia [159] a la orden del Salvador, y se inclinó para tomar su cama, que no era más que una simple alfombra y una manta. Mientras se enderezaba de nuevo, con una sensación de deleite por estar de pie después de tantos años de indefensa enfermedad, miró a su alrededor en busca de su libertador, pero no lo veía por ninguna parte. Jesús estaba perdido entre la multitud, y el paralítico restablecido temía no volver a reconocerlo si lo viera. Estaba desilusionado, porque deseaba derramar su gratitud hacia el extraño. Mientras corría hacia Jerusalén, con paso firme y libre, alabando a Dios mientras caminaba y regocijándose en su nueva fuerza, se encontró con los fariseos e inmediatamente les contó la maravillosa curación que había experimentado. Le sorprendió la frialdad con la que En ese momento lo interrumpieron preguntándole por qué cargaba esa cama en el día de reposo. Le recordaron con severidad que

no le era lícito llevar cargas en el día del Señor. En su alegría, el hombre había olvidado que era sábado; sin embargo, no sintió condenación por obedecer el mandato de alguien que tenía el poder de Dios para realizar un milagro tan maravilloso. Él respondió con denuedo: "El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu cama y anda". Los fariseos no estaban encantados con la curación que se había efectuado en este pobre inválido de treinta y ocho años. Pasaron por alto el objeto del maravilloso milagro y, con su fanatismo característico, consideraron el acto como una violación de la ley del sábado.

Excusaron al hombre restaurado de la culpa, pero parecieron conmocionados por la culpa del que había asumido la responsabilidad de ordenar a un hombre que se acostara en el día de reposo. Ellos [160] le preguntaron quién era el que había hecho esto, pero él no pudo aclararles sobre este asunto. Estos gobernantes sabían muy bien que solo una persona se había mostrado capaz de hacer esta hazaña; pero querían obtener una prueba directa de que era Jesús, porque entonces esperaban poder condenarlo como quebrantador del sábado. Consideraron que no solo había violado la ley al curar al enfermo en sábado, sino que había cometido un acto de sacrilegio al ordenarle que tomara su lecho y se lo llevara.

Jesús no vino al mundo para rebajar la dignidad de la ley, sino para exaltarla. Los judíos lo habían pervertido por sus tradiciones y conceptos erróneos. Lo habían convertido en un yugo de servidumbre. Sus exacciones y requisitos sin sentido se habían convertido en un refrán entre todas las demás naciones. Especialmente el sábado estaba cercado por todo tipo de restricciones sin sentido que hacían que ese día santo fuera casi insoportable. A un judío no se le permitía encender fuego en sábado, ni siquiera encender una vela en ese día. Las opiniones de la gente eran tan estrechas que se habían convertido en esclavos de sus propias normas inútiles. Como consecuencia, dependían de los gentiles para hacer muchos servicios que sus reglas les prohibían hacer por sí mismos.

No reflexionaron que si estos deberes necesarios de la vida eran pecados, eran tan culpables al emplear a otros para realizarlos como al hacerlo ellos mismos. Pensaron que la salvación estaba restringida a los judíos, y que la condición de todos los demás, siendo completamente desesperada, no podía mejorar ni empeorar. Pero un Dios justo no ha dado ningún mandamiento que no pueda ser cumplido por todos con coherencia. Sus le

sancionar usos sin sentido ni restricciones torpes.

Poco después, Jesús se encontró con el hombre que había sanado en el templo. Había venido a traer una ofrenda por la culpa, una ofrenda por el pecado y una ofrenda de acción de gracias por la gran misericordia que había recibido. Jesús, al encontrarlo entre los adoradores, se le dio a conocer. El gran Médico se dirigió a él con una advertencia oportuna: “He aquí, has sido sanado; no peques más, para que no te suceda algo peor”. Aquel que había sufrido durante treinta y ocho años, como resultado, en parte, de su propia disipación, estaba así claramente advertido de evitar los pecados que le habían causado tanto sufrimiento.

El hombre sanado se regocijó al contemplar a su libertador e, ignorante de la malicia que los judíos tenían contra Jesús, informó a los fariseos, que antes lo habían interrogado, que éste era el que había obrado la maravillosa curación. Los dignatarios judíos solo habían esperado pruebas de que era Jesús; desde el principio habían confiado en que no podía ser otra. Ahora bien, se produjo un gran alboroto en el atrio del templo; porque quisieron matar a Jesús, pero el pueblo se lo impidió, muchos de los cuales reconocieron en él a un amigo que los había sanado de sus enfermedades y aliviado sus dolores.

Ahora tuvo lugar una controversia con respecto a las verdaderas pretensiones de la ley del sábado. Jesús había elegido a propósito el día de reposo para realizar el milagro en el estanque. Podría haber sanado al enfermo también en cualquier otro día de la semana; también podría haberlo curado simplemente, y evitado despertar la indignación de los judíos, pidiéndole que tomara su cama y se fuera. Pero un propósito sabio *subyace* a cada acto de la vida de Cristo en la tierra; todo lo que hizo fue importante en sí mismo y en su enseñanza. El vino a vindicar la ley de su Padre y hacerla honorable. El sábado, en lugar de ser la bendición para la que estaba diseñado, se había convertido en una maldición a través de los requisitos adicionales de los judíos. Jesús quiso librarlo de estos obstáculos y dejarlo en pie sobre su propia santa dignidad.

Por lo tanto, escogió el sábado para este trabajo especial. Eligió el peor caso entre los afligidos en el estanque de Betesda sobre quienes ejercer su milagroso poder curativo, y le ordenó que llevara su cama por la ciudad para publicar la gran obra que se había realizado en él, para llamar la atención. del pueblo a su caso, a las circunstancias que asistieron a su curación, y a Aquel por quien se había logrado. Esto plantearía la pregunta de qué era

lícito hacerlo en el día de reposo, y le daría la oportunidad de denunciar los estrechos prejuicios y restricciones de los judíos con respecto al día del Señor, y declarar nulas su intolerancia y sus tradiciones.

Jesús les dijo que la obra de aliviar los sufrimientos de los afligidos estaba en armonía con la ley del sábado, ya fuera relativa a la salvación de las almas o a la eliminación del dolor físico. Tal obra estaba en armonía con la de los ángeles de Dios, quienes siempre descendían y ascendían entre el Cielo y la tierra para ministrar a la humanidad doliente. Jesús respondió a sus acusaciones declarando: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo". Todos los días son de Dios, en los cuales llevar a cabo sus grandes planes para la raza humana.

Si la interpretación de la ley por parte de los judíos era correcta, entonces la culpa era de Jehová, cuya obra había sustentado y vivificado la creación desde que [163] primero puso los cimientos de la tierra, cuando las estrellas del alba cantaban juntas, y todos los hijos de Dios gritó de alegría. El que declaró buena su obra y estableció la institución del sábado para conmemorar su finalización, debe poner un punto a su labor y detener la interminable rutina del universo.

¿Debe Dios prohibir que el sol haga su oficio en sábado, impedir que sus rayos afables calienten la tierra y nutran la vegetación? ¿Debe permanecer quieto el sistema de mundos durante ese día sagrado? ¿Debe ordenar a los murmullos de los arroyos que detengan su curso y no rieguen los campos y los bosques, y ordenar a las olas que avanzan y retroceden que detengan su flujo y reflujo incesantes? ¿Deben dejar de crecer el trigo y el maíz, y el racimo que madura aplazar su flor púrpura por un solo día? ¿Los árboles ondulantes y las flores delicadas no deben producir capullos ni flores en sábado?

Seguramente en tal caso el hombre perdería el fruto de la tierra y las bendiciones que hacen deseable la vida. La naturaleza debe continuar su curso invariable; Dios no debe detener su mano ni un solo momento, o el hombre se desmayaría y moriría. Y, en igual proporción, el hombre tiene un trabajo que realizar en este día. Se deben atender las necesidades de la vida, se debe atender a los enfermos, se deben satisfacer las necesidades de los necesitados. Dios no tiene por inocente a quien detiene su mano de aliviar el sufrimiento en el día de reposo. El sábado santo fue hecho para el hombre, y los actos de misericordia y benevolencia siempre están en orden en ese día. Dios no quiere que sus criaturas sufran una hora de dolor que

puede ser relevado en sábado o en cualquier otro día.

Jesús procuró inculcar en las mentes estrechas de los judíos la insensatez de su visión del sábado. Les mostró que la obra de Dios nunca cesa. Es aún mayor en sábado que en ocasiones ordinarias, porque en ese momento su gente deja sus empleos habituales y pasa el tiempo en oración, meditación y adoración. Le piden más favores en sábado que en otros días, exigen su atención especial, anhelan sus bendiciones más selectas, ofrecen oraciones importunas por favores especiales. Dios no espera que pase el sábado para conceder esas peticiones, sino que trata a los peticionarios, con juiciosa sabiduría, lo que es mejor para ellos.

La obra del cielo nunca cesa ni por un momento, y los hombres nunca deben descansar de hacer el bien. La ley del sábado prohíbe trabajar en el día de descanso santificado del Señor. El trabajo que gana un sustento debe cesar; ningún trabajo por placer o ganancia mundana es lícito en el día del Señor; pero la obra de Cristo al sanar a los enfermos honró el sábado santo. Jesús reclamó los mismos derechos que Dios al hacer una obra igualmente sagrada y del mismo carácter con la que comprometió a su Padre Celestial. Pero los fariseos se indignaron aún más, porque no sólo había quebrantado la ley, según ellos entendían, sino que añadía a esta ofensa el abominable pecado de declararse igual a Dios. Nada más que la interferencia del pueblo impidió que las autoridades judías lo mataran en el acto. “Entonces respondiendo Jesús, les dijo: De cierto, de cierto os digo : El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que él hace, eso también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostraré , de modo que os maravilléis. Porque como el Padre levanta a los muertos, y los da vida; así también el Hijo da vida a los muertos.”

Aquí Jesús se elevó a sí mismo a su verdadera posición ante los judíos, y se declaró a sí mismo como el Hijo de Dios. Luego, en un lenguaje apacible y digno, les instruyó con respecto al sábado. Les dijo que el día de descanso que Jehová había santificado y apartado para un propósito especial, después de haber completado la obra de la creación, no estaba destinado a ser un período de inactividad inútil. Así como Dios cesó en su labor de crear, y descansó en ese día y lo bendijo, así el hombre

era dejar la ocupación de su vida diaria, y dedicar esas horas sagradas al descanso saludable, al culto y a las obras santas.

Los gobernantes del pueblo no pudieron responder a estas elevadas verdades que fueron traídas a sus conciencias. No tenían argumentos con los que enfrentarse a ellos; sólo podían citar sus costumbres y tradiciones, y éstas parecían débiles e insípidas comparadas con los sólidos argumentos que Jesús había extraído de la obra de Dios y del incesante giro de la naturaleza. Si hubieran sentido algún deseo de recibir luz, sus corazones se habrían convencido de que Jesús dijo la verdad. Pero eludieron los puntos que él hizo con respecto al sábado, y trataron de despertar la ira contra él porque se había hecho igual a Dios. La furia de los gobernantes no conoció límites, y fue [166] difícil que se les impidió apoderarse de Jesús para darle muerte.

Pero el pueblo no se incitó a la violencia, y avergonzó a los gobernantes por el candor con que escuchaban las palabras de Jesús. Lo justificaron al sanar al pobre sufriente que había estado afligido durante treinta y ocho años. Así que los sacerdotes y los ancianos se vieron obligados a contener su odio por el momento y esperar una oportunidad más favorable para llevar a cabo sus malvados designios.

Jesús declaró que no podía hacer nada por sí mismo “sino lo que ve hacer al Padre”. Su relación con Dios le prohibía trabajar independientemente de él y no podía hacer nada en contra de su voluntad. ¡Qué reprensión fueron estas palabras para los hombres, y especialmente para aquellos que estaban llamando al Hijo de Dios a la tarea por la misma obra para la que fue enviado a la tierra! Se habían separado de Dios por actos inicuos y, en su orgullo y vanidad, se movían independientemente de él, sintiéndose suficientes en sí mismos para todas las cosas, y sin darse cuenta de la necesidad de una sabiduría superior a la suya, para ayudarlos en la dirección . de sus actos.

Pocos se dan cuenta de toda la fuerza de las palabras de Cristo con respecto a su conexión con el Padre. Enseñan al hombre que debe considerarse inseparablemente ligado a su Padre Celestial, que, cualquiera que sea la posición que ocupe, es responsable ante Dios, quien tiene todos los destinos en sus manos. Él ha designado al hombre para que haga su obra, lo ha dotado de facultades y medios para ese propósito, y mientras el hombre sea fiel a su alta mayordomía, puede sentirse justificado para reclamar las bendiciones y promesas de su Maestro. Pero

[167] si, cuando es elevado a una posición de confianza sagrada, llega a ser exaltado en su propia estimación, dependiendo de su propia sabiduría y poder, tomando los asuntos en sus propias manos y separándose de Aquel a quien profesa servir,— Dios le pedirá cuentas por sus actos no autorizados; no ha trabajado al unísono con su Comandante.

Jesús ahora estaba delante de los judíos en su verdadero carácter. el de Aclaró que todas las cosas que hizo el Padre, también las hizo el Hijo de la misma manera, por el ejercicio de un poder similar, y con resultados similares. También prometió a los que lo escucharan que serían testigos de actos mayores que los que él había realizado hasta ahora al sanar a los enfermos, los cojos y los ciegos. Los saduceos se oponían a los fariseos en cuanto a la resurrección de los muertos. El primero afirmó que no habría resurrección del cuerpo. Pero Jesús les dice que una de las obras más grandes de su Padre es resucitar a los muertos, y aun así el hijo de Dios tiene poder en sí mismo para resucitar de entre los muertos. “No te maravilles”, dijo, “de esto; porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán; los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida; y los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.”

El humilde nazareno afirma su real nobleza. Se eleva por encima de la humanidad, se despoja de la apariencia del pecado y la vergüenza, y se revela, el Honrado de los ángeles, el Hijo de Dios, igual al Creador del universo. Los gobernantes de los judíos y la multitud que escucha están hechizados ante sus poderosas verdades y la elevada dignidad de su porte. Ningún hombre había dicho nunca palabras como estas, ni se había comportado con una majestad tan real. Sus declaraciones fueron claras y [168] sencillas, declarando plenamente su misión y el deber del mundo. “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a condenación; mas ha pasado de muerte a vida.

De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así le ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le ha dado autoridad para ejecutar juicio, por cuanto es el Hijo del hombre.”

Aquí Jesús arroja sobre los gobernantes sus acusaciones contra él y sus intentos de prescribir su obra y juzgar, por su intolerancia estrecha, sus actos de misericordia y benevolencia. Se declaró a sí mismo su Juez, y el Juez de todo el mundo. Cuando vino a la tierra como el Redentor, fue entregado en sus manos, y todos los hombres son responsables ante él. Él tomó la carga de la humanidad para poder salvar a los hombres de las consecuencias de sus pecados. Él es en uno su Abogado y Juez. Habiendo probado las heces mismas de la aflicción y la tentación humanas, está capacitado para comprender las debilidades y los pecados de los hombres, y para pronunciar juicio sobre ellos. Por lo tanto, el Padre ha puesto esta obra en las manos de su Hijo, sabiendo que Aquel que resistió victoriosamente las tentaciones de Satanás, a favor del hombre, será todo sabio, justo y misericordioso en su trato con él.

Las palabras de Jesús fueron más impresionantes porque el conflicto [169] Versy se había elevado muy alto. Fue citado virtualmente ante los dignatarios de los judíos para ser juzgado por su vida. Él, el Señor del sábado, fue procesado ante un tribunal terrenal para responder al cargo de quebrantar la ley del sábado. Cuando tan audazmente dio a conocer su misión y obra, sus jueces lo miraron con una mezcla de asombro y rabia, pero sus palabras no tenían respuesta y no podían condenarlo.

Negó el derecho de los fariseos a interrogarlo o a entrometerse en sus asuntos. El sistema judío no los invistió con tal autoridad; sus afirmaciones se basaban en su propio orgullo y arrogancia. Se negó a declararse culpable de cualquier mal o a someterse a ser catequizado por ellos.

Después de presentarles estas grandes verdades acerca de su obra en relación con el Padre, une sus afirmaciones con los testimonios que se han dado de él: "Yo no puedo hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo; y mi juicio es justo; porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me envió. Si doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Hay otro que da testimonio de mí; y sé que el testimonio que da de mí es verdadero. Enviasteis a Juan, y él dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre; pero estas cosas digo, para que seáis salvos. Él era una luz que ardía y alumbraba; y estuvisteis dispuestos a regocijaros en su luz por un tiempo." De

[170] desde su altura sublime, lee los secretos de sus corazones y les recuerda que por un tiempo habían aceptado a Juan como profeta de Dios y se regocijaban en el mensaje que les traía. Afirma que la misión de Juan era únicamente preparar el camino de sí mismo, de quien el profeta testificó que era el Cristo, el Redentor del mundo.

Pero ningún hombre pudo testificar acerca de la misteriosa conexión de Jesús con el Padre; el conocimiento humano no puede llegar a las cortes del Cielo. Jesús les asegura que no se refiere al testimonio de Juan para sustentar sus afirmaciones, sino sólo para que sus perseguidores se convenzan de su ceguera e incoherencia al oponerse desafiadamente a quien Juan había declarado que era el Hijo de Dios. No ignoraban el testimonio de Juan, porque le habían enviado un diputado que les había traído su declaración del bautismo de Jesús y las maravillosas manifestaciones de Dios en ese momento.

Jesús habla de Juan para que vean cómo, al rechazarse a sí mismo, rechazan también al profeta que habían recibido con alegría. Además declara: “Pero yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me ha dado para que las acabe, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado.” ¿ No se habían abierto los cielos y la luz del trono de Dios lo había rodeado de gloria, mientras la voz de Jehová proclamaba: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”? Además de todo esto, sus propias obras declaraban su divinidad. Aquel que había sido procesado como transgresor del día de reposo se presentó ante sus acusadores revestido de la gracia divina y pronunciando palabras que los atravesaron como flechas de verdad. En lugar de disculparse por el acto del que se quejan, o explicar [171] su propósito al hacerlo, se vuelve contra los gobernantes, y el acusado se convierte en acusador.

Los reprende por la dureza de sus corazones, por la ciega ignorancia con que leen las Escrituras, mientras se jactan de su superioridad sobre todos los demás pueblos. Los que asumen ser maestros de las Escrituras y expositores de la ley son ellos mismos vilmente ignorantes de sus pretensiones. Denuncia su mundanalidad, su amor por la alabanza y el poder, su avaricia y falta de compasión. Los acusa de no creer en las Escrituras que profesan reverenciar, llevando a cabo sus formas y ceremonias ignorando los grandes principios de la verdad que son el fundamento de la ley. Declara que han desechado la palabra de Dios, por cuanto

han desechado al que Dios ha enviado. Él les ordena que “escudriñen las Escrituras; porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí.”

La verdad dicha por Jesús chocó con sus prejuicios y costumbres, y ellos la desearon, endureciendo su corazón contra ella. Se negaron a escuchar las enseñanzas de Cristo, porque esas enseñanzas condenaban directamente sus preciados pecados. Si el Hijo del Hombre hubiera venido halagando su orgullo y justificando su iniquidad, se habrían apresurado a honrarlo. Jesús dijo: “Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a éste recibiréis.” Podrían surgir pretendientes que no pudieran presentar evidencia de la autoridad divina, quienes al profetizar cosas agradables y gratificar la vanidad de los ricos y no santificados, podrían asegurar su firme lealtad. Estos falsos profetas conducirían [172] a sus seguidores a la ruina eterna.

Jesús declaró que no había necesidad de que él los acusara ante el Padre, porque Moisés, a quien ellos profesaban creer, ya los había acusado. “Porque”, dijo él, “si hubierais creído a Moisés, me habríais creído a mí; porque él escribió de mí. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras? Jesús sabía que los judíos estaban decididos a quitarle la vida, pero en este discurso les explicó plenamente su filiación, la relación que tenía con el Padre y su igualdad con él. Esto los dejó sin excusa para su oposición ciega y su furia insensata contra el Salvador. Pero, aunque desconcertados en sus designios y sobrecogidos por su elocuencia y verdad divinas, el odio asesino de los sacerdotes y ancianos no se apagó.

El temor se apoderó de ellos, porque no podían cerrar su entendimiento al poder convincente que acompañó al ministerio de Cristo. Pero estaban tan atados por las cadenas del orgullo y la arrogancia que rechazaron la evidencia de su poder divino, resistieron sus llamados y se encerraron en la oscuridad.

Habían fallado notablemente en subvertir la autoridad de Jesús, o apartar de él el respeto y la atención de la gente, muchos de los cuales estaban poderosamente afectados y profundamente convencidos por su impresionante discurso. Sus obras poderosas primero llamaron su atención y despertaron su asombro, y cuando sus palabras penetrantes revelaron su verdadero carácter, estaban listos para reconocer su autoridad divina. Por otro lado, sus palabras habían emocionado los corazones de los gobernantes.

con condenación por su conducta. Había acentuado su culpa en sus conciencias, pero esto sólo los hizo más amargos contra él, y estaban completamente decididos a quitarle la vida. Enviaron mensajeros por todo el país para advertir a la gente contra Jesús, a quien denunciaron como un impostor. Se enviaron espías para vigilarlo e informar lo que dijo e hizo. El precioso Salvador ahora seguramente estaba parado bajo la sombra de la cruz.

* * * * *

Capítulo 13—Jesús en Cafarnaúm

Después de la obra de curación que Jesús había realizado un sábado en el estanque de Betesda, la malicia de los principales judíos se encendió contra él de tal manera que conspiraron contra su vida, y ya no era seguro para él permanecer en Jerusalén. Por tanto, se dirigió a Galilea, haciendo de Cafarnaúm el escenario de sus trabajos. En este lugar enseñó; y los sábados, multitudes se reunían para escuchar su doctrina. Aquí su camino parecía estar despejado, aunque los espías lo seguían, esperando algo de lo que pudieran acusarlo.

Los corazones de la gente común estaban abiertos para recibir su instrucción divina. Su corazón estaba rebosante de simpatía por la humanidad doliente, y fue con alegría que vio a los hombres responder a sus enseñanzas de amor y benevolencia. Sus oyentes quedaron encantados con la elocuente sencillez con la que predicaba la verdad. Sus ilustraciones fueron extraídas de escenas que ocurrían en sus vidas cotidianas. [174] Adaptó su lenguaje a todas las clases y condiciones de los hombres.

Jesús no fue a Cafarnaúm para evitar la sociedad ni para descansar de sus labores. Cafarnaúm era una gran vía de circulación; personas de muchos países pasaban por la ciudad, o se quedaban allí para descansar en sus viajes de un lado a otro. Aquí el gran Maestro podía encontrarse con todas las naciones y todos los rangos. Podía dar lecciones que no solo recibirían los presentes, sino que se llevarían a otros países y muchos hogares. De este modo se estimularían las investigaciones de las profecías, se dirigiría la atención al Salvador, y su obra y misión se presentarían ante el mundo.

Aquí tuvo una mejor oportunidad que en otros lugares de reunirse con los representantes de todas las clases, ya que se mezclaron, cada uno concentrado en su propia misión. Los ricos que eran cortejados por su riqueza podían aquí ser alcanzados por sus ministraciones, así como también los pobres y los necesitados. Cristo se presentó a la gente como el Salvador del mundo. Tan pronto como se supo que estaba en Cafarnaúm, multitudes se agolparon para escuchar sus palabras de sabiduría celestial. J

había llevado a sus discípulos a una montaña para pasar un tiempo de retiro, pero cuando vio que la gente acudía en tropel a él, no tuvo valor para rechazarlos.

Estaba próxima la fiesta de los judíos, y muchos habían venido de los alrededores de Jerusalén en busca de Jesús, de cuyos maravillosos milagros habían oído. Le traían a los enfermos y afligidos, y sanaba sus enfermedades. Al ser testigo del gozo de aquellos a quienes había socorrido, su propio corazón de amor se regocijó con aquellos [175] que habían recibido su bendición. Hizo felices a muchas familias al restaurar la salud de las que sufrían. Hizo que la luz amaneciera sobre los hogares que habían sido sumergidos en las sombras de la aflicción. Los afligidos fueron consolados, los ignorantes instruidos, y la esperanza se despertó en los corazones de los desesperados.

El pueblo recibió el mensaje que él les trajo y creyó en sus palabras. Ninguno estaba más dispuesto a aceptar la verdad que los pobres y humildes, que no estaban separados de su Salvador por la vanidad y el orgullo, los tesoros de este mundo o la alabanza de los hombres.

Encontraron en él un consuelo para todos sus trabajos y privaciones. No rechazó a ninguno. Fue tocado por una tierna piedad por la angustia de aquellos que buscaban su ayuda, y ellos se fueron de su presencia, dando evidencia en sus propias personas de su poder sanador y dador de vida. Los corazones de la gente se llenaron de amor reverencial por su Benefactor, y él fue partícipe de su alegría. Sus labores mientras estuvo en Cafarnaúm dieron como resultado un gran bien, y muchos fueron inducidos a creer en él. Sus actos de misericordia incomparables ganaron los corazones de las multitudes.

Los escribas y fariseos estaban confundidos; sus propósitos con respecto a Jesús fueron derrotados. Habían escuchado sus enseñanzas para atraparlo en sus palabras y apartar la mente de la gente de él hacia ellos mismos. Sabían que desde que comenzó el ministerio de Jesús, su propia influencia sobre la gente había disminuido considerablemente. Los corazones comprensivos de la multitud aceptaron lecciones de amor y bondadosa benevolencia con preferencia a las frías formas y rígidas ceremonias exigidas por los sacerdotes.

[176] Aunque los fariseos estaban asombrados por los milagros que obraba Jesús, estaban aún más ansiosos por eliminar a uno que, por su gran poder, era el más peligroso para sus pretensiones y pretensiones.

Las enfermedades corporales, por muy agravadas y aparentemente desesperadas que fueran, eran enfrentadas y desconcertadas por su poder divino; pero la enfermedad del

el alma, atada a la incredulidad y al prejuicio ciego, se aferró con más firmeza a los que cerraban los ojos a la luz. La evidencia más poderosa que se pudo producir solo fortaleció su oposición.

La lepra y la parálisis no eran tan terribles como el fanatismo y la incredulidad. Jesús se apartó de los maestros de Israel, y sus cadenas de oscuridad y escepticismo se apretaron sobre ellos.

Los habitantes de Cafarnaúm se habían quedado muy asombrados por la curación repentina y eficaz del hijo del gobernante por una palabra de Jesús, cuando estaba a más de veinte millas de distancia de la víctima. Se regocijaron al saber que el que poseía tal poder milagroso estaba en su propia ciudad. En el día de reposo, la sinagoga donde habló estaba llena de gente y, sin embargo, muchos que deseaban entrar no pudieron hacerlo. Como de costumbre, un gran número vino por curiosidad, pero había muchos que deseaban sinceramente aprender acerca del evangelio del reino de Dios.

Todos los que le oían se asombraban, "porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas". Sus palabras fueron una demostración del Espíritu de Dios, e impactaron en las almas de los hombres con poder divino. La enseñanza de los escribas y ancianos era fría y formal, como una lección aprendida de memoria. Explicaron la ley como una cuestión de costumbre, pero ninguna autoridad de Dios [177] santificó sus declaraciones, ninguna inspiración santa conmovió sus propios corazones y los de sus oyentes.

Jesús no tuvo nada que ver con los diversos temas de disensión entre los judíos. Sus palabras eran tan simples que un niño podría entenderlas, pero lo suficientemente elevadas en su gran sencillez para encantar a la mente más elevada con sus nobles verdades. Habló de un nuevo reino que vino a establecer entre ellos, en oposición al reino de este mundo, y de su poder para arrebatar a Satanás su dominio y liberar a los cautivos atados por su poder.

Había un hombre en la sinagoga que estaba poseído por el espíritu de Satanás. Interrumpió el discurso de Jesús con un grito desgarrador, que heló la sangre de los oyentes con un terror sin nombre. "¡Déjanos en paz!" gritó. "¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? ¡Te conozco, quién eres, el Santo de Dios!"

Incluso los demonios creyeron y temblaron, pero el Israel de Dios había cerrado sus ojos y oídos a las evidencias divinas, y no conocía el

tiempo de su visita. El objeto de Satanás al conducir a su miserable víctima a la sinagoga, era distraer la atención de la gente de Jesús hacia los paroxismos del pobre sufriente e impedir que las palabras de la verdad llegaran al corazón de la gente. Pero el entendimiento entenebrecido del hombre comprendió que las enseñanzas de Jesús eran del Cielo. El poder de la divinidad despertó el terror del demonio que controlaba su mente, y se produjo un conflicto entre éste y su remanente de razón.

[178] Cuando la víctima se dio cuenta de que el Sanador estaba cerca para liberarlo, su corazón se despertó para anhelar la libertad del poder de Satanás. El demonio resistió este poder y controló al pobre desgraciado que luchaba contra él. La víctima trató de pedir ayuda a Jesús, pero cuando abrió los labios, el demonio puso palabras en su boca para que gritara en una agonía de miedo: "¡Déjanos en paz! ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? La razón entenebrecida del pobre hombre comprendió parcialmente que estaba en presencia de quien podía librarlo de la servidumbre que por tanto tiempo lo había esclavizado; pero cuando trató de ponerse al alcance de esa mano poderosa, la voluntad de otro lo detuvo, las palabras de otro encontraron expresión a través de él.

Por su propia conducta pecaminosa, este hombre se había colocado en el terreno del enemigo, y Satanás se había apoderado de todas sus facultades, de modo que cuando la oscuridad de su entendimiento fue atravesada por débiles rayos de luz de la presencia del Salvador, el conflicto entre su el deseo de libertad y el poder del diablo lo arrojaron a terribles contorsiones y le arrancaron gritos sobrenaturales. El demonio ejerció todo su poder infernal para retener el control de su víctima. Perder terreno aquí sería darle una victoria a Jesús. Aquel que, en su propia persona, había vencido al príncipe del poder de las tinieblas en el desierto de la tentación, ahora se encontraba nuevamente cara a cara con su enemigo.

Parecía que el torturado debía perder la vida en la terrible lucha con el demonio que había sido la ruina de su virilidad. Solo un poder podría romper esta cruel tiranía. Jesús habló con voz de autoridad y liberó al cautivo. El espíritu demoníaco hizo un último [179] esfuerzo para arrancarle la vida a su víctima antes de que se viera obligado a partir. Entonces el hombre que había sido poseído se paró frente a la gente maravillada, feliz en la libertad del dominio propio. en la sinagoga

en el día de reposo, ante la congregación reunida, el príncipe de las tinieblas fue nuevamente enfrentado y vencido. E incluso el demonio había testificado del poder divino del Salvador, clamando: “¡Tú, Jesús de Nazaret! ¿Has venido a destruirnos? ¡Te conozco, quién eres, el Santo de Dios!”

El hombre cuya razón fue así repentinamente restaurada alabó a Dios por su liberación. El ojo que últimamente había brillado con el fuego de la locura, ahora brillaba con inteligencia y se desbordaba con lágrimas de agradecimiento. La gente se quedó muda de asombro. Tan pronto como recobraron el habla, se maravillaron unos con otros, diciendo: “¡Qué palabra es esta! porque con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen!”

No estaba de acuerdo con la voluntad de Dios que este hombre fuera visitado por una aflicción tan terrible como para ser entregado por completo en las manos de Satanás. La fuente secreta de su calamidad, que lo había convertido en un espectáculo aterrador para sus amigos y una carga para sí mismo, estaba en su propia vida. Los placeres del pecado le habían fascinado, el camino de la disipación le había parecido brillante y tentador, había pensado en hacer de la vida un gran carnaval. No soñaba con convertirse en un asco y terror para el mundo y el oprobio de su familia. Pensó que podía gastar su tiempo en locuras inocentes; pero una vez en el camino descendente, sus pies descendieron rápidamente hasta que violó las leyes de la salud y la moralidad. La intemperancia y la frivolidad encadenaron sus sentidos, las excelentes [180] cualidades de su mente fueron pervertidas, y Satanás intervino y tomó control absoluto de él.

El remordimiento llegó demasiado tarde, y aunque entonces habría sacrificado la riqueza y el placer para recuperar su hombría perdida, se había vuelto indefenso en manos del maligno. Satanás había seducido a ese joven con muchas presentaciones encantadoras; había envuelto el vicio con un manto de flores para que la víctima lo estrechara contra su pecho; pero una vez que cumplió su objetivo y el desdichado estuvo en su poder, el demonio se volvió implacable en su crueldad y terrible en sus feroces y furiosas visitas. Así es siempre con aquellos que sucumben al mal; el fascinante placer de su temprana carrera termina en la oscuridad de la desesperación, o en la locura de un alma perdida y arruinada.

Pero el que venció al archienemigo en el desierto, arrancó a este cautivo que se retorció de las garras de Satanás. Jesús bien sabía que

aunque asumiendo otra forma, este demonio era el mismo espíritu maligno que lo había tentado en el desierto. Satanás busca por varios medios para lograr su objeto. El mismo espíritu que vio y reconoció al Salvador, y le gritó: “¡Déjanos! ¿Qué tenemos que ver contigo? poseyó a los malvados judíos que rechazaron a Cristo y despreciaron sus enseñanzas. Pero con ellos asumió un aire de piedad y aprendizaje, tratando de engañarlos en cuanto a sus verdaderos motivos para rechazar al Salvador.

Entonces Jesús se retiró de la sinagoga mientras la gente todavía estaba embelesada con asombro y admiración. A este milagro siguió entonces [181] otro igualmente maravilloso. Jesús buscó la casa de Pedro para descansar un poco; pero no hubo descanso para el Hijo del Hombre.

Le dijeron que la madre de la esposa de Pedro estaba enferma con fiebre.

Su corazón compasivo fue inmediatamente llamado a aliviar a la mujer que sufría. Él reprendió la enfermedad, y de inmediato se la quitó.

Se levantó de la cama, llena de alegría y gratitud, y con manos dispuestas atendió las necesidades del Maestro y sus discípulos.

Estos milagros y obras de curación se extendieron por toda la ciudad. Sin embargo, estos actos de misericordia solo hicieron que la amargura de los fariseos fuera más intensa. Observaban atentamente todos los movimientos de Jesús, buscando motivo para acusarlo. Su influencia impidió que muchos acudieran a Jesús para el alivio de sus enfermedades en el día de reposo. Temían ser estigmatizados como transgresores de la ley. Pero tan pronto como el sol se perdió de vista en el oeste, se produjo una gran conmoción. Los enfermos acudían a Jesús de todas partes. Aquellos que tenían suficiente fuerza vinieron solos, pero un número mucho mayor fue llevado por sus amigos al gran Médico.

Estaban en todas las condiciones de indefensión y acercándose a la muerte. Algunos ardían de fiebre, otros estaban paralizados, hidropesados, ciegos, sordos y cojos. Y a lo lejos se oyó el grito lastimero del leproso: ¡Inmundo! ¡Inmundo! mientras extendía sus manos en descomposición hacia el Sanador. La obra de Jesús comenzó cuando el primer afligido fue llevado ante él.

Los suplicantes fueron curados por una palabra de sus labios o un toque de su **mano** . Con gratitud y regocijo volvieron a alegrar con sus mentes iluminadas y sus cuerpos sanos los hogares que habían dejado tan recientemente como inválidos indefensos.

Los que con cuidado los habían llevado de sus lechos a la presencia de Jesús regresaron con ellos llorando lágrimas de alegría y gritando alabanzas al Salvador. No se pasó por alto a los niños pequeños, pero los débiles enfermos fueron devueltos a sus madres felices, llenas de vida y salud. Estas evidencias vivientes del poder divino de Jesús crearon gran conmoción en toda aquella región. Nunca antes Capernaum había sido testigo de un día como este. El aire se llenó de voces de triunfo y gritos de liberación.

El corazón del bendito Salvador, que había obrado tan grandes curas, estaba gozoso por la alegría que había despertado en los corazones de la humanidad doliente. Había sanado a todos los que le habían pedido ayuda. Su gran amor por el hombre se conmovió hasta lo más profundo cuando fue testigo del sufrimiento de aquellos que habían acudido a él, y se regocijó en su poder para restaurarles la salud y la felicidad.

* * * * *

Capítulo 14—Escogiendo a los discípulos

Los discípulos aún no se habían unido completamente a Jesús para ser sus colaboradores. Habían presenciado muchos de sus milagros, y sus mentes habían sido iluminadas por los discursos que habían oído de sus labios; pero no habían dejado enteramente su empleo [183] como pescadores. Sus corazones se llenaron de dolor por la muerte de Juan, y se turbaron con pensamientos contradictorios. Si se hubiera permitido que la vida de Juan terminara tan ignominiosamente, ¿cuál sería el destino de su Maestro, cuando los escribas y fariseos estaban tan amargados contra él? En medio de sus dudas y temores, fue un alivio para ellos volver una vez más a su pesca y, por un breve espacio de tiempo, encontrar en su antiguo empleo una distracción de su ansiedad.

Jesús los despedía con frecuencia para visitar sus hogares y descansar; pero resistió gentilmente, aunque con firmeza, todas sus súplicas de que él mismo debería descansar. Por la noche encontraba los tiempos de oración para los que no podía reclamar tiempo durante el día. Mientras el mundo que había venido a salvar dormitaba, el Redentor, en el santuario de las montañas, intercedería por el hombre ante el Padre. A menudo pasaba noches enteras en oración y meditación, volviendo por la mañana a su trabajo activo.

Era de mañana en el lago de Galilea, y los pescadores estaban en sus botes, cansados por una larga noche de trabajo infructuoso. Pero, con el amanecer, Simón descubrió la forma de Jesús caminando sobre la playa. Dirigió la atención de sus discípulos a su amado Maestro, y todos remaron hacia la orilla. Parecía imposible que el Salvador obtuviera algún retiro. La multitud ya se había reunido densamente a su alrededor mientras caminaba por la orilla. Le traían a los enfermos y afligidos para que los aliviara. Finalmente, la gente se apretujó tanto a su alrededor que apenas le dejaron un espacio cómodo para estar de pie. Fue precisamente en este momento cuando los pescadores [184] se acercaban a la orilla. Jesús le pidió a Pedro que lo llevara en su barca e, inmediatamente, al entrar en ella, le indicó al discípulo que se alejara un poco de la tierra. Luego, estando alejado de la gente a c

estaba en mejor posición para ser visto y oído por ellos, y desde la barca sobre el lago predicaba acerca de los misterios del reino de Dios. Su lenguaje era simple y serio, apelando a la mente de la gente con poder convincente.

Terminado el discurso, Jesús se volvió hacia Pedro y le ordenó que se lanzara mar adentro y echara la red para tomar un trago. Pero Peter estaba completamente descorazonado; no sólo estaba apenado por la muerte de Juan el Bautista, y su mente torturada por la incredulidad como consecuencia de ese evento, sino que estaba desanimado con respecto a sus perspectivas temporales. No había tenido éxito en su pesca, y la noche anterior la había pasado en un trabajo inútil. Por lo tanto, con un tono abatido respondió al mandato de Jesús: "Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos tomado nada; sin embargo, en tu palabra echaré la red."

Llamó a su hermano en su ayuda, y juntos echaron la red en las aguas profundas, como Jesús había ordenado. Cuando vinieron a sacar la red, no pudieron hacerlo por la gran cantidad de peces que contenía, y se vieron obligados a llamar a Santiago y a Juan en su ayuda antes de que pudieran sacar la red y descargarla. Cuando esto se hizo, el barco estaba tan cargado que había peligro de que se hundiera.

Pedro había visto a Jesús realizar maravillosos milagros, pero ninguno causó una impresión tan fuerte en su mente como este milagroso trago de pescado, después de una noche de desilusión. La incredulidad y el desánimo que habían estado oprimiendo a los discípulos durante la larga y tediosa noche, ahora dieron paso al asombro y al asombro. Pedro estaba emocionado con un sentido del poder divino de su Maestro. Se avergonzó de su incredulidad pecaminosa. Sabía que estaba en la presencia del Hijo de Dios y se sentía indigno de estar en tal compañía. Impulsivamente se arrojó a los pies de Jesús, gritando: "Apártate de mí; ¡Porque soy un hombre pecador, oh Señor!" Pero incluso mientras hablaba, se aferraba a los pies de Jesús, y no habría estado dispuesto a que el Salvador le tomara la palabra, incluso si hubiera intentado hacerlo.

Pero Jesús entendió las emociones conflictivas del impetuoso discípulo y le dijo: "No temas; desde ahora serás pescador de hombres." Palabras similares fueron dirigidas después a los otros tres pescadores, cuando estaban todos en la orilla. Como estaban ocupados en remendar sus redes, que habían sido rotas por el gran

peso del pescado que habían pescado, Jesús les dijo: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres”. Inmediatamente después de esto, dejaron sus redes y botes y siguieron al Salvador. Estos humildes pescadores reconocieron la autoridad divina de Jesús, e inmediatamente abandonaron su ocupación habitual y abandonaron sus posesiones mundanas en obediencia al mandato de su Señor.

Estos cuatro discípulos estaban más estrechamente asociados con Jesús en su vida terrenal que cualquiera de los demás. Cristo, la luz del mundo, pudo capacitar abundantemente a estos pescadores ignorantes de [186] Galilea para la alta comisión que había elegido para ellos. Las palabras dichas a estos humildes hombres fueron de gran significado; iban a influir en el mundo a través de todos los tiempos. A Jesús le pareció sencillo llamar a aquellos pobres hombres desanimados para que lo siguieran; pero fue un evento productivo de tremendos resultados; fue para sacudir el mundo. El poder vivificador de Dios, al iluminar las mentes de aquellos pescadores analfabetos, iba a permitirles difundir las doctrinas de Cristo por todas partes, y otros iban a emprender la tarea, hasta que llegara a todas las tierras y se enseñara en todas las épocas. , ganando a muchos para la salvación. Así serían los pobres pescadores de Galilea, en verdad, “pescadores de hombres”.

Jesús no se opuso a la educación. La más alta cultura, si está santificada por el amor y el temor de Dios, recibe su aprobación. A veces se presenta una objeción contra la educación porque Jesús eligió pescadores ignorantes para sus discípulos. Pero estos hombres estuvieron sujetos a su influencia refinadora durante tres años, y el Salvador fue el educador más perfecto que el mundo jamás haya conocido. El Príncipe de la Vida no escogió a los sabios de la ley, los escribas y los ancianos, para sus discípulos, porque no lo seguirían. Por eso escogió a los humildes campesinos como sus ayudantes. Los ricos y educados entre los judíos fueron exaltados por su propia sabiduría mundana y justicia propia, y se sintieron totalmente suficientes en sí mismos, sin darse cuenta de la necesidad especial de un Redentor. Sus caracteres estaban fijos y no recibirían las enseñanzas de Cristo. Pero los humildes pescadores se regocijaron de estar conectados con el Salvador y convirtieron

Al pasar Jesús camino de Jerusalén, vio a Mateo ocupado en su negocio de recaudación de impuestos. Era judío, pero cuando se hizo publicano, sus hermanos lo despreciaron. El pueblo judío estaba continuamente irritado a causa del yugo romano. Que una

nación despreciada y pagana les cobrara tributo era un recordatorio constante de que su poder y gloria como nación independiente se habían ido. Su indignación no conocía límites cuando uno de los suyos se olvidaba tanto del honor de su exaltada raza que aceptaba el oficio de recaudador de impuestos.

Aquellos que así ayudaron a sostener la autoridad romana fueron considerados apóstatas. Los judíos consideraban degradante asociarse de cualquier manera con un publicano. Consideraron el cargo idéntico a la opresión y la extorsión. Pero la mente de Jesús no fue moldeada según los prejuicios de los fariseos. Miró debajo de la superficie y leyó el corazón. Su ojo divino vio en Mateo a alguien a quien podía usar para el establecimiento de su iglesia. Este hombre había escuchado las enseñanzas de Cristo y se había sentido atraído por él. Su corazón estaba lleno de reverencia por el Salvador, pero el pensamiento nunca había pasado por la mente de Mateo de que este gran Maestro se dignaría a fijarse en él, y mucho menos a elegirlo como discípulo. Por lo tanto, su asombro fue grande cuando Jesús se dirigió a él con las palabras: "Sígueme".

Sin un murmullo dudoso, o pregunta en cuanto a su consiguiente pérdida pecuniaria, Mateo se levantó y siguió a su Maestro, y unió su interés con los pocos discípulos de Jesús. El despreciado publicano sintió que el Salvador le había otorgado un honor que no merecía. No pensó en el lucrativo negocio que había cambiado por pobreza y fatiga. Le bastaba estar [188] en la presencia de Cristo, para que pudiera aprender sabiduría y bondad de sus labios, contemplar sus obras maravillosas y ser colaborador con él en su arduo trabajo.

Matthew era rico, pero estaba dispuesto a sacrificarlo todo por su Maestro. Tenía muchos amigos y conocidos de quienes ansiaba que se convirtieran en seguidores de Jesús, y deseaba que tuvieran la oportunidad de conocerlo. Estaba seguro de que quedarían encantados con su doctrina pura y sencilla, enseñada sin ostentación ni ostentación.

En consecuencia, hizo un banquete en su propia casa y reunió a sus amigos y parientes, entre los cuales se encontraban varios publicanos. Jesús fue invitado como huésped, en cuyo honor se preparó la fiesta. Él, con sus discípulos, aceptó la cortés invitación y honró el banquete con su presencia. Los envidiosos escribas y fariseos,

que estaban siempre vigilando y siguiendo los movimientos de Jesús, no perdieron esta oportunidad de buscar condenar la causa de Cristo.

Estaban muy indignados de que uno que se decía judío se mezclara con los publicanos. Aunque se negaron a reconocerlo como el Mesías, y no aceptaron ninguna de sus enseñanzas, no pudieron cerrar los ojos ante el hecho de que él tenía una gran influencia sobre la gente; Siendo este el caso, les disgustaba que él, con su ejemplo, ignorara sus prejuicios y tradiciones. Cuando Jesús llamó a Mateo para que lo siguiera, la ira de ellos no tuvo límites porque él debería honrar así a un publicano odiado. Atacaron abiertamente a los discípulos sobre el tema y los acusaron de comer con publicanos y pecadores.

[189] “Y aconteció que estando Jesús sentado a la mesa en la casa, he aquí muchos publicanos y pecadores vinieron y se sentaron con él y sus discípulos. Y viéndolo los fariseos, dijeron a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con publicanos y pecadores? Fue con amargo desprecio que hicieron esta pregunta. Jesús no esperó a que sus discípulos respondieran a esta acusación desdeñosa, sino que él mismo respondió: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Pero id y aprended lo que eso significa, Misericordia tendré, y no sacrificio; porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.” Aquí explicó su proceder tomando el caso de un médico, cuyo trabajo no es entre los sanos, sino entre los enfermos. El que vino a salvar el alma enferma de pecado debe ir entre los que más necesitan su misericordia perdonadora y su amor compasivo.

Esos pobres publicanos y pecadores, aunque manchados de culpa, sintieron su necesidad de arrepentimiento y perdón. Era misión del Cielo aliviar necesidades como las de ellos. Aunque estas personas aparentemente desatendieron los ritos y las observancias religiosas, sin embargo, en corazón y vida estaban mejor preparados para convertirse en cristianos sinceros que los fariseos y los sacerdotes que los despreciaban. Muchos de ellos poseían una noble integridad y no perjudicarían su conciencia rechazando una doctrina que su razón declarase verdadera.

Jesús había venido a sanar las heridas del pecado entre su propia nación, pero rehusaron la ayuda que les ofreció; pisotearon sus enseñanzas y menospreciaron sus obras poderosas. El Señor se volvió, por lo tanto, a aquellos que querían escuchar sus palabras. Mateo y sus asociados obedecieron [190] la llamada del Maestro y lo siguieron. El publicano despreciado

se convirtió en uno de los evangelistas más devotos. Su corazón desinteresado estaba abierto a las almas que necesitaban la luz. Él no rechazó a los pecadores magnificando su propia piedad, y contrastándola con su pecaminosidad; pero los unió a sí mismo a través de una simpatía bondadosa, mientras les presentaba el precioso evangelio de Cristo. Sus labores fueron atendidas con marcado éxito. Muchos de los que se sentaron en esa fiesta y escucharon la instrucción divina de Jesús, se convirtieron en instrumentos de iluminación para la gente.

Las agudas palabras dirigidas por Jesús a los fariseos con motivo de esta fiesta los silenciaron, pero no quitaron sus prejuicios ni ablandaron sus corazones. Se fueron y se quejaron a los discípulos de Juan acerca de las prácticas de Jesús y sus seguidores.

Se explayaron sobre la peligrosa influencia que ejercía sobre el pueblo, despreciando sus antiguas tradiciones y predicando una doctrina de misericordia y amor al mundo. Intentaron despertar la insatisfacción en la mente de los discípulos de Juan contrastando su piedad austera y ayuno riguroso con el ejemplo de Jesús al festejar con publicanos y pecadores.

Los sentimientos de los discípulos de Juan se agitaron y se quejaron a los discípulos de Jesús acerca de la conducta de su Maestro, que era tan contraria a las enseñanzas de Juan. Si Juan fue enviado por Dios y enseñado según su Espíritu, ¿cómo podrían ser correctas las prácticas de Jesús? Los seguidores del Salvador, al no poder responder a estas preguntas, llevaron el asunto a su Maestro. "Y ellos le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, y asimismo los discípulos de los fariseos; pero tu [191] comer y beber? Y él les dijo: ¿Podéis hacer ayunar a los hijos del novio, mientras el novio está con ellos? Pero vendrán días en que el esposo les será quitado, y entonces ayunarán en aquellos días".

Jesús había venido al mundo, trayendo la luz del Cielo. Vino como el Redentor de la humanidad, para limitar el poder de Satanás y liberar a los cautivos. En su nacimiento, los mensajeros celestiales habían llevado las buenas nuevas de gran gozo a los humildes pastores en las llanuras de Belén: "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!"

El regalo más grande del Cielo había sido dado al mundo. ¡Alegría a los pobres, porque Cristo ha venido a hacerlos herederos de su reino!

¡Alegría a los ricos, porque les enseñará cómo aplicar su tesoro terrenal para que les asegure las riquezas eternas en el Cielo!
¡Alegría para los ignorantes, porque ha venido a darles sabiduría para salvación!
¡Alegría para los eruditos, porque él abrirá a su entendimiento misterios más profundos de los que nunca antes habían sondeado!

Dijo el Salvador: "Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos han deseado ver estas cosas que vosotros veis, y no las han visto, y oír estas cosas que oís, y no las han oído." La misión de Cristo abrió a la mente de los hombres verdades que habían estado escondidas desde la fundación del mundo.

Toda empresa humana se hunde en la insignificancia comparada [192] con el advenimiento de Cristo sobre la tierra. ¡Qué motivo de alegría tuvieron los discípulos a quienes se les permitió caminar y hablar con la Majestad del Cielo! Felices los que tenían al Príncipe de la Paz en medio de ellos, otorgándoles cada día nuevas misericordias y bendiciones. ¿Por qué deben llorar y ayunar? Era más propio llorar a quienes rechazaron al Salvador y cerraron sus ojos y oídos a sus enseñanzas divinas, a quienes se apartaron de la paz y el gozo del amor y la verdad infinitos. El tesoro del cielo les fue confiado por un tiempo, y ellos, haciendo caso omiso del don, eligieron la servidumbre y las tinieblas en lugar de la libertad y la luz por medio de Cristo.

En la sinagoga de Nazaret, Jesús se había anunciado a sí mismo como el Redentor de la humanidad. Dijo él: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para predicar el evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar liberación a los cautivos, y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos; para predicar el año agradable del Señor."

¿Cómo podrían los niños de la cámara nupcial ayunar cuando la novia el novio ya estaba con ellos? Pero cuando él regrese al Cielo, dejando a sus discípulos para enfrentar solos la incredulidad y la oscuridad del mundo, entonces sería apropiado que la iglesia ayunara y se lamentara, hasta que su Señor ausente regresara por segunda vez.

Los celosos fariseos malinterpretaron todas las acciones de nuestro Señor. Los mismos hechos que deberían haber derretido sus corazones y ganado su admiración, solo sirvieron como excusa para acusarlo de inmoralidad.

Estos hombres farisaicos habían sido tan a menudo reprendidos por Jesús por [193] su iniquidad, y expuestos en sus malos propósitos y naturalezas perversas,

que no se atrevieron a presentarle sus quejas, sino que las llevaron a donde es más probable que creen prejuicios e incredulidad. Si los discípulos de Jesús hubieran escuchado estas insinuaciones, habrían dejado de seguir a su Maestro. Pero no prestaron atención a las bajas acusaciones de impiedad y malas asociaciones contra él por parte de aquellos que estaban llenos de malicia y odio.

El Salvador comió con los pecadores, les habló palabras de vida y muchos lo aceptaron como su Redentor. La fiesta de Cristo era santa; pero los fariseos que ayunan tendrán su parte con los hipócritas e incrédulos, cuando Cristo venga en su gloria, y aquellos a quienes despreciaron sean reunidos en su reino.

* * * * *

Capítulo 15—El día de reposo

Nada distinguía tanto a los judíos de las naciones vecinas, y los designaba como verdaderos adoradores del Creador, como la institución del sábado. Su observancia era una señal visible continua de su conexión con Dios y su separación de otras personas. Todo trabajo ordinario para ganarse la vida o para obtener ganancias mundanas estaba prohibido en el séptimo día. Según el cuarto mandamiento, el sábado se dedicaba al descanso y al culto religioso.

Se suspendería todo empleo secular [194] ; pero las obras de misericordia y benevolencia estaban de acuerdo con el propósito del Señor. No debían estar limitados por el tiempo ni el lugar. Aliviar a los afligidos, consolar a los afligidos es una obra de amor que honra el día santo de Dios.

El trabajo de los sacerdotes en relación con las ofrendas sacrificiales se incrementaba en el sábado, pero en su santa obra al servicio de Dios no violaron el cuarto mandamiento del decálogo. A medida que Israel se separaba de Dios, el verdadero objeto de la institución del sábado se hizo menos claro en sus mentes. Se volvieron descuidados de su observancia y despreocupados de sus ordenanzas. Los profetas les testificaron del desagrado de Dios por la violación de su sábado. Nehemías dice: “En aquellos días vi en Judá a algunos que pisaban lagares en sábado, y traían gavillas y cargaban asnos; como también vino, uvas e higos, y toda clase de cargas , que traían a Jerusalén en el día de reposo, y testifiqué contra ellos en el día en que vendían víveres.”

Y Jeremías les manda: “Mirad por vosotros mismos, y no llevéis carga en día de reposo, ni la llevéis por las puertas de Jerusalén; ni saquéis carga de vuestras casas en el día de reposo, ni hagáis obra alguna, sino santificad el día de reposo, como mandé a vuestros padres.”

Pero no hicieron caso de las amonestaciones de los profetas inspirados, y se apartaron cada vez más de la religión de sus padres. Finalmente, les sobrevinieron calamidades, persecución y servidumbre como consecuencia de su desprecio por los requisitos de Dios.

Alarmados por estas visitas del castigo divino, volvieron [195] a la estricta observancia de todas las formas exteriores prescritas por la sagrada ley. No satisfechos con esto, hicieron pesadas adiciones a esas ceremonias. Su orgullo e intolerancia los llevaron a la interpretación más estrecha de los requisitos de Dios. Con el paso del tiempo, gradualmente se acogieron a las tradiciones y costumbres de sus antepasados, hasta que las consideraron con toda la santidad de la ley original. Esta confianza en sí mismos y en sus propias normas, con el consiguiente prejuicio contra todas las demás naciones, los hizo resistir al Espíritu de Dios y los separó aún más de su fa

Sus exacciones y restricciones eran tan tediosas que Jesús

declaró: "Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres". Su falsa norma del deber, sus pruebas superficiales de piedad y piedad, oscurecieron los requisitos reales y positivos de Dios. Se descuidó el servicio del corazón en la rígida ejecución de las ceremonias externas. Los judíos habían pervertido tanto los mandamientos divinos, acumulando tradición sobre tradición, que, en los días de Cristo, estaban dispuestos a acusarlo de quebrantar el sábado, a causa de sus actos de misericordia en ese día.

El grano estaba listo para la hoz cuando Jesús y sus discípulos pasaron por los campos de maíz en sábado. Los discípulos tenían hambre, porque su Maestro había extendido su trabajo de enseñanza y curación hasta altas horas de la noche, y habían estado sin comer durante mucho tiempo. En consecuencia, comenzaron a arrancar las mazorcas y a comer, frotándoselas en las manos, de acuerdo con la ley de Moisés, que establece que: "Cuando llegues a la mies de tu prójimo, podrás arrancarlas. las orejas con tu mano; pero no moverás una hoz a la mies de t

Pero los espías estaban continuamente sobre la pista de Jesús, esperando alguna ocasión para acusarlo y condenarlo. Cuando vieron este acto de los discípulos, inmediatamente se quejaron a él, diciendo: "He aquí, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo". En esto expresaron sus propios puntos de vista estrechos de la ley. Pero Jesús defendió a sus seguidores así: "¿Nunca habéis leído lo que hizo David, cuando tuvo necesidad, y tuvo hambre, él y los que con él estaban? cómo entró en la casa de Dios en días del sumo sacerdote Abiatar, y comió los panes de la proposición, que no es lícito comer sino a los sacerdotes, y dio también a los que

estaban con él? Y les dijo: El sábado fue hecho por causa del hombre y no el hombre por causa del sábado. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor también del día de reposo”.

Si el hambre excesiva excusó a David por violar incluso la santidad del santuario e hizo que su acto fuera inocente, cuánto más excusable fue el simple acto de los discípulos de arrancar el grano y comerlo en el día de reposo. Jesús enseñaría a sus discípulos ya sus enemigos que el servicio de Dios estaba ante todo; y, si la fatiga y el hambre acompañaban al trabajo, era justo satisfacer las necesidades de la humanidad, incluso en el día de reposo. Esa santa institución no fue dada para interferir con las necesidades de nuestro ser, trayendo dolor e incomodidad, en lugar de bendiciones. “El sábado fue hecho para [197] el hombre”, para darle descanso y paz, y recordarle la obra del Creador, para no ser una carga pesada.

La obra que se hacía en el templo en sábado estaba en armonía con la ley; sin embargo, el mismo trabajo, si se empleara en los negocios ordinarios, sería una violación de ella. El acto de arrancar y comer el grano para sustentar la fuerza corporal, para ser usado en el servicio de Dios, era justo y lícito. Entonces Jesús coronó su argumento declarándose a sí mismo el “Señor del sábado”, uno por encima de toda duda y de toda ley. Este Juez Infinito absuelve a los discípulos de la culpa, apelando a los mismos estatutos que se les acusa de violar.

Pero Jesús no dejó pasar el asunto sin administrar una reprensión a sus enemigos. Declaró que en su ceguera habían confundido el objeto del sábado. Dijo él: “Pero si supierais lo que esto significa, Misericordia tendré, y no sacrificio, no habríais condenado al inocente”. Luego comparó sus muchos ritos crueles con la integridad veraz y el amor tierno que debería caracterizar a los verdaderos adoradores de Dios: “Porque misericordia quise, y no sacrificio; y el conocimiento de Dios más que los holocaustos. Pero ellos, como los hombres, han transgredido el pacto; allí me traicionaron.”

Jesús fue criado entre este pueblo, tan marcado por la intolerancia y el prejuicio; y por lo tanto sabía que al sanar en el día de reposo, sería considerado como un transgresor de la ley. Era consciente de que los fariseos se apoderarían de tales actos con gran indignación y, por lo tanto, tratarían de influir en la gente en su contra. Sabía que usarían estas obras de misericordia como fuertes argumentos para

afectar las mentes de las masas, que toda su vida habían estado atadas [198] por las restricciones y exacciones judías. Sin embargo, este conocimiento no le impidió derribar el muro sin sentido de la superstición que bloqueaba el sábado y enseñar a los hombres que la caridad y la benevolencia eran lícitas todos los días.

Entró en la sinagoga y vio allí a un hombre que tenía una mano seca. Los fariseos lo observaban, ansiosos por ver qué haría con respecto a este caso: si sanaría o no al hombre en el día de reposo. Su único objeto era encontrar causa para acusarlo. Jesús miró al hombre de la mano seca y le ordenó que se adelantara. Luego preguntó: “¿Es lícito hacer el bien en los días de reposo, o hacer el mal? ¿salvar la vida o matar? Pero ellos callaron. Y mirándolos alrededor con ira, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y lo extendió; y su mano fue restaurada sana como la otra.”

Justificó esta obra de curar al paralítico, como en perfecta armonía con los principios del cuarto mandamiento. Pero ellos le preguntaron: “¿Es lícito curar en sábado?” Jesús les dio la respuesta clara y contundente: “¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le echará mano y la sacará? Entonces, ¿cuánto es mejor un hombre que una oveja? Por tanto, es lícito hacer el bien en los días de reposo”.

Los espías de las palabras de nuestro Salvador no se atrevieron a responder a esta pregunta en presencia de la multitud por temor a verse envueltos [199] en dificultades. Sabían que si bien dejarían que los hombres sufrieran y murieran en lugar de violar sus tradiciones aliviándolas en el día del Señor, un animal que había caído en peligro sería aliviado de inmediato, debido a la pérdida que sufriría el dueño si fue descuidado. Así el animal mudo fue exaltado por encima del hombre, hecho a imagen de Dios.

Jesús deseaba corregir las falsas enseñanzas de los judíos con respecto al sábado y también impresionar a sus discípulos con el hecho de que las obras de misericordia eran lícitas en ese día. En el asunto de curar la mano seca, rompió la costumbre de los judíos y dejó el cuarto mandamiento tal como Dios lo había dado al mundo. Por este acto exaltó el día de reposo, barriendo el insensato

restricciones que la gravaban. Su acto de misericordia honró el día, mientras que aquellos que se quejaron de él estaban, por sus muchos ritos y ceremonias inútiles, ellos mismos deshonrando el Sábado.

Hay ministros hoy que enseñan que el Hijo de Dios quebrantó el sábado y justificó a sus discípulos al hacer lo mismo. Toman la misma base que los judíos cavilosos, aunque ostensiblemente con otro propósito, ya que sostienen que Cristo abolió el sábado.

Jesús, al volverse contra los fariseos con la pregunta de si era lícito hacer el bien o el mal en sábado, salvar vidas o matar, los confrontó con sus propios propósitos malvados. Estaban siguiendo su rastro para encontrar la ocasión de acusarlo falsamente ; perseguían su vida con amargo odio y malicia, mientras [200] él salvaba la vida y hacía felices a muchos corazones. ¿Era mejor matar en sábado, como pensaban hacer, que curar a los afligidos como él había hecho? ¿Era más justo tener el asesinato en el corazón en el día santo de Dios, que el amor a todos los hombres que se expresa en obras de caridad y misericordia?

* * * * *

Capítulo 16—El Sermón del Monte

El Redentor del mundo procuró que sus lecciones fueran tan sencillas que todos los que las oyeran pudieran entenderlas. No fue su elección enseñar dentro de muros o templos. Es cierto que a menudo lo hizo para llegar a una clase con la que probablemente no se encontraría mientras hablaba al aire libre, pero Jesús prefería los campos, las arboledas y las orillas de los lagos para sus templos. También estaban sus lugares favoritos para la meditación y la oración.

Tenía razones especiales para elegir estos santuarios naturales en los que instruir al pueblo. El paisaje se extendía ante él, rico en escenas y objetos familiares tanto para los nobles como para los humildes. De estos extrajo ilustraciones que simplificaron sus enseñanzas y las grabaron firmemente en la mente de sus oyentes.

Los pájaros cantando en las ramas frondosas, las flores resplandecientes del valle, el lirio inmaculado descansando en el seno del lago, los árboles altos, las tierras fructíferas, el grano ondulante, la tierra estéril, el árbol que no dio fruto, las majestuosas colinas, los burbujeantes arroyos, el sol poniente que teñía y doraba los cielos, todos servían como medio de instrucción, o como emblemas por los cuales enseñaba las bellezas de la verdad divina. Él [201] conectó las obras visibles del Creador con las palabras de vida que pronunció, y así condujo la mente de la contemplación de la Naturaleza al Dios de la Naturaleza.

La malicia de los judíos fue tan grande a consecuencia del milagro de Jesús al curar al hombre de la mano seca en el día de reposo, que él con sus discípulos se retiró a un campo de trabajo más favorable. Fueron a la costa de Galilea, y grandes multitudes lo siguieron, porque este nuevo milagro obrado en el día de reposo se hizo sonar en toda la región. Como enseñó Jesús, muchos de los enfermos y los endemoniados le fueron traídos, y él los sanó. Su gran corazón de amor se llenó de piedad divina por los pobres que sufrían, muchos de los cuales solo buscaban acercarse lo suficiente para tocarlo, creyendo que al hacerlo serían sanados, y en esto no lo estaban.

desilusionados, porque el toque de la fe trajo poder sanador del gran Médico, y su angustia y melancolía se cambiaron en gozo y acción de gracias. También expulsó a muchos demonios, los cuales, al dejar a sus víctimas, reconocieron a Cristo, diciendo: "Tú eres el Hijo de Dios".

El pueblo de Galilea se enardeció mucho y acudió en tropel a la presencia del Salvador. Finalmente, la multitud aumentó tanto que apenas tenía espacio para estar de pie, y por lo tanto entró en un pequeño barco, que estaba cerca de la orilla, y allí predicó a la multitud que se agolpaba en la playa. Así que trabajó ininterrumpidamente enseñando a la gente y sanando a los enfermos. Pero cuando el día estaba muy avanzado, se escabulló [202] y se escondió en la soledad de la montaña, para comulgar con su Padre en secreto. Jesús pasó toda la noche en oración, mientras sus discípulos dormían al pie de la montaña. Al amanecer vino y los despertó. Los discípulos estaban ahora a punto de recibir un oficio de sagrada responsabilidad, sólo superado por el de Cristo mismo. Debían ser apartados para la obra del evangelio. Debían estar vinculados con Jesús, estar con él, compartir sus gozos y pruebas, recibir sus enseñanzas y ser testigos fieles de sus obras poderosas, para que pudieran impartir al mundo la instrucción así obtenida. Debían ser calificados para que Jesús pudiera en ocasiones enviarlos solos a enseñar y trabajar tal como él enseñaba y trabajaba. Jesús deseaba que sus discípulos obtuvieran experiencia en la obra del evangelio mientras él estaba en la tierra para consolarlos y dirigirlos, para que pudieran continuar con éxito la obra después de su muerte y sentar las bases de la iglesia cristiana.

Mientras Jesús preparaba a sus discípulos para su ordenación y los instruía en cuanto a los deberes de la gran obra que les esperaba, Judas instó a su presencia entre ellos. Este hombre hizo grandes profesiones de devoción a Jesús y se propuso ser uno de sus discípulos. Él dijo: "Maestro, te seguiré dondequiera que vayas". Jesús no lo recibió calurosamente, ni lo rechazó, sino que se dirigió a él con estas palabras de triste patetismo: "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza." Judas era egoísta, y su objetivo principal al buscar una conexión con Cristo era obtener ventajas temporales a través de él; pero la referencia de Cristo a su propia [203] pobreza, contrastando su condición con la de las zorras y las aves,

fue diseñado para cortar cualquier esperanza que Judas pudiera abrigar de obtener ganancias terrenales al convertirse en un seguidor de Cristo. Judas era un hombre de reconocida capacidad ejecutiva y poseía no poca influencia. Por estas razones los discípulos estaban ansiosos de que él formara uno de ellos. Lo encomendaron en los términos más altos a Jesús, como alguien que lo asistiría grandemente en su obra. Por eso se sorprendieron de que lo recibiera con tanta frialdad; pero el Salvador leyó el corazón de Judas, y supo, incluso entonces, la parte que iba a desempeñar en su futura traición y ejecución. Aún así, Jesús deseaba conectar a este hombre consigo mismo, para que pudiera aprender su misión divina, y ganar fuerza moral para superar los defectos de su carácter, y experimentar un cambio total de corazón que aseguraría su salvación.

Esto fue posible para él hacer, a través de la ayuda de Cristo.

Si Jesús hubiera rechazado a Judas, los discípulos, que lo miraban con tanto favor, habrían cuestionado, en sus propias mentes, la sabiduría de su Maestro. Al recibirlo, Jesús evitó esto, y también colocó al egoísta y avaro Judas en la posición más favorable para desarrollar cualidades de mente y corazón que eventualmente le ganarían un lugar en el reino de los cielos. Pero a pesar de estas preciosas oportunidades, Judas escogió un proceder que lo cubrió de infamia eterna.

Reuniendo a sus discípulos a su alrededor, Jesús se inclinó en medio de ellos y, poniendo sus manos sobre sus cabezas, ofreció una oración, dedicándolos a su obra sagrada. Así fueron ordenados los discípulos del Señor al ministerio evangélico. Hecho esto, Jesús con sus [204] compañeros volvió a la orilla del mar, donde ya se reunían las multitudes para oírlo. Muchos de ellos estaban allí con el propósito de ser aliviados de diversas enfermedades. Aquí sanó a los enfermos y consoló a los afligidos, hasta que la multitud aumentó y no había lugar para ellos en la playa estrecha. Por lo tanto, Jesús subió la montaña a un espacio nivelado donde la gente pudiera acomodarse. Aquí Jesús llamó a sus discípulos cerca de él, para que las grandes verdades que pronunció no dejaran de grabarse indeleblemente en sus mentes, y que nada pudiera desviar su atención de sus palabras.

Aunque los discípulos estaban cerca de él, y sus palabras parecían dirigidas especialmente a ellos, sin embargo, también estaban diseñadas para llegar a los corazones y las conciencias de la multitud mixta allí reunida.

sangrado En cada gran reunión de este tipo, la gente todavía esperaba que Jesús hiciera una gran demostración de poder con respecto al nuevo reino del que había hablado. Los judíos creyentes lo buscaban para liberarlos del yugo de la esclavitud y restaurarlos en su antigua gloria. Pero en su sermón del monte, Cristo desmintió sus esperanzas de gloria terrenal. Abrió su discurso enunciando los principios que deben regir su reino de la gracia divina, contenidos en las diversas bienaventuranzas.

“Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.” Los pobres de espíritu son aquellos que no reclaman ningún mérito personal y no se jactan de ninguna virtud en sí mismos. Al darse cuenta de su absoluta impotencia, y profundamente convencidos de su pecado, no ponen su fe en meras ceremonias [205] externas, sino que se entregan a Jesús, quien es todo justo y todo misericordioso. El cristiano sólo puede ascender a través de la humildad.

El corazón orgulloso se esfuerza en vano por ganar la salvación con buenas obras; porque aunque uno no puede salvarse sin buenas obras, sin embargo, estas solas no serán suficientes para ganar la vida eterna. Después de que haya hecho todo lo que pueda, Cristo debe imputarle su propia justicia.

En Cristo, Dios ha otorgado el mejor regalo del cielo para redimir al hombre y, como el regalo es pleno e infinito, así también la gracia salvadora es ilimitada y suficiente. Este dicho de Cristo golpeó la raíz misma de la justicia propia de los fariseos, quienes se sentían ya ricos en conocimiento espiritual y no se daban cuenta de su necesidad de aprender más.

Tales personajes no podrían tener parte en el reino de Cristo.

“Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados.” Al pronunciar una bendición sobre los que lloran, Jesús no tuvo la intención de enseñar que hay alguna virtud en vivir bajo una nube perpetua, ni que el dolor y el lamento egoístas tienen algún mérito por sí mismos para quitar una sola mancha de pecado. El duelo del que habla Cristo es un dolor según Dios por el pecado, que produce arrepentimiento para vida eterna. Muchos se afligen cuando se descubre su culpa, porque el resultado de su mala conducta los ha llevado a circunstancias desagradables. Así fue como Esaú lamentó el pecado de despreciar y vender su primogenitura; pero fueron las consecuencias inesperadas de ese pecado las que causaron su dolor. Así que Faraón se arrepintió de su terco desafío a Dios, cuando clamó que le quitaran las plagas; pero su corazón no cambió, y estaba listo para repetir su crimen cuando fuera tentado.

Tal luto no es para arrepentimiento.

El que está verdaderamente convencido de pecado siente que toda su vida ha sido [206] una continua escena de ingratitud. Siente que le ha robado a su mejor amigo el tiempo y la fuerza que le fueron comprados a un precio infinito. Toda su alma está llena de un dolor indecible por haber despreciado y afligido a su compasivo Salvador. Ese duelo es precioso, porque dará frutos apacibles de justicia.

El mundano, desde su punto de vista, puede pronunciar este dolor como una debilidad; pero es la fuerza que une al penitente al Infinito con lazos que no se pueden romper. Revela que los ángeles de Dios están devolviendo a su alma las gracias perdidas por la dureza del corazón y la transgresión. Confesar y deplorar los propios errores evidencia una excelencia de carácter capaz de discernirlos y corregirlos. Las lágrimas del penitente son sólo las nubes y las gotas de lluvia que preceden al sol de la santidad, el dolor que anuncia una alegría que será fuente viva en el alma. Los hombres están sembrando en el gran campo de Dios con trabajo y lágrimas, pero con paciente expectativa; y serán bendecidos, porque los cielos se abrirán y caerá la lluvia, asegurando una cosecha abundante. Entonces, cuando venga el Segador, volverá con alegría trayendo a casa sus gavillas.

"Bienaventurados los mansos; porque ellos heredarán la tierra." Las dificultades que encuentra el cristiano pueden ser mucho menores por esa mansedumbre de carácter que se esconde en Cristo. Jesús invita a todos los que están trabajados y cargados a venir al que es manso y humilde de corazón, para que encuentren descanso. Si el cristiano posee la humildad de su Maestro, se elevará por encima de los desaires, los desaires, [207] y las molestias a que está expuesto diariamente, y dejarán de ensombrear su espíritu. Esa mansedumbre que Jesús bendijo, opera en medio de las escenas de la vida doméstica; hace que el hogar sea feliz, no provoca peleas, no da respuestas airadas, pero alivia el temperamento irritado y difunde una dulzura que todos sienten dentro de su círculo encantado. Calma el espíritu inflamable de venganza y refleja el carácter de Cristo.

Mucho mejor sería que los cristianos sufrieran bajo falsas actitudes excusas que infligirse a sí mismos la tortura de la represalia contra sus enemigos. El odio y la venganza son instigados por Satanás, y solo traen remordimiento a quien los aprecia. bajeza de

corazón es la fuerza que da la victoria al cristiano. Su recompensa es una herencia de gloria.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; porque serán saciados.” Así como el cuerpo siente la necesidad de alimentos temporales para suplir los desechos del sistema y preservar la fuerza física, así el alma debe anhelar ese alimento espiritual que aumenta la fuerza moral y satisface los anhelos de la mente y el corazón. Así como el cuerpo recibe continuamente el alimento que sostiene la vida y el vigor, así el alma debe recibir constantemente el alimento celestial que da nervio y músculo a la espiritualidad. Así como el viajero cansado busca ansiosamente el manantial en el desierto y, al encontrarlo, apaga su ardiente sed con su agua fresca y chispeante, así el cristiano debe tener sed y buscar el agua pura de vida, de la cual Cristo es la fuente. Allí el alma puede ser satisfecha, allí la fiebre nacida de la lucha mundana se alivia, y el espíritu [208] se refresca para siempre. Pero la mayoría de los que escuchaban a Jesús sólo tenían hambre de ventajas y honores mundanos. Especialmente la exaltación propia de los fariseos les impedía anhelar logros más altos de los que ya habían alcanzado, porque en su propia estimación estaban en el pináculo mismo de la justicia perfecta.

Sin embargo, fueron muchos los que escucharon agradecidos las lecciones de Jesús, y desde ese momento moldearon sus vidas de acuerdo a sus enseñanzas.

“Bienaventurados los misericordiosos; porque alcanzarán misericordia.” Aquí Jesús asestó un golpe a la arrogancia y la cruel intolerancia de los judíos. Tanto los sacerdotes como el pueblo eran, por regla general, arrogantes, pendencieros con todos los que se les oponían, severamente críticos y resentidos con cualquier reflexión sobre sus propios actos. Jesús dijo de los fariseos: “Diezmáis la menta, la ruda y toda hierba, y dejáis de lado el juicio y el amor de Dios”. El Salvador deseaba dar a sus seguidores una lección de misericordia para que no les faltara esa tierna compasión que se compadece y ayuda a los que sufren y yerran, y evita magnificar las faltas de los demás.

“Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios.” Los judíos eran tan exigentes con respecto a la pureza ceremonial que sus normas eran extremadamente onerosas. Sus mentes estaban tan ocupadas con reglas y restricciones, y el miedo a la corrupción exterior, que perdieron de vista la necesidad de pureza de motivos y nobleza de acción.

No percibieron la mancha que el egoísmo, la injusticia y la malicia dejan en el alma.

Jesús declaró que los puros de corazón deberían ver a Dios. ellos [209] reconocerlo en la persona de su Hijo, que fue enviado al mundo para la salvación del género humano. Sus mentes, siendo limpiadas y ocupadas con pensamientos puros, descubrirían más claramente al Creador en las obras de su poderosa mano, en las cosas de belleza y magnificencia que componen el universo. Vivirían como en la presencia visible del Todopoderoso, en un mundo de su creación, durante el tiempo que él les reparte aquí. También verían a Dios en el futuro estado inmortal, como lo hizo Adán cuando caminó y habló con Dios en el Edén. Incluso ahora, los puros de corazón ven a Dios “a través de un espejo, oscuramente, pero entonces cara a cara”.

“Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios.” Nuestro Padre Celestial es un Dios de paz. Cuando creó al hombre, lo colocó en una morada de paz y seguridad. Todo era unidad y felicidad en el jardín del Edén. Los que son partícipes de la naturaleza divina amarán la paz y el contentamiento; cultivarán las virtudes que aseguren esos resultados. Buscarán calmar la ira, calmar el resentimiento y la crítica, y todas las malas pasiones que fomentan las peleas y las disensiones. Cuanto más se unen los hombres con el mundo y caen en sus caminos, menos tienen de los verdaderos elementos de paz en sus corazones, y más fermentados están con la amargura de las luchas mundanas, los celos y los malos pensamientos para protegerse unos a otros . , que sólo necesita de ciertas circunstancias para desarrollarse en agentes activos del mal. Aquellos cuya ira se enciende ante las provocaciones leves , y aquellos que vigilan las palabras y los actos de los demás para informarlos secretamente de dónde suscitarán la enemistad, son los opuestos directos de los pacificadores que so

El verdadero cristiano en su relación con los hombres suprimirá las palabras que tiendan a producir ira y contienda innecesarias. Todo el Cielo está en paz, y aquellos que están íntimamente conectados con Cristo estarán en armonía con el Cielo. Jesús declaró: “En el mundo tendréis aflicción; mas en mí tendréis paz.” Los que simpatizan con el Salvador no estarán inquietos ni descontentos.

Participarán de la naturaleza de Cristo, y sus vidas emularán su ejemplo.

Las multitudes estaban asombradas de esta doctrina, tan en desacuerdo con los preceptos y el ejemplo de los escribas y fariseos. El pueblo se había imbuido de ellos la idea de que la felicidad consistía en la posesión de las cosas de este mundo, y que la fama y el honor de los hombres eran muy codiciables. Era muy grato ser llamado "Rabino", y ser ensalzado como muy sabio y religioso, haciendo desfilar sus virtudes ante el público. Esto se consideraba la corona de la felicidad. Pero Jesús, en presencia de esa gran multitud, declaró que la ganancia y el honor terrenales era toda la recompensa que recibirían tales personas. Jesús habló con certeza, y un poder convincente acompañó sus palabras. La gente fue silenciada y un sentimiento de miedo se apoderó de ellos. Se miraron dudosos. ¿Quién de ellos se salvaría si las enseñanzas de este hombre fueran verdaderas? Muchos estaban profundamente convencidos de que este notable maestro fue impulsado por el Espíritu de Dios y que los sentimientos que expresó eran divinos.

[211]

Estas lecciones de instrucción estaban especialmente calculadas para beneficiar a los discípulos, cuyas vidas estarían gobernadas por los principios allí enseñados. Iba a ser su trabajo impartir el conocimiento divino que derivaron de Jesús, al mundo. Era su tarea difundir el evangelio por todas partes entre la gente de todos los países, y era muy importante que todas las lecciones de Jesús quedaran claras en sus mentes, grabadas en sus recuerdos e incorporadas en sus vidas. Toda verdad debía almacenarse en sus mentes y corazones.

Después de que Jesús hubo explicado a la gente lo que constituía la verdadera felicidad y cómo se podía obtener, señaló más definitivamente el deber de sus discípulos, como maestros elegidos por Dios para conducir a otros por el camino de la justicia y la vida eterna. Sabía que a menudo sufrirían desilusión y desánimo, que encontrarían una oposición decidida, que serían insultados y que su testimonio sería rechazado. Su ojo penetrante observó los próximos años de su ministerio y vio el dolor y el abuso que acompañarían sus esfuerzos por llevar a los hombres a la salvación. Bien sabía él que los hombres humildes que escuchaban tan atentamente sus palabras iban a soportar, en el cumplimiento de su misión, calumnias, torturas, encarcelamientos y muerte, y continúa: "Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando los hombres os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra

falsamente, por mí. Gozaos y alegraos sobremanera; porque grande es vuestra recompensa en el Cielo; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros." Jesús les muestra aquí que en el mismo momento en que [212] están experimentando un gran sufrimiento por su causa, tienen razón para alegrarse y reconocer que sus aflicciones les son provechosas, teniendo una influencia para apartar sus afectos del mundo y concentrarlos en el Cielo. Les enseñó que sus pérdidas y decepciones se traducirían en una ganancia real, que las severas pruebas de su fe y paciencia deberían aceptarse con alegría, en lugar de temerlas y evitarlas. Estas aflicciones eran los agentes de Dios para refinarlos y prepararlos para su obra peculiar, y se sumarían a la preciosa recompensa que les esperaba en el Cielo. Les encargó, cuando fueran perseguidos por los hombres, que no perdieran la confianza, ni se deprimieran y lloraran por su difícil suerte, sino que recordaran que los justos del pasado también habían sufrido por su obediencia. Ansiosos por cumplir con su deber para con el mundo, fijando su deseo en la aprobación de Dios, debían cumplir con calma y fidelidad cada deber, independientemente del temor o el favor del hombre.

Aquellas cosas que al cristiano le parecen más penosas de soportar, a menudo resultan ser su mayor bendición. El oprobio y la falsedad siempre han perseguido a los que fueron fieles en el cumplimiento del deber. Un carácter justo, aunque ennegrecido en su reputación por la calumnia y la falsedad, conservará la pureza de su virtud y excelencia. Pisoteado en el fango, o exaltado al cielo, la vida del cristiano debería ser la misma, y la orgullosa conciencia de la inocencia es su propia recompensa. La persecución de los enemigos pone a prueba los cimientos sobre los que realmente descansa la reputación. Tarde o temprano se revela al mundo si los malos informes eran ciertos o no, o eran los dardos envenenados [213] de la malicia y la venganza. La constancia en el servicio de Dios es la única manera segura de resolver tales cuestiones. Jesús quiere que su pueblo tenga mucho cuidado de no dar a los enemigos de su causa ningún motivo para condenar su santa fe. Ninguna acción incorrecta debería arrojar un estigma sobre su pureza. Cuando todos los argumentos fallan, los calumniadores abren con frecuencia su mortificante fuego contra los sitiados siervos de Dios; pero sus lenguas mentirosas eventualmente traen maldiciones sobre ellos mismos. Dios finalmente vindicará a los justos, honrará a los inocentes y los esconderá en el secreto de su pabellón de la contienda de lenguas.

Los siervos de Dios siempre han sufrido oprobio; pero la gran obra avanza, en medio de persecuciones, encarcelamientos, azotes y muerte. El carácter de la persecución cambia con los tiempos, pero el principio, el espíritu que la sustenta, es el mismo que apedreó, golpeó y mató a los elegidos del Señor hace siglos.

Nunca hubo uno que anduviera entre los hombres calumniado más cruelmente que el Hijo de Dios. Fue recibido en todo momento con amargos reproches. Lo odiaban sin causa. Los fariseos incluso contrataron a hombres para que repitieran de ciudad en ciudad las falsedades que ellos mismos fabricaban para destruir la influencia de Jesús. Sin embargo, se paró con calma ante ellos, declarando que el reproche era parte del legado del cristiano, aconsejando a sus seguidores cómo hacer frente a las flechas de la malicia, pidiéndoles que no desmayaran bajo las persecuciones, sino que “gozaos y alegraos en extremo”; “Porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.” Jesús continuó grabando en la mente de sus discípulos la responsabilidad de su relación con el mundo. Dijo el:-

[214] “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? desde entonces no sirve para nada sino para ser echado fuera, y para ser pisoteado por los hombres.” La gente podía ver la sal blanca, brillando en el camino, donde había sido arrojada porque había perdido su sabor y por lo tanto era inútil.

Jesús usó la sal como una ilustración de la vida y las enseñanzas del cristiano sobre el mundo. Si no fuera por los pocos justos que habitan la tierra, la ira de Dios no tardaría ni un momento en castigar a los impíos. Pero las oraciones y las buenas obras del pueblo de Dios preservan al mundo; son el sabor de la vida. Pero si los cristianos lo son sólo de nombre, si no tienen un carácter virtuoso y una vida piadosa, son como la sal que ha perdido su sabor. Su influencia sobre el mundo es mala; son peores que los incrédulos.

Jesús tomó objetos a la vista de sus oyentes como emblemas para enseñar su verdad. El pueblo se había reunido para escucharlo cuando aún era temprano en la mañana. El glorioso sol, subiendo más y más alto en el cielo azul, estaba ahuyentando las sombras que acechaban en los valles y entre los estrechos desfiladeros de las montañas. La gloria de los cielos orientales aún no se había desvanecido. La luz del sol inundó la tierra con su esplendor, la plácida superficie del lago reflejó la luz dorada y reflejó las nubes rosadas de la mañana.

Cada capullo, flor y ramillete de hojas brillaban con gotas de rocío. La naturaleza sonreía bajo la bendición de un nuevo día y los pájaros cantaban dulcemente entre los árboles frondosos. El Salvador miró a la multitud que tenía delante, y luego al sol naciente, y dijo a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo”. La figura era peculiarmente [215] llamativa. Así como el sol iluminaba el paisaje con sus rayos geniales y dispersaba las sombras de la noche, así los discípulos debían difundir la luz de la verdad y dispersar las tinieblas morales que se cernían sobre el mundo.

A la brillante luz de la mañana, los pueblos y aldeas situados sobre las colinas circundantes se destacaban claramente y formaban una característica atractiva de la escena. Jesús, señalándolos, dijo: “Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una vela y se pone debajo de un celémín, sino sobre un candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo”. Con estas palabras Jesús enseñó a sus discípulos que si querían encaminar a otros por el camino de la justicia, su propio ejemplo debería ser correcto y sus actos reflejar la luz de la verdad.

La enfermedad moral abunda, y las tinieblas cubren la tierra; pero los discípulos de Cristo están representados como luces que brillan en medio de la oscuridad de la noche. Esos rayos revelan los peligros que se encuentran en el camino del pecador y señalan el verdadero camino hacia la justicia y la seguridad. Si los que profesan ser seguidores de Cristo y tener la luz de la verdad no tienen cuidado de presentar esa verdad a los demás de manera adecuada, los que están en las tinieblas del error no verán belleza en ella. Al llevar un farol en una noche oscura, para iluminar el camino de quien lo sigue, el portador a veces se vuelve descuidado y permite que su persona se interponga entre la luz y el que está guiando, y la oscuridad del camino se vuelve más intenso para él por la luz temporal que se ha derramado sobre él. Así ocurre con muchos que intentan [216] presentar la verdad de Dios a los demás; ocultan la luz preciosa con sus propios caracteres defectuosos, que se destacan oscuramente conspicuos en su deformidad, y apartan a muchos de la verdad. El carácter de los profesos seguidores de Cristo debe ser tan admirable, y sus hechos tan ejemplares, que el mundo se sienta atraído hacia una religión que produzca tales frutos de justicia. Serán así llevados a investigar y abrazar sus principios a partir del hecho de que el

las vidas de sus representantes resplandecen con tal santidad que son los faros del mundo.

Los fariseos se aislaron del mundo y, por lo tanto, les imposibilitaron ejercer influencia sobre la gente del mundo; pero Jesús llama a sus discípulos la "luz del mundo".

Sus enseñanzas y ejemplo son para dispersar las nubes del error, y todas las naciones y pueblos deben sentir su influencia. La religión de la Biblia no debe quedar confinada entre dos cubiertas ni dentro de los muros de una iglesia. No debe ser sacado a relucir sólo ocasionalmente simplemente para nuestro propio beneficio, y luego cuidadosamente apartado de nuevo, sino que debe santificar la vida diaria, manifestarse en cada transacción comercial y en todas las relaciones sociales de la vida. Tal religión contrastaba marcadamente con la de los fariseos, que consistía únicamente en la hueca observancia de reglas y ceremonias, y no ejercía ninguna influencia ennoblecedora sobre sus vidas.

Jesús estaba vigilado de cerca por espías, que estaban listos para apoderarse de cualquier palabra desprevénida que pudiera salir de sus labios. El Salvador era muy consciente del prejuicio que existía en la mente de muchos de [217] sus oyentes. No dijo nada que perturbara la fe de los judíos en la religión y las instituciones de Moisés. La misma voz que declaró la ley moral y ceremonial, que era el fundamento de todo el sistema judío, también pronunció las palabras de instrucción en el monte. Fue debido a su gran reverencia por la ley y los profetas que Jesús procuró romper el muro de las exacciones supersticiosas que rodeaban a los judíos. Deseaba que no solo observaran la ley, sino que desarrollaran los principios de esa ley y las enseñanzas de los profetas.

Jesús criticó severamente las falsas interpretaciones que los judíos habían dado a la ley, pero previno suficientemente a sus discípulos contra el peligro de ceder las verdades vitales dadas a los hebreos. Jesús no vino a destruir su confianza en la instrucción que él mismo les había dado por medio de Moisés en el desierto. Pero, mientras les enseñaba la debida reverencia por esa ley, deseaba conducirlos a verdades más elevadas y a un mayor conocimiento, para que pudieran avanzar hacia una luz más clara.

Mientras Jesús explicaba el deber de sus discípulos en las obras de justicia, los fariseos vieron que las doctrinas enseñadas condenaban su curso y, para predisponer a la gente contra el gran

Maestro, se susurraban unos a otros que las lecciones de Jesús estaban en oposición a la ley de Moisés, en el sentido de que él no hacía mención de esa ley. De esta manera se propusieron despertar la indignación del pueblo contra Cristo. Pero Jesús, percibiendo su intención, en presencia de la gran multitud, y con voz clara y distinta, declaró, para desconcierto total de sus enemigos, estas palabras:

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; [218] No he venido a destruir, sino a cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”. Aquí Jesús refuta la acusación de los fariseos. Su misión ante el mundo es reivindicar las pretensiones de esa ley sagrada que le acusan de quebrantar. Si la ley de Dios pudiera haber sido cambiada o abolida, entonces Cristo no tendría que haber venido a un mundo caído para sufrir las consecuencias de la transgresión del hombre. Jesús vino a explicar la relación de la ley de Dios con el hombre ya ilustrar sus preceptos con su propio ejemplo de obediencia. Además declara que, “Cualquiera, pues, que quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos”. Así declaró el Salvador la validez de la ley moral. Los que desobedecen los mandamientos de Dios y enseñan a otros a hacer lo mismo con su ejemplo y doctrina, son condenados por Cristo. Son los hijos del maligno, que fue el primer rebelde contra la ley de Dios. Habiendo declarado explícitamente su reverencia por la ley de su Padre, Jesús en estas palabras condena las prácticas de los fariseos, quienes eran estrictos en su observancia externa de esa ley mientras sus corazones y vidas estaban corrupto:

“Porque os digo que a menos que vuestra justicia exceda la justicia de los escribas y fariseos, de ningún modo entraréis en el reino de los cielos”. La justicia aquí enseñada fue la conformidad del corazón y la vida a la voluntad revelada de Dios. Jesús enseñó que la ley de Dios debe regular los pensamientos y propósitos [219] de la mente. La verdadera piedad eleva los pensamientos y las acciones; luego las formas externas de la religión concuerdan con la pureza interna del cristiano; entonces aquellas ceremonias requeridas en el servicio de Dios no son ritos sin sentido, como los de los fariseos hipócritas.

Muchos maestros religiosos de hoy en día están quebrantando los mandamientos de Dios y enseñando a otros a hacerlo. En su lugar

de esos santos mandamientos, enseñan audazmente las costumbres y tradiciones de los hombres, sin importar el testimonio directo de Cristo de que tales deben ser “menores en el reino de los cielos”. Jesús declaró a la multitud reunida para escucharlo, a los fariseos, que querían acusarlo de tomar a la ligera la ley, ya la gente de todos los tiempos, que los preceptos de Jehová eran inmutables y eternos.

Se había traído el informe de asesinato y robo en la región salvaje cerca de Cafarnaúm, y como consecuencia hubo una expresión general de indignación y horror entre los que se habían reunido para escuchar a Jesús. El divino Maestro aprovechó esta circunstancia para señalar una importante

lección. Dijo él: “Oísteis que fue dicho por los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare estará en peligro del Juicio. Mas yo os digo, que cualquiera que se enoje con su hermano sin causa, será culpable de juicio; y cualquiera que dijere a su hermano, Raca, estará en peligro del concilio; pero cualquiera que diga: Necio, estará en peligro del fuego del infierno.” Aquí Jesús describe el asesinato como existiendo primero en la mente. Esa

malicia y [220] venganza que se deleita en actos de violencia es en sí mismo asesinato

Jesús va aún más lejos y dice: “Cualquiera que se enoje contra su hermano sin causa, será culpable de juicio”. Hay una ira que no es de esta naturaleza criminal. Ciertamente un tipo de indignación es justificable, bajo algunas circunstancias, incluso en los seguidores de Cristo. Cuando ven a Dios deshonrado, su nombre ultrajado, y la preciosa causa de la verdad desacreditada por aquellos que profesan reverenciarla, cuando ven a los inocentes oprimidos y perseguidos, una justa indignación conmueve su alma; tal ira, nacida de una moral sensible, no es pecado. Entre los oyentes están aquellos que se felicitan por su rectitud porque no han cometido ningún crimen exterior, mientras albergan en sus corazones sentimientos de la misma naturaleza que los que impulsan al asesino a cometer su temible acto. Sin embargo, estos hombres hacen profesiones de piedad y se ajustan a los requisitos externos de la religión. A tales personas Jesús dirige estas palabras: “Por tanto, si traes tu ofrenda

al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y vete; primero reconcíliate con tu hermano, y luego ven y presenta tu ofrenda.” Demuestra así que los crímenes se originan

en la mente, y aquellos que permiten que el odio y la venganza encuentren un lugar en sus corazones ya han puesto sus pies en el camino del asesino, y sus ofrendas no son aceptables para Dios. El único remedio es arrancar de raíz toda amargura y animosidad del corazón. Pero el Salvador incluso va más allá y declara que si alguien tiene algo contra nosotros, debemos esforzarnos por aliviar su mente y, si es posible, eliminar esos sentimientos de ella, antes de que nuestra ofrenda pueda ser **aceptable** ante Dios. Esta lección es de especial importancia para la iglesia en este momento. Muchos son celosos en los servicios religiosos, mientras que existen desafortunadas diferencias entre ellos y sus hermanos que están en su poder eliminar, y que Dios requiere que eliminen antes de aceptar sus servicios. Cristo ha señalado tan claramente el proceder del cristiano en este asunto que no debe haber ninguna duda en su mente en cuanto a su deber.

Mientras Jesús está enseñando, hay barcos de recreo en el agua, y es evidente para todos que los holgazanes que los ocupan son personajes de mala reputación. Las personas que escuchan esperan que Jesús denuncie severamente a esta clase, pero se sorprenden cuando declara: "Oísteis que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón".

Aquellos que han considerado a los personajes culpables que llevan vidas de disipación sensual como pecadores por encima de todos los demás, se asombran al escuchar a Jesús afirmar que aquellos que albergan pensamientos lascivos son tan culpables en el fondo como los desvergonzados violadores del séptimo mandamiento.

Jesús condenó la costumbre que existía entonces de que un hombre repudiara a su esposa por ofensas triviales. Esta práctica condujo a una gran miseria y crimen. Jesús ataca la causa principal de la laxitud con que se llevaba a cabo la relación matrimonial, cuando condena las pasiones impías que encuentran en la institución del matrimonio una barrera para la gratificación de su lujuria. Cristo quiere que la relación matrimonial esté rodeada de restricciones judiciales, de modo que no pueda haber separación legal [222] entre marido y mujer, salvo por causa de adulterio.

Muchos que habían considerado que los mandamientos prohibían el crimen real pero no iban más allá, ahora perciben que la ley de Dios debe ser obedecida tanto en espíritu como en letra. De esta manera Jesús toma los mandamientos por separado y explica la profundidad y amplitud de sus requisitos, exponiendo el error fatal del

judíos en su obediencia meramente exterior. Jesús da una lección sobre el juramento, diciendo: "Que vuestra comunicación sea Sí, sí; No, no; porque todo lo que es más que esto, de mal procede." El tercer mandamiento condena al profano que jura, pero el espíritu del precepto va más allá y prohíbe que se introduzca el nombre de Dios en la conversación de manera descuidada o irreverente.

Muchos, incluso entre los profesos seguidores de Cristo, tienen el hábito de usar el nombre de Dios a la ligera, y aun en sus oraciones y exhortaciones, no usan el Nombre Supremo con la debida solemnidad.

Un destacamento de las tropas romanas estaba acampado cerca, en la orilla del mar, y ahora Jesús es interrumpido por el fuerte toque de la trompeta que es la señal para que los soldados se reúnan en la llanura de abajo. Se forman en el orden regular, inclinándose en homenaje al estandarte romano que se alza ante ellos. Los judíos miran con amargura esta escena que les recuerda su propia degradación como nación. Actualmente se envían mensajeros del ejército, con órdenes a varios puestos distantes. Mientras suben penosamente por el abrupto terraplén que bordea la costa, se acercan a la multitud que escucha [223] que rodea a Jesús, y obligan a algunos de los campesinos judíos a llevar sus cargas por ellos por la empinada subida. Los campesinos resisten este acto de opresión y se dirigen a sus perseguidores con un lenguaje violento; pero finalmente se ven obligados a obedecer a los soldados y realizar la tarea servil que se les exige. Esta exhibición de la autoridad romana conmueve al pueblo con indignación, y se vuelve ansioso por escuchar lo que dirá el gran Maestro de es. Con tristeza, a causa de los pecados que habían llevado a los judíos a tal servidumbre, Jesús contempla la vergonzosa escena. También nota el odio y la venganza estampados en los rostros de los judíos, y sabe cuán amargamente anhelan el poder para aplastar a sus opresores.

Con tristeza dice:

"Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo, y diente por diente. Mas yo os digo, que no resistáis al mal; pero a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. Y si alguno te demandare por la ley, y te quitare la túnica, déjale también tu capa. Y cualquiera que te obligue a andar una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale, y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses."

El ejemplo de Jesús fue una ilustración práctica de la lección que aquí se enseña; la humillación y la persecución nunca lo llevaron a tomar represalias contra sus enemigos. Pero esta fue una palabra dura para los judíos vengativos, y murmuraron contra ella entre ellos. Jesús ahora hace una declaración aún más fuerte: "Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad [224] por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos; porque él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿Ni siquiera los publicanos son iguales? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis más que los demás? ¿Ni siquiera los publicanos lo hacen así?

La manifestación del odio nunca quebranta la malicia de nuestros enemigos. Pero el amor y la bondad engendran amor y bondad a cambio. Aunque Dios fielmente recompensa la virtud y castiga la culpa, no niega sus bendiciones a los malvados, aunque diariamente deshonran su nombre. Él permite que la luz del sol y las lluvias caigan sobre justos e injustos, trayendo prosperidad mundana a ambos. Si un Dios santo ejerce tal paciencia y benevolencia hacia los rebeldes e idólatras, cuán necesario es que el hombre errante manifieste un espíritu similar hacia sus semejantes.

En lugar de maldecir a los que le hacen daño, es su deber tratar de ganarlos de sus malos caminos con una bondad similar a la que Cristo trató a los que lo perseguían. Jesús enseñó a sus seguidores que debían ejercer una cortesía cristiana hacia todos los que estaban bajo su influencia, que no debían ser olvidadizos en las obras de misericordia, y que cuando se les solicitaban favores, debían mostrar una benevolencia superior a la de los mundanos. Los hijos de Dios deben representar el espíritu que gobierna en el Cielo. Sus principios de acción no deben ser del mismo carácter que el espíritu estrecho y egoísta del mundo. Solo la perfección puede alcanzar el estándar del Cielo. [225] Así como Dios mismo es perfecto en su esfera exaltada, así sus hijos deben ser perfectos en la humilde esfera que ocupan. Sólo así pueden ser aptos para la compañía de seres sin pecado en el reino de los cielos. Cristo dirige a sus seguidores estas palabras que establecen

la norma del carácter cristiano: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”.

* * * * *

Capítulo 17—El leproso sanado

Jesús se vio obligado con frecuencia a esconderse de la gente; porque las multitudes se reunieron tan densamente a su alrededor para presenciar sus milagros, y el entusiasmo era tan alto, que se hizo necesario tomar precauciones, para que los sacerdotes y gobernantes no se aprovecharan de las grandes asambleas para incitar a las autoridades romanas a temer una insurrección.

Nunca había habido un período como este para el mundo. El cielo fue derribado a los hombres. Todos los que acudían a Jesús con el propósito de recibir instrucción se dieron cuenta de que el Señor era misericordioso y lleno de sabiduría. Recibieron preciosas lecciones de conocimiento divino de la gran fuente de la inteligencia. Muchas almas hambrientas y sedientas que habían esperado durante mucho tiempo la redención de Israel ahora se deleitaban con la generosa gracia de un Salvador misericordioso. El Maestro esperado había venido, y un pueblo favorecido vivía bajo el pleno esplendor [226] de su luz, sin embargo, muchos no lo comprendieron y se apartaron del resplandor divino con indiferencia o incredulidad.

Jesús sanó muchos y varios casos de enfermedades corporales, mientras predicaba y ministraba a las almas enfermas de pecado. Muchos corazones fueron liberados de la cruel esclavitud del pecado. La incredulidad, el desánimo y la desesperación, dieron lugar a la fe, la esperanza y la alegría. Pero cuando los enfermos y desdichados acudieron al Salvador en busca de ayuda, primero alivió al pobre cuerpo que sufría antes de intentar ministrar a la mente entenebrecida. Cuando se eliminó la miseria actual del suplicante, sus pensamientos podrían dirigirse mejor hacia el canal de la luz y la verdad.

La lepra era la enfermedad más temible y repugnante de Oriente. Fue mirado con gran pavor por todas las clases debido a su carácter contagioso y su horrible efecto sobre su víctima. Se tomaron grandes precauciones para evitar que la enfermedad se extendiera entre la gente: con los hebreos, el leproso era declarado inmundo. Fue aislado de su familia, restringido de los privilegios de la sociedad y aislado de la congregación de Israel. Estaba condenado a asociarse solo con aquellos que estaban igualmente afligidos cons

Lejos de sus amigos y familiares, debe soportar la maldición de su terrible enfermedad. Ninguna mano afectuosa podía calmar su dolor. Se vio obligado a publicar su propia calamidad, rasgar sus vestiduras y hacer sonar la alarma, advirtiendo a todos que huyeran de su cuerpo contaminado y en descomposición. El grito, ¡Inmundo! ¡Inmundo! viniendo con tono lúgubre del solitario exilio, fue una señal que se escuchó con miedo y aborrecimiento.

[227] Hubo muchos de estos temas repugnantes en la región del ministerio de Cristo. La noticia del gran Sanador había llegado incluso a ellos en su aislamiento, y un rayo de esperanza brotó en sus corazones de que si podían llegar a la presencia de Jesús, Él podría aliviarlos. Pero como se les prohibía entrar en cualquier ciudad o aldea, les parecía imposible llegar hasta el gran Médico, cuyo trabajo principal estaba entre el populacho.

Había un leproso que había sido un hombre de gran distinción. Fue con el mayor dolor que él y su familia se convencieron de que él era víctima de la enfermedad mortal. Se había consultado a médicos de renombre, que habían examinado su caso a fondo y buscado ansiosamente en sus libros para obtener más información; pero se vieron obligados a reconocer de mala gana que su habilidad estaba frustrada, que la enfermedad era incurable. Era entonces deber del sacerdote hacer un examen; esto resultó en una decisión de que la suya era la peor forma de lepra. Este veredicto lo condenó a una muerte en vida separado de sus amigos y de la sociedad en la que había ocupado un puesto tan elevado. Pero ahora aquellos que habían cortejado su favor y aceptado su hospitalidad huyeron de su presencia con horror. Salió exiliado de su hogar.

Jesús estaba enseñando junto al lago fuera de los límites de la ciudad, y muchos se reunieron para escuchar sus palabras. El leproso, que en su reclusión había oído hablar de algunas de sus maravillas, salió a verlo y se acercó tanto como se atrevió. Desde su exilio, la enfermedad había hecho terribles avances en su sistema. Ahora era un espectáculo repugnante, [228] su cuerpo en descomposición era horrible de ver. De pie a lo lejos, escuchó algunas de las palabras de Jesús, y lo vio imponiendo las manos sobre los enfermos para curarlos. Contempló, con asombro, a los cojos, a los ciegos, a los paralíticos y a los moribundos de diversas enfermedades, levantarse a una palabra del Salvador, restaurados a la salud y alabando a Dios por su salvación. Miró su propio cuerpo miserable y se preguntó si este gran Médico no podría curarlo ni siquiera a él. Cuanto más escuch

y vio, y consideró el asunto, más se convenció de que este era realmente el Salvador prometido del mundo, para quien todas las cosas eran posibles. Nadie podía realizar tales milagros sino Aquel que estaba autorizado por Dios, y el leproso anhelaba venir a su presencia y ser sanado.

No había tenido la intención de acercarse lo suficiente para poner en peligro a la gente; pero ahora su mente estaba tan poderosamente forjada que olvidó las restricciones que se le habían impuesto, la seguridad de la gente y el horror con que lo miraban. Solo pensaba en su bendita esperanza de que el poder de Jesús pudiera liberarlo de su enfermedad. Su fe se aferró al Salvador, y siguió adelante, sin hacer caso de la multitud asustada que retrocedía cuando él se acercaba y se amontonaba unos sobre otros para e

Algunos pensaron en impedir que se acercara a Jesús, pero sus esfuerzos fueron en vano. No los vio ni los escuchó. Las expresiones de odio y las miradas de horror que saludaron su aparición se perdieron en él. Solo vio al Hijo de Dios, solo escuchó la voz que estaba dando salud y felicidad a los que sufrían y desafortunados. Cuando se presentó ante Jesús, sus sentimientos reprimidos encontraron salida, postró su cuerpo sucio y en descomposición ante él, clamando: "Señor, si quieres, [229] puedes limpiarme". Sus palabras fueron pocas, pero comprendió su gran necesidad. Creía que Cristo podía darle vida y salud.

Jesús no retrocedió ante su acercamiento, sino que se acercó a él. La gente retrocedió, e incluso los discípulos se llenaron de terror, y de buena gana habrían impedido que su Maestro lo tocara; porque según la ley de Moisés, el que tocaba a un leproso quedaba inmundo. Pero Jesús, con tranquila intrepidez, puso su mano sobre el suplicante y respondió a su petición con las palabras mágicas: "¡Sé limpio!".

Tan pronto como se pronunciaron estas palabras dadoras de vida, el cuerpo moribundo de corrupción se transformó en un ser de carne sana, nervios sensibles y músculos firmes. La superficie áspera y escamosa propia de la lepra había desaparecido y en su lugar apareció un suave resplandor, como el de la piel de un niño sano. La multitud ansiosa ahora pierde el terror y se aglomera para contemplar esta nueva manifestación del poder divino.

Jesús mandó al leproso limpio que no revelara la obra que había hecho en él, diciendo: "Mira, no digas nada a nadie; pero ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación

las cosas que mandó Moisés, para testimonio a ellos.”

En consecuencia, el hombre ahora feliz acudió a los mismos sacerdotes que lo habían examinado anteriormente, y cuya decisión lo había desterrado de su familia y amigos.

Con gozo presentó su ofrenda a los sacerdotes y magnificó el nombre de Jesús que le había devuelto la salud. esto irrefutable

[230] testimonio convenció a los sacerdotes del poder divino de Jesús, aunque todavía se negaron a reconocerlo como el Mesías. Los fariseos habían afirmado que sus enseñanzas se oponían directamente a la ley de Moisés, y con el propósito de exaltarse a sí mismo; sin embargo, sus instrucciones especiales al leproso limpio de hacer una ofrenda al sacerdote de acuerdo con la ley de Moisés, evidenció al pueblo que estas acusaciones eran falsas.

A los sacerdotes no se les permitía aceptar una ofrenda de manos de alguien que había sido afectado por la lepra, a menos que primero lo examinaran minuciosamente y proclamaran a la gente que estaba completamente libre de la enfermedad infecciosa, gozaba de buena salud y podía volver . unirse a su familia y amigos sin ponerlos en peligro. Por muy poco dispuesto que el sacerdote haya estado en acreditar esta maravillosa curación a Jesús, no pudo evadir un examen y decisión del caso. La multitud estaba ansiosa por conocer el resultado de la investigación, y cuando se le declaró libre de la enfermedad y tuvo el privilegio de regresar con su familia y amigos, la emoción fue grande. Nunca antes se había sabido tal cosa.

Pero a pesar de la advertencia de Jesús al leproso limpiado, publicó el asunto en el extranjero. Concibiendo que era sólo la modestia retraída de Jesús lo que le impuso estas restricciones, se dedicó a proclamar el gran poder de este gran Sanador. No entendió que cada nueva manifestación del poder divino por parte de Jesús solo hacía que los principales sacerdotes y los ancianos estuvieran más decididos a destruirlo. El hombre restaurado sintió que el beneficio de la salud era muy [231] precioso. La sangre pura que corría por sus venas avivó todo su ser con una nueva y deliciosa animación. Se regocijó en el pleno vigor de la virilidad y en su restauración a su familia y sociedad. Sintió que era imposible abstenerse de dar toda la gloria al Médico que lo había sanado.

Pero la publicidad de este asunto creó una conmoción tan grande que Jesús se vio obligado a retirarse fuera de la ciudad. “Y vinieron a él

de todos los barrios.” Estos milagros no se hicieron para exhibirlos; los actos de Cristo contrastaban directamente con los de los fariseos, cuya mayor ambición era obtener la alabanza y el honor de los hombres. Jesús bien sabía que si el hecho de haber limpiado al leproso se hacía público, los que se encontraban en una condición similar serían urgentes para obtener la misma curación. Esto levantaría el grito de que la gente sería contaminada por el contacto con la repugnante enfermedad de la lepra. Sus enemigos aprovecharían tal oportunidad para acusarlo y condenarlo.

Jesús sabía que muchos de los leprosos que lo buscarían no merecían la bendición de la salud, ni la usarían para el honor y la gloria de Dios si la obtuvieran. No tenían verdadera fe ni principios, sino sólo un fuerte deseo de ser librados del destino seguro que les esperaba. El Salvador también sabía que sus enemigos siempre buscaban limitar su obra y alejar a la gente de él. Si pudieran usar el caso del leproso limpio para ese propósito, lo harían. Pero al ordenar al hombre sanado que presentara su ofrenda al sacerdote, como ordenaba la ley de Moisés, los convencería de que no se oponía al código judío, si sus mentes estaban abiertas a la convicción.

[232]

Capítulo 18—La parábola del sembrador

Jesús había pasado toda la noche en oración y bajó a la playa temprano en la mañana para buscar a sus discípulos que estaban pescando cerca de la orilla. No podía permanecer mucho tiempo sin ser molestado por la gente. Tan pronto como se supo que Cristo estaba junto al mar, la multitud acudió a él. Su número aumentó de modo que fue presionado por todos lados. Mientras estaba de pie enseñándoles, la multitud se volvió tan densa que subió a un bote y, alejándose un poco de la orilla, le dio a la gente una mejor oportunidad de verlo y escucharlo, mientras continuaba su discurso.

Con frecuencia adoptaba este plan para escapar de la multitud ansiosa que se amontonaba para llegar a su presencia. De esta manera podía hablar las cosas que deseaba que oyeran sin interrupción. El Salvador, sentado en la tosca barca de un pescador, enseñaba las palabras de vida a la gente que escuchaba en la playa. Fue paciente con los que sufrían bajo la tentación, tierno y bondadoso con los afligidos y desalentados. Sus palabras encontraron respuesta en muchos corazones, y la luz de su instrucción divina se derramó sobre muchas mentes entenebrecidas.

¡Qué escena era ésta para que la contemplaran los ángeles! ¡Su glorioso Comandante, sentado en un bote de pescador, mecido de un lado a otro por las aguas inquietas, y predicando la salvación a la multitud que escucha y que se agolpa en la orilla del agua! Aquel que fue honrado por [233] el Cielo enseña su gran doctrina de liberación al aire libre a la multitud común. Sin embargo, no podía tener un escenario más magnífico para sus labores. El lago, las montañas, los campos extensos, la luz del sol que inunda la tierra, todos proporcionan temas mediante los cuales sus lecciones pueden grabarse en la mente humana.

A la vista están los sembradores y los segadores, uno al lado del otro, uno arrojando la semilla y el otro cosechando el grano temprano. Los valles fructíferos y las laderas de las colinas se visten de belleza. Las rocas yermas se ven sobre la playa, y los pájaros hacen cantar el aire con su música. Las aves marinas se deslizan sobre la superficie del agua. Jesús

aprovecha esta oportunidad para extraer lecciones de la naturaleza que se hundirán en la mente de sus oyentes. Él emplea el paisaje que lo rodea para ilustrar su doctrina, de modo que en el futuro, cada vez que estos objetos se presenten ante sus ojos, sus pensamientos volverán a las lecciones de la verdad que Jesús extrajo de ellos. Serán recordatorios diarios de la preciosa instrucción que habían recibido de él.

Sentado así, y contemplando la animada escena que tenía ante sí, Jesús pronunció la parábola que nos ha sido transmitida a través de los siglos, tan pura y hermosa hoy en su sencillez sin adornos como cuando fue dada aquella mañana en el Mar de Galilea hace más de mil ochocientos años:—

"Escuchar; he aquí, salió un sembrador a sembrar. Y aconteció que mientras sembraba, parte cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y se la comieron. Y parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; e inmediatamente brotó, porque [234] no tenía profundidad de tierra; pero cuando salió el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos, y crecieron los espinos, y la ahogaron, y no dio fruto.

Y otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto, que brotó y creció, y dio unos treinta, y otros sesenta, y otros ciento. Y él les dijo: El que tiene oídos para oír, que oiga".

Esta llamativa ilustración de la difusión del evangelio del Hijo de Dios atrajo la atención de la gente. El orador llevaba consigo las mentes de sus oyentes. Sus almas se conmovieron, y muchos corazones palpitaron con la animación de un nuevo propósito. Estaban encantados con una doctrina tan ennobecedora en sus principios, pero tan fácil de entender. Los altos logros espirituales que enseñó Jesús parecían entonces muy deseables. Pero cuán pronto las impresiones allí recibidas desaparecieron de las mentes de muchos, cuando se mezclaron de nuevo con el mundo. Los pecados que habían parecido tan atroces bajo la santa luz de la presencia del Maestro, serían nuevamente aferrados a sus corazones errantes. Un entorno desfavorable, preocupaciones y tentaciones mundanas les harían caer de nuevo en la indiferencia.

Pero otros que escuchaban comenzaron desde ese momento una vida más santa, llevando a cabo diariamente los principios de las enseñanzas de Cristo. El tema de su discurso, ilustrado por la escena ante ellos,

nunca se borraría de sus mentes. El terreno variado, algunos produciendo sólo cardos y malezas nocivas, los salientes de roca cubiertos con una superficie de tierra, los sembradores con su semilla, todo estando ante sus ojos, fijaron sus palabras en sus mentes como nada más podría hacerlo. haber hecho.

El estado de cosas existente llevó a Jesús a dar la parábola del sembrador. La gente que siguió a Cristo se había desilusionado de que él no estableciera un nuevo reino. Durante mucho tiempo habían buscado un Mesías que los exaltara y glorificara como nación, y ahora que sus expectativas no se cumplieron, rehusaron recibirlo como su Redentor. Incluso sus discípulos escogidos se estaban impacientando porque no asumía la autoridad temporal, y sus parientes estaban desilusionados con él y lo rechazaron. Se habían dirigido a él con estas palabras: “Vete de aquí, y ve a Judea, para que tus discípulos vean las obras que haces. Porque no hay hombre que haga cosa alguna en secreto, y él mismo busca ser conocido públicamente. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo”.

Sus seguidores estaban mortificados porque los eruditos y los ricos no estaban más dispuestos a aceptar a Jesús como su Salvador. Sintieron el estigma que pesaba sobre su Maestro, porque eran los pobres, los afligidos y la clase más humilde en general, quienes se convertían en sus discípulos. ¿Por qué, se preguntaban, los escribas y fariseos, los maestros de las escuelas de los profetas, no reconocían que él era el Mesías esperado? Fue para hacer frente a esta duda y descontento que Jesús pronunció esta parábola. Cuando la multitud se hubo ido, los doce con los otros creyentes se juntaron alrededor de él, y le pidieron que les explicara. “Y les dijo: A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; pero a los [236] que están fuera, todas estas cosas se les dice en parábolas; para que viendo vean y no perciban; y oyendo, oigan, y no entiendan; no sea que en cualquier momento se conviertan, y sus pecados les sean perdonados. Y él les dijo: ¿No sabéis esta parábola? ¿Y cómo, pues, conoceréis todas las parábolas? Con estas palabras explicó que sus ilustraciones debían despertar el pensamiento en la mente de sus oyentes. Si deseaban una explicación más completa de sus palabras, podían pedírsela, como habían hecho los discípulos, y recibirla.

Los fariseos entendieron la parábola, pero fingieron no percibir su significado. Cerraron sus ojos para no ver y sus

oídos para que no oigan; por lo tanto, sus corazones no pudieron ser alcanzados. Iban a sufrir retribución por su ignorancia deliberada y su ceguera autoimpuesta. Una de las razones por las que enseñó tanto en parábolas fue que los espías de los judíos estaban siempre al acecho para encontrar motivo de queja contra él. Jesús se propuso exponer su hipocresía y malas obras sin exponerse al peligro de ser arrestado y encarcelado por ellos, y así apartado de la obra que vino a hacer entre la gente.

Podía decir verdades cortantes en parábolas, revelar la iniquidad que era necesario exponer, sin temor alguno a sus leyes. Podían hacer la aplicación, porque no podían dejar de reconocer su significado, pero no tenían poder para condenarlo por usar una simple ilustración en su discurso.

Las palabras de Jesús implicaron un reproche para sus discípulos, por su torpeza para comprender su significado; porque en la parábola del sembrador había ilustrado la doctrina que había venido al mundo [237] a enseñar. Si no podían discernir las cosas tan fácilmente para ser entendidas, ¿cómo podrían sondear verdades mayores que él les declararía en parábolas? También dijo que revelaría mayores misterios acerca del reino de Dios a los que lo seguían tan de cerca y lo obedecían que a los que estaban fuera de su compañía. Deben abrir sus mentes a la instrucción y estar listos para creer.

Aquellos que habían endurecido sus corazones para amar la pompa y la ceremonia no quisieron entender sus enseñanzas ni desearon la obra de la gracia de Dios dentro de sus corazones. Esta clase permanecería en la ignorancia de su propia elección. Aquellos que se conectaron con el Cielo y recibieron a Cristo, quien es la fuente de luz y verdad, entenderían sus palabras y obtendrían un conocimiento práctico acerca del reino de Dios.

Pero aquellos que, por cualquier razón, desaprovecharon sus oportunidades presentes de familiarizarse con la verdad, y no usaron correctamente sus poderes de comprensión, sino que rehusaron ser convencidos por lo que sus ojos vieron y sus oídos oyeron, serían dejados en tinieblas; viendo no percibirían, y oyendo no entenderían. Las verdades de Dios implicaban demasiada abnegación y pureza personal para atraer sus mentes carnales, y cerraron sus corazones con fanatismo e incredulidad.

El gran Maestro bendijo a sus discípulos porque vieron y oyeron con ojos y oídos que creyeron. Dijo él: “Muchos profetas y justos han deseado ver estas cosas que vosotros veis, y no las han visto; y de oír las cosas que oís, y no las habéis oído.” Entonces Jesús explicó a sus discípulos las diferentes

[238] clases representadas en la parábola que les había dado.

Cristo, el Sembrador, esparce la semilla. Están los mundanos, cuyos corazones son como la carretera asfaltada, insensibles a las enseñanzas de la sabiduría divina. No aman los requisitos de Dios y siguen sus impulsos naturales. Muchos se convencen al escuchar las importantes lecciones de Cristo. Creen en sus palabras y deciden llevar vidas santas, pero cuando Satanás viene con sus malas sugerencias, son vencidos antes de que la buena semilla haya brotado completamente a la vida.

Si la tierra del corazón hubiera sido rota por un profundo arrepentimiento por el pecado, habrían visto cuán perverso era su amor egoísta por el mundo, su orgullo y avaricia, y los habrían desechado.

Las semillas de la verdad habrían calado profundamente en el terreno baldío preparado para ellas en el corazón, y habrían brotado y dado fruto. Pero los malos hábitos habían dominado durante tanto tiempo sus vidas que sus buenas resoluciones se habían desvanecido ante la voz del tentador. “Y estos son los de junto al camino, donde se siembra la palabra; pero cuando han oído, al instante viene Satanás, y quita la palabra que fue sembrada en sus corazones.”

Hay quienes reciben la preciosa verdad con alegría; son extremadamente celosos y expresan asombro de que todos no pueden ver las cosas que son tan claras para ellos. Instan a otros a abrazar la doctrina que encuentran tan satisfactoria. Condenan apresuradamente a los vacilantes ya los que sopesan cuidadosamente las evidencias de la verdad y la consideran en todos sus aspectos. Llaman a los tales fríos e [239] incrédulos. Pero en el momento de la prueba, estas personas entusiastas flaquean y fracasan. No aceptaron la cruz como parte de su vida religiosa, y se alejan de ella con ardor apagado y se niegan a tomarla.

Si la vida transcurre sin problemas con esta clase, si su camino nunca se cruza, si todas las cosas están en armonía con sus inclinaciones, parecen ser cristianos consecuentes. Pero se desmayan bajo la prueba de fuego de la tentación; no pueden soportar el reproche por causa de la verdad.

La buena semilla que había brotado en una planta tan floreciente, se marchita

y muere porque no tiene raíz que la sostenga en tiempo de sequía. Lo mismo que debería haber causado que las fibras cayeran más profundamente y enviaran un crecimiento más vigoroso, reseca y mata toda la planta. Así también el ardiente sol de verano, que fortalece y madura el grano resistente, marchita y destruye lo que, aunque fresco y verde, no tiene raíces profundas, porque las fibras tiernas no pueden perforar la tierra dura y pedregosa.

Estas personas podrían cultivar y enriquecer la tierra de sus corazones, si quisieran, para que la verdad arraigara más profundamente; pero esto implica demasiada paciencia y abnegación. Les cuesta demasiado esfuerzo hacer un cambio radical en sus vidas. Se ofenden fácilmente con la reprensión y están listos para decir con los discípulos que dejaron a Jesús: "Dura es esta palabra; ¿Quién puede oírlo?" "Y éstos son asimismo los que se sembraron en pedregales; los cuales, cuando han oído la palabra, al instante la reciben con gozo; y no tienen raíces en sí mismos, y así duran pero por un tiempo; después, cuando viene la aflicción o la persecución por causa de la palabra, en seguida se ofenden."

Jesús representa la semilla cayendo en fronteras descuidadas y [240] parches cubiertos de malas hierbas que ahogan las preciosas plantas que brotan entre ellos; se enferman y perecen. Muchos corazones responden a la voz de la verdad, pero no la reciben ni la aprecian adecuadamente. Le dan un lugar en el suelo del corazón natural, sin preparar el suelo y arrancar de raíz las malas hierbas venenosas que allí florecen, y vigilando cada hora para destruirlas si volvieran a aparecer. Las preocupaciones de la vida, la fascinación por las riquezas, el anhelo por las cosas prohibidas, desplazan el amor a la justicia antes de que la buena semilla pueda dar fruto. El orgullo, la pasión, el amor propio y el amor al mundo, con la envidia y la malicia, no son compañeros de la verdad de Dios. Así como es necesario cultivar a fondo la tierra que una vez estuvo cubierta de malas hierbas, así es necesario que el cristiano sea diligente en exterminar las fallas que amenazan su ruina eterna. El esfuerzo paciente y ferviente en el nombre y la fuerza de Jesús, es el único que puede eliminar las malas tendencias del corazón natural. Pero aquellos que han permitido que su fe sea vencida por el crecimiento de las influencias de Satanás, caen en un estado peor que el que ocupaban antes de escuchar las palabras de vida. "Y estos son los que son sembrados entre espinos; como los que c

de este mundo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas entrando, ahogan la palabra, y se hace infructuosa.”

Pocos corazones son como la buena tierra, bien cultivada, y reciben las semillas de la verdad y dan frutos abundantes para la gloria de Dios. Pero [241] Jesús encuentra algunos cristianos serios, ricos en buenas obras y sinceros en sus esfuerzos. “Y estos son los que se sembraron en buena tierra; los que oyen la palabra, y la reciben, y dan fruto a treinta, a sesenta, y a ciento por uno.”

Así, Cristo representa el carácter de aquellos a quienes vino a enseñar, en una parábola breve y completa. Los de mente mundana, los de mala disposición, los de corazón duro, todos son exhibidos a la mente de sus oyentes. Responde así a la pregunta que a menudo escuchamos hoy: ¿Por qué la obra de Cristo produjo tan magros resultados, durante su ministerio personal en la tierra? Milagros de bondad y misericordia marcaron su vida; pero mientras sanaba a los afligidos y echaba fuera los demonios que perseguían a los hombres, les dejaba a ellos la obra de corregir los males de su naturaleza. Él les instruyó cómo unir sus esfuerzos humanos con su poder divino y triunfar a través de su fuerza sobre los pecados que los acosan.

Esta experiencia fue necesaria para dar poder moral al carácter cristiano y adecuarlo a las cortes del Cielo. Jesús no empleó ningún medio milagroso para obligar a los hombres a creer en él.

Se les dejó elegirlo o rechazarlo, por su propia voluntad. Ningún poder directo iba a forzarlos a obedecer y destruir el libre albedrío que Dios le ha dado al hombre. La parábola del sembrador expone claramente las tendencias del corazón humano y las diferentes clases con las que Cristo tuvo que tratar, y también explica las razones por las que su ministerio no tuvo más éxito en sus efectos inmediatos.

Las parábolas de Jesús fueron diseñadas para despertar un espíritu de investigación [242] que resultaría en una exposición más clara de la verdad. Mientras instruía así a sus discípulos en el significado de sus palabras, la gente se reunió de nuevo para escuchar, y sus enseñanzas fueron recibidas y atesoradas en la mente de muchos de los que las escucharon. Estos discursos de Jesús no fueron simplemente para una clase de mentes inferiores; pero había presentes personas inteligentes y cultas que eran capaces de la crítica más cercana. Escribas, fariseos, doctores, gobernantes, abogados y los representantes de todas las naciones estaban allí para escuchar; sin embargo, no había nadie para contradecir sus palabras en toda esa vasta asamblea.

* * * * *

Capítulo 19—Otras parábolas

Había mucha curiosidad y cuestionamiento entre la gente acerca de este reino que no podían ver con sus ojos materiales. Jesús conocía todas las perplejidades que agitaban las mentes de sus oyentes, y mientras la multitud se agolpaba de nuevo a su alrededor, continuó enseñándoles en parábolas. “Y él les dijo: ¿Se trae un cirio para ponerlo debajo de un celemín, o debajo de una cama? y no para ser puesto en un candelabro? Porque nada hay oculto que no haya de ser manifiesto; ni se mantuvo cosa alguna en secreto, sino para que saliera al exterior. Si alguno tiene oídos para oír, que oiga. Y él les dijo: Mirad lo que oís; con la medida con que midiereis, os será medido; ya vosotros que oís, se os dará más. Porque [243] al que tiene, se le dará; y al que no tuviere, aun lo que tuviere le será quitado.”

Jesús utilizó la luz de una vela para representar sus doctrinas, que iluminan el alma de quienes las aceptan. Esta luz no debe ocultarse al mundo, sino que debe brillar para iluminar y bendecir a quienes la contemplan. La instrucción recibida por aquellos que escuchaban a Jesús debía ser comunicada por ellos a otros, y así transmitida a la posteridad. También declaró que no había nada oculto que no debiera manifestarse. Lo que sea que haya en el corazón tarde o temprano será revelado por las acciones; y estos determinarían si la semilla sembrada había echado raíces en sus mentes y dado buen fruto, o si las espinas y las zarzas habían triunfado. Les amonestó a que lo oyeran y lo entendieran. Mejorar los bienaventurados privilegios que se les otorgaron entonces daría como resultado su propia salvación y, a través de ellos, beneficiaría a otros.

Y con qué medida de atención sincera escucharon sus instrucciones, recibirían a cambio la misma medida de conocimiento. Todos los que verdaderamente desearan comprender sus doctrinas quedarían plenamente satisfechos; sus privilegios otorgados por el Cielo aumentarían; su luz iluminaría hasta el día perfecto. Pero los que no deseaban la luz de la verdad andarían a tientas en las tinieblas y serían ven

por las poderosas tentaciones de Satanás. Perderían su dignidad y dominio propio, y el poco conocimiento del que se habían jactado cuando declararon que no tenían necesidad de Cristo, y despreciaron la guía de Aquel que dejó un trono en el Cielo para salvarlos.

Siguiendo el hilo de su discurso, el Divino Maestro utiliza [244] otra parábola, que dice: Así es el reino de Dios, como si un hombre echase semilla en la tierra; y debe dormir y levantarse de noche y de día, y la semilla debe brotar y crecer, él no sabe cómo. Porque la tierra da fruto de sí misma; primero la hoja, luego la mazorca, después el maíz lleno en la mazorca. Pero cuando ha dado el fruto, en seguida mete la hoz, porque ha llegado la siega". La semilla de la que aquí se habla es la palabra de Dios sembrada en el corazón y hecha fructífera por la gracia divina. Si la verdad echa raíces en el corazón, tarde o temprano brotará vida y dará fruto. La vida y el carácter mostrarán la naturaleza y cantidad de la semilla sembrada.

Pero el trabajo de cultivar es el trabajo de toda una vida. Los principios de la verdad, una vez plantados en el alma, deben llevarse a cabo en los deberes diarios de la vida. El crecimiento del carácter cristiano es gradual, como el avance de la planta natural a través de sus diversas etapas de desarrollo. Sin embargo, el progreso es continuo. Como en la naturaleza, así es en la gracia, la planta debe crecer o morir.

Día tras día, la influencia santificadora del Espíritu de Dios conduce casi imperceptiblemente a los que aman los caminos de la verdad hacia la perfección de la justicia, hasta que finalmente el alma está madura para la cosecha, la obra de la vida ha terminado, Dios recoge su grano. No hay período en la vida cristiana en el que no haya más que aprender, ni mayores logros que alcanzar. La santificación es la obra de toda una vida.

Primero la hierba, luego la mazorca, luego el grano lleno en la mazorca, luego la maduración y la siega; porque cuando el fruto es perfecto, está listo para la hoz.

Esta figura presentaba un marcado contraste con la condición [245] de los judíos Su religión era fría y formal, el Espíritu Santo no tenía cabida en sus corazones; por lo tanto, en lugar de crecer en la gracia y avanzar en el conocimiento de Dios, se volvían cada vez más insensibles e intolerantes, alejándose más y más de la presencia del Señor. Los fariseos orgullosos y cavilosos miraron a su alrededor a la gran cantidad de personas reunidas para escuchar a Jesús, y notaron con desprecio cuán pocos eran los que lo reconocían como el Mesías. Había muchos hombres cultos e influyentes que habían

venido a escuchar al profeta cuya fama se había extendido por todas partes. Algunos de éstos miraban con curioso interés a la multitud, que estaba compuesta de todas las clases sociales y de todas las nacionalidades. Estaban los pobres, los analfabetos, los mendigos harapientos, el ladrón con el sello de la culpa en su rostro, los enfermos, los mutilados, los disipados, los altos y los bajos, los ricos y los humildes, empujándose unos a otros por un lugar para pararse y escuchar . las palabras de Jesús.

Mientras miraban, se preguntaron incrédulos: ¿Está compuesto el reino de Dios de un material como este? Jesús leyó sus pensamientos y les respondió con otra parábola: “¿A qué compararemos el reino de

Dios? ¿O con qué comparación lo compararemos? Es como un grano de mostaza, que cuando se siembra en la tierra, es menor que todas las semillas que hay en la tierra. Pero cuando se siembra, crece y se hace más grande que todas las hierbas, y echa grandes ramas; para que las aves del cielo aniden bajo su sombra.” Lejos y cerca, la mostaza [246] se elevó sobre la hierba y el grano, agitando sus ramas levemente en el aire. Los pájaros revoloteaban de ramita en ramita y cantaban entre su frondoso follaje. Sin embargo, la semilla de la que brotó esta planta gigante fue la más pequeña de todas las semillas. Al principio había echado un brote tierno; pero era de fuerte vitalidad, y creció y floreció hasta que fue de grandes proporciones, y los pájaros se posaron bajo su sombra.

La gente contempla la mostaza, que crece tan vigorosamente a su alrededor , y sus mentes quedan vívidamente impresionadas por la ilustración que Jesús ha usado para señalar las verdades de su doctrina. Así declara que no por la fuerza de las armas, y la pompa y la heráldica de la guerra, se establecerá el reino de Cristo. Pero el trabajo es de desarrollo gradual. Aunque el comienzo sea pequeño, crecerá y se fortalecerá hasta que, como el grano de mostaza, alcanzará, a través de imperceptibles etapas de desarrollo, la majestuosidad de la grandeza.

Jesús toma esta pobre semilla para ilustrar sus poderosas verdades. La más mínima bagatela no pasa desapercibida para el gran Maestro. Muchos estaban allí cuya experiencia cristiana comenzó ese día, y sería como el símbolo que él había usado, creciendo en fuerza y belleza, pisoteado, pero aún manteniendo su vida vigorosa. Esta cifra quedó indeleblemente escrita en la mente de cientos de personas que escucharon las palabras de Jesús. Jamás verían la mostaza que crecía fétidamente, tan abundante en esa región, sino que recordarían esta parábola

del Salvador, y sus corazones recordarían la lección que enseñó acerca de la misteriosa influencia de la gracia divina sobre el alma humana, y el poder vivificador de la palabra que se manifiesta en la vida diaria.

“Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es [247] semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado.” La levadura en la harina representa la obra progresiva de la gracia divina en el corazón humano. La levadura no estaba naturalmente en la harina, pero al colocarla dio lugar a la fermentación que resultó en un cambio radical de toda la masa. De modo que los principios de la verdad de Dios, escondidos en el corazón de un individuo, cambian toda su naturaleza e influyen en su vida. Los sentimientos naturales se transforman, los afectos se consagran y la mente se eleva. Físicamente, el hombre parece el mismo; pero interiormente ha sido renovado por los principios celestiales que animan su vida.

De nuevo Jesús tomó los campos delante de él y de los sembradores y segadores para ilustrar sus verdades, diciendo: “El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Pero cuando brotó la hoja y dio fruto, entonces apareció también la cizaña.

La cizaña era mala hierba nociva, muy molesta para el labrador de la tierra, porque brotaba junto con el buen grano. Existía el peligro de perturbar las raíces del trigo y destruir las hojas tiernas si se arrancaba bruscamente la cizaña de entre ellas; además de esto, la cizaña se parecía tanto al grano, mientras crecía, que era difícil distinguir una de la otra.

Cuando los sirvientes del padre de familia vinieron y le preguntaron de dónde había venido la cizaña, viendo que había sembrado buena semilla en su campo, les dijo que un enemigo había sembrado cizaña entre su [248] grano para dañarlo. Entonces preguntaron si no podían sacar la cizaña y dejar el trigo libre. “Pero él dijo: No; no sea que mientras recogéis la cizaña, desarraigéis también con ella el trigo. Que ambos crezcan juntos hasta la siega; y en el tiempo de la siega diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla, pero recoged el trigo en mi granero.”

El enemigo que siembra las semillas problemáticas es una ilustración de la obra de Satanás en la mente humana. Cristo es el sembrador, que esparce

el grano precioso en el barbecho del corazón; pero el enemigo de las almas se cuela en secreto y siembra las semillas del mal. Estos gérmenes de error brotan abundantemente y dan su fruto nocivo, a veces desplazando y destruyendo las preciosas plantas que los rodean. La tierra que debería haber producido buen grano para el alimento del hombre, se desperdicia, y las semillas del pecado son llevadas de allí a otros campos.

Llamaría especial atención el crecimiento de la cizaña entre el trigo. El grano sería objeto de severas críticas.

De hecho, todo el campo podría ser considerado sin valor por algún observador superficial, o por alguien que se deleitara en descubrir el mal. El sembrador podría ser condenado por él, como alguien que había mezclado la mala semilla con la buena para su propio mal propósito. Del mismo modo, los descarriados e hipócritas que profesan seguir a Jesús traen oprobio a la causa del cristianismo y hacen que el mundo dude de las verdades de Cristo. Así como la presencia de la cizaña entre el trigo contrarrestaba en gran medida la obra del sembrador, así el pecado entre [249] el pueblo de Dios frustra, en cierta medida, el plan de Jesús para salvar al hombre caído del poder de Satanás. y haz que la tierra estéril del corazón humano sea fecunda en buenas obras.

La cizaña se parecía tanto al trigo que los trabajadores podían fácilmente ser engañados cuando las hojas estaban verdes y desarraigar las buenas plantas. Pero cuando el campo estaba blanco para la cosecha, entonces la cizaña inútil no se parecía al trigo que se doblaba bajo el peso de sus espigas llenas y maduras. Luego, la cizaña fue arrancada y destruida sin piedad, mientras que el precioso grano se recogía en graneros. Los pecadores que hacen falsas pretensiones de piedad se mezclan por un tiempo con los verdaderos seguidores de Cristo, y esta apariencia externa de cristianismo está calculada para engañar a muchos. Pero en la cosecha del mundo no habrá semejanza entre el bien. Los impíos serán separados de los justos, para nunca más molestarlos.

Después que Jesús hubo despedido a la multitud, y se hubo retirado con sus discípulos a la casa, le pidieron que les explicara la parábola que les había dado, y él respondió: "El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; mas la cizaña son los hijos del maligno ; el enemigo que las sembró es el diablo; la cosecha es el final

del mundo; y los segadores son los ángeles. Así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin de este mundo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, ya los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será [250] el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. Quien tenga oídos para oír, que oiga”.

Estas palabras de Cristo no tienen sentido para aquellos que buscan un milenio temporal, cuando todo el mundo se convertirá.

Él declara expresamente que el trigo y la cizaña crecerán juntos hasta la cosecha, que es el fin del mundo. Luego se recogerá la cizaña del campo; pero no han de ser transformados en trigo por un gran milagro. Deben permanecer como cizaña, y deben ser echados en el fuego y completamente destruidos.

Jesús, en su explicación de la parábola, presenta claramente ante sus discípulos la gran diferencia entre el trato de los impíos y los justos en el tiempo en que los hombres serán juzgados por sus obras. Llegando hasta el fin de los tiempos, corrige las falsas doctrinas de los que se levantan para engañar al pueblo. Quería enseñar a los hombres que Dios, que hizo llover una tempestad de fuego sobre las ciudades de las llanuras y las destruyó a causa de la iniquidad que había en medio de ellas, ciertamente castigará al pecador. Él tiene en sus manos el destino de los hombres y de las naciones, y no siempre será burlado. Jesús mismo declara que hay un pecado mayor que el que trajo destrucción a Sodoma y Gomorra; es el pecado de aquellos que ven al Hijo de Dios y escuchan sus enseñanzas, pero se apartan de su salvación y rechazan su misericordia ofrecida. Pero los justos serán recompensados con la vida eterna.

Jesús, en sus enseñanzas en esta ocasión, pronunció muchas parábolas a la gente, para poder grabar con fuerza sus verdades en sus mentes. La misión de nuestro Salvador en el mundo fue sacar a la luz misterios ocultos que el hombre finito nunca podría desentrañar, problemas divinos que la mente humana es incapaz de resolver. “De la cual salvación han inquirido y escudriñado diligentemente los profetas, los cuales profetizaron acerca de la gracia que ha de venir sobre vosotros.” “Cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”. El Hijo de Dios vino para ser luz al mundo, para revelar a los hijos de los hombres las maravillas que aun los ángeles habían

en vano deseaba comprender. Explica pacientemente la maravillosa transformación de los pecadores mortales en hijos de Dios y herederos consigo mismo en el reino de los cielos. La introducción del pecado había abierto la puerta a toda especie de sufrimiento y miseria, hasta que las tinieblas morales envolvieron la tierra como un velo fúnebre; pero Jesús, el Restaurador, pone al hombre en conexión consigo mismo y lo recrea a la imagen divina.

El Salvador continuó con sus parábolas a la gente que escuchaba, diciendo : “Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo; la cual, cuando el hombre la encuentra, la esconde, y de gozo va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. Además, el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas; el cual, habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.” En aquellos días había muchos que buscaban tesoros que se suponía que estaban enterrados en ciertas localidades donde alguna vez se levantaron grandes ciudades.

En la gran vía de circulación, donde Jesús enseñaba entonces, no era raro encontrar [252] personas que habían recorrido largas distancias en su camino hacia donde se suponía que se podía encontrar un tesoro escondido. El deseo de grandes riquezas los condujo a un viaje plagado de muchos peligros. Habían dejado sus pasatiempos en una aventura que rara vez resultó exitosa. Pero si conseguían un pequeño tesoro, redoblaban sus esfuerzos, con la esperanza de realizar riquezas aún mayores. Jesús tenía en mente a esta clase de sus oyentes, cuando ilustró así las misteriosas riquezas de su gracia, que, una vez que han atraído el corazón del hombre, lo llevan a buscar mayores logros y mayores bendiciones. Cuanto más se da cuenta de la paz de Dios, más desea beber más profundamente de la fuente de su amor. La sed de justicia, el anhelo y la búsqueda de sus tesoros aumentan continuamente.

Para obtener un gran tesoro que se supone que está escondido en un campo, o una piedra preciosa que es de un valor grande y desconocido, el hombre que busca riquezas invierte toda su riqueza en ese campo, o lo usa para comprar el precioso joya, calculando que aumentará de valor en sus manos y le traerá la fortuna que codicia. Así también el cristiano, que desea las riquezas del cielo, debe dejar de lado todas las consideraciones que interfieren con su bienestar eterno, y poner su alma en la obra de asegurar las riquezas del amor de Cristo. Sus talentos, sus medios, sus energías, todo debe ser aplicado de tal manera que

ganar la aprobación de Dios. Jesús dirige la mente de sus oyentes a las riquezas infinitas, escondidas donde todos pueden dedicarse a buscarlas, seguros de tener éxito, nunca condenados a la decepción del trabajo infructuoso. Vino del Cielo para dirigir la búsqueda. Altos y bajos, ricos y pobres, están en pie de igualdad, y nadie necesita buscar en vano. La obediencia a su voluntad es la única condición del éxito, y [253] bien puede el buscador fervoroso darse el lujo de vender todo lo que tiene para poseer esta bendición del amor divino: la perla de gran precio.

Había muchos pescadores en la asamblea que escuchaban las enseñanzas de Jesús; y por lo tanto pronunció una parábola que traería su verdad directamente a sus mentes mediante una ilustración extraída de su vida diaria. Dijo él: "Además, el reino de los cielos es semejante a una red, que se echa en el mar, y se recoge de todas clases. La cual, cuando estuvo llena, la sacaron a la orilla y se sentaron, y juntaron las buenas en vasijas, pero desecharon las malas. Así será en el fin del mundo. Los ángeles saldrán y apartarán a los impíos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes." Aquí nuevamente la separación de los malvados de los justos al final del mundo está impresa en la mente de sus oyentes, en palabras que no pueden ser confundidas.

Jesús tenía un propósito sabio al usar tantas parábolas para enseñar las mismas verdades importantes. Todas las clases estaban ante él, pues era un lugar donde se reunían muchas personas diferentes en la realización de sus negocios o en sus viajes. Mediante el uso de una variedad de ilustraciones logró llegar a muchas mentes. La parábola del sembrador y la del trigo y la cizaña, aplicada a todos. Los campos estaban delante de ellos, y los trabajadores esparciendo la semilla, o cosechando el grano anterior. También la mostaza que crecía tan exuberantemente a su alrededor proporcionó una lección para todos.

Pero para recalcar sus verdades más de cerca, también pronunció otras parábolas para casos particulares. El buscador de riquezas representaba [254] a una clase numerosa, que no podía dejar de ser sorprendida por la parábola del tesoro escondido. Y la levadura, enterrada en la harina, aunque era una ilustración que todos podían entender, trajo a casa la verdad con mayor poder a las mentes de las mujeres, que conocían tan bien la acción de la levadura sobre la harina, y estaban así capacitado para establecer una comparación forzosa entre eso y el funcionamiento del poder de Dios.

gracia sobre el corazón humano. Jesús no pasó por alto a ninguno en sus enseñanzas, y los más humildes fueron recordados con tierna piedad.

El Salvador preguntó a sus discípulos si entendían estas cosas. Ellos respondieron: "Sí, Señor. Entonces les dijo: Por tanto, todo escriba que es instruido en el reino de los cielos es semejante a un hombre que es padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas". En esta parábola, Jesús presenta ante sus discípulos la responsabilidad de aquellos cuyo trabajo es dar al mundo la luz que han recibido de él. El Antiguo Testamento era toda la Escritura que existía entonces; pero no fue escrito meramente para los antiguos; era para todas las edades y para todas las personas. Jesús quiere que los maestros de su doctrina busquen diligentemente en el Antiguo Testamento esa luz que establezca su identidad como el Mesías anunciado en la profecía y revele la naturaleza de su misión al mundo. El Antiguo y el Nuevo Testamento son inseparables, pues ambos son enseñanzas de Cristo. La doctrina de los judíos, que aceptan sólo el Antiguo Testamento, no es para salvación, ya que rechazan al Salvador cuya vida y ministerio fue un cumplimiento de la [255] ley y las profecías. Y la doctrina de los que descartan el Antiguo Testamento no es para salvación, porque rechaza lo que es testimonio directo de Cristo. Los escépticos comienzan descontando el Antiguo Testamento, y se necesita un paso más para negar la validez del Nuevo, y así ambos son rechazados.

Los judíos tienen poca influencia sobre el mundo cristiano para mostrarles la importancia de los mandamientos, incluida la ley obligatoria del sábado, porque al sacar a la luz los viejos tesoros de la verdad, desechan los nuevos en las enseñanzas personales de Jesús . . . Por otro lado, la razón más fuerte por la que los cristianos no logran influir en los judíos para que acepten las enseñanzas de Cristo como el lenguaje de la sabiduría divina es porque, al sacar a la luz los tesoros de su palabra, desprecian las riquezas del Antiguo Testamento. , que son las enseñanzas anteriores del Hijo de Dios, a través de Moisés. Rechazan la ley proclamada desde el Sinaí y el sábado del cuarto mandamiento, instituido en el jardín del Edén. Pero el ministro del evangelio, que sigue las enseñanzas de Cristo, adquirirá un conocimiento completo tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, para poder presentarlos en su verdadera luz al pueblo como un todo inseparable, el que depende e ilumina el otro. De este m

como Jesús instruyó a sus discípulos, sacarán de su tesoro “cosas nuevas y viejas”.

Al contemplar los diversos campos en los que había trabajado, Jesús se llenó de compasión por los dispersos que lo habían aceptado como su Salvador y buscaban en él el pan de vida. Le parecían como ovejas que se quedan sin pastor, cuando debe ascender al Cielo. Antes de sus sufrimientos y muerte, era [256] necesario que comisionara a sus discípulos para que fueran sus representantes, a fin de que los creyentes pudieran considerarlos como maestros designados por Dios, para que en el tiempo de tinieblas y desánimo que se acercaba, no quedarse sin consejeros. Llamando a los doce acerca de él, les dijo; “A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos; Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.” Hasta ahora los discípulos tenían poca experiencia en la predicación de las verdades prácticas recibidas de su Señor; pero habían sido sus compañeros durante varios meses, y ocasionalmente los había enviado a trabajar solos por un corto tiempo, para prepararlos para su futura misión cuando ya no estuviera con ellos. Pero ahora los separó en parejas y los envió lejos de él en diferentes direcciones. Les delegó el poder de obrar milagros, pero en ningún caso debían emplear este poder para su propia exaltación o ventaja. Iban a estar fuera por unos pocos días, y no fueron enviados entre extraños en esta primera gira, sino entre sus hermanos que iban a preparar su camino para que pudieran tener acceso a la gente, muchos de los cuales deseaban sinceramente saber más de las doctrinas de Cristo.

Al enviar a sus discípulos, Jesús les instruyó que, al entrar en un pueblo o ciudad, buscaran a los que tenían buena reputación y se quedaran con ellos durante el tiempo que trabajaran en esa localidad; porque la influencia de tales personas sería beneficiosa para la causa. Pero si los discípulos no eran recibidos por aquellos a quienes iban, debían [257] sacudir hasta el polvo de sus pies contra la casa que les estaba cerrada, o contra la ciudad que rehusaba escuchar su mensaje. Este acto fue calculado para impresionar a la gente con la importancia del mensaje del evangelio, y con el hecho de que no podía ser menospreciado o rechazado con impunidad. El gran Maestro declaró a sus discípulos, con un énfasis sorprendente, que sería más tolerable para Sodoma

y Gomorra en el día del juicio que para la ciudad que se negó a escucharlos.

Jesús ordena a sus discípulos que den a conocer a otros aquellas verdades que él les había dicho solo a sus oídos, diciendo: “Lo que os digo en la oscuridad, eso decidlo vosotros en la luz; y lo que oís al oído, eso predicadlo desde las azoteas.” Conociendo los desaires y la persecución que van a encontrar en el ministerio en el que ahora están a punto de emprender, los fortalece para su obra asegurándoles que en todas sus tribulaciones y peligros venideros, Dios los protegerá. Deben continuar sin preocuparse por la oposición de los hombres, buscando solamente agradar a Dios en cuyas manos están: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.”

Deben seguir adelante, dando su testimonio de la verdad, y dejar su destino con su Padre Celestial. Jesús los consuela con el conocimiento del cuidado divino que vela por sus vidas, diciendo: “¿No se venden dos pajarillos por un centavo? y uno de ellos no caerá en tierra sin vuestro Padre. Pero los mismos cabellos de vuestra [258] cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos.”

Y finalmente, corona su instrucción y aliento con la gran seguridad de la recompensa eterna para aquellos que aceptan al Hijo de Dios y obedecen sus enseñanzas, y de denuncia para aquellos que las rechazan: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo le confiesaos también delante de mi Padre que está en los Cielos. Pero cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos”.

Así, el Salvador comisionó a sus discípulos para que salieran al mundo y predicaran su palabra, para sanar a los enfermos y consolar a los afligidos como le habían visto hacer, y ellos siguieron adelante, obrando de acuerdo con sus instrucciones. La misión de los siervos de Dios hoy es de la misma importancia vital que la de los apóstoles a quienes Cristo envió de él con tan solemnes palabras de instrucción. Aceptar o rechazar el mensaje de Cristo asegurará los resultados indicados por el Maestro a sus discípulos en aquella solemne ocasión en que les encargó enseñar su palabra al pueblo.

Capítulo 20—Los panes y los peces

Jesús, para obtener un poco de tiempo de reposo, y en beneficio de sus discípulos, les propuso que fueran con él a un lugar desierto y descansaran un rato. Había lugares adecuados para tal retiro más allá del mar de Cafarnaúm, y subieron a una barca para dirigirse allí. Pero algunos que buscaban a Jesús lo vieron alejarse de la orilla, y la gente ansiosa se reunió mirando la barca que se alejaba lentamente. Corrió la noticia de ciudad en ciudad que Jesús cruzaba el mar; y muchos que estaban ansiosos por verlo y oírlo acudieron en tropel al lugar donde se pensaba que su barca desembarcaría, mientras que otros lo seguían sobre el agua en barcas.

Entonces, cuando Jesús y sus discípulos desembarcaron, se encontraron en medio de una multitud de personas que avanzaban por todos lados para encontrarlos .

Cientos de enfermos y mutilados habían sido traídos para que Jesús los socorriera, y estaban dispuestos en el suelo en posiciones favorables para llamar su atención. La multitud había esperado su llegada con intensa ansiedad, y su número aumentaba continuamente. El Salvador no pudo encontrar aquí el descanso que buscaba, porque la compañía que esperaba acaparaba su atención; sus necesidades reclutaron su simpatía y ayuda inmediatas. No podía escabullirse con sus discípulos para asegurar el codiciado retiro y decepcionar a este pueblo expectante. Todos los males estaban representados entre los enfermos que reclamaban su aviso. Algunos ardían de fiebre e inconscientes de los ansiosos amigos que los atendían. Estaban los sordos, los ciegos, los paralíticos, los cojos y los lunáticos. Al contemplar esta multitud miserable, el corazón de Jesús se derretió de compasión.

Estaba tan presionado por la multitud que se apartó un poco sobre una eminencia cubierta de hierba, donde podía ser visto y oído por toda la gente. Aquí les enseñó durante todo el día, y [260] sanó a todos los enfermos y afligidos que le llevaban. Aquellos que habían estado confundidos en sus creencias y anhelaban alguna doctrina inteligente para aliviar su incertidumbre, encontraron disipadas sus tinieblas.

por los rayos de justicia de la presencia de Cristo, y quedaron encantados con la sencillez de las verdades que enseñó.

Su discurso era a menudo interrumpido por los delirantes desvaríos de algún enfermo de fiebre, o el grito desgarrador de los locos, cuyos amigos intentaban abrirse paso entre la multitud y llevar a los afligidos al Sanador. La voz de la sabiduría también se perdía a menudo en gritos de triunfo cuando las víctimas de enfermedades desesperadas recuperaban instantáneamente la salud y la fuerza. El gran Médico se sometió pacientemente a estas interrupciones y habló a todos con calma y bondad. Vino del otro lado del mar porque estaba cansado, pero he aquí que encontró casos más urgentes para su atención que en el lugar de donde había partido en secreto.

Por fin pasó el día, el sol se estaba ocultando por el oeste y, sin embargo, la gente se demoró. Muchos habían recorrido millas para escuchar las palabras de Jesús y no habían comido nada en todo el día. El Maestro había trabajado todo ese tiempo sin comer ni descansar, y los discípulos, viéndolo pálido de cansancio y hambre, le rogaron que descansara de su trabajo y tomara algún refrigerio. Como sus súplicas fueron en vano, consultaron entre sí sobre la conveniencia de sacarlo por la fuerza de la multitud ansiosa, temiendo que muriera de fatiga. Pedro y Juan tomaron cada uno del brazo de su bendito Maestro y amablemente se esforzaron por alejarlo. Pero él [261] se negó a ser sacado del lugar. Su trabajo era imperativo; cada solicitante de su misericordia sintió que su propio caso era el más urgente. La multitud presiona sobre el Salvador; lo mecen de aquí para allá. En sus esfuerzos por acercarse más a él, se pisotean unos a otros.

Jesús, al darse cuenta de todo esto, hace señas a Pedro, que está en su barca en el mar, para que se acerque. El discípulo obedece la señal y llega a la orilla. Jesús se abre paso entre la multitud y sube a la barca, pidiéndole a Pedro que se aleje un poco de tierra. Ahora se sienta en el bote oscilante del pescador y, a la vista y oído de la multitud, termina el día largo y arduo hablándoles verdades preciosas. El Hijo de Dios, dejando las cortes reales del Cielo, no toma su posición en el trono de David; pero desde el asiento oscilante de la barca de un pescador, habla las palabras de eterna sabiduría que han de ser inmortalizadas en la mente de sus discípulos y dadas al mundo como legado de Dios.

Al ponerse el sol, Jesús vio delante de él a cinco mil personas, además de mujeres y niños, que habían estado todo el día sin comer. Preguntó a Felipe acerca de la probabilidad de obtener pan para tantos, para que no regresaran a sus hogares sin haber refrescado ni desmayados en el camino. Esto lo hizo para probar la fe de sus discípulos, porque él mismo no tenía ningún problema en proporcionar alimento. El que no hiciera un milagro para saciar su propia hambre en el desierto, no permitiría que la multitud sufriera por falta de alimentos. Philip miró por encima del mar de cabezas y pensó en lo imposible que sería obtener comida suficiente para satisfacer las necesidades de tal multitud. Respondió que doscientos denarios de pan no **bastarían** para repartirse entre ellos, de modo que cada uno tuviera un poco. Jesús preguntó cuánta comida se podía encontrar entre la multitud. Le dijeron que Andrés había descubierto a un muchacho que traía consigo cinco panes de cebada y dos pececillos. Pero esto no era nada entre tantos, y estaban en un lugar desierto, donde no se podía obtener más.

Jesús mandó que le trajeran esta escasa provisión. Hecho esto, ordenó a sus discípulos que sentaran a la gente sobre la hierba en grupos de cincuenta y de cien, para mantener el orden y que todos pudieran presenciar el milagro que estaba a punto de hacer. Esta reunión de cinco mil personas en compañías se llevó a cabo satisfactoriamente, y todos estaban sentados en la presencia del Salvador. Luego tomó los panes y los peces y, habiendo dado gracias, los distribuyó a los discípulos y a la multitud en cantidades suficientes para satisfacer sus apetitos.

La gente se había acomodado en el orden requerido preguntándose qué se iba a hacer, pero su asombro no conoció límites cuando el problema se resolvió, y vieron comida repartida a esa vasta asamblea de la esbelta tienda apenas suficiente para una veintena de personas. . La comida no disminuyó, ya que Jesús se la pasó a sus discípulos, quienes a su vez sirvieron a la gente. Cada vez que volvían a él por un nuevo suministro, se les proporcionaba. Después de que todo estuvo satisfecho, ordenó a los discípulos que recogieran los fragmentos para que nada se perdiera; y los pedazos rotos llenaron doce canastas.

Durante esta notable fiesta, hubo mucha reflexión seria [263] entre los que fueron tan milagrosamente servidos. ellos habían seguido

Jesús para escuchar palabras como nunca antes habían llegado a sus oídos. Sus enseñanzas se habían hundido en sus corazones. Había sanado a sus enfermos, había consolado su dolor y, por último, en lugar de enviarlos hambrientos, los había alimentado generosamente. Su doctrina pura y sencilla se apoderó de sus mentes, y su tierna benevolencia ganó sus corazones. Mientras comían la comida que les había provisto, decidieron que este era en verdad el Mesías. Ningún otro podría hacer un milagro tan poderoso. Ningún poder humano podría crear a partir de cinco panes de cebada y dos pececillos alimentos suficientes para alimentar a miles de personas hambrientas. Sus enseñanzas y su obra de curación ya casi los habían convencido de su divinidad, y este milagro coronó su creciente convicción con una fe total.

Decidieron que este era el Príncipe de la Vida, el Libertador prometido de los judíos. Perciben que no hace ningún esfuerzo por ganarse el aplauso de la gente. En esto es esencialmente diferente de los principales sacerdotes y gobernantes, que ambicionan los títulos y el honor de los hombres. Temen que nunca reclamará su derecho como Rey de Israel y tomará su lugar en el trono de David en Jerusalén. Pero deciden que lo que no asumirá por sí mismo, lo reclamarán por él. No necesitan mayor evidencia de su poder divino ni esperarán más pruebas. Se consultan tranquilamente entre ellos y se las arreglan para tomarlo por la fuerza y llevarlo sobre sus hombros, proclamándolo Rey de Israel. Los discípulos se unen al pueblo para declarar que el trono de David es la [264] herencia legítima de su Maestro. Que los arrogantes sacerdotes y gobernantes sean humillados y obligados a dar honor a Aquel que viene revestido con la autoridad de Dios. Comienzan a idear medios para lograr su propósito; pero Jesús discierne sus planes, los cuales, si se siguen, frustrarían la misma obra que él se propone hacer, y pondría fin a su instrucción y obras de misericordia y benevolencia.

Ya los sacerdotes y los gobernantes lo ven como alguien que ha apartado los corazones de la gente de ellos hacia él. Ya temen tanto su creciente influencia entre ellos que buscan quitarle la vida. Sabe que la violencia y la insurrección serían el resultado de su exaltación como rey de Israel. Él no vino al mundo para establecer un reino temporal; su reino, como él había dicho, no era de este mundo. La multitud no percibe los peligros derivados del movimiento que contempla; pero el ojo sereno de la sabiduría divina

descubre todos los males ocultos. Jesús ve que es hora de cambiar la corriente de sentimiento entre la gente. Llama a sus discípulos y les indica que tomen inmediatamente la barca y regresen a Cafarnaúm, dejándolo a él para que despida a la gente. Promete encontrarse con ellos esa noche o a la mañana siguiente. Los discípulos son reacios a someterse a este arreglo. Aspiran a que Jesús reciba sus verdaderos méritos y sea levantado por encima de las persecuciones de los sacerdotes y gobernantes. El momento privilegiado parece haber llegado, cuando, por la voz unánime del pueblo, Cristo pueda ser elevado a su verdadera dignidad.

No pueden sentirse reconciliados de que todo este entusiasmo se desvanecerá. El pueblo se reunía de todas partes para celebrar la pascua en Jerusalén. Todos estaban ansiosos por ver al [265] gran Profeta cuya fama se había extendido por toda la tierra. Esto, para los fieles seguidores de Jesús, parecía la oportunidad de oro para establecer a su amado Maestro como rey de Israel. Parecía, en el resplandor de esta nueva ambición, algo muy duro para ellos partir solos y dejar a su Maestro solo en la costa desolada, rodeado de altas y áridas montañas.

Ellos protestan contra este arreglo; pero Jesús es firme en su decisión, y les manda seguir sus instrucciones con una autoridad que nunca antes había asumido hacia ellos. Obedecen en silencio. Entonces Jesús se vuelve hacia la multitud y percibe que están completamente decididos a obligarlo a convertirse en su rey. Sus movimientos deben ser revisados de inmediato. Los discípulos ya se habían ido, y él ahora, de pie ante ellos con gran dignidad, los despidió de una manera tan firme y decisiva que no se atreven a desobedecer sus órdenes. Las palabras de alabanza y exaltación mueren en sus labios. Sus pasos se detienen en el mismo acto de avanzar para agarrarlo, y las miradas alegres y ansiosas se desvanecen de sus semblantes. Había hombres de mente fuerte y firme determinación en esa multitud, pero el porte real de Jesús y sus pocas palabras tranquilas de autoridad sofocaron el tumulto en un momento y frustraron todos sus planes. Como hijos mansos y sumisos, obedecen el mandato de su Señor, sometándose humildemente y sin dudar a un poder que reconocen por encima de toda autoridad terrenal.

Jesús miró a la multitud que se retiraba con anhelo com- [266]

pasión. Sintió que eran como ovejas descarriadas sin pastor. Los sacerdotes, que deberían haber sido maestros en Israel, no eran más que máquinas para realizar ceremonias sin sentido y repetir la ley que ellos mismos no entendían ni practicaban. Cuando se quedó solo, subió a la montaña y, durante muchas horas, se inclinó en súplica ante el Padre con amarga agonía y lágrimas. No por él mismo eran esas oraciones fervientes, sino por el hombre, depravado y perdido, pero por la gracia redentora. Por el hombre luchó el Hijo de Dios con su Padre, pidiendo que la pobre criatura pecadora se volviera de su culpa a la luz de la salvación.

El Salvador sabía que sus días de esfuerzo personal por los hombres sobre la tierra estaban contados. El que leía el corazón de los hombres sabía que comparativamente pocos lo aceptarían como su Redentor, reconociéndose perdidos sin su ayuda divina. Los judíos estaban rechazando la misma ayuda que Dios les había enviado para salvarlos de la ruina total. Estaban atando las cadenas que los atan en la noche sin esperanza. Estaban atrayendo sobre sí mismos la ira segura de Dios por su maldad ciega y obstinada. De ahí el dolor de Jesús, y sus lágrimas y fuertes clamores por su pueblo equivocado, que despreciaba su amor que los cobijaría, y su misericordia que los salvaría de la retribución de sus pecados. Una profunda emoción sacude esa forma noble cuando se da cuenta de la perdición de las personas a las que ha venido a salvar. En cada prueba y emergencia, Jesús acudió a su Padre Celestial en busca de ayuda y, en esas entrevistas secretas, recibió fortaleza para la obra [267] que tenía por delante. Los cristianos deben seguir el ejemplo de su Salvador y buscar en la oración la fuerza que les permita soportar las pruebas y los deberes de la vida. La oración es la defensa del cristiano, la salvaguarda de su integridad y virtudes.

* * * * *

Capítulo 21—Caminando sobre el agua

Mientras tanto, los discípulos estaban en problemas. Se había levantado una tormenta y el lago estaba furioso. Hora tras hora trabajaron con los remos, siendo empujados de aquí para allá por la fuerza irresistible de las olas. Durante toda la noche fueron arrojados sobre las olas embravecidas, sintiéndose propensos en cualquier momento a ser engullidos por ellas. Fueron pocas horas de trabajo, con tiempo normal, llegar a la orilla opuesta, desde el lugar que habían dejado; pero su frágil barca se alejaba cada vez más del puerto que buscaban, juguete de la furiosa tempestad. Habían dejado a Jesús con corazones insatisfechos. Se habían puesto en marcha, murmurando entre ellos porque sus deseos no habían sido satisfechos en el asunto de exaltar a su Señor para ser el Rey de Israel. Se habían culpado a sí mismos por haberse desviado tan fácilmente de su propósito y ceder tan fácilmente a los mandatos de Jesús. Razonaron que si se hubieran quedado y persistido en su intención, podrían haber ganado finalmente el punto.

Cuando se levantó la tormenta, se arrepintieron aún más de haber dejado a Jesús. Si se hubieran quedado, este peligro se habría evitado. [268] Esta fue una prueba severa de su fe. En medio de la oscuridad y la tempestad, trataron de llegar al punto donde él había prometido encontrarlos, pero el viento impetuoso los obligó a desviarse e hizo inútiles todos sus esfuerzos. Eran hombres fuertes y acostumbrados al agua, pero ahora les fallaba el corazón de terror; anhelaban la presencia tranquila e imponente del Maestro, y sentían que si Él estuviera con ellos, estarían seguros. Pero Jesús no se había olvidado de sus discípulos. Desde la lejana orilla, su ojo perforó la oscuridad, vio su peligro y leyó sus pensamientos. Él no permitiría que uno de ellos pereciera. Así como una madre afectuosa mira al niño al que bondadosamente ha corregido, así el compasivo Maestro miraba a sus discípulos; y cuando sus corazones fueron subyugados, su ambición impía sofocada, y humildemente oraron pidiendo ayuda, les fue dada. En el mismo momento en que se creían perdidos, un relámpago reveló la figura de un hombre que caminaba hacia ellos sobre el agua.

Un terror indecible se apoderó de ellos. Las manos que habían agarrado los remos con músculos como el hierro, aflojaron su agarre y cayeron impotentes a sus costados. El bote se mecía a la voluntad de las olas, mientras sus ojos estaban clavados en esta visión de un hombre pisando con firmeza las olas cubiertas de blanco.

Pensaron que debía ser un espíritu, lo que presagiaba su destrucción inmediata. Jesús avanzó con calma como si fuera a adelantarlos, pero ellos reconocen su forma y sienten que no los dejará en su angustia. ¡Gritan, suplicando su ayuda! ¡La figura gira! Es su amado Maestro, cuya conocida voz habla, [269] silenciando su miedo: “Tened buen ánimo. Soy yo, no tengáis miedo. ¡Hubo alguna vez palabras tan bienvenidas, tan tranquilizadoras como éstas! Los discípulos están mudos de alegría. Sus temores se han ido. La tormenta se olvida. ¡Aclaman a Jesús como su Libertador!

El Ardiente Peter está casi fuera de sí de alegría. Ve a su Maestro pisando audazmente las olas cubiertas de espuma, viniendo a salvar a sus seguidores, y ama a su Señor como nunca antes. Anhela abrazarlo y adorarlo. Anhela encontrarse con él y caminar a su lado sobre las aguas tormentosas. Él clama: “Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas”. Jesús concedió su petición; pero Pedro había dado sólo un paso sobre la superficie del abismo hirviente cuando miró hacia atrás con orgullo hacia sus compañeros para ver si estaban observando sus movimientos y admirando la facilidad con la que pisaba las aguas blandas.

Al apartar los ojos de Jesús, cayeron sobre las olas embravecidas que parecían amenazar con avidez tragárselo; sus rugidos llenaban sus oídos, su cabeza daba vueltas, su corazón le fallaba de miedo. Mientras se hunde, recupera la suficiente presencia de ánimo para recordar que hay Uno cerca que puede rescatarlo. Extiende sus brazos hacia Jesús, clamando: “¡Señor, sálvame, o perezco!” El compasivo Salvador agarra las manos temblorosas que se extienden hacia él y levanta la forma que se hunde junto a la suya. Jamás ese rostro bondadoso y ese brazo fuerte se apartan de las manos suplicantes que se extienden pidiendo misericordia. Pedro se aferra a su Señor con humilde confianza, mientras Jesús le reprocha dulcemente: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?

[270]

El discípulo tembloroso ahora se aferra firmemente a la mano del Maestro hasta que ambos estén sentados a salvo en la barca entre sus gozosos

compañeros Pero Peter estaba apagado y silencioso; no tenía por qué jactarse de sus compañeros, porque casi había perdido la vida por la exaltación y la incredulidad. Cuando apartó los ojos de Jesús para notar la admiración de los demás, perdió la guía, y la duda y el miedo se apoderaron de él. Así es en la vida cristiana; nada sino un ojo firmemente fijo en el Salvador nos permitirá pisar las olas tormentosas del mundo. Inmediatamente después de que Jesús ocupó su lugar en la barca, estaban en tierra. La tempestad había cesado y la noche de horror fue sucedida por la luz del alba. Los discípulos y otros que también estaban a bordo, se inclinaron a los pies de Jesús con corazones agradecidos, diciendo: "¡En verdad eres el Hijo de Dios!"

La multitud que había sido alimentada el día anterior había dejado a Jesús en la orilla yerma, y sabían que no quedaba ninguna barca por la que pudiera partir. Por lo tanto, a la mañana siguiente regresaron al lugar donde lo habían visto por última vez mirando su partida con ojos compasivos. La noticia de su maravilloso milagro de alimentar a la multitud se había extendido por todas partes, y a una hora temprana comenzaron a llegar, por tierra y agua, en gran número. Pero buscaron en vano al gran Maestro, y finalmente regresaron a Capernaum, todavía buscándolo.

Mientras tanto, el Maestro, con sus discípulos, había encontrado la reclusión que buscaban el día anterior. Jesús sintió que era necesario dar a sus discípulos alguna instrucción especial, pero las multitudes lo seguían tan de cerca que era extremadamente difícil asegurar esos [271] períodos de retiro. No podía obtener tiempo para la oración durante el día, sino que con frecuencia dedicaba toda la noche a la comunión con su Padre Celestial, luchando en súplica por los hijos descarriados de los hombres. El Salvador, oprimido por la incredulidad de la humanidad, que llevaba el peso de la iniquidad del mundo, era ciertamente un Varón de dolores, experimentado en quebranto.

Jesús aprovechó las pocas horas de reclusión con sus discípulos para orar con ellos y enseñarles más definidamente acerca de la naturaleza de su reino. Vio que, en su debilidad humana, se inclinaban a desear que su reinado fuera temporal. Su ambición terrenal les había hecho confundirse en cuanto a la verdadera misión de Cristo. Ahora los reprendió por su concepto erróneo, y les enseñó que en lugar del honor mundano, lo esperaba la vergüenza, y en lugar de un trono, la cruz despiadada.

Les enseñó que por su causa y para ganar la salvación, también deben estar dispuestos a soportar el reproche y la humillación.

Se acercaba el tiempo en que Jesús moriría y dejaría a sus discípulos solos frente al mundo frío y cruel. Sabía cómo los perseguiría el odio amargo y la incredulidad, y deseaba alentarlos y fortalecerlos para sus pruebas. En consecuencia, se alejó solo y oró por ellos, intercediendo ante el Padre, para que en el momento de la terrible prueba que les esperaba, su fe fuera firme, y sus sufrimientos y muerte no los abrumaran por completo con desesperación. ¡Qué tierno amor era este, que, en vista de su propia agonía que se acercaba, se adelantó para proteger a sus compañeros del peligro!

[272] Cuando se reunió de nuevo con sus discípulos, les preguntó: “¿Quién dicen los hombres que soy yo, el Hijo del hombre? Y dijeron: Algunos dicen que tú eres Juan el Bautista; algunos, Elías; y los demás, Jeremías, o alguno de los profetas.” Interrogando aún más de cerca, inquirió: “Pero, ¿quién decís que soy yo?” Pedro, siempre dispuesto a hablar, respondió por sí mismo y por sus hermanos: “Tú eres Cristo, el Hijo del Dios viviente. Y respondiendo Jesús, le dijo: Bendito eres, Simón Bar-jona; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.”

A pesar de que la fe de muchos había fracasado por completo, y el poder de los sacerdotes y gobernantes era poderoso contra ellos, el valiente discípulo declaró así audazmente su creencia. Jesús vio, en este reconocimiento, el principio vivo que animaría los corazones de sus creyentes en las edades venideras. Es la obra misteriosa del Espíritu de Dios sobre el corazón humano lo que eleva la mente más humilde a un conocimiento por encima de toda sabiduría terrenal, una familiaridad con las sagradas verdades de Dios. Ah, en verdad, “bendito eres, Simón hijo de Jonás, porque la carne y la sangre no te lo han revelado”.

Jesús continuó: “Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.” La palabra Pedro significa piedra rodante. Cristo no se refirió a Pedro como la roca sobre la cual fundaría su iglesia. Su expresión, “esta roca”, se aplicó a sí mismo como el fundamento de la iglesia cristiana. En [Isaías 28:16](#), se hace la misma referencia: “Por tanto, así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, yo [273] he puesto en Sion, por fundamento, una piedra, piedra probada, esquina preciosa

piedra, cimiento seguro.” Es la misma piedra a la que se hace referencia en [Lucas 20:17, 18](#): “Y él, mirándolos, dijo: ¿Qué es, pues, esto que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores, ésta ha venido a ser cabeza de esquina? cualquiera que cayere sobre esa piedra, será quebrantado; pero sobre quien cayere, lo triturrará hasta convertirlo en polvo.” También en [Marcos 12:10, 11](#): “Y no habéis leído esta Escritura: La piedra que desecharon los edificadores, Ha venido a ser cabeza de esquina. ¿ Esto fue obra del Señor, y es maravilloso a nuestros ojos?

Estos textos prueban de manera concluyente que Cristo es la roca sobre la cual está edificada la iglesia y, en su discurso a Pedro, se refirió a sí mismo como la roca que es el fundamento de la iglesia. Continúa: “Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en el Cielo; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el Cielo.”

La iglesia romana hace una aplicación incorrecta de estas palabras de Cristo. Afirman que los dirigió especialmente a Peter. De ahí que se le represente en las obras de arte portando un manojo de llaves, que es un símbolo de confianza y autoridad otorgada a los embajadores y otros en altos cargos. Las palabras de Cristo: “A ti te daré las llaves del reino de los cielos”, no fueron dirigidas solo a Pedro, sino a los discípulos, incluidos los que componen la iglesia cristiana en todas las épocas. A Pedro no se le dio preferencia ni poder sobre el de los otros discípulos. Si Jesús hubiera delegado alguna autoridad especial en uno [274] de ellos, no los encontraríamos con tanta frecuencia discutiendo entre ellos sobre quién debería ser el mayor. Se habrían sometido de inmediato al deseo de su Maestro y habrían rendido honor a aquel a quien él había elegido como su cabeza.

Pero la iglesia católica romana afirma que Cristo invistió a Pedro con poder supremo sobre la iglesia cristiana, y que sus sucesores están divinamente autorizados para gobernar el mundo cristiano. En otro lugar, Jesús reconoce que existe el mismo poder en toda la iglesia que se afirma que le fue dado a Pedro solo, sobre la autoridad del texto citado anteriormente: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el Cielo.”

Capítulo 22—Cristo en la sinagoga

Esta entrevista de Jesús con sus discípulos, en la que habían recibido muchas enseñanzas preciosas, fue interrumpida por quienes lo habían estado buscando. Cuando la gente comenzó a congregarse a su alrededor, trayendo a sus enfermos y afligidos, él se dirigió a la sinagoga. Mientras estaba enseñando allí, muchos otros de los que lo habían dejado al otro lado del lago llegaron a la sinagoga, y se sorprendieron al ver allí a Jesús y a sus discípulos delante de ellos, sabiendo que no había ninguna barca en la que podría pasar al otro lado. Empezaron a preguntar cómo y cuándo había cruzado el mar. Se asombraron cuando los discípulos les relataron los acontecimientos de la noche anterior. La furia de la tempestad y las muchas horas de remar infructuoso contra la furia de los vientos adversos, la aparición de Cristo caminando sobre las aguas, los temores así suscitados, sus palabras tranquilizadoras, la aventura de Pedro y su resultado, con el repentino aquietamiento de la tempestad y el desembarco de la barca, fueron contados fielmente a la multitud maravillada, entre frecuentes interrupciones y exclamaciones de asombro.

Pero ahora su atención estaba dirigida a las lecciones de Jesús, tan llenas de interés solemne. Muchos quedaron profundamente afectados; pero las mentes de algunos estaban completamente absortas en la curiosidad acerca de la maravillosa relación que habían oído. Tan pronto como terminó el discurso, se reunieron alrededor del Salvador, interrogándolo, esperando recibir de sus propios labios un relato más completo de su poderosa obra de la noche anterior. Pero Jesús no satisfizo su ociosa curiosidad. También fue acosado por los fariseos, para mostrarles una señal del cielo de que era el Hijo de Dios. Pidieron una prueba de su poder milagroso, como la que se había dado al otro lado del mar. Lo importunaron para que repitiera sus maravillosas obras ante ellos.

Jesús les declaró que no lo buscaban por ningún motivo digno; que no deseaban aprender a agradar a Dios en su vida diaria; pero le pidieron que obrara milagros, a veces con espíritu de incredulidad, ya veces porque esperaban ser beneficiados por los favores temporales que él les otorgaría.

Les pidió que no trabajaran por la comida que perece, sino que buscaran [276] el alimento espiritual, esa sabiduría que perdura hasta la vida eterna. Esto sólo lo podía dar el Hijo de Dios, porque tiene el sello del Padre. Con solemne fervor trató de inculcarles que los favores temporales son de poca importancia comparados con la gracia celestial ofrecida por el Hijo de Dios.

“Entonces le dijeron: ¿Qué haremos para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado. Le dijeron entonces: ¿Qué señal, pues, muestras tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Qué trabajas? Nuestros padres comieron maná en el desierto; como está escrito: Pan del cielo les dio a comer.” Fue Cristo mismo quien condujo a los hebreos en sus viajes por el desierto. Era él quien les había dado de comer diariamente maná del cielo; sin embargo, lo refirieron ciegamente a este milagro, obrado por sus padres, en un espíritu de incredulidad cavilosa. Jesús les declaró que así como Dios les había dado el maná para preservar sus vidas, también les había enviado este regalo de su Hijo, para que por medio de él pudieran comer del pan de vida y llegar a ser inmortales.

“Entonces Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo, que no os dio Moisés aquel pan del cielo; pero mi Padre os da el verdadero pan del Cielo. Porque el pan de Dios es Aquel que descende del Cielo y da vida al mundo. Entonces le dijeron : Señor, danos siempre este pan”. Jesús usó el pan como figura para ilustrar el poder vitalizador de su Espíritu. Uno sustenta la vida física, mientras que el otro satisface el corazón y fortalece las [277] facultades morales. Dijo él: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene , nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Pero yo os he dicho que vosotros también me habéis visto y no creéis. Aquellos que experimentan la unión espiritual con Cristo nunca tienen hambre de un disfrute superior. Toda incertidumbre desaparece, el alma cansada encuentra refrigerio continuo en el Salvador. La sed febril de riqueza y honor se ha ido. Él es en ellos una fuente de agua que brota para vida eterna.

Jesús aseguró a los judíos que lo habían visto a él y sus obras, pero no creían. No se refirió a que lo vieran con sus ojos naturales; pero él quiso decir que su entendimiento había sido convencido, mientras que sus corazones orgullosos y obstinados se negaron a reconocerlo.

como el Mesías. El Salvador había estado haciendo en medio de ellos obras que ningún hombre había hecho jamás. Las evidencias vivientes de su poder divino habían estado ante ellos día tras día; sin embargo, sus corazones duros y cavilosos pidieron aún otra señal de su divinidad antes de creer. Si se les hubiera dado esto, todavía habrían permanecido tan incrédulos como antes. Si no estaban ya convencidos de su Mesianismo por lo que habían visto y oído, de nada servía mostrarles obras más maravillosas. La dignidad del santo Hijo de Dios no debía ser comprometida para complacer a una multitud que cuestiona.

Jesús dijo: “Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y sus oídos oyeron con dificultad, y sus ojos se han cerrado; no sea que en algún momento vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y yo los sane”. La incredulidad siempre encontrará motivo para dudar y razonar para descartar la prueba más positiva. Los judíos estaban constantemente en guardia, para que la abrumadora evidencia no los obligara a ceder en sus prejuicios e incredulidad. Aunque su entendimiento estaba convencido, se negaron a renunciar a su orgullo y santurronería, admitiendo que ellos mismos, que se habían jactado de su sabiduría sobre todo el resto del mundo, necesitaban un maestro.

Los judíos se habían reunido para celebrar la pascua. Al comer la carne del cordero, debían recordar que representaba al Cordero de Dios y su protección cuando los primogénitos de sus enemigos fueran asesinados en Egipto. La sangre que se ordenó a los hebreos que pusieran sobre los postes de sus puertas, y que era una señal de seguridad para ellos, también representaba la sangre de Cristo, que había de ser derramada por los pecados del mundo. El Salvador tiene poder para resucitar finalmente de entre los muertos a todos los que, por la fe, comen de su carne y beben de su sangre. Este alimento espiritual da a los creyentes una esperanza fundada de la resurrección a la vida inmortal en el re

Jesús declaró estas preciosas verdades a la multitud incrédula, diciendo: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque bajé del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

Y esta es la voluntad del Padre que me ha enviado, que de todo lo que me ha dado, yo no pierda nada, sino que lo resucite en el último día. Y esta es la voluntad del que me envió, que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna.

vida, y yo lo resucitaré en el día postrero”.

Habló de su futuro sacrificio con estas palabras: “Y el pan que yo os daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo”. Ofreció su salvación a todos los que quisieran aceptarlo, revestido de humanidad, como su Redentor, teniendo acceso al Padre y siendo investido por él con autoridad divina.

Pero a los judíos les desagradaba que Jesús afirmara ser el pan de vida bajado del cielo. “Y dijeron: ¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo es, pues, que dice: Yo bajé del cielo? Se aferraron tanto a su fanatismo y orgullo que ahora les parecía imposible creer en la evidencia que era tan clara como el sol del mediodía. Se despertaron sus celos de que este hombre de origen humilde pudiera hacer maravillas que ellos no podían explicar y enseñar verdades que no podían ser contradichas. Procuraron, pues, despertar el prejuicio y la incredulidad del pueblo, refiriéndose con desdén al humilde origen de Jesús, y por razón de su misterioso nacimiento, insinuando que era de dudosa filiación. Aludieron con desdén a su vida como trabajador galileo ya su familia como pobre y humilde. Declararon que las elevadas pretensiones de este carpintero sin educación debían ser repudiadas de inmediato.

Pero Jesús escuchó sus murmuraciones y los reprendió. Nuevamente, en un lenguaje más enérgico, declaró su conexión con el Padre y la necesidad de que el corazón sea iluminado por el Espíritu de Dios antes de que pueda sentir la necesidad de un Salvador.

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo [280] lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas, Y serán todos enseñados por Dios. Todo hombre, pues, que ha oído y aprendido del Padre, viene a mí”. Aquí se refiere a la profecía de Isaías: “Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová, y grande será la paz de tus hijos”.

Esta no era una nueva doctrina que Jesús enseñó. Era el cumplimiento de la profecía que, como expositores de la palabra, los sacerdotes y los ancianos deberían haber entendido cabalmente. Al declarar que nadie viene a él a menos que el Padre lo traiga, el Salvador deseaba que entendieran que Dios nunca se aparecería en persona para enseñarles acerca del camino de la vida. La humanidad no pudo soportar ni un momento la visión de su gloria; sólo a través del Hijo pudieron

ven a él Al ver y oír al Hijo, vieron y oyeron al Padre. Es Mediador entre Dios y sus hijos desobedientes.

Los judíos reclamaban a Dios como su maestro, pero Cristo declaró que tal profesión era vana, pues dijo: "Todo hombre, pues, que ha oído y aprendido del Padre, viene a mí".

Jesús no intentó responder a las preguntas planteadas con respecto a su nacimiento más de lo que había respondido a las relacionadas con su cruce del mar. No deseaba engrandecerse a sí mismo, ni los milagros que marcaron su vida. El prejuicio de los fariseos era más profundo de lo que indicaban sus preguntas, y se había arraigado en la amarga perversidad de sus corazones pecaminosos. Sus dichos y hechos no habían creado tales sentimientos, sino que sólo los habían llamado a la acción, porque su [281] doctrina pura y elevada no estaba en armonía con sus corazones egoístas. Dijo él: "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy ese pan de vida." Hubo puntos de vista contradictorios y mucha incertidumbre con respecto a la resurrección de los muertos. Aparte de la disensión entre los saduceos y los fariseos, los judíos estaban en una gran oscuridad en cuanto a la vida futura y la resurrección del cuerpo. Jesús se compadeció de ellos en su condición de ignorancia y les pidió que lo aceptaran a él, quien era su única esperanza, el gran Dador de vida, incluso el "pan de vida".

Le habían referido el maná que sus padres comieron en el desierto, como si el suministro de ese alimento fuera un milagro mayor que el que Jesús había obrado; pero ahora les declaró que el alimento temporal que entonces les daba el Cielo no era más que un regalo exiguo comparado con la bendición de la vida eterna que ahora les ofrecía. La comida ingerida entonces sostenía la fuerza, pero no impedía la proximidad de la muerte ni aseguraba la vida inmortal. El pan que el Hijo de Dios ofreció al hombre fue destructor de la muerte, dando al final vida inmortal al cuerpo. Dijo él: "Vuestros padres comieron maná en el desierto, y han muerto. Este es el pan que descende del cielo, para que el hombre coma de él, y no muera. Yo soy el pan vivo bajado del Cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo."

Nuestro Señor aquí apunta hacia su muerte cercana, la única verdadera propiciación por los pecados de la humanidad. Los judíos estaban a punto de [282] celebrar con gran ostentación la fiesta de la pascua. El cordero para ser

comido allí, era un símbolo del cuerpo de Cristo; sin embargo, la misma persona que representaba estaba en medio de ellos, presentándose como su Salvador, cuya sangre los preservaría de la ira de un Dios que odia el pecado, y ellos rechazan sus ofertas de misericordia.

El milagro que Jesús había realizado al alimentar a la multitud, le proporcionó una figura poderosa con la cual ilustrar su obra en la tierra. Declaró que, así como el pan temporal imparte salud y fuerza al cuerpo, así la fe en Cristo y la obediencia a sus enseñanzas darán vigor espiritual al alma y vida eterna. Pero los judíos, decididos a malinterpretar sus palabras, ahora se enzarzaron en una airada contienda, preguntando: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” Fingieron entender sus palabras en el mismo sentido literal que Nicodemo, cuando preguntó: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?” Comprendieron el significado de Jesús, pero no estaban dispuestos a reconocerlo. Pensaron que era una oportunidad favorable para predisponer a la gente contra él, presentándoles sus palabras bajo la luz más desfavorable. “Entonces Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo, que si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así el que me come, él también vivirá por mí. Este es aquel pan que descendió del Cielo; no como vuestros padres comieron maná, [283] y están muertos; el que come de este pan vivirá para siempre.”

Los judíos parecían estar horrorizados por estos dichos de Cristo. Su ley les prohibía estrictamente probar la sangre, e interpretaron su lenguaje en un discurso sacrílego, y disputaron y disputaron sus palabras entre ellos. Jesús dio a sus discípulos ya la gente lecciones que en ese momento no podían comprender plenamente debido a su oscuridad moral. Muchas cosas que sus seguidores no entendieron del todo cuando las pronunció, quedaron claras en los acontecimientos posteriores. Sus palabras fueron un sostén para sus corazones cuando ya no anduvo más con ellos.

Incluso los discípulos murmuraron ante estas últimas palabras de Jesús. Ellos dijeron: “Esta es una palabra dura; ¿Quién puede oírlo? El Salvador escuchó sus quejas y les respondió: “¿Esto os ofende? Qué

y si viereis al Hijo del Hombre subir donde estaba antes? Es el espíritu que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida". Así les instruyó que no era su carne humana la que daría vida eterna, sino la fe en sus palabras y en la eficacia del sacrificio que iba a hacer por el mundo. Su enseñanza y ejemplo, su vida y muerte, fueron el alimento celestial que les había de dar vida y vigor espiritual. Los reprendió porque habían murmurado cuando dijo que había bajado del cielo. Si no pudieron recibir esta verdad, ¿cómo sería cuando ascendiera ante sus ojos a ese Cielo de donde vino?

[284] Jesús sabía que le seguían muchos que esperaban recibir de él favores temporales. Lo buscaron para que hiciera algún milagro que los beneficiara; pero sobre todo tenían la esperanza de que finalmente los liberaría del yugo romano. También sabía que había alguien cerca que lo traicionaría. Él les dijo que había algunos entre ellos que no creían. "Y él dijo: Por eso os dije, que nadie puede venir a mí, si no le fuere dado de mi Padre."

Deseaba que entendieran que sus corazones deben estar abiertos al Espíritu de Dios antes de que puedan ser atraídos a él por la fe. Deben estar dispuestos a que sus errores sean reprobados, a evitar el mal y a llevar vidas santas. La incredulidad existente entre los sacerdotes y gobernantes hizo que la gente dudara y dudara. Jesús les había dado prueba suficiente de su divinidad; pero sus mentes incrédulas siempre buscaban explicar sus maravillosas obras. Ellos razonaron que los discípulos podrían haber estado bajo un engaño cuando lo vieron caminar sobre el agua.

Cierto, no podían dejar de admitir que había realizado muchas curaciones milagrosas y alimentado abundantemente a una gran multitud con cinco panes y dos pececillos; pero sus corazones insatisfechos preguntaron, si él podía hacer estas maravillas, ¿por qué no podría dar salud, fuerza y riquezas a todo su pueblo, liberarlos de sus opresores y exaltarlos al poder y al honor? Entonces creerían en él y glorificarían su nombre. Así se dejaron atar por la incredulidad y el descontento. Sus mentes burdas se negaron a comprender el significado de sus palabras: "Yo soy el pan que descendió del [285] Cielo". Su doctrina era demasiado pura y exaltada para atraer su carnal

corazones.

Este discurso de Jesús enfrió el entusiasmo de la gente. Si, al convertirse en sus discípulos, debían vivir vidas rectas, negarse a sí mismos y sufrir humillaciones, no deseaban unirse bajo su estandarte. ¡Ay de Israel! ¡No sabían el tiempo de su visitación! Rechazaron a su Salvador, porque anhelaban un conquistador que les diera poder temporal. Querían la comida que perece, y no la que permanece para vida eterna. Su ambición era por las riquezas y la gloria terrenales, y no tenían gusto por las palabras de Cristo que enseñaban la pureza personal y una reforma completa de la vida.

Muchas de las palabras y tratos de Jesús parecen misteriosos a las mentes finitas; pero todos sus propósitos eran claros para su entendimiento divino. Todo su plan estaba trazado ante él, perfecto en todos sus detalles. Cada acto fue calculado para producir sus resultados individuales. Cristo conocía plenamente la historia del mundo desde su creación hasta el fin de los tiempos. Si la mente del hombre fuera capaz de entender sus tratos, cada acto de su vida terrenal se destacaría importante, completo y en armonía con su misión divina.

El murmullo de sus seguidores entristeció el corazón del Salvador. Al reprender abiertamente su incredulidad ante la multitud, había aumentado su deslealtad, y muchos de ellos se volvieron atrás y ya no andaban con Jesús. Cuidó a estos descarriados con ojos de ternura compasiva. Se disgustaron mucho y, queriendo herir a Jesús y complacer la malicia de los fariseos, le dieron la *espalda* y lo abandonaron con desdén. Al hacer esto, cometieron el error fatal de rechazar el consejo de Dios para ellos. Fueron sucesos como estos los que hicieron del Salvador un Varón de dolores y experimentado en quebranto. La conciencia de que su bondad y compasión no fueron apreciadas, su amor no correspondido, su misericordia menospreciada, su salvación rechazada, llenó su alma divina con un dolor inexpresable. Si estos discípulos desagradecidos hubieran discernido cómo veía Dios su comportamiento hacia su amado Hijo, difícilmente se habrían marchado tan orgullosos y desafiantes. Estaban eligiendo las tinieblas en lugar de la luz, porque eran demasiado vanidosos y farisaicos para recibir una reprimenda merecida, y demasiado mundanos para aceptar una vida de humildad a fin de asegurar la salvación. Ante todas sus maravillas se apartaron de Aquel que, por la belleza de su doctrina y

su misericordia y benevolencia, había llamado a miles a su lado; que había aliviado a la humanidad doliente, de modo que ciudades y aldeas enteras estaban libres de enfermedades, y no había trabajo para un médico entre ellos.

Cuando vemos la generosidad de Cristo hacia los pobres y los que sufren, su paciencia con los groseros e ignorantes, su abnegación y sacrificio, nos perdemos en la admiración y la reverencia. ¡Qué don ha prodigado Dios al hombre, alejado de él por el pecado y la desobediencia! ¡Qué bien se rompa el corazón y corran las lágrimas ante la contemplación de tan inefable amor! Cristo se rebajó a sí mismo a la humanidad para poder alcanzar al hombre hundido en las profundidades del dolor y la degradación, y elevarlo a una vida más noble, darle fuerza moral para resistir el poder de Satanás y [287] vencer el pecado en su nombre. Triste fue la recompensa que maravillosa condescendencia.

Las palabras de Jesús fueron despreciadas porque declaró que fuera las profesiones de barrio y las observancias de las formas no valdrían; la obra debe llegar al corazón y producir frutos dignos de arrepentimiento. Las palabras que dirigió a sus discípulos también las dirige hoy a los seguidores de Cristo. La misma necesidad existe para un corazón limpio y una vida pura. Sin embargo, ¡cuántos rechazan la amonestación de Dios, pronunciada por sus siervos, y las verdades prácticas y cercanas grabadas en sus corazones, porque sus vidas no están de acuerdo con la voluntad de Dios, porque perciben que es necesaria una reforma completa, y no están dispuestos a emprender la obra de abnegación y, por lo tanto, están enojados porque sus pecados han sido descubiertos. Se van ofendidos, así como los discípulos se alejaron de Jesús, murmurando: "Dura es esta palabra; ¿Quién puede oírlo?"

Los que profesan la piedad, pero no prestan atención a las amonestaciones del Señor, ni regulan sus vidas en armonía con su santa voluntad, se sujetan cada vez más firmemente con cadenas de oscuridad. Muchos de los que ahora profesan creer en la verdad de Cristo, no soportan la prueba mejor que los que se apartaron de seguirlo. Muchos, mientras profesan la fe, están tan separados de Cristo por corazones de incredulidad, que rechazan las palabras y obras de Dios mostradas a través de sus siervos. Si la revelación divina no armoniza con sus puntos de vista, se sienten en libertad de apartarse de sus enseñanzas. Si reprende sus pecados, se ofenden. La alabanza y la adulación serían gratas a sus oídos, pero la verdad es desagradable, no pueden oírla. Cuando el

las multitudes siguen, y las multitudes son alimentadas, y los gritos de triunfo [288] se elevan, sus voces son fuertes en alabanza; pero cuando el escudriñamiento del Espíritu de Dios les revela su pecado y les pide que lo dejen, dan la espalda a la verdad y “no andan más con Jesús”.

Dios no se propone ser llamado a rendir cuentas por sus caminos y obras. Es para su gloria ocultar sus propósitos ahora; pero poco a poco se revelarán en su verdadera importancia. Pero no ha ocultado su gran amor, que está en la base de todos sus tratos con sus hijos. Ha revelado su amor en el don de su Hijo y en las muchas providencias por las que se manifiesta.

El que vive cerca de Jesús puede comprender mucho del misterio de la piedad y comprender el amor que administra la reprensión merecida. La humanidad, alienada de Dios, sólo puede reconciliarse con él participando espiritualmente de la carne y la sangre de su amado Hijo.

El Salvador no intentó evitar que los discípulos descontentos lo dejaran, sino que, dirigiéndose a los doce escogidos, dijo con tristeza: “¿También vosotros queréis iros?”. Pedro respondió rápidamente preguntando a su vez: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y estamos seguros de que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Cuán llenas de significado están estas palabras: “¿A quién iremos?” Los maestros de Israel eran esclavos de la fría formalidad. Los fariseos y los saduceos estaban en constante disputa acerca de la doctrina de la resurrección y otros puntos de diferencia. Dejar a Jesús era caer entre los rigurosos de los ritos y las ceremonias, y los hombres ambiciosos que buscaban su propia gloria. Los discípulos habían sentido más paz y alegría desde que aceptaron a Cristo que en todas sus [289] vidas anteriores. Habían mirado hacia atrás con horror a su curso anterior de descuido e iniquidad. ¿Cómo podrían ellos, cuyos ojos habían sido abiertos para discernir la malicia y el fanatismo de los judíos, volver a aquellos que habían despreciado y perseguido al Amigo de los pecadores? Por mucho tiempo los había sostenido su fe en la búsqueda del Mesías, y ahora que había venido, no podían volverse de su presencia a los que estaban acechando su vida y los habían perseguido por obedecerle.

“¿A quién iremos?” No de la doctrina de Cristo, sus lecciones de amor y caridad, a las tinieblas de la incredulidad, la maldad del mundo. Mientras muchos se alejaban del Salvador que había sido testigo de sus obras milagrosas, que lo había visto sanar a los enfermos y consolar a los afligidos, que había sido electrificado por el poder celestial

majestuosidad de su porte, Pedro expresa la fe de los discípulos: “Tú eres el Cristo”. Nunca negarán que él es el Redentor del mundo, el Hijo de Dios. La sola idea de perder esta ancla de sus almas estremecía sus corazones con angustia. Volver a estar desprovisto de un Salvador, sujeto al temor y la superstición, sería estar a la deriva en un mar oscuro y tormentoso.

Algunos pueden cuestionar la sabiduría de Jesús al presentar un tema tan fácilmente malentendido como el que había apartado a tantos de él en esta ocasión. Pero tenía un propósito a la vista. Vio que una prueba muy dura esperaba a sus discípulos en su traición, su agonía en Getsemaní y su crucifixión. Él sabía quiénes entre sus seguidores eran incrédulos y quiénes eran de fe débil. Si no se les hubiera puesto a prueba, Jesús habría tenido muchos entre sus seguidores que eran de carácter débil e indecisos. Cuando vino el gran juicio, y su Señor fue traicionado y condenado en la Sala del Juicio; cuando fue humillado, y la multitud, que lo había aclamado como su rey, le silbaba y lo injuriaba; cuando la multitud cruel y burlona gritó: “¡Crucifícalo!”, entonces estos pusilánimes se habrían hundido bajo el miedo y la desilusión.

La apostasía de estos profesos seguidores de Cristo en ese momento habría sido más de lo que los doce podrían haber soportado además de su gran dolor y la terrible ruina de sus más preciadas esperanzas. El ejemplo de aquellos que se apartaron de él, podría, en esa hora de horror, haber arrastrado todo lo demás con ellos. Pero Jesús provocó esta crisis mientras aún estaba presente para consolar y fortalecer a sus elegidos, y prepararlos para lo que vendría después. Cuando la chusma que aullaba se burlaba de Aquel que estaba condenado a la cruz, los discípulos no se sorprendieron por este insulto a su Maestro, porque habían visto la inconstancia de aquellos que una vez lo habían seguido. Cuando aquellos que habían profesado amar al Maestro se apartaron de él en el momento de su angustia, los discípulos recordaron que lo mismo había ocurrido antes, con menos razón. Habían puesto a prueba el favor inconstante del mundo, y no dependían de su fe en las opiniones de los demás. Jesús preparó sabiamente las mentes de sus pocos fieles para la gran prueba de su traición y muerte.

Pedro tenía una gran fe en Jesús. Desde el principio había creído que él era el Mesías. Había visto y oído a Juan, que era el precursor de Cristo, proclamarlo como el Cordero de Dios que

quita los pecados del mundo. Había estado íntimamente relacionado [291] con Jesús, había presenciado sus milagros, escuchado sus enseñanzas y estaba convencido de que era el Hijo de Dios. Muchos que habían sido convencidos por la predicación de Juan y habían aceptado a Cristo, comenzaron a dudar . en cuanto a la misión de Juan, cuando fue encarcelado y condenado a muerte. También dudaron si Jesús era realmente el Mesías, a quien habían buscado durante tanto tiempo.

Pero la fe de Pedro nunca decayó; siguió a su Maestro con una devoción inquebrantable. Cuando aquellos de los discípulos que habían esperado ardientemente que Jesús hiciera una gran demostración de poder y tomara su lugar en el trono de David, lo abandonaron porque percibieron que él no tenía tal intención, Pedro y sus compañeros no vacilaron en su lealtad. El curso vacilante de los que ayer alababan y hoy condenaban, no afectó la fe del verdadero seguidor del Salvador. Pedro declara: "Tú eres el Hijo del Dios viviente". No esperó los honores reales para coronar a su Señor, sino que lo aceptó en su humillación. Pedro, en su confesión de Cristo, expresó la fe de los discípulos. Pero a pesar de esto, Jesús sabía que ni sus seguidores creyentes ni ninguno de los judíos tenían idea de asociar la humillación, el sufrimiento y la muerte con su Mesías. ¡Redentor compasivo, quien, con pleno conocimiento del destino que le esperaba, tiernamente allanó el camino para sus discípulos, los preparó para su prueba culminante y los fortaleció

[292]

Capítulo 23—El paralítico

Nuevamente la misión de Cristo lo llevó a Cafarnaúm. Cuando se difundió la noticia de que Jesús era un huésped en la casa de Pedro, hombres, mujeres y niños acudieron de todas partes para escuchar al maravilloso Maestro. Había un hombre en la vecindad que estaba reducido a la indefensión total por la incurable enfermedad de la parálisis. Había renunciado a toda esperanza de recuperación. Pero sus amigos y parientes habían oído la misericordiosa instrucción de Jesús; habían sido testigos de sus maravillosos milagros; vieron que no rechazaba a nadie, que incluso los repugnantes leprosos encontraban acceso a su presencia y eran sanados, y comenzaron a esperar que el paralítico podría ser aliviado si Jesús podía ponerlo bajo su atención.

Trataban de animar al que sufría, hablándole del poder milagroso de Jesús para curar toda enfermedad, de las palabras de misericordia que había dicho a los desesperados, y de los que son liberados del poder de Satanás por una palabra de su autoridad sublime. Mientras el hombre paralítico escuchaba las buenas nuevas, la esperanza revivió en su corazón de que podría ser aliviado de su terrible enfermedad. Anhelaba ver a Jesús y ponerse en sus manos. Pero cuando reflexionó que la disipación había sido la causa principal de su aflicción, la esperanza se hundió porque temía que no sería tolerado en la presencia del Médico puro. Había amado los placeres del pecado, su vida había sido una transgresión [293] de la ley de Dios, y la aflicción de su cuerpo era la pena de su delito.

Mucho antes había puesto su caso en manos de los fariseos y médicos, suplicando su interés y simpatía, con la esperanza de que hicieran algo para aliviar su mente torturada y sus sufrimientos físicos. Pero lo miraron con frialdad y lo declararon incurable. Se habían sumado a su aflicción diciéndole que solo estaba sufriendo la justa retribución de Dios por sus faltas. Era costumbre de los fariseos mantenerse alejados de los enfermos y necesitados. Sostenían que la enfermedad y la angustia eran siempre una evidencia de la ira de Dios hacia el transgresor. Sin embargo, con frecuencia

estos mismos hombres, que se exaltaban a sí mismos como santos y gozaban del favor peculiar de Dios, eran más corruptos en corazón y vida que los pobres sufrientes a quienes condenaban.

El paralítico se había hundido en la desesperación al no ver ayuda de ninguna parte, hasta que la noticia de los milagros de misericordia realizados por Jesús había despertado de nuevo la esperanza en su pecho. Sin embargo, temía que no se le permitiera estar en su presencia; sintió que si Jesús solo lo viera y le diera alivio mental al perdonar sus pecados, estaría contento de vivir o morir de acuerdo con su justa voluntad. Sus amigos le aseguraron que Jesús había sanado a otros que eran en todos los aspectos tan pecadores e indefensos como él, y esto lo animó a creer que su propia petición sería concedida.

Sintió que no había tiempo que perder; ya su carne gastada comenzaba a descomponerse. Si se puede hacer algo para detener la mortalidad, debe hacerse de inmediato. El grito desesperado del moribundo fue, [29] ¡Ojalá pudiera entrar en su presencia! Sus amigos estaban ansiosos por ayudarlo a satisfacer su deseo, y se sugirieron varios proyectos para lograr este resultado, pero ninguno de ellos parecía factible. El enfermo, aunque atormentado por el dolor corporal, conservó toda la fuerza de su intelecto, y ahora propuso a sus amigos que lo llevaran en su cama a Jesús. Esto se comprometieron a hacer alegremente.

Cuando se acercaron a la densa multitud que se había reunido en la casa donde Jesús estaba enseñando y sus alrededores, parecía dudoso que pudieran lograr su propósito. Sin embargo, siguieron adelante con su carga, hasta que su paso quedó completamente bloqueado y se vieron obligados a detenerse antes de llegar a escuchar la voz del Salvador. Jesús estaba dentro y, como era costumbre, sus discípulos se sentaron cerca de él; porque era sumamente importante que escucharan sus palabras y entendieran las verdades que debían proclamar de palabra o de pluma en todas las tierras y a través de todas las edades.

Los altivos fariseos, los doctores y los escribas, también se juntaron con malos propósitos en sus corazones, y un deseo de confundir y confundir al sagrado Maestro, para acusarlo de ser un impostor y condenarlo a muerte. Celosos de su poder y sabiduría, ocultaron su intenso odio, con el propósito de vigilar de cerca sus palabras y llamarlo sobre varios temas con la esperanza de sorprenderlo en alguna contradicción o herejía prohibida que les diera una excusa para

prefiera cargos en su contra. Estaban presentes cuando Jesús curó la mano seca en el día de reposo, y estos hombres, que pretendían gozar del favor especial de Dios, se llenaron de locura porque él se había atrevido a hacer esta buena obra en el día del Señor.

Fuera de estos magnates se agolpaba la multitud promiscua, atraída allí por diversos motivos. Algunos sintieron un impulso irresistible de escuchar las palabras de Jesús, pero vagamente comprendieron su significado. Estaban ansiosos por captar cada sílaba de las declaraciones sagradas; y, en muchos casos, semillas de vida alojadas en sus corazones, para brotar después y dar frutos benditos. Otros procedían del asombro y la curiosidad, o del amor por la excitación: el deseo de ver y oír algo nuevo. Todos los grados de la sociedad estaban representados allí, y muchas nacionalidades diferentes.

A través de esta multitud creciente, los portadores del paralítico buscan abrirse camino; pero el intento es inútil. Insisten en la necesidad de su caso, a fin de persuadir a la gente a retroceder, pero es en vano. Los sufrimientos del inválido aumentan con su ansiedad, y sus amigos temen que muera en esta escena de confusión. El enfermo mira a su alrededor con una angustia indecible. ¿Debe renunciar a toda esperanza cuando la ayuda anhelada está tan cerca? Siente que no puede soportar tan amarga desilusión. Sugiere que lo lleven a la parte trasera de la casa, rompan el techo y lo bajen a la presencia inmediata de Jesús.

Al ver que es su única oportunidad de vida, y temiendo que no pueda vivir para ser llevado a casa, sus amigos siguen su sugerencia. El techo se abre y el enfermo es bajado a los mismos pies de Cristo.

El discurso se interrumpe; el Salvador mira ese semblante triste [296] y ve los ojos suplicantes fijos en él con una súplica silenciosa. Comprende el caso, porque fue él quien condujo a sí mismo al espíritu perplejo y dudoso. Había venido al mundo para dar esperanza a los culpables y desdichados. Juan lo había señalado como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. El espíritu divino de Jesús conmovió el corazón de este pobre pecador, y mientras aún estaba en casa, había traído convicción a su conciencia. Había visto cómo el primer rayo de fe se profundizaba en la creencia de que Jesús era su único ayudante, y lo había visto crecer con cada esfuerzo por llegar a su presencia.

El que sufría tenía riqueza, pero no podía aliviar su alma de la culpa, ni quitar la enfermedad de su cuerpo. Pero el poder divino lo atrajo hacia el Amigo de los pecadores, el único que podía aliviarlo. Jesús reconoce la fe que se manifiesta en los esfuerzos del enfermo, en medio de dificultades tan desconcertantes, por llegar a la presencia de su Señor, y alzando la voz en tonos melódicos, se dirige a él: "Hijo, ten ánimo, tus pecados te son perdonados". El e." La carga de la oscuridad y la desesperación rueda desde el alma del hombre enfermo; la paz del amor perfecto y del perdón descansa sobre su espíritu y resplandece en su rostro. Su dolor físico se ha ido, y todo su ser se transforma ante los ojos de la multitud atónita. ¡ El paralítico indefenso es sanado, el pecador culpable es perdonado! Ahora ha recibido la evidencia que tanto deseaba. Sin embargo, no aquí, sino en casa, cuando se arrepintió de sus pecados y creyó en el poder de Jesús para sanarlo, las misericordias vivificantes del Salvador primero bendijeron su corazón anhelante.

La fe sencilla del paralítico acogió las palabras del Maestro [297] como la bendición de una nueva vida. Prefirió no pedir más, no hizo una demostración ruidosa, sino que permaneció en un silencio dichoso demasiado feliz para las palabras. La luz del Cielo irradió su semblante, y la gente miró con asombro la escena ante ellos. Cristo se puso de pie con una majestad serena que lo elevó por encima de los dignatarios de la sinagoga y los doctores de la ley. Los fariseos, los escribas y los doctores habían esperado ansiosamente para ver qué disposición tomaría Jesús de este caso. Recordaron que el sufriente les había pedido ayuda, y que ellos se habían atrincherado en la santidad de su oficio y le negaron un rayo de aliento. Incluso habían expresado su molestia por ser molestados por un asunto tan desagradable. Habían mirado con horror su forma marchita y dijeron: No podemos resucitar a uno de entre los muertos; la disolución ya ha comenzado.

No satisfechos con la agonía así infligida, habían declarado que estaba sufriendo la maldición de Dios por sus pecados. Todas estas cosas vinieron frescas a sus mentes cuando vieron al hombre enfermo frente a ellos. También percibieron que la gente, la mayoría de los cuales conocía estos hechos, observaba la escena con intenso interés y asombro. Sintieron un temor terrible de que se perdería su propia influencia, no sólo sobre la multitud presente, sino también sobre todos los que debían enterarse de la noticia de este maravilloso acontecimiento.

Estos nobles hombres no intercambiaron palabras entre sí, sino que mirándose a la cara, leyeron el mismo pensamiento expresado en [298] cada semblante: Algo debe hacerse para detener la marea del sentimiento popular. Jesús había declarado que los pecados del paralítico eran perdonados. Los fariseos entendieron estas palabras como una suposición de poder infinito, una blasfemia contra Dios, y concibieron que podían presentar esto ante la gente como un crimen digno de muerte. No expresaron sus pensamientos, pero estos adoradores de formas y símbolos decían en sus mentes, ¡Él es un blasfemo! ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? Estaban apoderándose de las palabras de perdón divino del Salvador, para usarlas como un medio por el cual acusarlo.

Pero Jesús leyó sus pensamientos y, fijando en ellos su mirada de reproche, ante la cual se encogieron y retrocedieron, les habló así: “¿Por qué pensáis estas cosas en vuestros corazones? Si es más fácil decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados; o decir: Levántate, toma tu lecho, y anda? Mas para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.

Entonces el que había sido llevado a Jesús en una litera, y cuyos miembros eran entonces inútiles, se pone de pie con la elasticidad y la fuerza de la juventud. La sangre que da vida corre por sus venas, buscando sus canales naturales con una precisión infalible. La maquinaria humana rezagada salta a la actividad repentina, el brillo animador de la salud sucede a la palidez de la muerte que se aproxima. “E inmediatamente se levantó, tomó la cama y salió delante de todos; tanto que estaban todos asombrados, y glorificaban a Dios, diciendo: Nunca lo vimos de esta manera.”

[299] ¡Vaya! ¡ Maravilloso amor de Cristo, que se inclina a sanar a los culpables y a los afligidos! ¡ Divinidad afligida y calmando los males de la humanidad doliente! ¡Vaya! ¡ Maravilloso poder así mostrado a los hijos de los hombres! ¡Quién puede dudar del mensaje de salvación! ¡ Quién puede menospreciar las misericordias de un Redentor compasivo!

El efecto de este maravilloso milagro sobre la gente fue como si el Cielo se hubiera abierto y revelado las glorias de un mundo mejor. Mientras el hombre que había sido curado de la parálisis pasaba entre la multitud, bendiciendo a Dios en cada paso que daba y llevando su carga como si fuera el peso de una pluma, la gente retrocedió para darle lugar,

y con rostros asombrados lo miraron, y susurraron suavemente entre ellos, diciendo: "Hoy hemos visto cosas extrañas".

Los fariseos estaban mudos de asombro y abrumados por la derrota. Vieron que aquí no había oportunidad para que sus prejuicios y celos inflamaran a la multitud. La maravillosa obra realizada en el hombre a quien ellos, en su arrogancia, habían entregado a la muerte y a la ira de Dios, había impresionado tanto la mente de la gente que la influencia de estos líderes judíos fue, por el momento, olvidada.

Vieron que Cristo poseía un poder y lo reclamaron como su propia prerrogativa, que pensaron que pertenecía solo a Dios. La gentil dignidad de sus modales, unida a sus obras milagrosas, contrastaba tan marcadamente con su propio porte orgulloso y santurrón, que estaban desconcertados y avergonzados, reconociendo, pero no confesando, la presencia de un Ser Superior.

Si los escribas y fariseos hubieran sido honestos ante Dios, habrían cedido a la evidencia concluyente que habían presenciado de que Jesús era el Prometido de Israel. Pero estaban decididos [300] a que nada los convenciera de este hecho. Estaban en oposición altiva y resuelta a este Maestro manso y humilde, que venía de los talleres de Nazaret, pero con sus maravillosas obras amenazaba con aniquilar su dignidad y posición. Así que no cedieron en ningún grado a su odio y malicia, sino que se fueron a inventar nuevos planes para condenar y silenciar al Hijo de Dios.

Estos hombres habían recibido muchas y repetidas pruebas de que Jesús era el Salvador prometido, pero ninguna había sido tan convincente e incuestionable como este milagro de misericordia. Sin embargo, cuanto más fuerte era la evidencia que se les presentaba a sus mentes de que Jesús tenía poder en la tierra para perdonar los pecados, así como para sanar a los enfermos, más se armaban con odio e incredulidad, hasta que Dios los dejó forjar cadenas que átalos en oscuridad sin esperanza. No había poder de reserva para llegar a corazones tan endurecidos por la malicia y el escepticismo.

Muchos en estos días están siguiendo el mismo proceder que los judíos incrédulos. Dios les ha dado una luz que se niegan a aceptar. Su Espíritu los ha reprendido; pero han hecho de sus reproches una piedra de tropiezo en su camino, sobre la cual tropiezan y caen. Han rechazado sus misericordias ofrecidas, se han burlado de creer en su verdad, hasta que se les deja sin restricciones para seguir su curso descendente.

Hubo gran regocijo en la casa del paralítico curado, cuando llegó en medio de su familia, cargando con facilidad el lecho sobre el cual había sido llevado lentamente desde su presencia poco tiempo antes. Se reunieron alrededor con lágrimas de alegría, sin apenas [301] atreverse a creer lo que veían. Estaba de pie ante ellos en pleno vigor de la virilidad.

Aquellos brazos que habían visto sin vida se apresuraron a obedecer su voluntad; la carne que había estado encogida y plúmbea ahora estaba fresca y rojiza de salud; caminaba con paso firme y libre; la esperanza estaba escrita en todos los rasgos de su semblante; toda tristeza había desaparecido, y una expresión de paz y pureza había ocupado el lugar de las marcas del pecado y el sufrimiento. De aquella casa subieron gozosas acciones de gracias , y Dios fue glorificado por medio de su Hijo, que había devuelto la esperanza a los desesperanzados, y la fortale

Este hombre y su familia estaban dispuestos a dar su vida por Jesús. Ninguna duda podría empañar su fe, ninguna incredulidad podría estropear su perfecta lealtad a Cristo, quien había traído luz a su hogar en tinieblas.

* * * * *

Capítulo 24—La mujer de Canaán

Jesús ahora dejó la vecindad de Jerusalén y fue a las costas de Tiro y Sidón. Aquí se encontró una mujer que era cananea y le suplicó que sanara a su hija, que estaba gravemente enfadada por un demonio. La mujer bien sabía que los judíos no tenían trato con los cananeos y que se negaban incluso a hablarles; pero habiendo oído de los milagros de misericordia que Jesús había hecho, resolvió suplicarle que librara a su hija de la terrible aflicción que estaba sobre ella. La pobre mujer se dio cuenta de que su única esperanza estaba en Jesús, y tenía fe perfecta en su poder para hacer lo que ella le pedía.

Pero Jesús recibió las importunidades de este representante de una raza despreciada de la misma manera que lo habrían hecho los judíos; esto no era solo para probar la fe y la sinceridad de la mujer, sino también para enseñar a sus discípulos una lección de misericordia, para que no se sintieran perdidos sobre cómo actuar en casos similares después de que Jesús los dejara y ya no pudieran ir a él en busca de consejo personal. Jesús se propuso que quedaran impresionados con el contraste entre la manera fría y despiadada en que los judíos tratarían tal caso, como lo demuestra su recepción de la mujer, y la manera compasiva en que les pediría que trataran con tal angustia. como se manifiesta por su posterior concesión de su petición en la curación de su hija.

Aunque aparentemente Jesús era indiferente a sus gritos, ella no se ofendió ni lo dejó, sino que aún tenía fe en que él aliviaría su angustia. Mientras él pasaba, como si no la oyera, ella lo siguió, continuando con sus súplicas. Los discípulos se enojaron por su importunidad y le pidieron a Jesús que la despidiera. Su angustia no despertó sus simpatías. Vieron que su Maestro la trataba con indiferencia, y por eso supusieron que le agradaba el prejuicio de los judíos contra los cananeos . Pero fue un Salvador compasivo a quien la mujer hizo su súplica y, en respuesta a la petición de los discípulos de que la despidiera,

Jesús dijo: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”. Aunque esta respuesta estaba de acuerdo con el prejuicio [303] de los judíos, era una reprimenda implícita a los discípulos, que luego entendieron como un recordatorio de lo que les había dicho muchas veces : que vino al mundo para salvar a todos los que lo aceptaría. Quienes buscaban al Salvador, dispuestos a creer en él cuando se les manifestara, eran de las ovejas descarriadas que había venido a recoger en su redil.

La mujer se animó de que Jesús había notado su caso lo suficiente como para comentarlo, aunque sus palabras no transmitieron ninguna esperanza definida a su mente, y ahora expuso su caso con mayor fervor, inclinándose a sus pies y clamando: “Ten piedad de mí, Oh Señor, Hijo de David; mi hija está gravemente enfadada con un demonio. Jesús, aparentemente todavía rechazando sus súplicas, de acuerdo con el prejuicio insensible de los judíos, respondió: “No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros”. Esto era virtualmente afirmar que no se trataba simplemente de prodigar las bendiciones traídas al pueblo favorecido de Dios sobre extraños y forasteros de Israel. Esta respuesta habría desanimado por completo a un buscador menos serio. Muchos habrían renunciado a todo esfuerzo adicional al recibir tal rechazo, y se habrían ido sintiéndose humillados y abusados, más allá de toda paciencia; pero la mujer respondió mansamente: “Verdad, Señor; pero los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.”

De la abundancia de la que se alimenta la familia legítima, las migajas caen al suelo y son devoradas por los perros que las acechan debajo de la mesa. Reconoció que ocupaba una posición similar a la de los brutos que aceptan agradecidos lo que cae de la mano de su amo. Mientras favorecía al pueblo de Dios con [304] dones ricos y abundantes, ¿no le otorgaría Jesús una de las muchas bendiciones que dio tan libremente a los demás? Mientras confesaba que no tenía ningún derecho sobre su favor, todavía suplicaba una migaja de su generosidad. Tal fe y perseverancia no tenían precedentes. Pocos del pueblo favorecido de Dios tenían un aprecio tan alto por la benevolencia y el poder del Redentor.

Jesús acababa de salir de Jerusalén porque los escribas y fariseos buscaban quitarle la vida; pero aquí se encuentra con uno de una raza desgraciada y despreciada, que no había sido favorecida con la luz de la palabra de Dios; sin embargo, cede de inmediato a la influencia divina de

Cristo, y tiene una fe implícita en su capacidad para concederle el favor que le pide. No tiene prejuicios nacionales ni religiosos ni orgullo que influya en su curso de acción, y reconoce incondicionalmente a Jesús como el Redentor y capaz de hacer todo lo que le pide. El Salvador está satisfecho, ha probado su confianza en él, y ahora le concede su pedido y termina la lección a sus discípulos. Volviéndose hacia ella con semblante de piedad y amor, dice: "Oh mujer, grande es tu fe. hágase contigo como quieres." Desde aquella hora la hija quedó sana, y el demonio no la molestó más. La mujer partió reconociendo a su Salvador, y feliz en la concesión de su oración.

Este fue el único milagro que Jesús obró durante este viaje. Fue para la realización de este mismo acto que fue a la costa de Tiro y Sidón. Quiso aliviar a la mujer afligida, y al mismo tiempo dejar un ejemplo, en esta obra de misericordia hacia uno de un pueblo despreciado, en beneficio de sus discípulos cuando ya no estuviera con ellos. Deseaba conducirlos [305] de su exclusividad judía a interesarse en trabajar para otros además de su propio pueblo. Este acto de Cristo abrió sus mentes más plenamente a la labor que les esperaba entre los gentiles. Después, cuando los judíos se apartaron aún más persistentemente de los discípulos porque declararon que Jesús era el Salvador del mundo, y cuando la pared divisoria entre judíos y gentiles fue derribada por la muerte de Cristo, esta lección y otras similares que señalaban a una obra evangélica no restringida por costumbres o nacionalidades, ejerció una poderosa influencia sobre los representantes de Cristo en la dirección de sus labores.

* * * * *

Capítulo 25—Cristo calma la tempestad

Jesús había estado enseñando y sanando ininterrumpidamente todo el día, y deseaba mucho retirarse y descansar para él y sus discípulos. Por lo tanto, les ordenó que lo acompañaran al otro lado del mar. Pero antes de embarcarse fue abordado por un escriba que había escuchado sus palabras, representando las joyas de la verdad como de mucho mayor valor que un tesoro escondido. En la grosería de su mente oscurecida, el escriba concibió que Jesús se proponía enriquecer a sus seguidores con tesoros mundanos. Por lo tanto, se dirigió a él ansiosamente, como lo había hecho Judas, diciendo: “Maestro, te seguiré dondequiera que vayas”. El Salvador leyó el pensamiento indigno que agitó su corazón, y le respondió como le había respondido a Judas: “Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza.” Este maestro judío sólo tenía en mente su propio interés egoísta cuando propuso seguir a Jesús. Esperaba que el Salvador pronto establecería su reino en la tierra, y que la riqueza y la posición que entonces alcanzarían sus discípulos fueran las riquezas de las que Jesús había hablado. Pero sólo una mente cegada por la avaricia y la lujuria del mundo podría haber interpretado mal las palabras del Salvador.

Si no fuera por la pobreza de Cristo, y el hecho de que los pobres y humildes están bajo su bandera, muchos se unirían a él y glorificarían su nombre. Si hubiera otorgado honores y riquezas a los que se convirtieron en sus discípulos, con cuánto gusto le habrían rendido homenaje los orgullosos fariseos, los principales sacerdotes y los escribas. Muchos en estos días aceptarían la verdad si no hubiera abnegación relacionada con ella. Si pudieran tener el mundo con Cristo, se alistarían en su ejército. Pero seguirlo en su humillación, sin perspectiva de una recompensa terrenal por ello, es más de lo que su débil fe puede soportar. Se vuelven cabizbajos, como lo hizo el escriba ante la reprensión de Jesús.

Después de despedir a la multitud, Jesús y sus discípulos se embarcaron para el otro lado del mar, que era un desierto en comparación con

la orilla de donde salían; pero por esta misma razón esperaban encontrar descanso de la fatiga de sus trabajos, estando alejados de las moradas de los hombres. Sin embargo, al partir, varias barcas [307] cargadas de gente siguieron a Jesús, deseosas de aprender más acerca de la doctrina que enseñaba.

El Salvador estaba cansado de sus largas y arduas labores, y estando ahora por un tiempo aliviado de las demandas de la multitud, se estiró sobre la dura tabla de la barca de los pescadores y se durmió. Poco después, el clima, que había sido tranquilo y agradable, cambió. Las nubes se acumularon oscuramente sobre el cielo, y una furiosa tormenta, como las que a menudo azotaban aquellos lugares, estalló sobre el mar. El sol se había puesto y la negrura de la noche caía sobre el agua. Las furiosas olas se precipitaron contra el barco, amenazando en todo momento con engullirlo. Lanzado primero sobre la cresta de la ola de una montaña, y luego sumergido repentinamente en el seno del mar, el barco fue el juguete de la tormenta. Finalmente, se descubrió que había surgido una fuga y se estaba llenando rápidamente de agua. Todo era ahora prisa y confusión en la oscuridad y en medio del rugido de las olas furiosas. Los pescadores fuertes y valientes eran hábiles en el manejo de su embarcación; pero, experimentados como estaban en los cambios de humor del mar, no sabían qué hacer en un vendaval tan terrible, y sus corazones se llenaron de desesperación al darse cuenta de que el barco se estaba hundiendo.

Habían estado tan ocupados en sus esfuerzos por salvarse y mantener el barco a flote, que se habían olvidado de que Jesús estaba a bordo. Pero ahora, como les falla el valor y se creen perdidos, recuerdan que fue él quien les mandó cruzar el mar. En su agonía de miedo, se vuelven hacia él, recordando cómo él [308] los había salvado una vez en un peligro similar. Ellos llaman, "¡Maestro! ¡Maestro!" pero el rugido de la tempestad ahoga sus voces, y no hay respuesta. Las olas rompen sobre ellos, y cada uno los amenaza con la destrucción.

La desesperación se apodera de ellos, y vuelven a llamar; pero no hay respuesta salvo el chillido del furioso estallido. ¿Los ha abandonado el Maestro? ¿Se ha marchado sobre las olas coronadas de espuma y las ha dejado a su suerte? Recordaron que él había caminado una vez sobre las aguas para venir y rescatarlos de la muerte. ¿Los ha entregado ahora a la furia de la tempestad? Lo buscan distraídamente, porque no pueden hacer más para salvarse. La tormenta ha aumentado tanto

que todos sus esfuerzos por manejar el barco son vanos; en Jesús está su única esperanza. En ese momento, un relámpago lo revela profundamente dormido, imperturbable en medio del ruido y la confusión.

Se precipitan hacia él, e inclinándose sobre su cuerpo postrado, gritan con reproche: “Maestro, Maestro, ¿no te importa que perezcamos?” Sus corazones están afligidos de que descansen tan en paz, mientras el peligro y la muerte los amenazan, y han estado trabajando tan duro contra la furia de la tormenta. Este grito desesperado despierta a Jesús de su sueño reparador. Mientras los discípulos se apresuran a volver a sus remos, para hacer un último esfuerzo, Jesús se pone de pie. En su majestad divina, se encuentra en la humilde embarcación de los pescadores, en medio de la furia de la tempestad, las olas rompiendo sobre la proa y los vívidos relámpagos jugando en su semblante tranquilo e intrépido. Levanta su mano, tantas veces empleada en obras de misericordia, y dice al mar embravecido: “Paz, *enmudece*”. La tormenta cesa, las olas agitadas se hunden para descansar. Las nubes se deslizan y brillan las estrellas; el barco descansa inmóvil sobre un mar tranquilo. Entonces, volviéndose hacia sus discípulos, Jesús los reprende diciendo: “¿Por qué tenéis tanto miedo? ¿Cómo es que no tenéis fe?”

Un silencio repentino se apoderó de los discípulos. No se pronunció una palabra; incluso el impulsivo Pedro no intentó expresar el asombro reverencial que llenaba su corazón. Las barcas que habían partido para acompañar a Jesús habían corrido el mismo peligro que la de los discípulos. El miedo y finalmente la desesperación se habían apoderado de sus ocupantes; pero el mandato de Jesús trajo tranquilidad donde sólo un momento antes todo era tumulto. Todo miedo se disipó, porque el peligro había pasado. La furia de la tormenta había hecho que los barcos se acercaran mucho, y todos a bordo contemplaron el milagro de Jesús. En el silencio que siguió al aquietamiento de la tempestad, susurraron entre sí: “¿Qué clase de hombre es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?” Esta impresionante escena nunca fue olvidada por quienes la presenciaron. Su maravillosa majestad nunca dejará de inspirar reverencia y asombro a l

Cuando los aterrorizados pescadores lo despertaron bruscamente, el Salvador no temió por sí mismo; su ansiedad era por sus discípulos, que habían desconfiado de él en el momento del peligro. Reprendió sus temores, que manifestaban su incredulidad. Deberían haberlo llamado a la primera aparición de peligro, y él habría aliviado su ansiedad. Pero en su esfuerzo por salvarse se olvidaron de que Jesús estaba a bordo. ¿Cuántos, en las escenas difíciles de la vida,

en medio de perplejidades y peligros, luchad solos contra las tempestades de la adversidad, olvidando que hay Uno que puede socorrerlos. Confían [310] en su propia fuerza y habilidad, hasta que, desconcertados y desalentados, recuerdan a Jesús y humildemente le piden que los salve. Aunque reprende con tristeza su incredulidad y confianza en sí mismos, nunca deja de escuchar su ferviente clamor y les brinda la ayuda que necesitan.

Arrojado sobre las furiosas olas del abismo, el cansado viajero debe recordar que Jesús estuvo en el mar en un momento de peligro similar; que su voz ordenó que cesara la terrible tormenta; que los elementos enojados obedecieron el mandato, y sus fieles seguidores se salvaron. Cuando las olas rompan sobre nuestra barca que se hunde, y el relámpago revele las olas cubiertas de espuma que nos amenazan con una destrucción instantánea, podemos recordar en nuestro peligro que Jesús está a bordo. Él escucha nuestro clamor agonizante, y nunca desampará a los que ponen su confianza en él.

Ya sea en la tierra o en el mar, durmiendo o despiertos, si tenemos al Salvador en nuestro corazón no hay necesidad de temer. El llamado de la fe siempre encontrará una respuesta. Puede que seamos reprendidos porque no lo hemos buscado al principio de la prueba, pero sin embargo, Él aceptará nuestras humildes peticiones, cansados como estamos en nuestros esfuerzos por salvarnos a nosotros mismos. La fe viva en el Redentor allanará el mar de la vida y nos librará del peligro de la manera que él sabe que es la mejor.

[311]

Capítulo 26—Hombres de las tumbas

La noche sobre el agua había terminado, y temprano en la mañana, Jesús y los discípulos desembarcaron, junto con los que los habían seguido a través del mar. Pero tan pronto como pisaron la playa, dos hombres endemoniados se precipitaron hacia ellos con fiereza, como si quisieran despedazarlos. Todavía aferrados a ellos había partes de las cadenas que habían roto al escapar del confinamiento. Se estaban cortando y magullando con piedras afiladas y otros proyectiles sobre los que podían poner sus manos.

Habían estado morando entre las tumbas, y ningún viajero había estado seguro de pasar por ese camino; porque se precipitarían sobre él con la furia de los demonios y lo matarían si pudieran. Sus rostros brillaban desde su cabello largo y enmarañado, y parecían más bestias salvajes que hombres.

Cuando los discípulos y los demás vieron a estas terribles criaturas corriendo hacia ellos, huyeron despavoridos. Pero pronto descubrieron que Jesús no estaba con ellos, y se volvieron para ver cuál había sido su destino. Lo vieron parado tranquilamente donde lo habían dejado. El que calmó la tempestad, el que antes se había encontrado con Satanás y lo había vencido, no huyó ante estos demonios. Cuando los hombres, rechinando los dientes y echando espumarajos por la boca, se acercaron a él a unos pocos pies, Jesús levantó la mano que había hecho señas a las [312] olas para que descansaran, y los hombres no pudieron acercarse más. Estaban furiosos pero indefensos ante él.

En acentos de autoridad ordenó a los espíritus inmundos que salieran de ellos. Las palabras de Jesús penetraron las mentes entenebrecidas de los hombres lo suficiente como para que se dieran cuenta vagamente de que Uno estaba cerca y podía salvarlos de los demonios que los atormentaban. Cayeron a los pies de Jesús, adorándolo. Pero cuando abrieron sus bocas para suplicar su misericordia, el demonio habló a través de ellos y clamó con vehemencia: “¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios, que no me atormentes.!”

Jesús preguntó: “¿Cuál es tu nombre?” y la respuesta fue: “Mi nombre es Legión; porque somos muchos.” Usando a los hombres afligidos como medios de comunicación entre ellos y Jesús, le rogaron que no los enviara fuera del país, sino que los dejara entrar en una pira de cerdos que estaba paciendo cerca. Su solicitud fue concedida; pero tan pronto como sucedió esto, los cerdos se precipitaron por un precipicio empinado y se ahogaron en el mar. La luz amaneció sobre las mentes de los lunáticos restaurados. Sus ojos brillaban con una inteligencia a la que habían sido extraños durante mucho tiempo. Los semblantes, deformados durante tanto tiempo en la imagen de Satanás, se apaciguaron repentinamente, las manos manchadas de sangre se calmaron y los hombres alabaron al Señor por haberlos librado de la esclavitud de los demonios.

El designio de Satanás, al pedir que los demonios entraran en los cerdos, era obstruir el camino de Jesús en esa región. Al hacer que los cerdos fueran destruidos, sus dueños sufrían pérdidas considerables; y el enemigo no se engañó al pensar que esta circunstancia ocasionaría que Jesús fuera tenido en desgracia [313] en todo aquel país. Los cuidadores de los cerdos habían visto con asombro toda la transacción. Habían visto a los locos delirantes volverse cuerdos y tranquilos de repente; habían visto a toda la manada de cerdos inmediatamente después cargar temerariamente al mar donde se ahogaron inmediatamente. Estaban obligados a dar cuenta a los propietarios de su pérdida; y luego se apresuraron a dar a conocer la noticia a sus patronos, ya todo el pueblo. Esta destrucción de propiedad parecía, a los propietarios, de una magnitud mucho mayor que el hecho feliz de que dos locos habían recobrado la razón y ya no ponían en peligro a las personas que se interponían en su camino, ni necesitaban las restricciones de cerrojos y cadenas.

A estos hombres egoístas no les importaba que estos desafortunados seres ahora estuvieran liberados, y se sentaron con calma e inteligencia a los pies de Jesús, escuchando sus palabras de instrucción, llenos de gratitud y glorificando el nombre de Aquel que los había sanado. Solo se preocupaban por la propiedad que habían perdido, y temían calamidades aún mayores tras la presencia de este extraño en medio de ellos. El pánico se extendió por todas partes; los ciudadanos temían la ruina financiera. Una multitud se acercó a Jesús, deplorando la reciente pérdida de propiedad y rogándole que abandonara su vecindad. Miraron con indiferencia a los locos que habían sido curados, y entonces conversaban

inteligentemente con Jesús. Los conocían perfectamente bien, pues habían sido durante mucho tiempo el terror de la comunidad. Pero la curación milagrosa de estos hombres parecía de menor importancia que sus propios intereses egoístas. Estaban completamente alarmados y disgustados por su pérdida; y la perspectiva de que Jesús permaneciera entre ellos los llenó de aprensión. Le imploraron que se fuera de su costa. El Salvador cumplió con sus demandas, y de inmediato se embarcó con sus discípulos y los dejó a su avaricia e incredulidad.

Los habitantes tenían ante ellos evidencias vivas del poder y la misericordia de Aquel a quien expulsaron de en medio de ellos. Vieron que los locos habían vuelto a la razón; pero estaban tan temerosos de incurrir en pérdidas pecuniarias que el Salvador, que había desconcertado al Príncipe de las Tinieblas ante sus ojos, fue tratado como un invasor no deseado, y rechazaron el regalo invaluable del Cielo de sus puertas, y ciegamente rechazaron su visita de misericordia. . . No tenemos la oportunidad de apartarnos de la persona de Cristo, como lo hicieron los gadarenos; pero hay muchos en estos días que se niegan a seguir sus enseñanzas, porque al hacerlo deben sacrificar algún interés mundano. Muchos, en las diversas ocupaciones de la vida, apartan a Jesús de sus corazones, temerosos de que su presencia les cueste pérdidas pecuniarias. Como los gadarenos egoístas, pasan por alto su gracia, y despiadadamente alejan su E. A tales se aplican sus palabras: "No podéis servir a Dios y a las riquezas".

Algunos pueden razonar que el proceder de Jesús en este asunto impidió que la gente de esa región recibiera su doctrina, que esta asombrosa exhibición de su poder los apartó de sus enseñanzas y los aisló de su influencia. Pero tales mentes no logran penetrar los planes del Salvador. En el momento en que los gadarenos rogaban a Jesús que saliera de sus costas, también hubo una petición ofrecida [315] por los locos restaurados. Era para que pudieran acompañar a su Libertador. En su presencia se sentían a salvo de los demonios que habían atormentado sus vidas y desperdiciado su hombría. Se mantuvieron cerca de él cuando estaba a punto de subir a la barca, se arrodillaron a sus pies y le imploraron que los llevara consigo y les enseñara su verdad. Pero Jesús les indicó que fueran a casa con sus amigos y les contaran las grandes cosas que el Señor había hecho por ellos.

Aquí se les dio una tarea que hacer: ir a un hogar pagano e impartir a sus amigos la luz que habían recibido de Jesús. Podrían haber argumentado que fue una gran prueba estar separados de

su Benefactor en esta primera etapa de su experiencia, y que congeniaba más con sus sentimientos permanecer con él que estar expuestos a las pruebas y dificultades que seguramente los acosarían en el curso que él les indicó que siguieran. También podrían haber alegado que su largo aislamiento de la sociedad los descalificaba para la tarea que él les había encomendado.

Pero en lugar de esto, tan pronto como Jesús les indicó el camino del deber, se prepararon para seguirlo. No sólo iluminaron a sus propios hogares y vecinos acerca de Jesús, sino que proclamaron su poder para salvar en toda la región de Decápolis, entre los gentiles, contando la obra maravillosa de Cristo al expulsar los demonios. La gente de esa región se había negado a recibir al Salvador porque él era el medio para destruir su propiedad, pero no fueron dejados en completa oscuridad; porque no habían cometido el pecado de rechazar su doctrina, ya que no la habían oído cuando le ordenaron que abandonara su costa. Sus palabras de vida no habían llegado a sus oídos. Por lo tanto, encargó a aquellos que tan recientemente [316] eran los médiums de Satanás que comunicaran la luz que habían recibido de él a esas personas ignorantes. Los que hasta entonces habían sido representantes del Príncipe de las Tinieblas se convirtieron en canales de la verdad, servidores del Hijo de Dios.

Los hombres se maravillaron al escuchar las maravillosas noticias. Se interesaron y ansiaron tener parte en este reino del cual Jesús enseñó. Nada podría haber despertado tan profundamente a la gente de este país como lo que sucedió entre ellos. Sólo se habían preocupado por las ventajas del mundo y habían pensado poco en sus intereses eternos. Jesús se preocupó mucho más por su bien real que por ellos mismos. Había permitido que se le concediera la petición del diablo, y el resultado fue la destrucción de su propiedad. Esta pérdida levantó la indignación de la gente, y trajo a Jesús directamente ante el público. Aunque le rogaron que se apartara de ellos, sin embargo vieron y oyeron a los hombres que había sanado. Cuando estas personas, que habían sido el terror de la comunidad, se convirtieron en mensajeros de la verdad y enseñaron la salvación de Jesús, ejercieron una poderosa influencia para convencer a la gente de esa región de que Jesús era el Hijo de Dios.

Enviaron a Jesús desde su costa porque temían pérdida adicional de bienes, a pesar de los que habían cruzado el lago.

con él les dijo el peligro de la noche anterior, y el milagro realizado por el Salvador al calmar la tempestad. Sus ojos, cegados por la mundanalidad, solo vieron la magnitud de su pérdida. Se negaron a considerar la ventaja de tener a Uno entre ellos que pudiera [317] controlar los mismos elementos con el movimiento de su dedo, expulsar demonios y curar a los enfermos e imbeciles con una palabra o con el toque de su mano. La evidencia visible del poder de Satanás estaba entre ellos. El Príncipe de la Luz y el Príncipe de las Tinieblas se encontraron, y todos los presentes contemplaron la supremacía del uno sobre el otro. Sin embargo, al ver esto, rogaron al Hijo de Dios que se apartara de ellos. Él satisfizo su deseo; porque él nunca insta a su presencia donde no es bienvenido.

Satanás es el Dios del mundo; su influencia es para pervertir los sentidos, controlar la mente humana para el mal y conducir a sus víctimas a la violencia y el crimen. Siembra discordia y oscurece el intelecto. La obra de Cristo es quebrantar su poder sobre los hijos de los hombres. Sin embargo, cuántos en todos los departamentos de la vida, en el hogar, en las transacciones comerciales y en la iglesia, apartan a Jesús de sus puertas pero dejan entrar al odioso monstruo.

No es de extrañar que la violencia y el crimen se hayan extendido sobre la tierra, y que la oscuridad moral, como el manto de la muerte, envuelva las ciudades y las habitaciones de los hombres. Satanás controla muchos hogares, personas e iglesias. Observa las indicaciones de corrupción moral e introduce sus engañosas tentaciones, conduciendo cuidadosamente a los hombres a males cada vez peores, hasta que el resultado es una depravación total. La única seguridad es velar en oración contra sus artimañas; porque él anda, en los postreros días, como león rugiente buscando a quien devorar. La presencia de Jesús es una salvaguardia contra sus avances. El Sol de Justicia revela la horrible negrura del enemigo de las almas, y huye de la presencia divina.

Muchos cristianos profesos de nuestro tiempo destierran a Jesús de ellos en aras de las ganancias mundanas. Puede que no utilicen las palabras exactas de [318] los gadarenos, pero sus actos indican claramente que, en sus diversas ocupaciones, no desean su presencia. El mundo es exaltado por encima de su misericordia. El amor a la ganancia desplaza al amor de Cristo. No hacen caso de sus mandatos, desprecian sus reprensiones. Mediante la deshonestidad y las maquinaciones avariciosas, virtualmente le piden al bendito Salvador que se aparte de ellos.

* * * * *

Capítulo 27—La hija de Jairo

Cuando Jesús regresó a través del mar con sus discípulos, una gran multitud esperaba para recibirlo y lo recibieron con mucha alegría. El hecho de que su venida se hiciera sonar en el extranjero, la gente se había reunido en gran número para escuchar su enseñanza. Estaban los ricos y los pobres, los encumbrados y los humildes, los fariseos, los médicos y los abogados, todos ansiosos por escuchar sus palabras y presenciar sus milagros. Como de costumbre, había muchos enfermos y afligidos de diversas formas suplicando su misericordia en favor de ellos.

Finalmente, cansado y fatigado por el trabajo de enseñar y curar, Jesús dejó a la multitud para participar de la comida en la casa de Leví. Pero la gente se agolpaba a la puerta, trayendo enfermos, deformes y lunáticos, para que él los sanara. Mientras estaba sentado a la mesa, uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo, vino y se postró a sus pies, rogándole: “Mi hijita yace a punto de morir.

[319] Te ruego que vengas y pongas tus manos sobre ella, para que sea sanada; y ella vivirá.”

El padre estaba muy angustiado, porque su hijo había sido entregado a la muerte por los médicos más eruditos. Jesús respondió de inmediato a la súplica del padre afligido y se fue con él a su casa. Los discípulos se sorprendieron de este pronto cumplimiento de la petición del soberano soberano. Aunque era solo una corta distancia, su avance fue muy lento; porque la gente se agolpaba por todas partes ansiosa por ver al gran Maestro que había creado tanto alboroto, suplicando su atención y su ayuda. El ansioso padre se abrió paso entre la multitud, temeroso de que fuera demasiado tarde. Pero Jesús, compadeciéndose de la gente y deplorando su oscuridad espiritual y sus enfermedades físicas, se detuvo de vez en cuando para atender sus necesidades. De vez en cuando, las masas en movimiento casi lo arrancaban por los aires.

Había una pobre mujer entre esa multitud que había sufrido doce largos años con una enfermedad que hizo de su vida una carga. Había gastado todos sus bienes en médicos y remedios, buscando curar su penosa enfermedad. Pero todo fue en vano; ella fue pronunciada

incurable, y entregado a la muerte. Pero sus esperanzas revivieron cuando oyó hablar de las maravillosas curaciones efectuadas por Jesús. Ella creía que si podía entrar en su presencia, él se apiadaría de ella y la sanaría. Sufriendo de dolor y debilidad, llegó a la orilla del mar donde él estaba enseñando y trató de abrirse paso entre la multitud que lo rodeaba. Pero su camino estaba continuamente bloqueado por la multitud. Comenzó a perder la esperanza de acercarse a él, cuando Jesús, abriéndose camino entre la multitud, se puso a su alcance. [320]

¡ Había llegado la oportunidad de oro, estaba en presencia del gran Médico! Pero en medio de la confusión, ella no pudo ser escuchada por él ni captar más que un vistazo fugaz de su figura. Temerosa de perder la única oportunidad de aliviar su enfermedad, siguió adelante, diciéndose a sí misma: Si toco su manto, me curaré. Ella aprovechó la oportunidad cuando él pasó y se inclinó hacia adelante, apenas tocando el borde de su prenda. Pero en ese momento se sintió curada de su enfermedad. Instantáneamente la salud y la fuerza tomaron el lugar de la debilidad y el dolor. Había concentrado toda la fe de su vida en ese único toque que la hizo completa.

Con un corazón agradecido, buscó discretamente retirarse de la multitud; pero de repente Jesús se detuvo, y toda la gente, siguiendo su ejemplo, también se detuvo. Se volvió y, mirando a su alrededor con ojos penetrantes, preguntó con una voz claramente oída por todos: "¿Quién me tocó?" La gente respondió a esta pregunta con una mirada de asombro. Empujado por todos lados, y empujado rudamente de un lado a otro como estaba, parecía en verdad una pregunta singular.

Pedro, recuperándose de su sorpresa, y siempre listo para hablar, dijo: "Maestro, la multitud te aprieta y te oprime, y dices: ¿ Quién me ha tocado?"

Jesús respondió: "Alguien me ha tocado; porque percibo que la virtud ha salido de mí." El bendito Redentor pudo distinguir el toque de la fe del contacto casual de la multitud descuidada. Conocía bien todas las circunstancias del caso, y no dejaría pasar tanta confianza sin comentarios.

Él [321] dirigiría a la humilde mujer palabras de consuelo que serían para ella un manantial de alegría.

Mirando hacia la mujer, Jesús todavía insistía en saber quién lo había tocado. Encontrando vano ocultarse, se adelantó temblando y se arrodilló a sus pies. Al oír a toda la multitud, le contó a Jesús la sencilla historia de su largo y tedioso sufrimiento, y

el alivio instantáneo que había experimentado al tocar el borde de su manto. Su narración fue interrumpida por sus lágrimas de agradecimiento al experimentar el gozo de la salud perfecta, que había sido un extraño para ella durante doce fatigosos años. En lugar de enojarse por su presunción, Jesús elogió su acción, diciendo: "Hija, ten ánimo. Tu fe te ha salvado; ve en paz." Con estas palabras instruyó a todos los presentes que no era virtud en el simple acto de tocar sus ropas lo que había obrado la curación, sino en la fe fuerte que se extendía y reclamaba su ayuda divina.

La verdadera fe del cristiano está representada en esta mujer. No es esencial para el ejercicio de la fe que los sentimientos sean forjados hasta un alto grado de excitación; ni es necesario, para ganar la audiencia del Señor, que nuestras peticiones sean ruidosas, o acompañadas de ejercicio físico. Es cierto que Satanás crea con frecuencia en el corazón del suplicante tal conflicto con la duda y la tentación que involuntariamente le son forzados fuertes gritos y lágrimas ; y también es cierto que el sentimiento de culpa del penitente es a veces tan grande que un arrepentimiento acorde con su pecado [322] le hace experimentar una agonía que se desahoga en llantos y gemidos, que el compasivo Salvador escucha con piedad. Pero Jesús no deja de responder a la oración silenciosa de fe. El que simplemente toma la palabra de Dios y busca conectarse con el Salvador, recibirá su bendición a cambio.

La fe es simple en su operación y poderosa en sus resultados. Muchos cristianos profesos, que tienen un conocimiento de la palabra sagrada y creen en su verdad, fallan en la confianza infantil que es esencial para la religión de Jesús. No llegan con ese toque peculiar que trae al alma la virtud de curar. Permiten que la fría duda se infiltre y destruya su confianza. El que espera el conocimiento completo antes de poder ejercer la fe, nunca será bendecido por Dios. "La fe es la certeza de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve".

La mujer enferma creía que Jesús podía sanarla, y cuanto más ejercitaba su mente en esa dirección, más segura estaba de que incluso tocar su manto aliviaría su enfermedad.

En respuesta a su firme creencia, la virtud del poder divino concedió su oración. Esta es una lección de aliento para el alma contaminada por el pecado. Así como Jesús trató con las enfermedades corporales, ¿tratará

con el alma arrepentida que le invoca. El toque de la fe traerá el ansiado perdón que llena el alma de gratitud y alegría.

La demora de Jesús había sido tan intensamente interesante en sus resultados que incluso el padre ansioso no sintió impaciencia sino que observó la escena con profundo interés. El hecho de que la mujer sanada fuera despedida consolada y regocijada, lo animó a creer aún más firmemente que Jesús podía conceder su propia petición y sanar a su [323] hija. La esperanza se hizo más fuerte en su corazón, y ahora instó al Salvador a que se apresurara con él a su hogar. Pero, cuando reanudaron su camino, un mensajero se abrió paso entre la multitud hacia Jairo, trayendo la noticia de que su hija había muerto, y era inútil molestar más al Maestro. El oído compasivo de Jesús captó las palabras que hirió el corazón del padre como el toque de difuntos de sus esperanzas. La piedad del Salvador se extendió hacia el padre que sufría. Él le dijo, en su divina compasión, "No temas; cree solamente, y ella será salva."

Al escuchar estas palabras de esperanza, Jairo se acercó más al costado de Jesús; y se apresuraron a la casa del gobernante. El Salvador no permitió que nadie entrara en la habitación con él donde el niño yacía muerto, excepto algunos de sus más fieles discípulos y los mismos padres. Los dolientes estaban haciendo un gran espectáculo de dolor, y él los reprendió, diciendo: "No lloréis; ella no está muerta, sino que duerme." Las mujeres que, según la costumbre del país, se empleaban para hacer esta demostración externa de dolor, se indignaron por esta observación hecha por un humilde extraño, y comenzaron a preguntar con qué autoridad venía esta persona, mandándoles cesar. lamentándose por los muertos y afirmando que la niña aún vivía. Habían visto el toque de la muerte cambiar al niño vivo a una forma inconsciente y sin pulso.

Se rieron de las palabras de Jesús con desdén, mientras salían de la habitación a su orden. Acompañado por el padre y la madre, con Pedro, Santiago y Juan, el Salvador se acercó al borde de la cama y, tomando la mano de la niña entre las suyas, pronunció suavemente, en el lenguaje familiar de su hogar, las palabras: te digo, levántate"

Instantáneamente un temblor recorrió todo el cuerpo. Los latidos de la vida volvieron a latir en las sienes de venas azules, los labios pálidos se abrieron con una sonrisa, el pecho se agitó con el aliento que regresaba, los párpados de cera se abrieron ampliamente como si estuvieran dormidos, y los ojos oscuros miraron con asombro. La niña se levantó, débil por su larga enfermedad, pero libre

de la enfermedad Caminó lentamente por la habitación, mientras los padres lloraban de alegría. Jesús les ordenó que le dieran de comer y mandó a toda la casa que no dijeran a nadie lo que allí había sucedido.

Pero a pesar de su mandato de mantener el secreto, la noticia se extendió por todas partes de que había resucitado a los muertos. Un gran número estaba presente cuando la niña murió, y cuando la vieron de nuevo viva y sana, fue imposible evitar que contaran la maravillosa obra realizada por el gran Médico.

* * * * *

Capítulo 28—La transfiguración

A medida que se acercaba el tiempo en que Jesús iba a sufrir y morir, se encontraba con más frecuencia a solas con sus discípulos. Después de enseñar a la gente todo el día, se retiraba con sus discípulos a un lugar retirado y oraba y se comunicaba con ellos. Estaba cansado, pero no tenía tiempo para descansar, porque su trabajo en la tierra se acercaba rápidamente a su fin, y tenía mucho que hacer antes de que llegara la hora final. Había declarado a sus discípulos que establecería su reino en la tierra con tanta firmeza [325] que las puertas del infierno no prevalecerían contra él. Jesús, ante la proximidad de su juicio, reunió a sus discípulos en torno suyo y les abrió la mente sobre su futura humillación y vergonzosa muerte a manos de sus perseguidores. El impulsivo Peter no pudo soportar ni un momento la idea, e insistió en que no podía ser. Jesús reprendió solemnemente la incredulidad de Pedro al sugerir que la profecía no se cumpliría en el sacrificio del Hijo de Dios.

Entonces Jesús procedió a explicar a sus discípulos que ellos también debían sufrir por su nombre, llevar la cruz al seguirlo y soportar la correspondiente humillación, oprobio y vergüenza con la de su Maestro, o nunca podrían compartir su gloria. Sus sufrimientos deben ser seguidos por los de ellos, y su crucifixión debe enseñarles que deben ser crucificados al mundo, renunciando a toda esperanza de su pompa y placer. Antes de esta declaración, Jesús había hablado con frecuencia a sus discípulos de su futura humillación, y había desanimado resueltamente todas sus esperanzas de su engrandecimiento temporal; pero hacía tanto tiempo que se habían acostumbrado a considerar al Mesías como alguien que reinaría como un rey poderoso, que les había sido imposible renunciar por completo a sus esperanzas entusiastas.

Pero ahora las palabras de Jesús eran inconfundibles. Debía vivir como un vagabundo humilde y sin hogar, y morir como un malhechor. La tristeza oprimía sus corazones, porque amaban a su Señor; pero la duda también acosaba sus mentes, porque parecía incomprensible que el Hijo de Dios fuera sometido a tan cruel humillación. No podían entender por qué debía ir voluntariamente a Jerusalén para [326]

cumplir con el trato que les dijo que allí debía recibir. Estaban profundamente afligidos de que él se resignara a tan ignominioso destino, y los dejara en una oscuridad mayor que aquella en la que andaban a tientas antes de que se les revelara. Se les ocurrió la idea de que podrían llevarlo por la fuerza a un lugar seguro, pero no se atrevieron a intentarlo ya que él había denunciado repetidamente todos esos proyectos como sugerencias de Satanás. En medio de su melancolía, no podían dejar de consolarse ocasionalmente con el pensamiento de que alguna circunstancia imprevista podría evitar el terrible destino que aguardaba a su Señor. Así se entristecieron y dudaron, esperaron y temieron, durante seis largos

Jesús estaba familiarizado con el dolor y la perplejidad de sus discípulos, y se propuso darles una prueba adicional de su condición de Mesías, a fin de que su fe no les fallara por completo en la dura prueba a la que pronto serían sometidos. Cuando el sol se estaba poniendo, llamó a su lado a sus tres discípulos más devotos y los condujo fuera de la ruidosa ciudad, a través de los campos y por la empinada ladera de una montaña. Jesús estaba cansado de trabajar y viajar. Había enseñado a la gente y curado a los enfermos durante todo el día; pero buscó esta alta elevación porque allí podía encontrar retiro de las multitudes que continuamente lo buscaban, y tiempo para la meditación y la oración. Estaba muy cansado y muy fatigado al trabajar duro en la empinada subida.

Los discípulos también estaban cansados y, aunque estaban acostumbrados a esta práctica de retirarse a las soledades para orar, no podían dejar de maravillarse de que Jesús intentara escalar esta montaña escabrosa, después de un día de fatiga. Pero no hicieron preguntas sobre su propósito y lo acompañaron pacientemente. A medida que ascienden la montaña, el sol poniente deja los valles en la sombra, mientras que la luz aún permanece en las cimas de las montañas, y dora con su gloria desvaneciéndose el camino accidentado que están pisando. Pero pronto la luz dorada se extingue tanto en la colina como en el valle, el sol desaparece tras el horizonte occidental y los viajeros solitarios quedan envueltos en la oscuridad de la noche. Y la oscuridad de su entorno parece estar en armonía con sus vidas dolorosas, alrededor de las cuales las nubes se acumulan y espesan.

Habiendo ganado el lugar que buscaba, Jesús se dedicó a una ferviente oración a su Padre. Hora tras hora, con lágrimas e importunidad,

suplicó por fuerza para sobrellevar sus aflicciones y que se concediera gracia a sus discípulos para que pudieran sobrellevar las terribles pruebas que les esperaban en el futuro. El rocío pesaba sobre su forma inclinada, pero no le hizo caso; las sombras de la noche se espesaron a su alrededor, pero él no miró su penumbra. Así pasaron las horas lentamente. Al principio los discípulos unieron sus oraciones con las de él en sincera devoción; pero a medida que las horas pasaban lentamente, se sintieron abrumados por el cansancio y la pérdida del sueño, e incluso mientras se esforzaban por mantener su interés en la escena, se quedaron dormidos. Jesús les había hablado de sus futuros sufrimientos, los había llevado consigo para que velaran y oraran con él mientras suplicaba a su Padre; incluso entonces estaba orando para que sus discípulos tuvieran fuerzas para soportar la prueba venidera de su humillación y muerte. [328] Suplicó especialmente que pudieran ser testigos de tal manifestación de su divinidad que eliminara para siempre de sus mentes toda incredulidad y dudas persistentes; una manifestación que los consolaría en la hora de su suprema agonía con el conocimiento de que él era con certeza el Hijo de Dios, y que su muerte vergonzosa era parte del plan divino de redención.

Dios escucha la petición de su Hijo, y los ángeles se preparan para ministrarle. Pero Dios escoge a Moisés y Elías para que visiten a Cristo y conversen con él con respecto a sus próximos sufrimientos en Jerusalén. Mientras Jesús se inclina con humildad sobre el suelo húmedo y pedregoso, de repente los cielos se abren, las puertas doradas de la Ciudad de Dios se abren de par en par, y un resplandor sagrado desciende sobre el monte, envolviendo la forma arrodillada de Cristo. Se levanta de su posición postrada y se para en majestad semejante a la de Dios; la agonía del alma ha desaparecido de su rostro, que ahora brilla con una luz serena, y sus vestiduras ya no son ásperas ni sucias, sino blancas y relucientes como el sol del mediodía.

Los discípulos dormidos son despertados por el diluvio de gloria que ilumina todo el monte. Contemplan con temor y asombro las vestiduras resplandecientes y el semblante radiante de su Maestro. Al principio, sus ojos quedan deslumbrados por el brillo sobrenatural de la escena, pero a medida que se vuelven capaces de soportar la maravillosa luz, perciben que Jesús no está solo. Dos figuras gloriosas están enzarzadas en una conversación con él. Son Moisés, que habló con Dios cara a cara en medio de los truenos y relámpagos del Sinaí, y Elías, que

[329] profeta de Dios que no vio la muerte, sino que fue conducido al cielo en un carro de fuego. Estos dos, a quienes Dios había creído conveniente favorecer sobre todos los demás que alguna vez vivieron sobre la tierra, fueron delegados por el Padre para traer la gloria del Cielo a su Hijo, y consolarlo, hablándole sobre el cumplimiento de su misión, y especialmente de sus padecimientos que ha de soportar en Jerusalén.

El Padre escogió a Moisés y Elías para ser sus mensajeros a Cristo, y glorificarlo con la luz del Cielo, y tener comunión con él acerca de su agonía venidera, porque habían vivido sobre la tierra como hombres; habían experimentado el dolor y el sufrimiento humanos, y podían simpatizar con el juicio de Jesús, en su vida terrena. Elías, en su posición de profeta de Israel, había representado a Cristo, y su obra había sido, en cierto grado, similar a la del Salvador. Y Moisés, como líder de Israel, había estado en el lugar de Cristo, comunicándose con él y siguiendo sus instrucciones; por tanto, estos dos, de todas las huestes que se reunían alrededor del trono de Dios, eran los más aptos para ministrar al Hijo de Dios.

Cuando Moisés, enfurecido por la incredulidad de los hijos de Israel, golpeó la roca con ira y les suministró el agua que pedían, tomó la gloria para sí mismo; porque su mente estaba tan absorta con la ingratitud y la rebeldía de Israel que no honró a Dios ni magnificó su nombre, al realizar el acto que Él le había mandado hacer. Era el plan del Todopoderoso llevar frecuentemente a los hijos de Israel a lugares rectos, y luego, en su gran necesidad, liberarlos con su poder, para que pudieran [330] reconocer su consideración especial por ellos y glorificar su nombre. . Pero Moisés, al ceder a los impulsos naturales de su corazón, se apropió del honor debido a Dios, cayó bajo el poder de Satanás y se le prohibió entrar en la tierra prometida. Si Moisés hubiera permanecido firme, el Señor lo habría llevado a la tierra prometida y luego lo habría trasladado al Cielo sin que viera la muerte.

Así las cosas, Moisés pasó por la muerte, pero el Hijo de Dios bajó del cielo y lo resucitó antes de que su cuerpo hubiera visto la corrupción. Aunque Satanás contendió con Miguel por el cuerpo de Moisés y lo reclamó como su presa legítima, no pudo prevalecer contra el Hijo de Dios y Moisés, con un resucitado y glorificado

cuerpo, fue llevado a los atrios del Cielo, y ahora era uno de los dos honrados, comisionado por el Padre para esperar a su Hijo.

Al dejarse vencer tanto por el sueño, los discípulos habían perdido la conversación entre los mensajeros celestiales y el Redentor glorificado. Pero cuando se despiertan repentinamente de un profundo sueño y contemplan la visión sublime que tienen ante ellos, se llenan de éxtasis y asombro. Al contemplar la forma radiante de su amado Maestro, se ven obligados a taparse los ojos con las manos, no pudiendo de otro modo soportar la inefable gloria que viste su persona, y que emite rayos de luz como los del sol. Por un breve espacio los discípulos contemplan a su Señor glorificado y exaltado ante sus ojos, y honrado por los seres radiantes a quienes reconocen como los favorecidos de Dios.

Creen que Elías ya ha venido, según la profecía, y que el reino de Cristo se establecerá en la tierra. Incluso en el [331] primer resplandor de su asombro, Pedro planea acomodar a Cristo ya los antiguos próceres. Tan pronto como puede dominar su voz se dirige a Jesús así: “Maestro, es bueno que estemos aquí; y hagamos tres tabernáculos; uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías”. En la alegría del momento, Pedro se jacta de que los dos mensajeros del Cielo han sido enviados para preservar la vida de Jesús de la suerte que le amenaza en Jerusalén. Se regocija al pensar que estos gloriosos asistentes, revestidos de luz y poder, protegerán al Hijo de Dios y establecerán su autoridad real sobre la tierra. Se olvida por el momento de las frecuentes explicaciones dadas por el mismo Jesús del plan de salvación, que sólo podía ser perfeccionado a través de su propio sufrimiento y muerte.

Mientras los discípulos estaban abrumados por el éxtasis y el asombro, “una nube brillante los cubrió, y he aquí una voz desde la nube que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; oídlo. Cuando los discípulos contemplaron la espantosa nube de gloria, más brillante que la que iba delante de las tribus de Israel en el desierto, y cuando oyeron la voz de Dios resonar desde la nube, con acentos de majestad que hicieron temblar el monte como sacudido desde su fundación, no pudieron soportar la grandeza que oprimía sus sentidos, y cayeron heridos en tierra.

Así permanecieron sobre sus rostros, sin atreverse a mirar hacia arriba, hasta que Jesús se acercó y los levantó del suelo, disipando sus

teme con su conocida voz de júbilo, diciendo: “Levántate y no tengas miedo”. Aventurándose a levantar los ojos, ven que la gloria celestial ha pasado, las formas radiantes de Moisés y Elías han desaparecido, el Hijo de Dios ya no está revestido de un resplandor divino tan brillante que los ojos del hombre no lo soportan. ,—están en el monte a solas con Jesús.

Toda la noche había pasado en la montaña, y cuando salió el sol y ahuyentó las sombras con sus rayos alegres, Jesús y sus discípulos descendieron de la montaña. Con mucho gusto se habrían quedado en ese lugar santo que había sido tocado por la gloria del Cielo, y donde el Hijo de Dios se había transfigurado ante los ojos de sus discípulos; pero había trabajo que hacer por la gente que ya estaba buscando a Jesús de cerca y de lejos.

Al pie de la montaña se había reunido una gran multitud, conducida allí por los discípulos que se habían quedado atrás, y que conocían los lugares favoritos de Jesús para la meditación y la oración. Cuando se acercaron a la multitud que esperaba, Jesús ordenó a sus discípulos que mantuvieran en secreto lo que habían presenciado, diciendo: “No digáis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos”. Jesús sabía que ni la gente ni los discípulos que los habían conducido al lugar, estaban preparados para apreciar o comprender el maravilloso evento de la transfiguración en el monte. Después de su resurrección, se daría el testimonio de los que lo habían presenciado para corroborar el hecho de que él era en verdad el Hijo de Dios.

Ahora los tres discípulos escogidos tienen evidencia de la cual no pueden dudar que Jesús es el Mesías prometido. Una voz desde la excelsa [333] gloria ha declarado su divinidad. Ahora están fortalecidos para soportar la humillación y la crucifixión de su Señor. El Maestro paciente, el manso y humilde, que, durante casi tres años, ha vagado de aquí para allá, de ciudad en ciudad, un varón de dolores, sin hogar, sin lugar para descansar, sin cama sobre la cual estirar su fatigado cuerpo. de noche, ha sido reconocido por la voz de Dios como su Hijo, y Moisés y Elías, gloriosos en los atrios del Cielo, le han rendido homenaje. Los discípulos predilectos ya no pueden dudar. Han visto con sus ojos y oído con sus oídos cosas que están más allá de la comprensión del hombre.

Jesús ahora volvió a su obra de ministrar a la gente. Cuando la multitud vio al Salvador, corrieron a su encuentro,

saludándolo con mucha reverencia. Pero él percibió que estaban en gran perplejidad. Esto se debió a una circunstancia que acababa de ocurrir: un hombre había traído a su hijo a los discípulos para que lo librara de un espíritu mudo que lo atormentaba en gran manera. Pero los discípulos no habían podido aliviarlo, y por lo tanto los escribas habían aprovechado esta oportunidad para discutir con ellos sobre su poder para obrar milagros. Estos hombres ahora declaraban triunfalmente que aquí se encontraba un demonio al que ni los discípulos ni su Maestro podían vencer.

Cuando Jesús se acercó a la escena, preguntó la causa del problema; el padre afligido respondió: “Maestro, te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo; y dondequiera que lo toma, lo desgarrar; y echa espumarajos, y rechina los dientes, y languidece; y dije a tus discípulos que lo echaran fuera, y no pudieron.” Jesús escuchó con atención esta narración, [334] y luego respondió al fracaso de sus discípulos, a las dudas del pueblo y a la jactancia de los escribas, con estas palabras: «¡Oh generación incrédula! ¿Cuánto tiempo estaré contigo? ¿Hasta cuándo te sufriré? Tráemelo a mí”.

El padre obedeció el mandato de Jesús; pero tan pronto como su hijo fue llevado ante la presencia divina, el espíritu maligno lo atacó con violencia, y cayó al suelo en agonía, y se retorció y echaba espuma por la boca. Jesús permitió que Satanás ejerciera así su poder sobre su víctima, a fin de que la gente pudiera comprender mejor la naturaleza del milagro que estaba a punto de realizar, y quedar más profundamente impresionados con un sentido de su poder divino. Jesús procedió a preguntarle al padre cuánto tiempo hacía que el demonio afligía así a su hijo. El padre respondió:— “De un niño. Y muchas veces lo echa en el fuego y en el agua, para destruirlo; pero si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros y ayúdanos”. El fracaso de los discípulos en sanar este caso deplorable había desalentado tristemente al padre, y los sufrimientos de su hijo ahora atormentaban su alma con angustia. La pregunta de Jesús le trajo a la mente los largos años de sufrimiento soportados por su hijo, y su corazón se hundió dentro de él. Temía que lo que los escribas afirmaban fuera cierto, y que Jesús mismo no pudiera vencer a un demonio tan poderoso. Jesús percibió su condición desanimada y buscó inspirarlo con fe. Se dirigió a él así: “Si tú

no puedes creer, todo es posible para el que cree.” La esperanza [335] se encendió inmediatamente en el corazón del padre, y clamó: “Señor, yo creer; ayuda mi incredulidad.”

El angustiado padre se dio cuenta de su necesidad inmediata de ayuda, y de que nadie podía brindar esa ayuda sino el misericordioso Salvador, y confió solo en él. Su fe no fue en vano; porque Jesús, ante toda la multitud que se congregaba para presenciar la escena, “reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él.” E inmediatamente el demonio lo dejó, y el niño yacía como muerto. La acción del espíritu maligno sobre él había sido tan violenta que había vencido todas sus fuerzas naturales; y cuando lo dejó, estaba impotente e inconsciente. La gente, que había presenciado con asombro el cambio repentino que se produjo en el muchacho, ahora susurraba entre ellos: “Está muerto”. Pero Jesús se inclinó y con tierna piedad “lo tomó de la mano y lo levantó; y se levanta”.

Grande fue el gozo del padre por su hijo, y grande fue el gozo del hijo por haber sido liberado del cruel demonio que lo había atormentado durante tanto tiempo. Tanto el padre como el hijo alabaron y magnificaron el nombre de su Libertador, mientras el pueblo miraba con asombro ilimitado, y los escribas, cabizbajos y derrotados, se alejaban con tristeza.

Jesús había conferido a sus discípulos el poder de obrar milagros de curación; pero su fracaso en este caso, ante tantos testigos, los había mortificado profundamente. Cuando estuvieron a solas con Jesús, le preguntaron por qué no podían echar fuera al diablo. Jesús respondió que era por la incredulidad de ellos y por el [336] descuido con que miraban la sagrada obra que les había sido encomendada. No se habían preparado para su santo oficio mediante el ayuno y la oración. Era imposible para ellos vencer a Satanás a menos que recibieran poder de Dios; deben ir a él en la humillación y el sacrificio propio y rogar por la fuerza para vencer al enemigo de las almas. Nada sino la total dependencia de Dios y la perfecta consagración a la obra asegurarían su éxito. Jesús animó a sus desilusionados seguidores con estas palabras: “Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible.”

En breve espacio de tiempo los discípulos predilectos habían contemplado los extremos de la gloria y del dolor. Jesús, al descender del monte donde había sido transfigurado por la gloria de Dios, donde había hablado con los mensajeros del Cielo y había sido proclamado Hijo de Dios por la voz del Padre que brotaba de la gloria radiante, se encuentra con un espectáculo repugnante, un lunático. niño, con el semblante distorsionado, rechinando los dientes en espasmos de agonía que ningún mortal podría. Y este poderoso Redentor, que apenas unas pocas horas antes estaba glorificado ante sus admirados discípulos, se inclina para levantar a esta víctima de Satanás del suelo donde se revolca y lo devuelve a su padre, libre para siempre del poder del demonio.

Antes de su transfiguración, Jesús les había dicho a sus discípulos que había algunos con él que no verían la muerte hasta que vieran venir el reino de Dios con poder. En la transfiguración en el monte se cumplió esta promesa, porque allí vieron en miniatura el reino de Cristo. Jesús fue revestido de la gloria del Cielo, y proclamado por la voz del Padre como Hijo de [337] Dios. Moisés estaba presente, representando a los que resucitarán de entre los muertos en la segunda venida de Cristo; y Elías, que fue trasladado al Cielo sin ver la muerte, representaba a los que estarán viviendo en la tierra en el momento de la segunda aparición de Cristo, y que serán transformados de mortales a inmortales, y serán trasladados al Cielo sin ver la muerte.

* * * * *

Capítulo 29—La Fiesta de los Tabernáculos

Tres veces al año, todos los judíos debían reunirse con fines religiosos en Jerusalén. Jesús no había asistido a varias de estas reuniones debido a la enemistad de los judíos. Cuando declaró en la sinagoga que él era el pan de vida, muchos de los que lo habían seguido apostataron y se unieron a los fariseos para observarlo y espiar sus movimientos con la esperanza de encontrar causa para condenarlo a muerte.

Los hijos de José, que pasaban por hermanos de Jesús, quedaron muy afectados por esta deserción de tantos de sus discípulos, y como se acercaba la hora de la fiesta de los Tabernáculos, instaron a Jesús a que subiera a Jerusalén y, si él era de hecho el Mesías, para presentar sus reclamos ante los gobernantes y hacer valer sus derechos.

Jesús les respondió con solemne dignidad: “Aún no ha llegado mi hora; pero tu tiempo siempre está listo. El mundo no puede odiarte; [338] pero a mí me aborrece, porque doy testimonio de que sus obras son malas. Subid vosotros a esta fiesta; Todavía no subo a esta fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido”. El mundo amaba a los que eran como él; pero el contraste entre Cristo y el mundo fue más marcado; no podía haber armonía entre ellos. Sus enseñanzas y sus reprensiones por el pecado despertaron su odio contra él. El Salvador sabía lo que le esperaba en Jerusalén, sabía que la malicia de los judíos pronto provocaría su muerte, y no le correspondía apresurar ese acontecimiento exponiéndose prematuramente a su odio sin escrúpulos. Debía esperar pacientemente el tiempo.

Al comienzo de la Fiesta de los Tabernáculos, se comenta la ausencia de Jesús. Los fariseos y los gobernantes esperaban ansiosamente que viniera, con la esperanza de tener la oportunidad de condenarlo por algo que pudiera decir o hacer. Preguntaron ansiosamente: “¿Dónde está?” . pero nadie lo sabía. En ese momento surgió una disputa entre la gente con respecto a Jesús, muchos lo defendieron noblemente como un enviado de Dios, mientras que otros lo acusaron amargamente como un engañador del pueblo.

Mientras tanto, Jesús había llegado silenciosamente a Jerusalén. Había elegido una ruta poco frecuentada para ir, a fin de evitar a los viajeros que se dirigían a la ciudad desde todas partes. En medio de la fiesta, cuando la disputa sobre sí mismo estaba en su apogeo, Jesús caminó tranquilamente hacia el atrio del templo y se paró ante la multitud como quien posee una autoridad incuestionable. La repentina e inesperada aparición de uno que creían que no se atrevería a mostrarse entre ellos en presencia de todos los [339] principales sacerdotes y gobernantes, asombró a la gente de tal manera que un silencio repentino sucedió a la excitada discusión en la que habían estado involucrados . . Estaban asombrados de su porte digno y valeroso en medio de tantos hombres poderosos que estaban sedientos de su vida.

De pie así, con los ojos de todo el pueblo clavados en él, se dirigió a ellos como ningún hombre lo había hecho jamás. Su conocimiento era mayor que el de los sabios sacerdotes y ancianos, y asumió una autoridad que ellos nunca se habían atrevido a tomar. Esos mismos hombres que recientemente habían sido llevados a un frenesí de odio y estaban listos para violentar a Cristo en la primera oportunidad, ahora escuchaban hechizados sus palabras y se sentían impotentes para hacerle daño. Él era la atracción del momento; todos los demás intereses fueron olvidados por el momento. Los corazones de la gente se estremecieron con asombro al escuchar sus palabras divinas.

Su discurso mostró que conocía bien la ley en todos sus aspectos y era un claro intérprete de las Escrituras. La pregunta pasa de uno a otro: "¿Cómo sabe este hombre letras, sin haber aprendido?" Algunos, menos familiarizados con su vida anterior, se preguntan en qué escuela ha sido instruido.

Finalmente, los gobernantes recuperan su presencia de ánimo lo suficiente como para preguntar por qué autoridad se encuentra enseñando tan audazmente a la gente. Buscan desviar la atención de la multitud de Jesús a la cuestión de su derecho a enseñar, ya su propia importancia y autoridad. Pero la voz de Jesús responde a sus preguntas con un poder conmovedor: "Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió.

Si alguno quiere [340] haga su voluntad, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla de sí mismo busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que lo envió, ése es verdadero, y no hay injusticia en él." Jesús declara aquí que su

El Padre Celestial es la fuente de toda fortaleza y el fundamento de toda sabiduría. Ningún talento natural ni aprendizaje adquirido puede suplir el lugar de un conocimiento de la voluntad de Dios. La voluntad de obedecer los requisitos del Señor abre la mente y el corazón a la indagación sincera y la búsqueda diligente de la doctrina de la verdad. Declara que, con una mente así abierta, los hombres pueden discernir entre el que habla por la causa de Dios y el que habla para su propia gloria con propósitos egoístas. De esta última clase estaban los altivos sacerdotes y fariseos.

Jesús habló sobre el tema de la ley. Estaba en presencia de los mismos hombres que eran grandes partidarios de sus exacciones, pero que no lograron llevar a cabo sus principios en sus vidas. Estas personas persiguieron a Jesús, quien enseñó tan claramente la santidad de los estatutos de Dios, y los liberó de las restricciones sin sentido que se les habían impuesto. Dado que Jesús había sanado al paralítico en el día de reposo, los fariseos tenían un propósito determinado para lograr su muerte, y esperaban ansiosamente la oportunidad de lograrlo. Jesús, penetrando en sus propósitos, les preguntó:

“¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros la guarda? ¿Por qué vais a matarme? Esta aguda acusación golpeó profundamente a las conciencias culpables de los fariseos y gobernantes, [341] pero solo aumentó su ira. Que este hombre humilde se levantara ante la gente y expusiera la iniquidad oculta de sus vidas, parecía una presunción demasiado grande para ser creída. Pero los gobernantes deseaban ocultar sus malvados propósitos a la gente, y evadieron las palabras de Jesús, clamando: “Demonio tienes; ¿Quién va a matarte? Con estas palabras insinuarían que todas las obras maravillosas de Jesús fueron instigadas por un espíritu maligno. También deseaban desviar la mente de la gente de las palabras de Jesús revelando su propósito de quitarle la vida.

Pero “Respondió Jesús y les dijo: Una obra he hecho, y todos os maravilláis. Moisés, pues, os dio la circuncisión; no porque sea de Moisés, sino de los padres; y vosotros en el día de reposo circuncidáis al hombre.” Jesús se refirió a su acto de sanar al hombre en sábado y mostró que estaba de acuerdo con la ley del sábado. También aludió a la costumbre entre los judíos de circuncidar en sábado. Si era lícito circuncidar a un hombre en el día de reposo, ciertamente debe ser correcto aliviar al afligido, “para sanar completamente al hombre en el día de reposo”. Les pidió que “no juzguéis según

en apariencia, sino juzgad con justo juicio.” La audacia con que Jesús se defendió e interpretó el espíritu de la ley hizo callar a los gobernantes y llevó a muchos de los que lo escuchaban a decir: “¿No es éste a quien buscan para matarlo? Pero he aquí, habla con valentía, y no le dicen nada. ¿Saben en verdad los gobernantes que éste es el mismo Cristo? Muchos de los que vivían en Jerusalén, y no ignoraban los designios del concilio del Sanedrín contra Jesús, quedaron encantados con la doctrina que él enseñaba y con su porte puro y [342] digno, y se inclinaron a aceptarlo como el Hijo de Dios

No estaban llenos del amargo prejuicio y odio de los sacerdotes y gobernantes; pero Satanás estaba listo para sugerir dudas y preguntas en sus mentes en cuanto a la divinidad de este hombre de origen humilde. Muchos habían recibido la impresión de que el Mesías no tendría una relación natural con la humanidad, y no les agradaba pensar en él, de quien esperaban que sería un poderoso Rey de Israel, como alguien que surgió de la pobreza y la oscuridad. Por lo tanto, dijeron entre sí: “Sin embargo, sabemos de dónde es este hombre; pero cuando venga Cristo, nadie sabrá de dónde sea.” Las mentes de estos hombres estaban cerradas a las profecías, que señalaban cómo y cuándo vendría Cristo.

Mientras sus mentes se balanceaban entre la duda y la fe, Jesús tomó sus pensamientos y les respondió así: “Vosotros me conocéis, y sabéis de dónde soy; y yo no he venido de mí mismo, sino que el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis. Pero yo lo conozco; porque yo soy de él, y él me ha enviado.” Afirieron saber cuál debería ser el origen de Cristo, cuando en realidad lo ignoraban por completo y estaban encerrados en la ceguera espiritual. Si hubieran vivido de acuerdo con la voluntad del Padre, habrían conocido a su Hijo cuando se les manifestó.

Las palabras de Jesús convencieron a muchos de los que escuchaban; pero la ira de los gobernantes se incrementó por este mismo hecho, y trataron de prenderlo; “pero nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora. Y muchos del pueblo creyeron en él, [343] y decían: Cuando venga el Cristo, ¿hará más milagros que estos que este hombre ha hecho?

Jesús se presentó ante sus enemigos con semblante tranquilo y digno, declarando su misión al mundo y revelando los pecados ocultos.

y designios mortales de los fariseos y gobernantes. Aunque estas elevadas personas de buena gana habrían sellado sus labios, y aunque tenían la voluntad de destruirlo donde estaba, una influencia invisible se lo impidió, lo que puso un límite a su ira y les dijo: “Hasta aquí llegarás. , y no más lejos.”

Las palabras de Jesús encontraron un lugar en muchos corazones y, como semilla sembrada en buena tierra, después dieron abundantes cosechas. Los espías esparcidos por la multitud ahora informan a los principales sacerdotes y ancianos que Jesús está ganando una gran influencia entre la gente y que muchos ya están reconociendo su fe en él. Por lo tanto, los sacerdotes trazaron en secreto sus planes para arrestar a Jesús; pero se las arreglan para llevárselo cuando esté solo, porque no se atreven a arriesgar el efecto sobre la gente de prenderlo mientras está en su presencia. Jesús, adivinando sus intenciones malévolas, declara en palabras de patetismo s

“Aún un poco de tiempo estaré con vosotros, y luego iré al que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y donde yo estoy, allá no podéis ir.” Pronto el Salvador del mundo encontrará un refugio de la persecución de sus enemigos, donde el desprecio y el odio de ellos serán impotentes para hacerle daño. Él ascenderá a su Padre, para ser de nuevo el Adorado de los ángeles; y allí sus asesinos nunca podrán venir.

[344]

La Fiesta de los Tabernáculos se celebraba para conmemorar el tiempo en que los hebreos habitaban en tiendas durante su estancia en el desierto. Mientras duraba esta gran fiesta, se requería que la gente saliera de sus casas y habitara en cabañas hechas de ramas verdes de pino o arrayán. Estas frondosas estructuras a veces se erigían en la parte superior de las casas y en las calles, pero más a menudo fuera de los muros de la ciudad, en los valles y a lo largo de las laderas. Dispersos en todas direcciones, estos campamentos verdes presentaban un aspecto muy pintoresco.

La fiesta duró una semana, y durante todo ese tiempo el templo fue un escenario festivo de gran regocijo. Estaba la pompa de las ceremonias de los sacrificios ; y el sonido de la música, mezclado con hosannas, llenaba de júbilo el lugar. Al amanecer, los sacerdotes hicieron sonar un toque largo y agudo con sus trompetas de plata; y las trompetas que respondían, y los gritos de alegría del pueblo desde sus tiendas, resonando sobre colinas y valles, dieron la bienvenida al día festivo. Entonces el sacerdote mojaba de las aguas corrientes del Cedrón un cántaro de agua, y, alzándolo s

alto, mientras sonaban las trompetas, subió los anchos escalones del templo, siguiendo el ritmo de la música con paso lento y medido, mientras cantaba: “¡Nuestros pies se pararán dentro de tus puertas, oh Jerusalén!”

Llevó el cántaro al altar que ocupaba una posición central en el atrio del templo. Aquí había dos tazones de plata, con un sacerdote de pie en cada uno. La jarra de agua se vertió en un recipiente y una jarra de vino en el otro; y el contenido de ambos fluyó a una tubería que se comunicaba con el Cedrón, y se conducía al Mar Muerto. Esta exhibición del agua consagrada [345] representaba la fuente que manaba de la roca para refrescar a los hebreos en el desierto. Entonces resonaron las notas jubilosas: “El Señor Jehová es mi fuerza y mi canción”; “¡Por tanto, con gozo sacaremos agua de las fuentes de la salvación!” Toda la vasta asamblea se unió en coro triunfante con instrumentos musicales y trompetas de tonos profundos, mientras coristas competentes dirigían el gran concierto armonioso de alabanza.

Las festividades se desarrollaron con un esplendor sin igual. Por la noche, el templo y su patio resplandecían con tanta luz artificial que toda la ciudad estaba iluminada. La música, el ondear de las palmas, los alegres hosannas, la gran concurrencia de gente sobre la que se derramaba la luz de las lámparas colgantes, el deslumbrante despliegue de los sacerdotes y la majestuosidad de las ceremonias, todo se combinaba para formar una escena que impresionó profundamente a todos los espectadores.

La fiesta estaba llegando a su fin. La mañana del último día de coronación encontró al pueblo cansado por la larga temporada de festividad. De repente, Jesús levantó su voz en tonos que resonaron a través de los atrios del templo:— “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.” La condición del pueblo hizo muy contundente este llamamiento. Estaban ocupados en una escena continua de pompa y festividad, sus ojos habían sido deslumbrados con luz y color, y sus oídos obsequiados con la más rica música; pero no había nada para satisfacer las necesidades del espíritu, nada para satisfacer la sed del alma por lo que no perece. Jesús los invitó a venir y beber de [346] la fuente de la vida, de lo que debería ser en ellos una fuente de agua que brotara para vida eterna.

El sacerdote había realizado esa mañana la imponente ceremonia que representaba el golpe de la roca en el desierto y la salida del agua. Esa roca era una figura de Cristo. Sus palabras eran el agua de vida. Mientras Jesús hablaba así a la gente, sus corazones se estremecieron con un extraño temor, y muchos estaban listos para exclamar, con la mujer de Samaria: “Dadme de esta agua, para que no tenga sed”.

Las palabras del Divino Maestro presentaron su evangelio en una figura más impresionante. Han pasado más de mil ochocientos años desde que los labios de Jesús pronunciaron aquellas palabras al oído de miles de almas sedientas; pero son tan reconfortantes y alegres para nuestros corazones hoy, y tan llenos de esperanza, como los de aquellos que los aceptaron en el templo judío. Jesús conocía las necesidades del alma humana. La pompa hueca, las riquezas y el honor no pueden satisfacer el corazón. “Si alguno tiene sed, venga a mí”. Los ricos, los pobres, los altos, los bajos, son igualmente bienvenidos. Promete aliviar la mente agobiada, consolar a los afligidos y dar esperanza a los abatidos. Muchos de los que oyeron a Jesús estaban en duelo por esperanzas frustradas, unos alimentaban un dolor secreto, otros buscaban satisfacer el anhelo inquieto del alma con las cosas de este mundo y la alabanza de los hombres; pero cuando todo esto fue ganado, encontraron que habían trabajado duro para alcanzar sólo una cisterna rota, de la cual no podían saciar su sed febril. En medio de todo el brillo de la alegre escena, [347] estaban de pie, insatisfechos y tristes. Ese grito repentino: “Si alguno tiene sed...” , los sobresalta de su triste meditación, y al escuchar las palabras que siguen, sus mentes se encienden con una nueva esperanza. Miran al Dador de vida de pie en majestad ante ellos, la divinidad destellando a través de su humanidad y revelando su poder celestial en palabras que estremecen sus corazones.

El grito de Cristo al alma sedienta sigue saliendo. Nos atrae con un poder aún mayor que el de aquellos que lo escucharon en el templo en ese último día de la fiesta. A los cansados y agotados se les ofrece el refrescante trago de la vida eterna. Jesús les invita a descansar en él. Él tomará sus cargas. Él les dará paz.

Siglos antes del advenimiento de Cristo, Isaías lo describió como un “escondite contra el viento”, un “refugio contra la tempestad”, como “la sombra de un gran peñasco en una tierra calurosa”. Todos los que vienen a Cristo reciben en su corazón su amor, que es el agua que brota

a la vida eterna. Quienes lo reciben lo imparten a su vez a los demás, en buenas obras, en buenos ejemplos y en el consejo cristiano.

El día había terminado, y los fariseos y los gobernantes esperaban con impaciencia el informe de los oficiales que habían puesto tras las huellas de Jesús, para arrestarlo. Pero sus emisarios regresan sin él. Se les pregunta airadamente: “¿Por qué no lo habéis traído?” Los oficiales, con semblante solemne, responden: “Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre”. Lidar con la violencia y el crimen naturalmente había endurecido los corazones de estos hombres; pero no eran tan insensibles como los sacerdotes y los ancianos, que habían cerrado resueltamente la luz y [348] se habían entregado a la envidia y la malicia.

Los oficiales habían oído las palabras de Jesús en el templo, habían sentido la maravillosa influencia de su presencia, y sus corazones se habían ablandado extrañamente y atraído hacia él, a quien se les ordenó arrestar como criminal. No estaban a la altura de la tarea que les encomendaron los sacerdotes y gobernantes; no pudieron reunir valor para poner las manos sobre este Ser puro que estaba de pie, con la luz del Cielo sobre su rostro, predicando una salvación gratuita. Mientras se excusan por no obedecer sus órdenes y dicen: “Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre”, los fariseos, enfurecidos porque incluso estas herramientas de la ley deben ser influenciadas por este campesino galileo, gritan con ira: “¿Están ustedes también engañado? ¿Ha creído en él alguno de los gobernantes o de los fariseos? Pero este pueblo, que no conoce la ley, es maldito”. Luego proceden a trazar planes para condenar y ejecutar a Jesús de inmediato, temerosos de que si lo dejan libre por más tiempo ganará a toda la gente. Deciden que su única esperanza es silenciarlo rápidamente. Pero Nicodemo, uno de los fariseos, y el que había venido a Jesús en la noche y había sido enseñado por él acerca del nuevo nacimiento, habla con denuedo: “Nuestra ley juzga a alguien antes de oírlo y saber lo que ¿Él lo hace? Por un momento el silencio cae sobre la asamblea. Nicodemo era un hombre rico e influyente, instruido en la ley y que ocupaba una alta posición entre los gobernantes. Lo que dijo era verdad, y llegó a los fariseos con un énfasis sorprendente; no podían condenar a un hombre sin ser oído. Pero esta no fue la única razón por la que los soberbios gobernantes [349] quedaron confundidos, mirando fijamente a quien con tanta audacia había hablado en favor de la justicia. Estaban sorprendidos y disgustados de que uno de sus

El propio número había quedado tan impresionado por el poder de Jesús como para defenderlo abiertamente en el concilio. Cuando se recuperaron de su asombro, se dirigieron a él con sarcasmo cortante:

“¿Eres tú también de Galilea? Busca y mira; porque de Galilea no se levantó profeta.” Pero, no obstante, fueron incapaces de llevar a cabo su propósito y condenar a Jesús sin escucharlo. Estaban derrotados y cabizbajos por el momento, y “cada uno se fue a su casa”.

* * * * *

Capítulo 30—Ve y no peques más

Temprano a la mañana siguiente, Jesús “volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentándose, les enseñaba.”

Mientras Jesús estaba enseñando, los escribas y fariseos le trajeron una mujer a la que acusaban del pecado de adulterio, y le dijeron: Maestro, ahora Moisés en la ley nos mandó que los tales fueran apedreados; pero ¿qué dices tú? Esto dijeron, tentándolo, para tener que acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en la tierra, como si no los oyera”.

Los escribas y fariseos habían acordado llevar este caso ante [350] Jesús, pensando que cualquiera que fuera la decisión que tomara al respecto, encontrarían en ella ocasión para acusarlo y condenarlo. Si absolviera a la mujer, lo acusarían de despreciar la ley de Moisés, y lo condenarían por eso; y si él declaraba que ella era culpable de muerte, lo acusarían ante los romanos como alguien que estaba provocando sedición y asumiendo una autoridad que solo les pertenecía a ellos. Pero Jesús bien sabía con qué propósito se le había presentado este caso; leyó los secretos de sus corazones y conoció el carácter y la historia de la vida de cada hombre en su presencia. Parecía indiferente a la pregunta de los fariseos, y mientras ellos hablaban y se apretujaban a su alrededor, se agachaba y escribía descuidadamente con el dedo en la arena.

Aunque haciendo esto sin un propósito aparente, Jesús estaba trazando en el suelo, en caracteres legibles, los pecados particulares de los que los acusadores de la mujer eran culpables, comenzando con el mayor y terminando con el menor. Al final, los fariseos se impacientaron por la indiferencia de Jesús y su demora en decidir la cuestión que tenía ante él, y se acercaron, insistiendo en el asunto. Pero cuando sus ojos se posaron en las palabras escritas en la arena, el miedo y la sorpresa se apoderaron de ellos. La gente, mirando, vio que su semblante cambiaba repentinamente, y se adelantó para descubrir de qué se

con tal expresión de asombro y vergüenza. Muchos de los que así se reunieron también leyeron el registro del pecado oculto inscrito contra estos acusadores de otro.

Entonces Jesús “se incorporó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella. Y otra vez se inclinó y escribió en el suelo”. Los acusadores vieron que Jesús no solo conocía los secretos de sus pecados pasados, sino que estaba familiarizado con el propósito de llevar este caso ante él, y en su incomparable sabiduría había derrotado su esquema profundamente arraigado. Ahora tenían miedo de que Jesús expusiera su culpabilidad a todos los presentes, y por lo tanto, “convencidos por su propia conciencia, fueron saliendo uno por uno, comenzando desde el mayor hasta el último; y Jesús se quedó solo, y la mujer que estaba en medio.”

No hubo uno solo de sus acusadores que no fuera más culpable que la mujer con remordimientos de conciencia que estaba temblando de vergüenza ante él. Después de que los fariseos hubieron salido apresuradamente de la presencia de Cristo, en su consternación culpable, él se levantó y miró a la mujer, diciendo: “Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado? Ella dijo: Ningún hombre, Señor. Y Jesús le dijo: Ni yo te condeno. Vete, y no peques más.”

Jesús no palió el pecado ni disminuyó el sentido del crimen; pero no vino a condenar; vino a conducir al pecador a la vida eterna. El mundo miró a esta mujer descarriada como alguien a quien despreciar y despreciar; pero el puro y santo Jesús se inclinó para dirigirse a ella con palabras de consuelo, animándola a reformar su vida. En lugar de condenar a los culpables, su obra fue llegar a las profundidades de la aflicción y la degradación humanas, levantar a los degradados y pecadores, y pedir al penitente tembloroso que “no pecara más”. Cuando la mujer se paró frente a Jesús, acobardada por la acusación de los fariseos y la sensación de la enormidad de su crimen, supo que su vida estaba temblando en la balanza, y que una palabra de Jesús agregaría combustible a la indignación . de la multitud, para que inmediatamente la apedrearán hasta matarla.

Sus ojos caen ante la mirada serena y escrutadora de Cristo. Avergonzada, no puede mirar ese rostro santo. Mientras espera que se dicte sentencia contra ella, las palabras caen sobre sus oídos atónitos que no solo la liberan de sus acusadores, sino que los envían condenados por crímenes mayores.

que el de ella Después de que se han ido, ella escucha las tristemente solemnes palabras: "Tampoco yo te condeno. Vete, y no peques más." Su corazón se derrite de pena penitencial; y, con gratitud a su Libertador, se inclina a los pies de Jesús, sollozando con acento quebrado las emociones de su corazón, y confesando sus pecados con amargas lágrimas.

Este fue el comienzo de una nueva vida para esta alma caída y tentada, una vida de pureza y paz, dedicada al servicio de Dios. Al elevar a esta mujer a una vida de virtud, Jesús realizó un acto mayor que el de curar la más grave enfermedad corporal; curó la enfermedad del alma que es de muerte eterna. Esta mujer penitente se convirtió en una de las más firmes amigas de Jesús. Ella devolvió su perdón y compasión, con amor y adoración abnegados. Después, cuando estuvo de pie afligida al pie de la cruz, y vio la agonía de morir en el rostro de su Señor, y escuchó su amargo llanto, su alma fue traspasada de nuevo; porque sabía que este sacrificio era por causa del pecado; y su responsabilidad como alguien cuya profunda culpa había ayudado a provocar esta angustia del Hijo de Dios, parecía realmente muy pesada. Ella sintió que esos dolores que atravesaron el cuerpo del Salvador [353] eran para ella; la sangre que manaba de sus heridas debía borrar su registro de pecado; los gemidos que escaparon de sus labios agonizantes fueron causados por su transgresión. Su corazón dolía con un dolor más allá de toda expresión, y sintió que una vida de expiación abnegada compensaría pobremente el regalo de la vida, comprado para ella a un precio tan infinito.

En su acto de perdonar y animar a esta mujer caída a vivir una vida mejor, el carácter de Jesús brilla en la belleza de una justicia perfecta. Sin conocer la mancha del pecado mismo, se compadece de la debilidad del descarriado y le tiende una mano amiga. Mientras los fariseos fariseos e hipócritas denuncian, y la multitud tumultuosa está lista para apedrear y matar, y la víctima temblorosa espera la muerte, Jesús, el Amigo de los pecadores, le dice: "Vete, y no peques más".

No es el verdadero seguidor de Cristo el que se aparta de los errantes con ojos fríos y desviados, dejándolos libres para seguir su curso descendente. La caridad cristiana es lenta para censurar, rápida para detectar la penitencia, pronta para perdonar, para animar, para poner al extraviado en el camino de la virtud y detener sus pies en él.

La sabiduría desplegada por Jesús en esta ocasión, al defenderse de los designios de sus enemigos, y la evidencia que les dio de que conocía los secretos ocultos de sus vidas, la convicción que inculcó en las conciencias culpables de los mismos hombres quienes buscaban destruirlo, eran evidencia suficiente de su carácter divino. Jesús también enseñó otra lección importante en [354] esta escena: que aquellos que están siempre dispuestos a acusar a otros, rápidos para detectar sus errores y celosos para que sean llevados ante la justicia, a menudo son más culpables en sus propias vidas que aquellos a quienes ellos acusan. Muchos de los que contemplaron toda la escena fueron inducidos a comparar la compasión perdonadora de Jesús con el espíritu implacable de los fariseos, para quienes la misericordia era una extraña; y se volvieron al compasivo Salvador como a Aquel que conduciría al pecador arrepentido a la paz y la seguridad.

“Entonces Jesús les habló otra vez, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.” Jesús se había representado a sí mismo, en su relación con el hombre caído, como una fuente de agua viva, a la que todos los sedientos pueden acudir y beber. Las luces brillantes del templo iluminaban toda Jerusalén, y ahora usaba estas luces para representar su relación con el mundo. En tonos claros y emocionantes declaró: “Yo soy la luz del mundo”. Así como las lámparas radiantes del templo iluminaban toda la ciudad, así Cristo, la fuente de la luz espiritual, iluminó las tinieblas de un mundo que yace en el pecado. Sus modales eran tan impresionantes, y sus palabras tenían tal peso de verdad, que muchos estaban allí convencidos de que él era en verdad el Hijo de Dios. Pero los fariseos, siempre dispuestos a contradecirlo, lo acusaron de egoísmo, diciendo: “Tú das testimonio de ti mismo; tu registro no es verdadero.” Jesús, respondiendo a sus objeciones, reafirmó su comisión divina:

“Aunque doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero; porque sé de dónde he venido ya dónde voy; pero no sabéis de dónde vengo [355] ni adónde voy.” Ignoraban su carácter y misión divinos porque no habían escudriñado las profecías acerca del Mesías, como era su privilegio y deber hacerlo. No tenían conexión con Dios y el Cielo y, por lo tanto, no comprendían la obra del Salvador del mundo y, aunque habían recibido la evidencia más convincente de que Jesús era ese Salvador, se negaron a abrir sus mentes para comprender. Al principio habí

corazones contra él, y rehusaron creer la prueba más fuerte de su divinidad, y, como consecuencia, sus corazones se endurecieron hasta que estuvieron decididos a no creerlo ni aceptarlo.

“Vosotros juzgáis según la carne; No juzgo a ningún hombre. Y sin embargo, si juzgo, mi juicio es verdadero; porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió.” Así declaró que fue enviado por Dios, para hacer su obra. No había consultado con sacerdotes ni gobernantes sobre el curso que debía seguir; porque su comisión fue de la más alta autoridad, incluso el Creador del universo. Jesús, en su sagrado oficio, había enseñado al pueblo, había aliviado el sufrimiento, había perdonado el pecado y había limpiado el templo, que era la casa de su Padre, y expulsado a los profanadores de sus sagrados portales; había condenado la vida hipócrita de los fariseos y reprochado sus pecados ocultos; y en todo esto había obrado bajo la instrucción de su Padre Celestial. Por eso lo odiaron y trataron de matarlo. Jesús les declaró: “Vosotros sois de abajo; soy de arriba Vosotros sois de este mundo; Yo no soy de este mundo.”

“Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces sabréis que yo soy, y que no hago nada por mí mismo, sino como mi Padre me ha enseñado”. “Y el que me envió, conmigo está; el Padre no me ha [356] dejado solo; porque yo hago siempre lo que a él le agrada. Estas palabras fueron pronunciadas con un poder estremecedor y, por el momento, cerraron los labios de los fariseos e hicieron que muchos de los que escuchaban con mente atenta se unieran a Jesús, creyendo que era el Hijo [de] Dios. A estos creyentes les dijo: “Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos. Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” Pero a los fariseos que lo rechazaron, y que endurecieron su corazón contra él, les declaró: “Yo me voy, y me buscaréis, y en vuestros pecados moriréis; adonde yo voy, vosotros no podéis venir.”

Pero los fariseos tomaron sus palabras, dirigidas a los que creían, y las comentaron, diciendo: “Somos linaje de Abraham, y nunca fuimos esclavos de ningún hombre; ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús miró a estos hombres, esclavos de la incredulidad y de la amarga malicia, cuyos pensamientos estaban empeñados en la venganza, y les respondió: “De cierto, de cierto os digo: Todo aquel que comete pecado, es siervo del pecado”. Estaban en la peor de las ataduras, gobernados por el espíritu del mal. Jesús les declaró que si eran

los verdaderos hijos de Abraham, y vivían en la obediencia a Dios, no buscarían matar a uno que estaba diciendo la verdad que Dios le había dado. Esto no estaba haciendo las obras de Abraham, a quien reclamaban como su padre.

Jesús, con un énfasis sorprendente, negó que los judíos estuvieran siguiendo el ejemplo de Abrahán. Él dijo: “Vosotros hacéis las obras de vuestro [357] padre”. Los fariseos, comprendiendo en parte su significado, dijeron: “Nosotros no somos nacidos de fornicación; tenemos un Padre, Dios mismo.” Pero Jesús les respondió: “Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais; porque procedí y vine de Dios; ni yo vine de mí mismo, sino que él me envió.” Los fariseos se habían apartado de Dios y se negaban a reconocer a su Hijo. Si sus mentes hubieran estado abiertas al amor de Dios, habrían reconocido al Salvador que fue enviado al mundo por él. Jesús reveló audazmente su condición desesperada: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. Él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso; y el padre de ella.

Y porque os digo la verdad, no me creéis. Estas palabras fueron pronunciadas con un patetismo doloroso, cuando Jesús se dio cuenta de la terrible condición en la que habían caído estos hombres. Pero sus enemigos lo oyeron con ira incontrolable; aunque su porte majestuoso y el peso poderoso de las verdades que pronunció, los mantuvieron impotentes. Jesús continuó señalando el marcado contraste entre su posición y la de Abraham, cuyos hijos afirmaban ser:—

“Abraham, vuestro padre, se alegró de ver mi día; y él lo vio, y se alegró.” Los judíos escucharon con incredulidad esta afirmación y dijeron con desdén: “Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?” Jesús, con una elevada dignidad que envió un escalofrío de convicción a través de sus almas culpables, respondió: “De cierto, de cierto os digo, antes que Abraham fuese, yo soy”. Por un momento, el silencio cayó sobre toda [358] la gente, mientras el significado grandioso y terrible de estas palabras amanecía en sus mentes. Pero los fariseos, recuperándose rápidamente de la influencia de sus palabras, y temiendo su efecto sobre la gente, comenzaron a crear un alboroto, vituperándolo como un blasfemo. “Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se escondió, y salió del templo, pasando por en medio de ellos, y así pasó de largo.”

* * * * *

Capítulo 31—La resurrección de Lázaro

Jesús había encontrado muchas veces el descanso que su fatigada naturaleza humana requería en la casa de Lázaro, en Betania. Su primera visita allí fue cuando él y sus discípulos estaban cansados de un fatigoso viaje a pie desde Jericó a Jerusalén. Se quedaron como invitados en la tranquila casa de Lázaro, y fueron atendidos por sus hermanas, Marta y María. No obstante el cansancio de Jesús, continuó la instrucción que había ido dando a sus discípulos en el camino, en cuanto a las cualidades necesarias para preparar a los hombres para el reino de los cielos. La paz de Cristo descansó sobre el hogar del hermano y las hermanas. Marta había estado muy ansiosa por brindar consuelo a sus invitados, pero María quedó encantada con las palabras de Jesús a sus discípulos y, al ver una oportunidad de oro para familiarizarse mejor con las doctrinas de Cristo, entró silenciosamente en la habitación donde él estaba. estaba [359] sentada, y, tomando su lugar a los pies de Jesús, cada palabra que salía de sus labios.

Mientras tanto, la enérgica Martha estaba haciendo amplios preparativos para el entretenimiento de sus invitados, y extrañaba la ayuda de su hermana. Finalmente descubrió que María estaba sentada a los pies de Jesús y escuchaba con gran atención lo que decía. Marta, cansada de tantas preocupaciones, se enfadó tanto al ver a su hermana escuchar así tranquilamente, que se olvidó de la cortesía debida a sus invitados, y se quejó abiertamente de la ociosidad de María, y apeló a Jesús para que no permitiera que todos los deberes domésticos cayesen . sobre uno

Jesús respondió a estas quejas con palabras suaves y pacientes: "Marta, Marta, tú eres cuidadosa y preocupada por muchas cosas; pero una cosa es necesaria, y María escogió la buena parte, la cual no le será quitada." Lo que Jesús indicó que Marta necesitaba era un espíritu tranquilo y devoto, una ansiedad más profunda por aprender más acerca de la futura vida inmortal y las gracias necesarias para el avance espiritual. Necesitaba menos ansiedad por las cosas terrenales, que pasan, y más por las cosas celestiales, que afectan el bienestar eterno del alma. Es necesario realizar fielmente

los deberes de la vida presente, pero Jesús enseñaría a sus hijos que deben aprovechar cada oportunidad para obtener ese conocimiento que los hará sabios para la salvación.

Uno de los peligros de la época actual es dedicar demasiado tiempo a asuntos de negocios y preocupaciones innecesarias, que creamos para nosotros mismos, mientras se descuida el desarrollo del carácter cristiano.

Se necesitan para este tiempo Martas atentas, enérgicas, que fusionen con sus cualidades prontas y resueltas esa "mejor parte" de la que habló Cristo [360]. Un carácter de tal fortaleza y piedad combinadas es un poder invencible para el bien.

Una nube oscura ahora se cernía sobre este tranquilo hogar donde Jesús había descansado. Lázaro fue atacado por una enfermedad repentina. Las hermanas afligidas enviaron un mensaje a Jesús: "Señor, he aquí, el que amas está enfermo". No pidieron urgentemente la presencia inmediata de Jesús, porque creían que él entendería el caso y aliviaría a su hermano. Lázaro era un firme creyente en la misión divina de Jesús; lo amaba ardientemente y era a su vez amado por el bendito Maestro, cuya paz había descansado en su tranquilo hogar. La fe y el amor que el hermano y las hermanas sentían por Jesús los animaba a creer que él no pasaría por alto su angustia. Por lo tanto, enviaron el mensaje sencillo y confiado: "El que amas está enfermo".

Cuando Jesús recibió el mensaje, dijo: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". En consecuencia, permaneció donde estaba durante dos días. Después de que se envió el mensajero, Lázaro empeoró rápidamente. Las hermanas contaron los días y las horas que debían transcurrir entre el envío del mensaje y la llegada de Jesús en su ayuda. A medida que se acercaba la hora en que debían esperarlo, miraban con ansiedad a los viajeros que aparecían a lo lejos, con la esperanza de descubrir la forma de Jesús. Todos sus esfuerzos por la recuperación de su hermano fueron en vano, y sintieron que debía morir a menos que la ayuda divina se interpusiera para salvarlo. Su oración constante era, ¡Oh! [361] que Jesús vendría! ¡Él podría salvar a nuestro amado hermano!

Actualmente su mensajero regresa, pero sin la compañía de Jesús. Él lleva a las hermanas afligidas las palabras del Salvador: "Esta enfermedad no es para muerte". Pero los corazones de las hermanas desfallecen, pues he aquí, su hermano ya está luchando con el feroz destructor, y pronto cierra sus ojos en la muerte.

Jesús, al cabo de los dos días, se propuso ir a Judea, pero sus discípulos se esforzaron por impedirsele. Le recordaron el odio manifestado hacia él la última vez que estuvo allí.

Dijeron ellos: “Los judíos de los últimos tiempos procuraban apedrearte; ¿Y vas allá otra vez? Entonces Jesús les explicó que debía irse, porque Lázaro había muerto, y agregó: “Y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis”. Jesús no se demoró en ir al socorro de Lázaro por falta de interés en la familia afligida; pero se propuso hacer del doloroso acontecimiento de la muerte de Lázaro una ocasión para dar una prueba indudable de su poder divino, y unir a sus discípulos con él en una fe inquebrantable. Ya algunos entre ellos se preguntaban en sus mentes si no habían sido engañados en las evidencias de su poder divino; si fuera realmente el Cristo, ¿no habría salvado a Lázaro, a quien amaba? Jesús se propuso obrar un milagro supremo que convencería a todos los que por cualquier medio estarían convencidos de que él era el Salvador del mundo.

El peligro que acompañaba a esta expedición a Judea era grande, ya que los judíos estaban decididos a matar a Jesús. Al ver que era imposible **disuadirlo** de ir, Tomás propuso a los discípulos que todos acompañaran a su Maestro, diciendo: “Vamos también nosotros, para que muramos con él”. Por eso los doce acompañaron al Salvador. En el camino, Jesús trabajó por los necesitados, aliviando a los que sufrían y sanando a los enfermos como era su costumbre. Cuando llegó a Betania, escuchó de varias personas que Lázaro había muerto y que había estado enterrado cuatro días. Estando aún a cierta distancia de la casa, escuchó el llanto de los dolientes. Cuando moría un hebreo, era costumbre que los parientes abandonaran todos los negocios durante varios días y vivieran de la comida más tosca mientras lloraban a los muertos. También se contrataron plañideros profesionales, y fueron ellos a quienes Jesús escuchó gemir y chillar en aquella casa que una vez había sido su tranquilo y placentero lugar de descanso.

Jesús no deseaba encontrarse con las hermanas afligidas en una escena de confusión como la que presentaba entonces su hogar, por lo que se detuvo en un lugar tranquilo junto al camino y envió un mensajero para informarles dónde podían encontrarlo. Martha se apresuró a recibirlo; ella le contó de la muerte de su hermano, diciendo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. En su desilusión y dolor no había

perdió la confianza en Jesús y añadió: “Pero yo sé que aun ahora, todo lo que pidieres a Dios, Dios te lo dará”.

Jesús animó su fe al declararle: “Tu hermano resucitará”. Martha, sin comprender el significado completo de Jesús, respondió que sabía que él resucitaría en la resurrección, en el último día. Pero Jesús, buscando dar una verdadera dirección a su fe, dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, [363] aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? Jesús dirigiría los pensamientos de Marta hacia sí mismo y fortalecería su fe con respecto a su poder. Sus palabras tenían un doble sentido; no sólo se referían al acto inmediato de resucitar a Lázaro, sino que también se referían a la resurrección general de todos los justos, de la cual la resurrección de Lázaro que estaba a punto de realizar no era más que una representación. Jesús se declaró a sí mismo el Autor de la resurrección. Aquel que pronto iba a morir en la cruz, se levantó con las llaves de la muerte, un conquistador de la tumba, y afirmó su derecho y poder para dar vida eterna.

Cuando Jesús le preguntó a Marta: “¿Crees?” ella respondió con una confesión de su fe: “Señor, creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que había de venir al mundo”. Así Marta declaró su creencia en el Mesianismo de Jesús, y que él podía realizar cualquier trabajo que le placiera hacer. Jesús le pidió a Marta que llamara a su hermana y a los amigos que habían venido a consolar a las mujeres afligidas. Cuando llegó María, cayó a los pies de Jesús, también llorando: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Al ver toda esta angustia, Jesús “gimió en el espíritu, y se turbó, y dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? Le dijeron: Señor, ven y mira”. Juntos se dirigieron a la tumba de Lázaro, que era una cueva con una piedra encima.

Fue una escena lúgubre. Lázaro había sido muy amado, y sus hermanas lloraron por él con el corazón destrozado, mientras que las que habían sido sus amigas mezclaron sus lágrimas con las de las afligidas hermanas. Jesús también había amado a Lázaro, cuya fe siempre había sido fuerte en él, sin vacilar ni fallar ni por un momento. En vista de esta angustia humana, y del hecho de que estos amigos afligidos podían llorar por los muertos, cuando el Salvador del mundo estaba presente, quien tenía poder para resucitar de entre los muertos, “Jesús lloró”. Su dolor no fue solo porque

de la escena que tenía delante. El peso del dolor de los siglos estaba sobre su alma, y, mirando hacia los años venideros, vio el sufrimiento y el dolor, las lágrimas y la muerte, que serían la suerte de los hombres. Su corazón fue traspasado por el dolor de la familia humana de todas las edades y en todas las tierras. Las aflicciones de la raza pecadora pesaban sobre su alma, y la fuente de sus lágrimas se rompió, ya que anhelaba aliviar toda su angustia.

Al ver las lágrimas y oír los gemidos de Jesús, los que estaban alrededor decían: "¡Mirad cómo le amaba!". Entonces susurraron entre sí: "¿No podría este hombre, que abrió los ojos de los ciegos, haber hecho que ni siquiera este hombre muriera?" Jesús gimió dentro de sí mismo por la incredulidad de aquellos que habían profesado fe en él. Pensaron que sus lágrimas se debían a su amor por Lázaro, y que él, que había hecho obras tan poderosas, no había podido salvar a Lázaro de la muerte. Jesús, agobiado por la infidelidad ciega de los que debían tener fe en él, se acercó al sepulcro y con tono de autoridad mandó que se quitara la piedra. Las manos humanas estaban, por su parte, requeridas para hacer todo lo [365] que les era posible hacer, y entonces el poder divino terminaría la obra.

Pero Marta se opuso a que se quitara la piedra y le recordó a Jesús que el cuerpo había estado enterrado cuatro días y que la corrupción ya había comenzado. Jesús le respondió con reproche: "¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios?"

Entonces se quitó la piedra y se reveló al muerto a la vista. Era evidente para todos que la putrefacción realmente había comenzado. Ahora está hecho todo lo que está en el poder del hombre para hacer. Los amigos se juntan con una mezcla de curiosidad y asombro para ver lo que Jesús está a punto de

hacer. Alzando los ojos, el Salvador oró: "Padre, te doy gracias porque me has oído. Y supe que siempre me oyes; pero lo dije por causa del pueblo que está presente, para que crean que tú me enviaste." El silencio que siguió a esta oración fue roto por Jesús gritando a gran voz: "Lázaro, ven fuera".

Instantáneamente la vida anima esa forma que había sido tan cambiada por la descomposición que los amigos del difunto retrocedían al mirarla. Lázaro, atado de pies y manos con vendas y con un sudario sobre el rostro, se levanta, obediente al mandato de su Salv

por la hoja de liquidación. Jesús ordena a sus amigos que “lo suelten y lo dejen ir”.

Nuevamente se solicitan manos humanas para hacer el trabajo que les es posible hacer. Se quitan las ropas funerarias que muestran evidencia de la corrupción del cuerpo, y Lázaro está de pie ante ellos, no como alguien demacrado por la enfermedad y con [366] miembros débiles y tambaleantes, sino como un hombre en la flor de la vida, y en el vigor de una virilidad noble, sus ojos brillando con inteligencia y amor por su Salvador. Se inclina a los pies de Jesús y lo glorifica. Una sorpresa muda al principio se apodera de todos los presentes; pero ahora sucede una escena inexpresable de regocijo y acción de gracias. Las hermanas reciben a su hermano de vuelta a la vida como don de Dios, y con lágrimas de alegría, entrecortadamente expresan su agradecimiento y alabanza al Salvador. Pero mientras hermanos, hermanas y amigos se regocijan en esta reunión, Jesús se retira de la emocionante escena, y cuando buscan al Dador de vida, no lo encuentran por ninguna parte.

Este milagro supremo de Cristo hizo que muchos creyeran en él. Pero algunos de los que estaban en la multitud alrededor de la tumba, y oyeron y vieron las maravillosas obras realizadas por Jesús, no se convirtieron, sino que fortalecieron sus corazones contra la evidencia de sus propios ojos y oídos. Esta demostración del poder de Cristo fue la manifestación culminante ofrecida por Dios al hombre como prueba de que había enviado a su Hijo al mundo para la salvación del género humano. Si los fariseos rechazaron esta poderosa evidencia, ningún poder en el cielo ni en la tierra podría arrebatarles su incredulidad satánica.

Los espías se apresuran a informar a los gobernantes de esta obra de Jesús, y que “el mundo se ha ido tras él”. Al realizar este milagro, el Salvador dio un paso decisivo hacia el cumplimiento de su misión terrenal. Ahora se dio la mayor evidencia de su vida de que él era el Hijo de Dios y tenía el control de la muerte y la tumba. Corazones que habían estado durante mucho tiempo bajo el poder del pecado, al rechazar esta prueba de [367] la divinidad de Jesús, se encerraron en tinieblas impenetrables y quedaron completamente bajo el dominio de Satanás, para ser llevados por él al borde de la ruina eterna.

El gran milagro obrado en la tumba de Lázaro intensificó el odio de los fariseos contra Jesús. Esta demostración del poder divino, que presentó una prueba tan incuestionable de que Jesús era el Hijo de Dios, fue suficiente para convencer a cualquier mente bajo la

el control de la razón y la conciencia ilustrada. Pero los fariseos, que habían rechazado toda evidencia menor, sólo se enfurecieron ante este nuevo milagro de resucitar a los muertos a plena luz del día, y ante una multitud de testigos. Ningún artificio de ellos podría explicar tal evidencia. Por esta misma razón su odio se hizo más mortífero, y vieron cada oportunidad de lograr su propósito secreto de destruirlo. En el fondo ya eran asesinos.

Las autoridades judías consultaron entre sí sobre qué curso de acción debían seguir para contrarrestar el efecto de este milagro sobre el pueblo; porque la noticia se extendió por todas partes de que Jesús había resucitado a Lázaro de entre los muertos, y la realidad del evento fue establecida por muchos testigos presenciales. Aun así, los enemigos de Jesús trataron de hacer circular informes falsos, pervirtiendo los hechos del caso en la medida de sus posibilidades, y tratando de apartar a la gente de uno que se había atrevido a robar la tumba de sus muertos.

En este concilio de los judíos había algunos hombres influyentes que creían en Jesús; pero sus deseos fueron anulados por los malignos [368] fariseos, que odiaban a Jesús porque había expuesto sus hipócritas pretensiones y había desgarrado el manto de precisión y ritos rigurosos bajo los cuales se escondía su deformidad moral. La religión pura que enseñó Jesús y su vida sencilla y piadosa condenaron sus huecas profesiones de piedad. Estaban sedientos de venganza, y nada menos que quitarle la vida los satisfaría. Habían tratado de provocarlo para que dijera o hiciera algo que les diera ocasión de condenarlo, y varias veces intentaron apedrearlo, pero él se había retirado en silencio y lo habían perdido de vista.

Los milagros realizados por Jesús en el sábado fueron todos para el alivio de los afligidos, pero los fariseos habían tratado de usar estas obras de misericordia como una causa por la cual podrían condenarlo por violar el sábado. Se esforzaron por despertar a los herodianos contra él; representaron que Jesús estaba tratando de establecer un reino rival entre ellos, y consultaron con ellos cómo deberían destruirlo. Habían tratado de excitar a los romanos contra él y lo habían representado como alguien que estaba tratando de subvertir su autoridad. Habían probado todos los pretextos para evitar que él influyera en la gente, pero hasta ahora habían fracasado en sus intentos; porque las multitudes que presenciaron las obras de misericordia y benevolencia hechas por Jesús, y escucharon sus enseñanzas puras y santas, sabían

palabras y hechos de un transgresor del sábado y un blasfemo. Incluso los oficiales enviados por los fariseos habían sido tan influenciados por la presencia divina del gran Maestro que no pudieron ponerle las manos encima. Desesperados, los judíos finalmente aprobaron un edicto según el cual si algún [369] hombre confesaba que creía en Jesús, debía ser expulsado del sinagoga.

Entonces, mientras los sacerdotes, los gobernantes y los ancianos se reunían para consultar, fue su firme determinación silenciar a este hombre que hizo obras tan maravillosas que todos los hombres se maravillaron. Nicodemo y José habían impedido en concilios anteriores la condenación de Jesús, y por eso no fueron convocados en esta ocasión. Caifás, que actuó como sumo sacerdote ese año, era un hombre orgulloso y cruel; era autoritario e intolerante por naturaleza; había estudiado las profecías y, aunque su mente estaba envuelta en tinieblas en cuanto a su verdadero significado, habló con gran autoridad y aparente conocimiento.

Mientras los sacerdotes y los fariseos consultaban entre sí, algunos de ellos dijeron: "Si lo dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar y nuestra nación." Entonces Caifás habló con altivez: "Vosotros nada sabéis, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y que no perezca toda la nación". La voz del sumo sacerdote decidió el asunto; aunque Jesús fuera inocente, que muera; era molesto, atraía a la gente hacia él y disminuía la autoridad de los gobernantes. Él era uno solo, era mejor que muriera, aunque fuera inocente, que que el poder de los gobernantes disminuyera. Caifás, al declarar que un hombre debía morir por la nación, indicó que tenía algún conocimiento de las profecías, aunque muy limitado; pero Juan, en su relato de esta escena, retoma la profecía, y muestra su amplio y profundo significado con estas palabras: "Y no solamente para aquella nación, [370] sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que habían sido dispersos en el extranjero." ¡Cuán ciegamente reconoció el altivo Caifás la misión de Jesús como Redentor!

Casi todo el concilio estuvo de acuerdo con el sumo sacerdote en que era la política más sabia dar muerte a Jesús. Habiendo tomado esta decisión, aún quedaba por determinar cómo se llevaría a cabo. Temían tomar medidas precipitadas para que la gente no

enfurecerse y la violencia meditada hacia Jesús debe ser visitada sobre sí mismos. El Salvador estaba continuamente beneficiando y enseñando a la gente, ellos sabían que era uno sin culpa, y su influencia sobre ellos era muy fuerte; por eso los fariseos se demoraron en ejecutar la sentencia que habían pronunciado contra él.

El Salvador entendió las conspiraciones de los sacerdotes contra él; sabía que anhelaban quitarlo de en medio de ellos, y que sus deseos pronto se cumplirían; pero no le correspondía apresurar el evento culminante, y se retiró de esa región, llevándose consigo a sus discípulos. Jesús ya había dado tres años de trabajo público al mundo. Su ejemplo de abnegación y benevolencia desinteresada estaba ante ellos. Su vida de pureza, de sufrimiento y devoción fue conocida por todos. Sin embargo, este corto período de tres años fue lo más largo que el mundo pudo soportar la presencia de su Redentor.

Su vida había sido una de persecuciones e insultos. Expulsado de Belén por un rey celoso, rechazado por su propio pueblo en Nazaret, [371] condenado a muerte sin causa en Jerusalén, Jesús, con sus pocos seguidores fieles, encuentra un asilo temporal en una ciudad extraña. Aquel que fue tocado por la aflicción humana, que sanó a los enfermos, devolvió la vista a los ciegos, el oído a los sordos y el habla a los mudos, que alimentó a los hambrientos y consoló a los afligidos, fue expulsado de la gente por la que había trabajado. ahorrar. El que caminó sobre las olas embravecidas y con una palabra silenció el rugido de su ira, el que echó fuera los demonios que al partir reconocieron que era el Hijo de Dios, el que rompió el sueño de los muertos, el que mantuvo a miles embelesados con las palabras de sabiduría que cayó de sus labios, no pudo alcanzar los corazones de aquellos que estaban cegados por prejuicios y odios insanos, y que rechazaron resueltamente la luz.

No es el plan de Dios obligar a los hombres a ceder en su malvada incredulidad. Ante ellos están la luz y la oscuridad, la verdad y el error. Son ellos los que deciden cuál aceptar. La mente humana está dotada del poder de discriminar entre el bien y el mal. Dios quiere que los hombres no decidan por impulso, sino por el peso de la evidencia, comparando cuidadosamente escritura con escritura. Si los judíos hubieran dejado atrás sus prejuicios y comparado la profecía escrita con los hechos que caracterizan la vida de Jesús, habrían percibido una hermosa

armonía entre las profecías y su cumplimiento en la vida y ministerio del humilde galileo.

Se acercaba la hora de la pascua, y muchos vinieron a Jerusalén de varias partes del país para purificarse según la costumbre ceremonial de los judíos. Mucho [372] se hablaba y especulaba entre esta gente acerca de Jesús, y se preguntaban si no estaría presente en la fiesta. “Ahora bien, tanto los principales sacerdotes como los fariseos habían dado el mandamiento de que si alguno sabía dónde estaba, lo mostrara para que lo llevaran”.

* * * * *

Capítulo 32—La ofrenda de María

Seis días antes de la Pascua, Jesús se detuvo en la casa de Lázaro en Betania. Iba de camino desde Jericó para asistir a la fiesta de la pascua en Jerusalén, y eligió este retiro para descansar y refrescarse. Multitudes de personas pasaron a la ciudad, trayendo la noticia de que Jesús se dirigía a la fiesta, y que descansaría el sábado en Betania. Esta información fue recibida con gran entusiasmo por el pueblo; porque la noticia se había extendido por todas partes de las obras maravillosas realizadas por Jesús, la última y más asombrosa de las cuales fue la resurrección de Lázaro de entre los muertos. Muchos acudieron en masa a Betania, algunos por curiosidad de ver a alguien que había resucitado de entre los muertos, y otros porque sus corazones simpatizaban con Jesús y anhelaban mirar su rostro y escuchar sus benditas palabras.

Regresaron con informes que aumentaron el entusiasmo de la multitud. Todos estaban ansiosos por ver y oír a Jesús, cuya fama de profeta se había extendido por toda la tierra. Hubo un murmullo general de preguntas sobre quién era el maravilloso Maestro, de dónde había venido, si Lázaro, que había resucitado de entre los muertos, lo acompañaría a Jerusalén, y si era probable que el gran profeta fuera coronado rey. en la fiesta La atención de la gente estaba enteramente absorta en el tema de Jesús y sus obras maravillosas. Los sacerdotes y los gobernantes vieron que estaban perdiendo su dominio sobre las mentes de la gente, y su ira contra Jesús aumentó; apenas podían esperar a que él viniera y les diera la anhelada oportunidad de satisfacer su venganza y apartarlo para siempre de su camino. A medida que pasaba el tiempo, se emocionaron e inquietaron, temiendo que, después de todo, Jesús no viniera a Jerusalén. Tenían miedo de que hubiera leído sus propósitos en contra de él y, por lo tanto, se mantuvieran alejados. Recordaron la frecuencia con la que había adivinado sus pensamientos, expuesto sus motivos ocultos y desconcertado sus planes asesinos. Difícilmente podían ocultar su ansiedad, y

preguntaron entre sí: “¿Qué pensáis vosotros, que no vendrá a la fiesta?”

Se convocó un concilio apresurado de sacerdotes y fariseos para determinar cómo proceder con respecto a Jesús, en vista de la excitación y el entusiasmo de la gente por su causa. Decidieron que sería peligroso apoderarse de él abiertamente con cualquier pretexto, porque desde la resurrección de Lázaro, las simpatías de la gente estaban muy a favor de Jesús. De modo que determinaron usar la astucia y prenderlo en secreto, evitando todo alboroto o interferencia, llevar a cabo la burla de un juicio lo más silenciosamente posible, y confiar en la voluble marea de [374] la opinión pública para que se pronuncie a su favor cuando fuera necesario. sabía que Jesús estaba condenado a muerte.

Pero surgió otra consideración: Si ejecutaran a Jesús, y Lázaro quedara como testigo de su poder milagroso para resucitar de entre los muertos, el mismo hecho de que existió un hombre que había estado cuatro días en la tumba, y cuyo cuerpo había comenzado a decaer, pero que habían sido llamados a la vida y la salud por una palabra de Jesús, tarde o temprano crearían una reacción y traerían el desastre sobre ellos mismos por sacrificar la vida de Aquel que pudo realizar tal milagro en beneficio de la humanidad. Por lo tanto, decidieron que Lázaro también debía morir. Sentían que si la gente perdía la confianza en sus gobernantes, el poder nacional sería destruido.

A tales extremos conducen la envidia y el amargo prejuicio a sus esclavos. Al rechazar a Cristo, los fariseos se colocaron donde las tinieblas y la superstición los envolvían, hasta que, aumentando continuamente en odio e incredulidad, estaban listos para empaparse las manos en sangre para lograr sus fines impíos, e incluso quitar la vida de uno a quien Infinite el poder había rescatado de la tumba. Se colocaron donde ningún poder, humano o divino, podía alcanzarlos; pecaron contra el Espíritu Santo, y Dios no tenía poder de reserva para hacer frente a su caso. Su rebelión contra Cristo fue resuelta y determinada; él era para ellos piedra de tropiezo y roca de escándalo; no querían que este hombre Jesús reinara sobre ellos. Mientras se desarrollaba todo este complot en Jerusalén, Jesús descansaba tranquilamente de sus labores en la casa de Lázaro. Simón de Betania, a quien Jesús había curado de la lepra, deseando honrar de modo especial a su Maestro [375] , hizo una cena e invitó a él ya sus amigos como huéspedes.

El Salvador se sentó a la mesa con Simón, a quien había curado de una

enfermedad repugnante, por un lado, y Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos, por el otro. Marta servía en la mesa, pero María escuchaba atentamente cada palabra que salía de los labios de Jesús. Ella vio que estaba triste; ella sabía que inmediatamente después de resucitar a su hermano de entre los muertos, él se vio obligado a recluirse para escapar de la persecución de los principales judíos. Mientras miraba a su hermano en la fortaleza de una salud perfecta, su corazón se conmovió en gratitud a Jesús que lo había restaurado de la tumba.

Jesús en su misericordia había perdonado los pecados de María, que habían sido muchos y graves, y su corazón estaba lleno de amor por su Salvador. A menudo lo había oído hablar de su próxima muerte, y estaba apenada de que tuviera que enfrentarse a un destino tan cruel. Con gran sacrificio personal había comprado una caja de alabastro con ungüento precioso para ungir el cuerpo de Jesús en su muerte. Pero ahora escuchó a muchos expresar la opinión de que él sería elevado a la autoridad real cuando fuera a Jerusalén, y estaba demasiado dispuesta a creer que así sería. Se regocijó de que su Salvador ya no sería despreciado y rechazado, ni obligado a huir para salvar su vida. En su amor y gratitud, quiso ser la primera en honrarlo y, tratando de evitar la observación, ungió su cabeza y pies con el ungüento precioso, y luego secó sus pies con su cabello largo y suelto.

[376] Sus movimientos no habían sido observados por los demás, pero el olor llenó la casa con su fragancia y publicó su acto a todos los presentes. Algunos de los discípulos manifestaron disgusto por este acto, y Judas expresó con valentía su desaprobación por tal extravagancia derrochadora. Simón el anfitrión, que era fariseo, fue influenciado por las palabras de Judas, y su corazón se llenó de incredulidad. También pensó que Jesús no debería tener comunicación con María debido a su vida pasada. Judas, el principal instigador de esta desafección entre los que se sentaban a la mesa, era ajeno a la profunda devoción y homenaje que motivó a María en su obra de amor. Había sido nombrado tesorero de los fondos unidos de los discípulos, y se había apropiado deshonestamente de los medios que estaban destinados al servicio de Dios. Se había entregado a un espíritu de avaricia hasta que había vencido todo buen rasgo de su carácter. Este acto de María contrastaba tan marcadamente con su egoísmo que él se avergonzó de su avaricia y trató de atribuir su objeción a su regalo, a un motivo más digno.

Dirigiéndose a los discípulos, preguntó: “¿Por qué no se vendió este ungüento por trescientos denarios y se dio a los pobres?” Así trató de ocultar su codicia bajo una aparente simpatía por los pobres, cuando, en realidad, no se preocupaba por ellos.

Anhelaba tener los frutos del costoso ungüento en sus propias manos para aplicarlo a sus propios propósitos egoístas. Con su profesada simpatía por los pobres, engañó a sus condiscípulos, y con sus astutas insinuaciones les hizo desconfiar de la devoción de María. Susurraron indicios de prodigalidad alrededor de la mesa: “¿Para qué sirve este despilfarro? porque este ungüento podría haberse [377] vendido a mucho, y dado a los pobres.” María se avergonzó cuando los ojos de los discípulos se posaron sobre ella con severidad y reproche. Ella sintió que su acto de devoción debe haber sido incorrecto, y temblando esperaba que Jesús también lo condenara.

Pero el Salvador había observado todo lo que había ocurrido y conocía los motivos de todos los que estaban allí reunidos. Leyó el objeto de María en su costosa ofrenda. Aunque ella había sido muy pecadora, su arrepentimiento fue sincero, y Jesús, mientras reprochaba su culpa, se compadeció de su debilidad y la perdonó. El corazón de María se llenó de gratitud por la compasión de Jesús. Siete veces había escuchado su severa reprensión a los demonios que entonces controlaban su corazón y su mente, y había escuchado sus fuertes clamores a su Padre por ella. Ella sabía cuán ofensivo era todo lo impuro para la mente inmaculada de Cristo, y venció su pecado en la fuerza de su Salvador. Ella fue transformada, partícipe de la naturaleza divina.

María había ofrecido su don en el agradecido homenaje de su corazón, y Jesús explicó su motivo y reivindicó su obra. “Déjenla en paz”, dijo, “¿Por qué”, preguntó, “inquietáis a la mujer? porque ella ha hecho una buena obra en mí.” Él justificó su trabajo ante todos los presentes como evidencia de su gratitud hacia él por haberla sacado de una vida de vergüenza a una de pureza, y por enseñarle a creer en él. Dijo él: “Hasta el día de mi sepultura ha guardado esto”. El ungüento guardado tan sagradamente para ungir el cuerpo muerto de su Señor lo había derramado sobre su cabeza en la creencia de que estaba a punto de ser elevado a un trono [378] en Jerusalén.

Jesús podría haber señalado a Judas a los discípulos como la causa de un juicio tan severo sobre María. Podría haberles revelado la hipocresía de su carácter; él podría haber hecho

conocido su total falta de compasión por los pobres, y su malversación de dinero apropiado para su alivio. Podría haber levantado su indignación contra él por su opresión de la viuda, el huérfano y el asalariado; pero se abstuvo de exponer el verdadero carácter de Judas. No le reprochó, y así evitó darle una excusa para su futura perfidia.

Pero reprendió a los discípulos, diciendo: "A los pobres siempre los tendréis con vosotros, y en todo lo que queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tenéis. Ha hecho lo que ha podido. Ella ha venido de antemano a ungir mi cuerpo para el entierro. De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se hablará de lo que ella ha hecho, para memoria de ella." Jesús, mirando hacia el futuro, habló con certeza acerca de su evangelio: Que había de ser predicado en todo el mundo. Los reinos se levantarían y caerían; los nombres de monarcas y conquistadores serían olvidados; pero el recuerdo de la hazaña de esta mujer quedaría inmortalizado en las páginas de la historia sagrada.

Si los discípulos hubieran apreciado correctamente el carácter exaltado de su Maestro, no habrían considerado ningún sacrificio demasiado costoso para ofrecer al Hijo de Dios. Los sabios de Oriente comprendieron mejor su verdadera posición y el honor que se le debía que sus [379] propios seguidores, que habían recibido su instrucción y contemplado sus poderosos milagros. Ellos trajeron regalos preciosos al Salvador, y se inclinaron en homenaje a él, mientras que él era sólo un bebé, y acu un pesebre.

La mirada que Jesús lanzó sobre el egoísta Judas lo convenció de que el Maestro penetró en su hipocresía y leyó su carácter bajo y despreciable. Estaba agitado por el resentimiento. Su corazón ardía de envidia de que Jesús fuera el destinatario de una ofrenda adecuada a los monarcas de la tierra. Fue directamente de esa cena a los principales sacerdotes, y accedió a entregarlo en sus manos. Los sacerdotes se regocijaron mucho por esto, y "hicieron un pacto con él por treinta piezas de plata, y desde ese momento buscó la oportunidad de entregarlo".

En el caso de Judas vemos el temible resultado de la codicia y la ira impía. Lamentó la ofrenda hecha a Jesús y, aunque no fue reprendido personalmente, se irritó al combinar la venganza con su avaricia y vender a su Señor por unas pocas piezas de plata. María

mostró cuánto apreciaba al Salvador cuando consideró que el regalo más precioso no era demasiado costoso para él; pero Judas valoró a Jesús al precio por el cual lo vendió; su alma mezquina contrapesaba la vida del Hijo de Dios con una mísera suma de dinero. El mismo espíritu frío y calculador es manifestado por muchos que profesan a Cristo hoy. Sus ofrendas a su causa se otorgan a regañadientes o se retienen por completo bajo varias excusas plausibles. Una pretensión de filantropía amplia, ilimitada por iglesia o credo, es con frecuencia una de ellas, y abogan, como Judas, es mejor dársela a los pobres. [380] Pero el verdadero cristiano muestra su fe invirtiendo en la causa de la verdad; es conocido por sus obras, porque "la fe sin obras es muerta".

Jesús leyó el corazón de Simón, y supo cómo había sido influido por las insinuaciones de Judas, y que había dudado en su mente, diciendo: "Este hombre, si fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es ésta. que le toca; porque ella es pecadora." Cuando Judas hubo salido de la casa, Jesús se volvió hacia su anfitrión y dijo: "Simón, tengo algo que decirte". Simón respondió: "Maestro, sigue hablando". Entonces Jesús procedió a contar una parábola, que ilustraba el contraste entre la gratitud de su anfitrión, que había sido sanado de la lepra, y la de María, cuyos pecados habían sido perdonados. Dijo él: "Había un cierto acreedor que tenía dos deudores; el uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Y cuando no tenían nada que pagar, francamente los perdonó a ambos. Dime, pues, ¿cuál de ellos lo amará más?

Simón no entendió la aplicación que Jesús se proponía hacer, pero le respondió: "Supongo que aquel a quien más perdonó". Jesús respondió: "Bien has juzgado". Esta respuesta condenó a Simón. Había sido un gran pecador, y también un leproso repugnante, evitado por todos. Había venido a Jesús implorando lastimeramente su ayuda, y Él, que nunca hizo oídos sordos a las aflicciones humanas, lo había limpiado del pecado y de la terrible enfermedad que lo aquejaba. Simón se sintió humillado, pero había sido un fariseo orgulloso, y no se consideraba un pecador tan grande como realmente [381] era, y ahora se había vuelto autosuficiente y elevado en su propia estimación. Se había exaltado a sí mismo como muy superior a la pobre mujer que ungió los pies de su Señor. Al recibir a Jesús en su casa, pensó que le estaba mostrando un gran respeto; pero el Salvador fue rebajado en su estima cuando permitió la devoción de María,

que había sido tan gran pecador. Pasó por alto el milagro que Jesús había obrado en él al salvarlo de una muerte en vida, y fríamente razonó consigo mismo si Jesús podía ser el Mesías y, sin embargo, se inclinó para recibir el regalo de esta mujer. Pensó que si él fuera el Cristo, sabría que una pecadora se le había acercado y la repelería. No se dio cuenta de que él mismo había sido un pecador mayor que ella, y que Cristo lo había perdonado tanto como a ella. Estaba dispuesto a dudar del carácter divino de su Maestro porque imaginaba que detectaba en él una falta de discernimiento.

Por otro lado, María estaba profundamente arrepentida y humillada por sus pecados. En su gratitud por su misericordia perdonadora, estaba dispuesta a sacrificarlo todo por Jesús, y ninguna duda en cuanto a su poder divino turbó su mente por un momento. No fueron los grados comparativos de obligación que debían sentir las dos personas lo que Jesús quiso ilustrar con esta parábola, porque ambos no pudieron cancelar su deuda de gratitud; pero tomó a Simón en su propio terreno, como si se sintiera más justo que la mujer, y le mostró que aunque los pecados que le habían sido perdonados eran grandes, no había [382] pagado a su Benefactor con ese respeto y amor que echa fuera toda incredulidad. Su sentido de obligación hacia su Salvador era pequeño, mientras que María, apreciando el don de la misericordia que le había sido otorgado, estaba llena de gratitud y amor.

Jesús trazó el marcado contraste entre los dos. Dijo él: “ ¿Ves a esta mujer? entré en tu casa, no me diste agua para mis pies; pero ella lavó mis pies con lágrimas, y los secó con los cabellos de su cabeza. No me diste beso; pero esta mujer, desde que entré, no ha cesado de besarme los pies. Mi cabeza con aceite no ungiste; pero esta mujer ha ungido mis pies con ungüento.”

El orgulloso fariseo había considerado que había honrado suficientemente a Jesús al invitarlo a su casa; y en su propia consecuencia había olvidado mostrarle la debida consideración a un huésped tan exaltado, y a alguien que había obrado en él un milagro de misericordia. Jesús alentó los actos de cortesía sincera, y la mujer, cuya gratitud y amor se expresaron en su acto de atención, fue muy elogiada por el Salvador: “Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados; porque amaba mucho; pero a quien se le perdona poco, poco ama.”

Los ojos de Simón se abrieron a su negligencia e incredulidad. Le conmovió la bondad de Jesús al no reprenderlo abiertamente ante todos los invitados. Se dio cuenta de que Jesús no deseaba exhibir su culpa y su falta de gratitud hacia los demás, sino que deseaba convencer su mente con una declaración verdadera de su caso, y subyugar su corazón con una bondad compasiva. Una severa denuncia hubiera cerrado el corazón de Simón al arrepentimiento; pero una paciente admonición lo convenció de [383] su error y ganó su corazón. Vio la magnitud de la deuda que tenía con su Señor, y se convirtió en un hombre humilde y abnegado.

Cuando nos damos cuenta de la plena deuda de obligación con nuestro Salvador, estamos unidos a él por lazos más estrechos, y nuestro amor se expresará en todos nuestros actos. Jesús recordará cada buena obra hecha por sus hijos. Los abnegados y benévolos vivirán en su memoria y serán recompensados. No olvidará ningún acto de devoción a su causa. No hay sacrificio demasiado costoso para ser ofrecido en el altar de nuestra fe.

* * * * *

Capítulo 33—Entrando a caballo en Jerusalén

El primer día de la semana, Jesús reanudó su viaje a Jerusalén para unirse a la fiesta de la pascua. Multitudes que habían acudido a Betania para verlo, lo acompañaron, ansiosos por presenciar su entrada en Jerusalén. Toda la naturaleza parecía regocijarse; los árboles estaban vestidos de verdor y flores que derramaban su delicada fragancia en el aire. Mucha gente se dirigía a la ciudad para celebrar la fiesta de la pascua. Estas compañías se unían continuamente a la multitud que asistía a Jesús. Envió a dos de sus discípulos a traer “un pollino, hijo de asna”, para que pudiera entrar en Jerusalén. Era [384] una distancia corta, y como él siempre había optado por viajar a pie, sus discípulos estaban perplejos al saber por qué prefería él cabalgar. Pero la esperanza brilló en sus corazones con el pensamiento gozoso de que Jesús estaba a punto de entrar en la capital y proclamarse Rey de los judíos, y afirmar su poder real. Mientras estaban en su misión, los discípulos comunicaron sus entusiastas expectativas a los amigos de Jesús, y la emoción se extendió por todas partes, elevando las expectativas de la gente al más alto nivel.

Jesús seleccionó para su uso un pollino sobre el que nunca se había sentado hombre alguno.

Los discípulos con alegre entusiasmo extendieron sus mantos sobre el pollino y colocaron a su Maestro sobre él. Tan pronto como estuvo sentado, un fuerte grito de triunfo rasgó el aire, y la multitud lo aclamó como el Mesías, su Rey. Jesús aceptó ahora el homenaje que nunca antes había permitido, y sus discípulos lo recibieron como una prueba de que sus felices esperanzas se realizarían al verlo reconocido en Jerusalén como Rey de Israel. Todos estaban felices y emocionados; la gente competía entre sí para rendirle homenaje. No podían mostrar pompa y esplendor exterior, pero le daban la adoración de corazones alegres. No pudieron presentarle obsequios costosos, sino que extendieron sus prendas de vestir exteriores como una alfombra en su camino, y también esparcieron ramas frondosas de olivo y palma en el camino. Podían encabezar la procesión triunfal sin estandartes reales, pero cortaron las ramas extendidas de palmeras, el emblema de la naturaleza de

victoria, y los agitó en el aire, mientras sus fuertes aclamaciones y hosannas rasgaban el aire.

A medida que avanzaban, la multitud aumentaba continuamente en [385] los que habían oído hablar de la venida de Jesús y se apresuraron a unirse a la procesión. Los espectadores se mezclaban constantemente con la multitud y preguntaban: ¿Quién es este? ¿Qué significa todo este alboroto? Todos habían oído hablar de Jesús y esperaban que fuera a Jerusalén, pero sabían que hasta entonces se había negado a recibir honores reales, y se asombraron mucho al saber que era él. Se preguntaban qué podría haber producido este cambio en él que había declarado que su reino no era de este mundo.

Mientras se preguntan y cuestionan, la multitud ansiosa silencia sus preguntas con un grito de triunfo que se repite una y otra vez y resuena en las colinas y valles circundantes.

Y ahora a la alegre procesión se unen multitudes de Jerusalén, que han oído hablar de la gran demostración, y se apresuran a encontrarse con el Salvador y conducirlo a Jerusalén. De la gran reunión de los hebreos para asistir a la pascua, miles salen a recibir a Jesús en la ciudad. Lo saludan con el aleteo de palmas y un estallido de canto sagrado. Los sacerdotes en el templo tocan la trompeta para el servicio de la tarde, pero son pocos los que responden, y los gobernantes se dicen unos a otros alarmados: "El mundo ha ido

El Salvador, durante su vida terrenal, se había negado hasta entonces a recibir el honor real y había desanimado resueltamente todos los intentos de elevarlo a un trono terrenal; pero Jesús tenía la intención de esta ocasión de llamar la atención pública sobre él como el Redentor del mundo. Se acercaba el momento en que se ofrecería su vida en rescate por el hombre culpable. Aunque pronto iba a ser traicionado y colgado en la cruz como un malhechor, sin embargo entraría en Jerusalén, el escenario de su próximo sacrificio, acompañado de demostraciones de alegría y el honor perteneciente a la realeza, para prefigurar débilmente la gloria de su futuro que viene al mundo como Rey de Sion.

El propósito de Jesús era llamar la atención sobre el sacrificio supremo que pondría fin a su misión en un mundo caído. Estaban reunidos en Jerusalén para celebrar la pascua, mientras que él, el Cordero antitípico, por un acto voluntario se apartaba como oblación. Jesús entendió que era necesario en todas las edades futuras que la iglesia hiciera de su muerte por los pecados del mundo un tema de profunda

pensamiento y estudio. Cada hecho relacionado con él debe ser verificado más allá de toda duda. Era necesario, pues, que los ojos de todo el pueblo se dirigieran hacia él, que las demostraciones que precedieron a su gran sacrificio fueran tales que llamaran la atención de todos sobre el sacrificio mismo. Después de una exhibición como la que acompañó su entrada en Jerusalén, todos los ojos seguirían su rápido progreso hasta el final .

Se calculó que los sorprendentes eventos relacionados con este paseo triunfal serían el habla de todas las lenguas y traerían a Jesús ante todas las mentes. Después de su crucifixión, estos eventos estarían conectados con su juicio y muerte; las profecías serían escudriñadas y revelarían el hecho de que éste sí era el Mesías; y los convertidos a la fe de Jesús se multiplicarían en todas las tierras. En esta escena triunfante de su vida terrena, el Salvador podría haber aparecido escoltado por [387] ángeles celestiales y anunciado por las trompetas de Dios; pero permaneció fiel a la vida de humillación que había aceptado, llevando la carga de la humanidad hasta que su vida fue entregada por la vida del mundo.

Este día, que a los discípulos les pareció el día culminante de sus vidas, se habría visto ensombrecido por nubes sombrías si hubieran sabido que esta escena de regocijo no era más que un preludio del sufrimiento y la muerte de su Maestro. Aunque les había hablado repetidamente de su sacrificio seguro, sin embargo, en el gozoso triunfo del presente, olvidaron sus tristes palabras y esperaron su próspero reinado en el trono de David. Continuamente se hacían nuevas incorporaciones a la procesión y, con pocas excepciones, todos los que se unían a ella captaban la alegre inspiración de la hora y ayudaban a engrosar los hosannas que resonaban y resonaban de colina en colina y de valle en valle. Los gritos subían continuamente: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡ Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna!” Era como si toda aquella inmensa multitud buscara superarse unos a otros respondiendo al llamado de un pasado profético.

Muchos fariseos presenciaron la escena y, ardiendo en envidia y malicia, buscaron cambiar la corriente popular. Ejercían toda la autoridad de que podían disponer para reprimir el entusiasmo del pueblo; pero todas sus súplicas y amenazas fueron en vano.

Temerosos de que esta multitud, por la fuerza de sus números, elevara a Jesús a la posición de rey, ellos, como último recurso, se abrieron paso [388] entre la multitud y lo abordaron con palabras de reproche y amenaza:

“Maestro, reprende a tus discípulos”. Declararon que manifestaciones tan ruidosas y animadas eran ilegales y que las autoridades no las permitirían. Pero la respuesta de Jesús silenció sus altivos mandatos: “Os digo que, si éstos callaren, las piedras inmediatamente clamarían”.

Dios mismo había dispuesto, en su especial providencia, el orden de los acontecimientos que entonces sucedían, y si los hombres no hubieran cumplido el plan divino, habría dado voz a las piedras inanimadas y éstas habrían aclamado a su Hijo con aclamaciones de elogio. Esta escena había sido revelada en visión profética a los santos videntes de la antigüedad, y el hombre no tenía poder para desviar los propósitos de Jehová. Cuando los fariseos silenciados retrocedieron, las palabras de Zacarías fueron retomadas por cientos de voces: “Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén. He aquí, tu Rey viene a ti; él es justo y tiene salvación; humilde, y cabalgando sobre un asno, y sobre un pollino hijo de asna.”

Los fariseos se vieron obligados a desistir de sus esfuerzos por calmar el entusiasmo de la gente. Todas sus protestas sólo sirvieron para aumentar su ardor. El mundo nunca antes había visto una procesión tan triunfal. No fue como la de los famosos conquistadores de la tierra. Ningún cortejo de cautivos de luto, como trofeos del valor real, hizo una característica de ese imponente desfile. Pero sobre el Salvador estaban los gloriosos trofeos de sus labores de amor por el hombre pecador. Estaban los cautivos a quienes había rescatado del cruel poder de Satanás, [389] alabando a Dios por su liberación. El ciego a quien había devuelto la vista siguió adelante, guiando el camino. El mudo, cuyas lenguas había soltado, gritó los hosannas más fuertes. Los lisiados a quienes había sanado saltaban libremente, los más activos rompiendo las ramas de palma y agitándolas ante el Salvador. Viudas y huérfanos estaban entre la multitud exaltando el nombre de Jesús por sus obras de misericordia hacia ellos. Los leprosos que habían sido limpiados por una palabra de él, y rescatados de una muerte en vida, extendieron sus vestiduras inmaculadas en su camino y lo aclamaron como el Rey de gloria.

Aquellos que habían sido despertados por su voz mágica del sueño de la muerte estaban en esa multitud. Lázaro, cuyo cuerpo había visto la corrupción en la tumba, ahora restaurado a la plena fuerza de la gloriosa virilidad, guiaba a la humilde bestia sobre la que cabalgaba su Libertador.

Cuando la procesión llegó a la cima de la colina y estaba a punto de descender a la ciudad, Jesús se detuvo y toda la multitud con él. Jerusalén en toda su gloria yacía ante ellos, bañada por la luz del sol poniente. El templo atrajo todas las miradas. En majestuosa grandeza se elevaba por encima de todo lo demás, pareciendo apuntar hacia el Cielo como si dirigiera a la gente hacia el único Dios vivo y verdadero. Este templo en su espléndida majestuosidad había sido durante mucho tiempo el orgullo y la gloria de la nación judía. Los romanos también se enorgullecían de él como un monumento de magnificencia sin igual. Su rey se había unido a los judíos para embellecerlo, y juntos no habían escatimado esfuerzos ni gastos para amueblarlo con las decoraciones más hermosas y costosas, tanto por fuera como por dentro.

[390] Una parte de la pared del edificio había resistido el asedio de los ejércitos, y, en su perfecta mampostería, parecía como una piedra sólida excavada entera de la cantera. Mientras el sol poniente teñía y doraba los cielos, su gloria resplandeciente iluminaba el mármol blanco puro del templo y centelleaba sobre sus pilares coronados de oro. Desde la cima de la colina donde estaban Jesús y sus seguidores, tenía la apariencia de una enorme estructura de nieve salpicada de joyas resplandecientes. A la entrada del templo había una vid compuesta de oro y plata, con hojas verdes y racimos macizos de uvas, todo ejecutado a un costo enorme por los artistas más hábiles. Este diseño representaba a Israel en el carácter de una vid próspera. El oro, la plata y el verde vivo estaban todos combinados con un gusto tan raro y una mano de obra exquisita, que, mientras se enroscaba con gracia alrededor de los pilares blancos y relucientes, aferrándose con zarcillos brillantes a sus ornamentos dorados, era una cosa maravillosa de belleza, atrapando el esplendor del sol poniente, y brillando como con una gloria prestada del cielo.

Jesús contempla la escena encantadora que tiene ante sí, y la gran multitud calla sus gritos, hechizada por esta repentina visión de belleza. Todos los ojos se vuelven instintivamente hacia el Salvador, esperando ver en su semblante la admiración que ellos mismos sienten. Pero en lugar de esto, contemplan una nube de dolor que se acumula en su rostro. Están sorprendidos y decepcionados al ver que los ojos del Salvador se llenan de lágrimas, y su cuerpo se mece como un árbol ante la tempestad, mientras un gemido de angustia brota de sus labios temblorosos [391] como del fondo de un lago . corazón roto. Que vista fue esta

¡para que los ángeles la contemplen! ¡Su amado Comandante en una agonía de lágrimas!

¡Qué espectáculo para aquella alegre multitud que lo había acompañado con gritos de triunfo y agitando las ramas de las palmeras hasta la cumbre que dominaba la gloriosa ciudad donde esperaban que reinara! Sus aclamaciones ahora fueron silenciadas, mientras muchas lágrimas fluían en simpatía por el dolor que no podían comprender.

Jesús había llorado en la tumba de Lázaro, pero fue en un Dios como el dolor en armonía con la ocasión. Pero este dolor repentino es como una nota de llanto en un gran coro triunfal. En medio de una escena de júbilo, donde todos le rendían homenaje, el Rey de Israel lloraba; no lágrimas silenciosas de alegría, sino lágrimas y gemidos de agonía incontenible. La multitud es golpeada por una melancolía repentina al contemplar este dolor que les es incomprensible. Las lágrimas de Jesús no anticiparon el sufrimiento físico mientras contemplaba su crucifixión, aunque justo ante él estaba el jardín de Getsemaní, donde sabía que pronto el horror de una gran oscuridad lo ensombrecería. La puerta de las ovejas también estaba a la vista, por la que durante siglos habían sido conducidas las bestias para las ofrendas de los sacrificios. Esta puerta pronto se abriría para él, el gran Antitipo hacia cuyo sacrificio por los pecados del mundo habían apuntado todas estas ofrendas. Cerca estaba el Calvario, el escenario de su próxima agonía.

Sin embargo, no es por estos recuerdos de su cruel muerte que el Redentor llora y gime en angustia de espíritu. El suyo no es un dolor egoísta. El pensamiento del dolor físico no intimida a esa alma noble y abnegada. Es la vista de Jerusalén la que traspasa de angustia el corazón de Jesús, la Jerusalén que había rechazado al Hijo de Dios y despreciado su amor, que se negó a dejarse convencer por sus poderosos milagros y está a punto de quitarle la vida. Él ve lo que ella es en su culpa por rechazar a su Redentor, y lo que podría haber sido si hubiera aceptado a Aquel que era el único que podía sanar su herida. Él había venido a salvarla; ¡Cómo puede abandonar al hijo de su ciudad!

Levantó la mano, que tan a menudo había bendecido a los enfermos y a los que sufrían, y agitándola hacia la ciudad condenada, con entrecortadas expresiones de dolor, exclamó: "Si tú también hubieras sabido en este día las cosas que pertenecen a tu paz..." Aquí el Salvador hizo una pausa y no dijo cuál podría haber sido la condición de Jerusalén si hubiera aceptado la única ayuda que Dios podía darle, el don de su

amado hijo. Si Jerusalén hubiera sabido lo que tenía el privilegio de saber, y hubiera actuado de acuerdo con la luz que Dios le había otorgado, podría haberse destacado con el orgullo de la prosperidad, la reina de los reinos, libre en la fuerza de su poder dado por Dios. energía. Entonces no habría habido soldados armados esperando a sus puertas, ni estandartes romanos ondeando en sus muros. El glorioso destino que podría haber bendecido a Jerusalén, si hubiera aceptado a su Redentor, se levantó ante el Hijo de Dios. Él vio que ella podría haber sido curada a través de él de su grave enfermedad, liberada de la esclavitud y establecida como la poderosa metrópolis de la tierra. De sus muros [393] habría salido la paloma de la paz para todas las naciones. Habría sido la diadema de gloria del mundo.

Pero la brillante imagen de lo que podría haber sido Jerusalén si hubiera aceptado al Hijo de Dios, se desvanece de la vista del Salvador cuando se da cuenta de lo que es ella bajo el opresor yugo romano, soportando el ceño fruncido de Dios, condenada a su justicia retributiva. Retoma el hilo roto de sus lamentos: "Pero ahora están escondidos de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán con trincheras, y te sitiarán, y te pondrán cerco por todas partes, y te derribarán a ti, ya tus hijos dentro de ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra ; porque no conociste el tiempo de tu visitación."

Cristo vino a salvar a Jerusalén ya sus hijos de las consecuencias de sus pecados anteriores; pero las expectativas impías de los fariseos no fueron respondidas en la forma en que apareció. El orgullo farisaico , la hipocresía, los celos y la malicia le habían impedido lograr su propósito. Jesús sabía la terrible retribución que sería visitada sobre la ciudad condenada. Ve a Jerusalén rodeada de ejércitos, a los habitantes sitiados llevados al hambre y a la muerte, a las madres comiéndose los cadáveres de sus propios hijos, y tanto a los padres como a los hijos arrebatándose el último bocado de comida unos a otros, siendo destruido el afecto natural a través de los tormentos del hambre. Él ve que la obstinación de los judíos, como se evidencia en su rechazo a su salvación, también los llevará a rechazar la única oportunidad que les queda de seguridad, la sumisión [394] a los ejércitos invasores. Ve a los miserables habitantes sufriendo tortura en el potro y la crucifixión, los hermosos palacios destruidos, el templo donde Dios había revelado su gloria, en ruinas, y de todo

sus muros puros e inmaculados, adornados con altas columnas y dorados emblemas, no queda piedra sobre piedra, mientras la ciudad es arada como un campo. ¡Bien puede el Salvador llorar en agonía en vista de un cuadro tan terrible!

Jerusalén había sido la hija de su cuidado, y como un tierno padre se lamenta por un hijo descarriado, así Jesús lloró por Jerusalén. ¡Cómo puedo renunciar a ti! ¡Cómo puedo verte entregado a la destrucción y la desolación! ¿Debo dejarte ir para llenar la copa de tu iniquidad? Un alma es de tal valor que, en comparación con ella, los mundos se hunden en la insignificancia; pero aquí había toda una nación para perderse. Cuando el sol que se pone rápidamente en el oeste desapareciera de la vista en los cielos, el día de gracia de Jerusalén llegaría a su fin. Mientras esa gran procesión se detenía en la cumbre del Monte de los Olivos, todavía no era demasiado tarde para que Jerusalén se arrepintiera y fuera salva. El Ángel de la Misericordia plegaba entonces sus alas para bajar del trono de oro y dar lugar a la Justicia y al juicio venidero. Pero el gran corazón de amor de Cristo todavía suplica por Jerusalén, que se había burlado de todas sus misericordias, despreciado sus advertencias y estaba a punto de terminar su obra inicua empapando sus manos en su sangre. Si Jerusalén se arrepintiera, todavía no es demasiado tarde. Mientras los últimos rayos del sol poniente se demoran en el templo, la torre y el minarete resplandeciente, ¿no la conducirá algún ángel bueno al amor del Salvador y evitará el terrible destino que le espera? Hermosa [395] e impía ciudad, que había apedreado a los profetas, que había rechazado al Hijo de Dios, que se encerraba a sí misma, por su impenitencia, en cadenas de servidumbre, ¡tu día de misericordia está casi terminado!

Aquí había vivido un pueblo favorecido; Dios hizo de su templo su habitación; era “hermoso por su situación, el gozo de toda la tierra”. Allí estaba el registro de más de mil años del cuidado guardián y tierno amor de Cristo, tal como un padre da a luz a su único hijo. En ese templo habían pronunciado los profetas sus solemnes advertencias. Allí se agitaron los incensarios encendidos, mientras el incienso, mezclado con las oraciones de los adoradores, había ascendido a Dios. Allí había corrido la sangre de las bestias, típica de la sangre de Cristo. Allí Jehová había manifestado su gloria sobre el propiciatorio. Allí los sacerdotes habían oficiado con túnicas flotantes y corazas enjoyadas, y la pompa del símbolo y la ceremonia se había prolongado durante siglos. Pero todo esto debe tener un final; porque Jerusalén ha sellado su propio destino, y su destrucción está cerca.

Contemplando el destino de la ciudad que había amado, el alma de Jesús anhelaba al niño de su cuidado. El amor no correspondido rompió el corazón del Hijo de Dios. Poco sabía la multitud del dolor que pesaba sobre el espíritu de Aquel a quien adoraban. Vieron sus lágrimas y oyeron sus gemidos, y por un breve espacio un sobrecogimiento misterioso interrumpió sus manifestaciones de alegría; pero no pudieron entender el significado de su lamentación sobre Jerusalén. Mientras tanto, se llevaron informes a los gobernantes de que Jesús se acercaba a la ciudad atendido por una gran concurrencia de personas. Con temor, salen [396] a su encuentro, con la esperanza de dispersar a la multitud por medio de su autoridad. Cuando la procesión está a punto de descender del Monte de los Olivos, es interceptada por los gobernantes. Preguntan quién y cuál es la causa de todo este tumultuoso regocijo. Mientras ellos, con mucha autoridad, repiten su pregunta: ¿Quién es éste? los discípulos, llenos de un espíritu de inspiración, se escuchan por encima de todo el ruido de la multitud, repitiendo en elocuentes acordes las profecías que respondían a esta pregunta.

Adán os dirá: Es la simiente de la mujer la que herirá la cabeza de la serpiente. Pregúntale a Abraham, él te dirá, Es Melquisedec, Rey de Salem, Rey de Paz. Yaakov les dirá: Él es Shiloh de la tribu de Judá. Isaías te dirá: Emanuel, Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Jeremías te dirá: El Renuevo de David, el Señor, nuestra justicia. Daniel te dirá, Él es el Mesías. Oseas os dirá: Él es el Señor, Dios de los ejércitos, el Señor es su memorial.

Juan el Bautista te dirá, Él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El gran Jehová ha proclamado desde su trono: Este es mi Hijo amado. Nosotros, sus discípulos, declaramos: Este es Jesús, el Mesías, el Príncipe de la Vida, el Redentor del mundo.

E incluso el Príncipe de los poderes de las tinieblas lo reconoce, diciendo: "Yo sé quién eres, el Santo de Dios".